

Si quieres, puedes

Los consejos de
Richard Vaughan
para aprender
inglés

Si concentramos el tiempo y el esfuerzo que requiere el aprendizaje del inglés en la comprensión auditiva, la autoconfianza al hablar y el estudio perseverante de las estructuras gramaticales básicas, los resultados son estimulantes y abren grandes perspectivas de éxito profesional.

Con estas premisas y una apasionada vocación docente, Richard Vaughan ha conseguido entusiasmar a miles de alumnos de todas las edades que antes fracasaban una y otra vez en el intento.

Este libro sintetiza casi cuatro décadas como profesor, señala los errores que deben evitarse al estudiar el idioma y recoge infinidad de sugerencias prácticas para lograr el objetivo: entender y hacerse entender correctamente en las relaciones personales y laborales de la vida cotidiana.

SI QUIERES, PUEDES

Richard Vaughan, licenciado en Literatura y Lengua Españolas por la Universidad de Texas y Máster en Economía y Dirección de Empresas por el IESE, lleva 35 años en España dedicado a la enseñanza del inglés a través de Vaughan Systems. Con 400 profesores a su cargo y una experiencia personal de 30.000 horas lectivas, en la actualidad dirige dos innovadores programas pedagógicos: *Cloverdale's Corner* en Vaughan Radio, con 500.000 oyentes, y *Vaughan en vivo* en Aprende Inglés TV, que a diario siguen 400.000 telespectadores. Es asimismo fundador de Vaughtantown, un revolucionario y eficaz método/programa de inmersión intensiva en el "inglés real". Richard reside en Madrid con su esposa y sus dos hijos.

SI QUIERES, PUEDES

**LOS CONSEJOS DE
RICHARD VAUGHAN
PARA APRENDER INGLÉS**

a Fernanda

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a mi hija Andrea Vaughan, cuyas palabras de ánimo y amenazas de reprimenda me mantuvieron ocupado con la redacción de este libro. Asimismo, quiero reconocer la inestimable ayuda de Esther Muñoz López, del departamento de Línea Junior de Vaughan Systems, en la corrección de mis errores y erratas y en la ayuda estilística.

ÍNDICE

	Introduccion	11
Capítulo 1.	Aspire a todo, pero sea realista	13
Capítulo 2.	El esfuerzo	23
Capítulo 3.	El inglés en España	33
Capítulo 4.	Morfología del estudiante de inglés	41
Capítulo 5.	El idioma inglés ¿en qué consiste?	77
Capítulo 6.	Los <i>phrasal verbs</i> : ni se moleste	99
Capítulo 7.	El oído: el instrumento más importante de todos	105
Capítulo 8.	La confianza: destroce mi idioma, de acuerdo, pero destrócelo como Dios manda.....	111
Capítulo 9.	La gramática: desbrozando el camino	119
Capítulo 10.	El vocabulario	127
Capítulo 11.	La pronunciación	137
Capítulo 12.	La lectura	143
Capítulo 13.	La escritura.....	149
Capítulo 14.	Truco 1: La lectura de <i>bestsellers</i>	155
Capítulo 15.	Truco 2: La lectura en voz alta	163
Capítulo 16.	Truco 3: Gimnasia gramatical	169
Capítulo 17.	Truco 4: Memorizar y reproducir	175
Capítulo 18.	Truco 5: La escucha indirecta.....	181
Capítulo 19.	Truco 6: El pasajero y la pared	189
Capítulo 20.	Truco 7: La traducción inversa	193
Capítulo 21.	Truco 8: La traducción directa + inversa.....	199
Capítulo 22.	Truco 9: La estancia en el extranjero	203
Capítulo 23.	Truco 10: Vaughtantown, parto con dolor, sí, pero parto al fin y al cabo	209

Capítulo 24.	Sus hijos pequeños: sin prisa pero sin pausa.....	215
Capítulo 25.	De 6 a 13 años: sin prisa pero sin pausa	225
Capítulo 26.	De 14 a 23 años: sin prisa pero sin pausa	229
Capítulo 27.	Sus directivos, técnicos y empleados	235
Capítulo 28.	El profesor lo es todo.....	239
Epílogo.	<i>Bridging the Gap</i>	253

INTRODUCCIÓN

Desde hace al menos quince años me piden, desde diferentes esferas, escribir un libro para el lector adulto español sobre cómo demonios aprender inglés de una vez por todas. Nunca he querido hacerlo y, si me apura, tampoco quiero hacerlo ahora, pero mi buen amigo Sergio Portela me dijo hace unos días:

«Ya estás medio cascado y cada año que pasa eres más cascarrabias. Deja a la posteridad, mientras estés cuerdo, los inmensos posos que tienes».

Tiene razón. Desde hace tiempo observo que soy menos paciente con mis alumnos y con su lucha para hacerse con mi idioma. Aguanto menos que caigan repetidamente en los mismos errores. Cada vez entiendo menos por qué no logran asimilar ciertas estructuras que para mí son hartamente sencillas. Me saca de mis casillas que incidan por enésima vez en errores que llevo años corrigiendo.

Pero como buen profesor, debo adoptar los mismos principios que el médico cuando hace el juramento hipocrático. Por tanto, hago por el presente mi juramento, que expongo a continuación:

El juramento Vaughanítico

Juro por fonólogos, filólogos, morfólogos, logopedas y lingüistas y por todos los dioses y diosas, poniéndolos de jueces, que éste, mi juramento, será cumplido en este libro hasta donde tenga poder y discernimiento.

Instruiré por precepto, por discurso, por ilustración, por insistencia, por suplicación y en todas las otras formas, a presidentes, directores, ministros, directivos, ingenieros, técnicos, administrativos, secretarías, operarios, médicos, abogados, profesionales, padres, madres, hijos, abuelos, sobrinos, nietos y, según el caso, mascotas.

Llevaré adelante este régimen, el cual de acuerdo con mi poder y discernimiento será en beneficio de los alumnos, y les apartaré del perjuicio y del terror por el error gramatical y por el sentido del ridículo. A nadie le daré una reprimenda sin motivo ni permitiré que alumno alguno flaquee en su esfuerzo. Mantendré puras mi vida y mi arte.

A cualquier casa, escuela o empresa que entre, iré por el beneficio de los alumnos, absteniéndome de todo error voluntario y corrupción, esforzándome en todo momento para que mis alumnos se hagan con los verbos irregulares y con las demás formas y estructuras de mi idioma.

Obraré en cada momento a fin de potenciar la motivación de mis alumnos, y me cuidaré de no herir su sensibilidad ni atentar contra su ánimo y entusiasmo. Procuraré siempre recordarles lo arduo que es el camino, pero ayudándoles al mismo tiempo a transitarlo con éxito.

Si cumplo este juramento y no lo quebranto, que los frutos de la vida y el arte sean míos, que sea siempre honrado por todos los hombres y mujeres y que lo contrario me ocurra si lo quebranto y soy perjuro. Fin.

Hecho el juramento, ya me encuentro en condiciones de hablar, insistir, predicar, perseguir, provocar, irritar, pinchar, desafiar, agradar, motivar y, eso sí, enseñar. De modo que entremos, sin más preámbulo, en el meollo de la cuestión de cómo alcanzar un buen nivel de inglés.

CAPÍTULO 1

ASPIRE A TODO, PERO SEA REALISTA

**¿Quiere ser bilingüe? Olvídelo.
Ya es demasiado tarde.**

Mis hijos son bilingües. Se han criado oyendo inglés y español desde el día en que nacieron. Han visto diez mil horas de televisión y cine en español, y tres mil horas en inglés. Desde preescolar hasta la universidad han asistido a planes de estudio ingleses o americanos, absorbiendo más de 20.000 horas de voces nativas sobre temas y asignaturas de gran variedad. Sí, son bilingües.

Si quiere usted ser bilingüe como mis hijos, olvídelo. No le va a ser posible en esta vida, ya que es absolutamente imposible que una persona después de los ocho años llegue a dominar un segundo idioma con la misma agilidad, acento y espontaneidad que su lengua materna.

**¿Quiere ser bilingüe? «No problem...»
Déme diez meses de su tiempo.**

Soy bilingüe. Cuando cambio de mi inglés nativo al castellano, se me nota enseñada un acento americano. Si usted se fija mucho, apreciará algún tropiezo fonético en mi dicción y ocasionales imprecisiones gramaticales. Uso el castellano a diario para resolver un sinnúmero de asuntos, muchos de gran importancia. Si estoy hablando en inglés con un español y percibo que no me entiende ciertos matices, cambio al instante al castellano para asegurar la eficacia de mi argumentación o el impacto de mi descripción. Sí, soy bilingüe.

Si quiere usted ser bilingüe como yo, tiene mucho trabajo por delante, pero si sigue las instrucciones que ofrezco en este libro, lo podrá conseguir en diez meses como mínimo, dependiendo del tiempo y esfuerzo que invierta en la tarea.

Como ve. existen dos definiciones para el término «bilingüe», y ambas son válidas. aunque la única a la que usted debe y puede aspirar, siendo realista, es la segunda de las definiciones ofrecidas. Si quiere llegar a ser bilingüe (a la manera de la columna derecha) y es una persona realista, entonces comencemos esta sección con unos consejos y unas realidades:

1. Nunca va a hablar inglés perfectamente... nunca.
2. Siempre va a hablar inglés con acento.
3. Siempre va a cometer errores de gramática cuando habla.
4. Siempre va a tener problemas navegando por la fonética del idioma.
5. Siempre va a hablar un inglés que, si yo quisiera, podría desmenuzar y desmontar.

Pero está usted perfectamente capacitado ahora mismo para llegar a ser bilingüe si me cree cuando le digo que lo único que importa es:

Base gramatical oral - Oído - Confianza al hablar

En la fotografía de la izquierda reconocerá el edificio de la Organización de Naciones Unidas (ONU), en Nueva York. A la derecha verá la Asamblea General de la organización en espera de un pleno. De las 700 personas que pronto la llenarán, al menos 600 no son nativas de habla inglesa. De esas 600 personas no nativas, por lo menos 400 no saben mucho más vocabulario que usted ni poseen conocimientos gramaticales muy superiores a los suyos. Sin embargo, asisten a las asambleas de la ONU y participan sin problemas aparentes. ¿Cuál es su secreto?

Volviendo a la fotografía de la izquierda, le invito a acompañarme por 26 de las 39 plantas del edificio, las plantas que albergan las múltiples delegaciones de cada país miembro. Sígame. Aquí, en la segunda planta, a la derecha, tenemos la delegación angoleña. Son siete personas. Escúchelas mientras trabajan. Están hablando en inglés. ¿No nota los acentos? ¿A que son extraños? ¿No percibe los pequeños errores? Yo sí los oigo. Sigamos subiendo; en la siguiente planta está la delegación

italiana. Están hablando también en inglés, pero con el típico acento italiano. Dos de ellos están destrozando un poco la gramática de mi idioma, pero parecen confiados en su capacidad de comunicación. ¿Seguimos subiendo?

Le ahorro el viaje, pero le aseguro que en cada planta, escuchando a las delegaciones de Turquía, Japón, Rusia, España, Dinamarca, Bangladesh, Argentina y Uzbekistán, usted se convencerá de que la gente allí dentro dirige, en inglés, los designios del mundo con acentos para todos los gustos. Es más, lo consiguen al mismo tiempo que realizan, en muchos casos, una auténtica carnicería con la estructura y sintaxis de mi idioma.

Si yo le ofreciera un trabajo en la ONU, seguramente declinaría mi oferta alegando un pobre dominio del inglés. Sin embargo, es muy posible que la mitad de las personas que trabaja en la organización en cuestión posea conocimientos como los suyos o poco más. Si usted subiera de nuevo conmigo por las mismas 26 plantas, se daría cuenta de otra cosa curiosa: que usted entiende perfectamente a todos cuando están hablando en inglés por teléfono o cara a cara.

Estas personas ejercen funciones importantes que exigen un dominio del idioma inglés y, de hecho, su dominio es suficiente para llevar a cabo con éxito las citadas funciones. Si usted los entiende perfectamente, ¿por qué sigue diciéndome que su nivel de inglés es insuficiente?

¿Qué tienen estas personas que usted no tiene? ¿Por qué, a pesar de entenderles perfectamente, no se atreve a aceptar mi oferta? Tiene, al parecer, los mismos conocimientos que tienen ellos. Entonces, ¿cuál es el problema?

El problema es que le faltan precisamente las tres cosas que ellos sí poseen:

Base gramatical oral - Oído - Confianza al hablar

Tal vez proteste, afirmando que sí tiene una base gramatical y que entiende mucho mejor de lo que habla. Si le miro con cierto escepticismo, a lo mejor reconocerá que carece de confianza al hablar, pero seguirá defendiéndose en lo referente a la gramática y el oído. Pues se equivoca, está a años luz de nuestros amigos de la ONU en base gramatical oral, y su oído está al 5% del de ellos. Empecemos por la gramática.

Fíjese que digo en negrita «base gramatical **oral**». Con ello me refiero a la capacidad para emplear la gramática más básica y sencilla del idioma con agilidad oral, repito, con agilidad oral. En la vida real tengo que repetir estas dos palabras, «agilidad oral», hasta la saciedad para que mis alumnos españoles entiendan que no me refiero a conocimientos gramaticales, sino a la ágil aplicación práctica de la gramática... y sólo insisto en la gramática más básica y sencilla.

La señora de la izquierda es como el empleado de la ONU en la delegación de Angola, Japón o Argentina. Ha ganado agilidad con sólo tres pelotas y se da cuenta de que puede perfectamente impresionar a su público con el manejo de las mismas. En su trabajo, con un dominio gramatical consistente en tres pelotas solamente, sabe resolver el 98% de las situaciones profesionales.

Sin embargo, nuestro amigo de la derecha se parece a muchos alumnos españoles que he tenido en mi larga trayectoria profesional. Creen que para «progresar» deben acumular más gramática, más vocabulario, más preposiciones **y** más *phrasal verbs*, **y** que sólo así podrán manejar el inglés con eficacia. Al final, sufren una indigestión por exceso de conocimientos teóricos y, cuando tratan de ponerlos en práctica, las pelotas caen por todos los rincones. Se dan cuenta de que lo están haciendo muy mal y pierden cualquier ápice de confianza que tuvieran (en realidad, la confianza que tenían era un espejismo, porque se trataba de la confianza que uno tiene solamente con su profesor en clase). Al final, estos alumnos, con sus 17 pelotas suspendidas caóticamente en el aire, ven el inglés como algo inmenso y casi imposible de abarcar y dominar.

Oído

Confianza al hablar

Agilidad con la gramática básica

Vocabulario

Pronunciación

Si quiere hacerse con el idioma inglés, dé prioridad a los aspectos de la lista que acabo de proponerle. En letra grande escribo «Oído», porque sin un nivel altísimo de comprensión auditiva, el resto de las habilidades valen para poco o nada. Después, es preciso que sepa hablar con confianza y sin miedo, con o sin errores. En tercer lugar, es importante que no se enrede en las lianas y maleza de la gramática, es decir, debe tener despejado el camino a través de la «jungla» gramatical del idioma. Finalmente, es importante, también, poseer un buen vocabulario y pronunciar de forma que la gente le pueda entender a la primera cuando se expresa.

Oído
Confianza al hablar
Agilidad con la gramática básica

La gacela de la izquierda murió hace
una semana, presa del leopardo que se
ve a la derecha. No tenía que haber
pasado, pero pasó. La gacela po-
seía todo lo necesario para salvarse,
pero algo falló. Veamos la historia y saquemos
conclusiones.

Una gacela como la de la fotografía está perfectamente equipada para sobrevivir a un encuentro con un leopardo. Posee un olfato muy desarrollado y un oído tremendamente fino. Percibe con facilidad la proximidad del peligro. Pero si, por las razones que fueran, no lo percibiese, puede correr más rápidamente que el leopardo, por lo que no le costaría demasiado trabajo escaparse del peligro. Sabría correr campo a través para internarse en el monte y zafarse así del peligro. Una vez allí, se supone que es capaz de moverse por los senderos con más rapidez que el leopardo.

1. OÍDO Y OLFATO (CAPACIDAD AUDITIVA)

¿Qué le pasaría a la gacela si le fallaran el oído y el olfato? Lo más probable es que el leopardo la apresara antes de que pudiera hacer uso de su velocidad. Tampoco le valdría su conocimiento del monte, porque serviría de festín al leopardo antes de

poder hacer uso de cualquiera de sus otras facultades. Por tanto, sin oído ni olfato, todos los demás atributos de la gacela valen para poco.

Si usted aspira a dominar situaciones de comunicación en inglés, le puede pasar lo mismo que a nuestra gacela. Si no tiene buen oído, ni sabe captar a la primera los significados y los matices, da igual lo confiado que esté a la hora de hablar y da lo mismo poseer un probado dominio de los verbos irregulares. Estos dos últimos atributos no le ayudarán en absoluto.

Muchas personas sordas tienen que emplear el lenguaje de los signos para comunicarse a pesar de tener las cuerdas vocales en perfectas condiciones. De hecho, es incorrecto aplicarles el apelativo de «sordomudos». Su condición ilustra una verdad que se puede aplicar tanto al aprendizaje como al dominio de idiomas: sin un nivel auditivo fluido y eficaz, los demás aspectos clave del aparato comunicativo pierden su utilidad. Usted puede poseer una gramática pulidísima, un vocabulario extenso y una pronunciación digna de elogio, pero si a la hora de la verdad no entiende bien los significados y los matices, está tan condenado a la incomunicación como una persona sorda en un mundo de oyentes.

Es importante comprender este aspecto, ya que el español medio prioriza y pone casi todo su empeño en aprender teoría gramatical y ampliar vocabulario. Invierte su dinero y su tiempo en atender prioridades menos críticas. Piensa que con aprenderse los verbos irregulares podrá entender a los nativos cuando hablen.

Directivo con bajo
nivel de inglés

Entiendo mucho de lo que se dice en las reuniones, pero no me atrevo a hablar porque todavía me falta confianza y vocabulario. Es frustrante.

Directivo con alto
nivel de inglés

Puedo transmitir sin grandes problemas todo lo que quiero decir, pero no me atrevo a hablar porque no termino de entender todo lo que se dice. Es frustrante.

El directivo con un nivel alto es sabio, ya que es consciente de una verdad que es el azote de todos aquellos directivos que han de mantener el tipo en situaciones comprometidas. El principal problema con el inglés es siempre la comprensión auditiva.

Verdad n.º 1: Se puede dominar la gramática, conocer un vocabulario extenso y ser, por naturaleza, decidido y resuelto. Si a la hora de la verdad no entiende todo a la primera, su dominio, decisión y vocabulario se derrumban y sirven de poco.

- Verdad n.º 2: Si alguien que domina de verdad el idioma es capaz de entender todo a la primera, se convierte en un comunicador casi tan eficaz en inglés como en su propia lengua. Percibe que controla las situaciones y se siente cómodo ante cualquier audiencia y en cualquier ambiente.
- Verdad n.º 3: Si alguien con menos conocimientos del inglés de repente empieza a entender todo, o casi todo, a la primera, sus limitados conocimientos florecen hasta límites insospechados, y su motivación para dominar los demás aspectos del idioma sube como la espuma.
- Verdad n.º 4: No hay nada peor que la angustia de no seguir bien la dinámica verbal en una reunión de alto nivel. Le condena a uno a callarse y a sentirse violento e inútil.

Por tanto, no descuide nunca la comprensión auditiva, puesto que es la prioridad número uno y un requisito *sine qua non* si quiere controlar el entorno de comunicación en inglés. Al igual que a la gacela a la que le fallan el oído y el olfato, usted será un comunicador «muerto» si no entiende a la primera el significado de las palabras y los matices de cada una de las frases que sus interlocutores pronuncien. Los demás aspectos del idioma (repito) son importantes pero irrelevantes si no se considera como esencial y absoluta prioridad la comprensión auditiva.

2. VELOCIDAD CAMPO A TRAVÉS (SOLTURA Y CONFIANZA AL HABLAR)

Retomemos un momento la situación de la gacela. Ya sabemos que sin oído ni olfato el leopardo la apresará antes de que pueda hacer uso de su velocidad o de su conocimiento del bosque. No obstante, supongamos que capta al instante la presencia del peligro y se lanza a correr los 600 metros que la separan del bosque con el leopardo persiguiéndole. Una gacela es igual de rápido o más que la mayoría de los felinos y tiene mucha más resistencia. En este caso, la velocidad lo es todo, con o sin buena técnica de carrera. Si no alcanza una velocidad superior a la del leopardo, será apresada por él.

Si el nivel auditivo que usted posee ya es el adecuado (como el oído y el olfato de la gacela), su segunda prioridad es lo que en inglés llamamos *fluency*. En español me gusta llamarlo soltura y confianza al hablar. Aquí lo que prima es la falta absoluta de vergüenza, miedo escénico o sentido del ridículo. Lo que pretendo es que hable usted por los codos, y, si es preciso, incluso destrozando la gramática de mi idioma. Cometa errores, dé patadas al diccionario, haga una auténtica carnicería a la estructura del inglés, pero hágalo sin pestañear y sin sentir la más mínima

vergüenza o inhibición. Ya después podremos sentarnos e intentar poner los puntos sobre las íes, pero mientras tanto, corra rápido, porque si no, el leopardo le alcanzará antes de que pueda refugiarse en el denso bosque de la sabana.

Yo ayer playa chica restaurante discoteca hotel ñam ñam.

La frase anterior no tiene ni verbos ni preposiciones. Sin embargo, dicha de corrido tiene impacto y hasta elocuencia. Si un estudiante de inglés, con miedo a cometer fallos, intentara decirla con absoluta precisión, tardaría un minuto en hilar las frases necesarias y se enredaría en la maleza de la gramática hasta terminar hecho un lío. Así que destrócelo con brío y confianza.

3. DESPEJAR LOS SENDEROS DEL DENSO BOSQUE (AGILIDAD CON LA GRAMÁTICA BÁSICA)

Por fin, la gacela ha llegado hasta los árboles y se interna en el bosque. Está corriendo rapidísimo y el leopardo pierde terreno y se cansa cada vez más. De repente, a la gacela se le engancha su hermosa cornamenta en las ramas de un árbol. Se libra al instante del enredo y recupera su velocidad, pero el leopardo ha ganado 20 metros de terreno a su presa. Cincuenta metros más adelante se vuelve a enganchar en las ramas de otro árbol, pero esta vez no logra librarse. Viendo el panorama, el leopardo recupera su ilusión, acelera todo lo que puede y alcanza a la gacela. La tumba de un solo zarpazo, la aprisiona en menos de dos segundos y, ya con calma e incluso parsimonia, resuelve la situación convirtiendo a la desventurada gacela en su manjar particular.

La tercera prioridad para dominar con éxito una situación comunicativa es tener perfectamente despejado el camino gramatical. Es el último eslabón para que usted no sólo se exprese con confianza y soltura, sino con aplomo, agilidad y precisión. La gacela finalmente fracasa en su intento de escaparse del leopardo porque su «gramática» le frena. Pero recuerde: a la gacela le hubieran importado poco las ramas de los árboles si no hubiera sido más veloz que el leopardo en campo abierto, al igual que en su caso le sirve de poco tener una gramática pulida si no tiene confianza y soltura, con o sin errores, a la hora de hablar. Asimismo, a la gacela poco le hubiera importado ser veloz si el oído y el olfato le hubieran fallado al principio, porque el leopardo la habría apresado mientras pastaba despreocupadamente en el campo.

Por tanto, la vida de una gacela y la vida de un estudiante de inglés son bastante similares:

	Para la gacela		Para usted
Prioridad n° 1:	Oído y olfato	Prioridad n° 1:	Comprensión auditiva
Prioridad n° 2:	Velocidad pura	Prioridad n° 2:	Confianza y soltura
Prioridad n° 3:	Senderos libres de ramas, lianas y maleza	Prioridad n° 3:	Precisión y agilidad con la gramática

Por algún motivo que todavía desconozco, el estudiante español tiende a invertir las prioridades: primero los verbos irregulares, luego los famosos verbos compuestos (*phrasal verbs*), y después el vocabulario y la pronunciación. Esto es un error muy grave, y persistir en él le condena a continuar con clases de inglés durante años, sin franquear jamás las barreras de la soltura y el dominio de los marcos de comunicación.

En los siguientes capítulos profundizaremos en cada una de las cinco prioridades (no olvidemos las prioridades cuatro y cinco: vocabulario y pronunciación). Es más, lo veremos todo, incluida la lectura, la escritura y un sinnúmero de secretos y trucos para mejorar y consolidar conocimientos y habilidades. Pero antes de hacerlo, es fundamental que recordemos el elemento más crítico del proceso de aprendizaje, recogido en las dos palabras del título de nuestro próximo capítulo.

CAPÍTULO 2

EL ESFUERZO

Renault Espace	BMW 318	<i>Good command of English</i>
30.800 €	30.750 €	30.000 €

Hace dos años dediqué parte de mi tiempo a realizar una encuesta informal pero no por ello menos curiosa. Enseñé las fotos anteriores a unas veinte personas por separado durante un mes, diciéndoles que se trataba de un regalo. Es decir, cada uno podía optar por aceptar como regalo un Renault Espace, un BMW 318, o un buen dominio del idioma inglés. Todos, absolutamente todos, eligieron el inglés. Ante tal variedad generosa y gratuita, que incluía el mágico obsequio del idioma inglés, la elección para ellos estaba clarísima: el inglés. Ya tendrían tiempo y dinero, decían, para comprar un coche estupendo, pero ¿el inglés?... era un sueño hecho realidad hacerse con un buen dominio de mi idioma, y además sin esfuerzo.

Después, a las mismas personas, les informé de los precios que usted ya conoce. Aun así, la elección seguía siendo el inglés. Para todos, desembolsar de golpe 30.000 euros era poco esfuerzo económico si con ello se quitaban de en medio y sin dolor el lastre del inglés.

Finalmente, cuando les decía que el importe de los 30.000 euros que tenían que gastar para dominar el inglés se desglosaba en 15.000 € en dinero y el equiva-

lente en 15.000 € en tiempo y esfuerzo, todos, absolutamente todos, se mostraban más reacios y terminaban acobardándose. Ante este nuevo escenario, preferían el coche. No les resultó atractivo un excelente programa gratuito de inglés que no eliminase al mismo tiempo la inversión en tiempo y esfuerzo.

Money

Time

Effort

Por lo tanto, antes de continuar leyendo este libro, le recomiendo que reflexione un poco y decida si de verdad quiere tener un buen nivel de inglés. A diferencia de lo que muchos pregonan por ahí, el inglés no se aprende ni en cuatro meses ni sin dolor. Alcanzar un buen nivel exige una inversión mínima de 30.000 € bien en dinero, en esfuerzo o en una combinación de ambos. Ya sea dinero o esfuerzo, el factor tiempo siempre va a formar parte de la ecuación, puesto que es físicamente imposible llegar al mismo dominio que posee un profesional sueco o danés sin dedicar un mínimo de tres mil horas a la labor. Siento ser aguafiestas, pero me remito al conocido dicho «el que avisa no es traidor».

Como fundador e impulsor de mi empresa, Vaughan Systems, he trabajado durante décadas con personas que desean aprender inglés (más de 20.000 personas). Muchos me han dicho que para ellos era una cuestión de vida o muerte. Sin embargo, cuando les advierto del dinero y el esfuerzo que van a tener que invertir para paliar su carencia, se ofenden o se niegan a creerme. No les entra en la cabeza que aprender un idioma después de la pubertad cuesta más esfuerzo que sacarse una licenciatura universitaria. Creen que con cien horitas de clase o con un mes en Inglaterra se resuelve todo. Otros piensan que ese método revolucionario que se anuncia en la tele, ese método desarrollado por un «equipo de expertos» y con diccionario de regalo, les dará la solución definitiva y, como consecuencia, adornan la biblioteca de su salón con las bonitas tapas y atractivos lomos de toda una colección de fascículos. Son como mi amigo Olegario:

En busca del inglés

Tiene que estar a la vuelta de la esquina.
Tiene que estar, con sonrisa desplegada.
Allí estará en su forma genuina,
el inglés que necesito, esperando mi llegada.

Los fascículos que anuncian, a bombo y platillo
cada media hora en la televisión
¿me resolverán el problema, como al dedo el anillo?
¿Me darán el inglés, sin dolor ni incisión?

Tiene que estar a la vuelta de la esquina
la fórmula mágica que busco sin parar.
Si el inglés no aprendo, será mi ruina
así que venga buen inglés, te quiero declarar.

Es a ti a quien quiero, ¿no me oyes el corazón?
Desde joven te busco con ocho mil artes
pero mis esfuerzos hasta hoy sólo traen desazón
¿Por qué no me quieres? Me levantas baluartes.

He hecho mil cosas para ganar tu afecto,
fascículos, libros y CDs a montones.
Del inglés prefiero obviar arquitecto
y construir mi inglés sobre buenos pontones.

Señal de mi amor es mi biblioteca
con libros preciosos y estuches de colores.
Pero mi inglés sigue siendo una pesada hipoteca
y las colecciones no logran quitarme los dolores.

Pero tiene que estar a la vuelta de la esquina.
¿Estás ahí, buen amigo? ¿Te he encontrado por fin?
Ahora doy clases con profesora neoyorquina
para avanzar tan rápido como en el agua el delfín.

Dos horas por semana en clase individual
solos ella y yo y el libro de gramática.
Necesito un progreso mucho más que gradual,
un avance de verdad, no de forma estática.

Pero el cambio no viene, estoy desconcertado.
Ni profes ni libros me dan lo que quiero.
¿Estaré al final muy poco capacitado
para controlar esta nave como un buen naviero?

Pero tiene que estar a la vuelta de la esquina.
En la próxima esquina, ahí tiene que estar.
En la tele anuncian una receta genuina
que mucho dinero no me va a costar.

Describen un método totalmente revolucionario,
elaborado con cuidado por un equipo de expertos.
Garantizan resultados y regalan un diccionario,
y afirman verdades que son grandes aciertos.

Ahí voy con mis cuartos a comprar el invento
con tapas y lomos de bello aspecto.
Hay estantes todavía en mi pequeño apartamento
para que el método me cunda y me marque el trayecto.

El pobre Olegario trata de comprar barata una solución que cuesta muy cara.
Cree que algún día dará con un método milagroso capaz de enseñarle por fin inglés sin hacer ningún esfuerzo. Casi todo está escrito sobre métodos de inglés, algunos son mejores que otros, pero todos, sí, absolutamente todos son revolucionarios si el alumno les dedica tres mil horas de su tiempo.

Por tanto, le animo a comprar uno de los múltiples coleccionables que aparecen en los quioscos cada año, sobre todo el mío, pero le vuelvo a recordar: si quiere un método revolucionario, le competirá a usted convertirlo en tal. Si no, lo convertirá en un adorno más para su biblioteca.

He estado en muchas casas en España y he visto muchos coleccionables de inglés decorando estanterías. Siempre pregunto lo mismo: «¿Aprendiste algo con este método?». La respuesta siempre es la misma: «Le dediqué unos 40 minutos en total». Muchas personas buscan, como nuestro amigo Olegario, una solución con el inglés externa a su problema. Creen que un método, una academia o un profesor va a darles lo que necesitan, y no se les ocurre pensar que la solución definitiva está en uno mismo. Por tanto, aclaremos las cosas de una vez por todas. Las palabras que voy a decir a continuación no son las que más le gustaría leer, pero vuelvo a recordarle que en esto no soy ningún «traidor».

Nadie en la historia del mundo ha adquirido un buen dominio de un segundo idioma después de la pubertad sin haberle dedicado más de tres mil horas de atención... como mínimo.

**Nadie en la historia del mundo ha adquirido un buen dominio de un segundo idioma a través de clases, profesores o métodos.
De las tres mil horas mínimas, la mitad han consistido en momentos de apuros, vergüenza, tropiezos o sufrimiento en el día a día de la vida real.**

No existe ni existirá jamás sistema o método alguno capaz de dotarle de un buen nivel de inglés sin que usted invierta las tres mil horas de rigor.

A mí me costó más de tres mil horas hacerme con un buen dominio del español... ¡y me costó este tiempo siendo lingüista y viviendo en España! Así que imagínese lo que le va a costar a usted aprender inglés siendo profano en lo pedagógico y viviendo a miles de kilómetros de donde se habla.

He aquí una foto mía de cuando tenía 22 años. Acababa de licenciarme en Literatura y Lengua españolas en la Universidad de Texas, y en ese momento ya había leído más de 200 libros en el idioma de Cervantes, incluido el *Quijote*. Además, había vivido un año en España como estudiante. Incluso había leído en voz alta, encerrado en una habitación alquilada de la madrileña calle Doctor Esquerdo, cuatro novelas enteras de Pío Baroja, poniéndome en pie de vez en cuando

para declamar párrafos enteros como si mil personas me estuvieran escuchando. Ya había absorbido por los oídos más de mil horas de español pronunciado por voces nativas aquí en España y en el campus de Austin, sede de la Universidad de Texas. Sí, tenía 22 años, una titulación superior y, se supone, un dominio de mi área de especialización. Pero no. Poseía un dominio del español todavía a años luz de lo que deseaba, por lo que opté por volver a España para estar dos años más y así perfeccionar todavía más los verbos, las expresiones, los modismos y la fonética. Quería cursar el doctorado en estudios hispánicos en Estados Unidos y dedicarme a la docencia, pero sabía que me engañaba a mí mismo si no tenía un dominio total y absoluto del español.

Así que a los 22 volví a España, ya licenciado, con la idea de pasar un par de años y dominar de una vez por todas la complicada gramática de la lengua española. Llegué con 300 dólares en el bolsillo y un pozo sin fondo de energía. Entendía a la gente muy bien, pero me notaba todavía algo lento en la expresión oral. La agilidad que tenía con los verbos no era absoluta, de modo que practiqué a solas sin parar. Lo más difícil de todo fueron los imperativos. Me costó horrores conseguir un dominio oral fluido. Todavía hoy en día me gusta contar a mis amigos españoles todo el esfuerzo que me supuso.

En inglés existen solamente dos imperativos: el afirmativo y el negativo. Veamos como ejemplo el verbo «pedir».

En inglés tenemos los dos imperativos:

Afirmativo	<i>Ask me for it</i>
Negativo	<i>Don't ask me for it</i>

En español existen dieciséis:

Usted singular afirmativo masculino	Pídamelo
Tú singular afirmativo masculino	Pídemelo
Ustedes plural afirmativo masculino	Pídanmelo
Vosotros plural afirmativo masculino	Pedídmelo
Usted singular negativo masculino	No me lo pida
Tú singular negativo masculino	No me lo pidas
Ustedes plural negativo masculino	No me lo pidan
Vosotros plural negativo masculino	No me lo pidáis
Usted singular afirmativo femenino	Pídamela
Tú singular afirmativo femenino	Pídemela

Ustedes plural afirmativo femenino	Pídanmela
Vosotros plural afirmativo femenino	Pedídmela
Usted singular negativo femenino	No me la pida
Tú singular negativo femenino	No me la pidas
Ustedes plural negativo femenino	No me la pidan
Vosotros plural negativo femenino	No me la pidáis

Si se fija en las dos formas inglesas, verá que son idénticas, salvo la inserción al principio de *don't* para negar. Quien quiera hacerse con el español lo tiene bastante crudo. Tiene que recordar que en afirmativo los complementos directo e indirecto van después del verbo y unidos a él (pídemelo) y que en negativo se debe cambiar el modo verbal (pidas) y hay que colocar los complementos delante y separados (no me lo pidas).

Pero éstas y otras mil complicaciones más del español no me desanimaron y me propuse conseguir el objetivo de dominar el idioma. Y lo hice. Realmente no fue tan difícil porque puse mucho tesón e ilusión en la labor, lo que convirtió la tarea en algo estimulante que seguro me enriqueció intelectualmente. La disciplina gramatical y fonética que tuve que mantener durante tanto tiempo me agudizó la mente y, desde entonces, me ha ayudado a tener una capacidad de análisis y una perspicacia difícilmente alcanzables a través de otras actividades académicas o laborales.

¿Y a usted? ¿Le interesa dedicar al inglés el mismo esfuerzo que, yo al español? Muchos me han dicho que sí, aunque del dicho al hecho hay mucho trecho. Pero le advierto que si no me sigue en esto, si no decide abordar el inglés de la misma manera que lo hice yo hace años con el español, no va a llegar ni al kilómetro cien de los mil que debe transitar.

El camino secreto al inglés

Lo hago, lo hice, lo haré, lo he hecho,
estas cosas pronuncié sin rencor ni despecho,
mil veces al día en los años setenta,
labor que de sudores no estaba exenta.

Quería dominar por completo la estructura,
quería meter vuestra lengua en cintura.
Quería que la gente apreciara mi talante,
incluso en una lengua para mí disonante.

El tema, el esquema, el emblema, el problema.
¿Por qué masculino? ¡Dios mío, qué dilema!
La mano, la moto, la llave, la mar.
¿Por qué femenino? Me voy a desinflar.

Pero con tiempo *y* una caña *y* un esfuerzo tremendo
aprendí vuestra lengua sin fisura ni remiendo.
Mi acento es guiri pero mi dominio cautiva,
y embaucó a muchos con mi voz sugestiva.

Pero ¿sabes, amigo, el monto de mi inversión?
¿Sabes de veras el alcance de mi inmersión?
Dediqué tres mil horas a alcanzar el objetivo
de dominar vuestra lengua de un modo definitivo.

Si me costó tres mil horas y yo soy lingüista,
¿de verdad tú pretendes la misma conquista
del idioma inglés con clases convencionales,
esquivando al paso los esfuerzos excepcionales?

No seas iluso, que ya hay bastantes,
las palabras que siguen no son petulantes,
son el fruto de años observando el proceso
de aprender el inglés con un alto progreso.

Es blanco o negro, el gris no existe.
Con un esfuerzo a medias el resultado es triste,
tres mil horas son muchas, lo sé, lo comprendo,
pero con dedicar muchas menos no hay dividiendo.

Si no puedes entrar en tan fuerte apuesta,
por falta de ganas o por lo mucho que cuesta,
entiendo, *no problem*, que apuntes más bajo
pero no pidas el cielo ni que te busque un atajo.
Aprende un inglés para andar por casa,
y deja de remover una tierra tan escasa.

... Y deja de remover una tierra tan escasa.

Llevo 35 años enseñando inglés a los españoles, y puedo contar con los dedos de las manos los éxitos reales que he visto. Los demás han hecho grandes proclamaciones, grandes resoluciones, para terminar picoteando alrededor del problema con esporádicas incursiones sin fruto alguno. Los llamo «carne de cañón de las academias», puesto que son los que financian la viabilidad de los centros de idiomas y de los profesores particulares. Son el motivo por el que dos generaciones de españoles han terminado gastando ingentes cantidades de dinero y tiempo a cambio de prácticamente nada. Su falta de visión, perseverancia, tesón y sacrificio les ha convertido en lo mismo que los cientos de miles de personas que cada mes de septiembre se apuntan a un gimnasio y luego no van nunca.

La diferencia, sin embargo, está en que, aunque un buen físico les hará sentir bien, un excelente inglés les abrirá puertas profesionales a diestra y siniestra, y les dará una libertad de elección que les imbuirá, a la larga, de una grata sensación de libertad en general, con la consecuente felicidad que conlleva.

Podría continuar con mil ejemplos más, pero sería en balde. ¿Sirve de algo? El español medio tiene poco interés en aprender inglés. Los niños y adolescentes odian el idioma porque se enseña en los colegios como si fuera una lengua muerta, como el latín o el griego. Los universitarios desdennan su estudio, porque prefieren dedicar los dos meses importantes, enero y mayo, a prepararse para los exámenes y los demás meses a ligar en la cafetería de la facultad. Los recién licenciados optan por posponer el tema del inglés, porque lo perciben como una tarea demasiado ardua y poco estimulante. Y, finalmente, los adultos, por mucho que afirmen que «éste es mi año del inglés», casi se ofenden cuando les digo que les va a costar en dinero, tiempo y esfuerzo, el equivalente a un BMW de gama baja. Después, me entero de que sí se han comprado el coche, pero no el de gama baja, sino uno de gama media con un préstamo bancario a cinco años de 65.000 euros. Al final, siempre afloran las prioridades de la persona, y en el caso de usted, hasta que el inglés no sea de verdad su prioridad número uno, es mejor que se olvide del tema por completo y dedique su amor y su dinero a otras cosas, ya que sin dinero, tiempo y esfuerzo, no se aprende inglés... ni soñando.

CAPÍTULO 3

EL INGLÉS EN ESPAÑA

El nivel general de inglés en España es bajo y, si me apura, seguirá siendo bajo durante los próximos treinta años como mínimo. Tácheme de pesimista, tremendista, fatalista o agorero, pero sinceramente no veo ningún indicio que apunte en otra dirección. Ciertas iniciativas como la de los colegios bilingües de la Comunidad de Madrid son positivas, independientemente de lo que uno pueda opinar sobre la estrategia y los métodos. Sin embargo, sigue habiendo un nivel medio bajo general entre los recién licenciados y, de momento, parece que la estrategia pedagógica, desde preescolar hasta la universidad inclusive, no muestra signos de cambio o mejora.

La siguiente fotografía muestra cinco componentes de una promoción reciente de una de las universidades politécnicas de España. De los 350 jóvenes que terminaron la carrera, sólo un 5% se maneja bien con el inglés.

Cuando empecé a enseñar mi idioma en el año 1974, el nivel medio de los recién licenciados rondaba el 3 sobre 10 (principiante alto). Hoy está en torno a un 4 sobre 10 (intermedio bajo), un punto más en 35 años. Existe, eso sí, un cambio notable en la franja más alta. Donde antes sólo un 1% de los recién licenciados poseían un buen nivel de inglés, ahora es un 5%, es decir, una mejora del 500%. Sin embargo, esto se da entre la élite estudiantil, jóvenes, en su mayoría, de familias acomodadas que han podido financiar experiencias formativas en España y en el extranjero cada verano o incluso años académicos completos. Pero el nivel general, el nivel de inglés de la inmensa mayoría de los futuros regidores de este país, sigue siendo bajo y sin visos de mejorar en el futuro.

Entre los niños pequeños pasa lo mismo. Tenemos un programa en Vaughan Radio en el que buscamos niños entre ocho y once años para asistir durante una hora cada día a una clase de inglés. En muchos casos terminamos llamando a colegios ingleses, irlandeses o americanos para nutrirnos de alumnos. Entre los colegios privados, concertados e incluso «bilingües», nos cuesta trabajo encontrar niños con un nivel mínimo para que el programa sea dinámico e interesante.

1. MIS NIETOS SE GANARÁN LA VIDA ENSEÑANDO INGLÉS A SUS NIETOS

Es un negro pronóstico, lo siento. Soy una persona por naturaleza optimista, pero me fastidia dedicar 35 años de mi vida a una actividad para ver que al final hay pocos cambios. De hecho, juraría que el nivel medio de inglés de los recién licenciados hoy en día es algo inferior al nivel medio de hace 15 años. Creo sinceramente que está bajando, aunque no tengo datos en la mano para avalarlo.

Pero alegre la cara. No diga que el español es un negado para los idiomas, porque no es cierto. En términos puramente técnico-lingüísticos, es el ser humano quien es negado para estas cuestiones, y lo es ya a partir de los cinco años. Pero cada cosa a su tiempo. Ya veremos «la parábola de los cuatro trenes» en otro capítulo.

No me gusta atacar al español medio por su falta de inglés. Puede alegar, con razón, circunstancias atenuantes. Ahora bien, sí quiero atacar -y con saña- a dos colectivos en particular que sólo ayudan a despistarnos o a hundirnos la moral. Me refiero a los periodistas y a los estadísticos.

2. NO HAGA CASO A LOS PERIODISTAS

Todos los años, la prensa nacional arremete contra España y los españoles en el tema del inglés.

«España está a la cola en conocimiento de idiomas».

«El directivo español es el que menos inglés sabe».

Para empezar, esto no es cierto. He impartido personalmente 30.000 horas de clases de inglés al colectivo empresarial y directivo en España y he supervisado otros 3.000.000 de horas. También habré dado 500 horas de clase a personas de otras nacionalidades. El adulto español no está a la cola de nada en este tema. Tampoco puede, desde luego, tirar la primera piedra en el asunto, ni la segunda, ni tal vez la tercera. Pero abandonemos este complejo ya: el adulto español está lejos de ser el peor en idiomas. En la Europa de los 27, los franceses e italianos también están en paños menores, así como muchos países del este europeo. España se compara relativamente bien con todos los países europeos salvo Holanda, Suecia, Dinamarca, Suiza y Noruega, todos ellos países pequeños en población. Incluso Finlandia y Alemania acusan un nivel de inglés relativamente pobre entre los técnicos, administrativos y otra gente de cualificación media. Fuera de Europa, España supera con facilidad el nivel medio de inglés de Japón, China, Rusia y el África francófona y portuguesa, así como de casi todos los países de Iberoamérica y muchas provincias densamente pobladas de la India.

La prensa española refleja fielmente el pasatiempo nacional de menospreciar las cualidades propias, lo que no significa que sea un pasatiempo sano o tenga fundamento. El español tiene un nivel de inglés pobre, eso sí, pero superior al de muchos otros países. Por lo tanto, dejemos de tirarnos de los pelos, pero recordemos también el dicho «mal de muchos consuelo de tontos». Aprendamos el idioma si tan importante es.

Otro mito que tirar por tierra es el que afirma que donde no se doblan las películas, la gente aprende inglés más fácilmente. Si esto fuera verdad, entonces dos tercios de la población mundial superaría a España en el dominio del idioma. Toda Sudamérica empieza a los dos años a ver dibujos animados en inglés y termina viendo *Luke Skywalker*, también con subtítulos. Sin embargo, casi ningún país del continente en cuestión puede presumir de tener un inglés decente. En Portugal, sólo las personas de alto nivel económico o social poseen un buen dominio. El

resto tiene que pelear con el idioma tanto como los españoles, a pesar de haber consumido cada uno una media de mil horas de televisión y películas en versión original.

El secreto de los países donde sí se palpa un excelente dominio del inglés es sencillo. Su sistema educativo pone énfasis en el tema desde preescolar y vuelca todos sus esfuerzos en el inglés hablado y auditivo. Tengo experiencia de primera mano con los profesionales suecos. Su comunicación oral es fluida, pero sus escritos suelen dejar mucho que desear. De hecho, el buen profesional español tiene poco que envidiar al sueco en el plano de la escritura. No escribe bien, pero tampoco lo hace el sueco. Que el sueco le dé mil vueltas a un español en lo hablado y auditivo es suficiente para que al español le entre un complejo de monolingüe, complejo infundado en muchos casos. Esta falta de fluidez oral o auditiva del español, real o imaginaria, se debe única y exclusivamente al pesadísimo lastre teórico que caracteriza la enseñanza del inglés en España, desde primaria hasta la universidad. El día en que el Ministerio de Educación tome una serie de decisiones atrevidas en este campo será el día en que España comience a equipararse con otros países avanzados de su entorno en lo que se refiere al dominio del inglés.

Otro mito que hay que destruir es la creencia de que la gente que resuelve asuntos y cierra contratos en el escenario internacional posee un buen dominio del inglés. La gran mayoría no tiene más inglés que usted. Como le comenté en el primer capítulo, en una visita al edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, escuchando hablar a la delegación lituana, a la angoleña, a la china, a la eslovaca, y así sucesivamente hasta la planta noble del Secretario General, se daría usted cuenta de que la calidad del inglés que se oye en todo el edificio no supera al que usted ya posee. La diferencia, repito, estriba en que estas personas sí le superan en capacidad auditiva y no sufren ese complejo psicológico español denominado «sentido del ridículo».

Usted jamás va a hablar un inglés pulido y correcto, como tampoco lo ha hablado ningún ministro español de asuntos exteriores de la historia de este país. Sin embargo, estos ministros han sabido codearse con dignidad y eficacia entre sus homólogos extranjeros, con o sin errores en sus verbos irregulares. Así pues, antes de desesperarse con verbos y preposiciones, recuerde que lo único que cuenta es la eficacia en la comunicación y que esta eficacia pasa sólo en parte por la gramática y la pronunciación y mucho por potenciar el oído y desterrar por completo el miedo escénico.

3. NO HAGA CASO A LAS ESTADÍSTICAS

Hace tres años, la agencia de prensa UPS Europe publicó que el 72% de los directivos españoles puede participar en una reunión en inglés. Si «participar en una reunión» significa estar presente en la misma, calentar una silla y no enterarse de nada, entonces es cierto. Pero si lo definimos como estar presente, entender todo e intervenir con decisión cuando sea preciso, entonces ni el 5% da la talla.

Celebrar una reunión en inglés significa estar con británicos, americanos o australianos y seguir el cruce dinámico de comentarios a medida que éstos suben de velocidad. Significa entender a la primera y saber intervenir en el momento oportuno. Significa expresarse de forma que todos presten atención y comprendan con claridad lo expuesto.

El directivo español está a años luz de conseguir esto. Le pasa como a la persona sorda: tendrá las cuerdas vocales bien, pero no habla porque ni oye ni entiende. Sale al extranjero con sus verbos alineados pero, ya reunido con sus homólogos, se calla, temeroso de que le dirijan la palabra. Sus verbos sirven de poco, porque ni siquiera sabe si la discusión está en el punto dos del orden del día o ya se ha pasado al punto tres. Es tal su angustia que vuelve a España echando pestes y pidiendo más clases de inglés. Recursos Humanos responde enviándole una profesora que le vuelve a consolidar, con mano de hierro, los verbos de siempre y el uso del condicional, al tiempo que la citada profesora pronuncia su propio idioma de un modo tan claro que el ejecutivo sintoniza desde la primera sesión. ¿Dónde está entonces el reto auditivo? ¿Qué le importa el condicional si apenas entiende a sus homólogos en la reunión trimestral?

Nuestro directivo, cuyos conocimientos técnicos igualan o superan a los de sus homólogos, sufre un mal común. A pesar de que la situación sea igual o peor en muchos países, el nivel de inglés de los directivos y técnicos en España es patéticamente bajo. Si al presidente de una empresa se le ofrecieran pastillas de inglés, capaces de conceder un dominio nativo, eso sí, al precio de cien mil euros por pastilla, el presidente compraría al menos ocho, gastando 800.000 euros de golpe y repartiéndolas luego entre sus colaboradores, él mismo y sus hijos.

La encuesta de UPS Europe está tan equivocada que cualquier español lo sabe nada más poner la radio o salir a la calle. Las cuñas radiofónicas prometen aprender inglés sin esfuerzo. Por la calle vemos atractivos locales con ordenadores donde se intenta aprender un idioma fijándose en una pantalla. Definamos de una vez por todas el verbo «aprender». Si significa comprender la estructura del inglés y reproducirla en el protegido ambiente del aula, entonces sí, es hasta posible «apren-

der». Ahora bien, si significa asistir a una reunión con nativos y desenvolverse con confianza; si significa compartir con éstos los momentos sociales y saber contribuir al buen ambiente reinante; si significa escribir un informe defendiendo una postura, desplegando los argumentos de forma eficaz y elocuente dentro de una correcta gramática y estilo; si «aprender inglés» significa todo esto, entonces prometer aprenderlo desde casa, prometer aprenderlo sentado en un ordenador, o prometer aprenderlo con fascículos, CDs o DVDs es, simple y llanamente, publicidad engañosa.

En la enseñanza del inglés la demanda supera la oferta. Cualquiera puede montar un servicio de profesores y sobrevivir. El público, tanto personas jurídicas como físicas, está tan poco instruido en cómo enfocar el tema que se deja embaucar por casi cualquier promesa. Volviendo a un tema del capítulo anterior: ¿cuántos españoles, directivos incluidos, tienen adornando su biblioteca un curso de inglés por audio, vídeo o DVD? Los fascículos, con cada reedición quinquenal, aportan ingentes beneficios a sus promotores. Las grandes cadenas de centros de idiomas campan a sus anchas, centrándose más en el *franchising* que en la pedagogía. En fin, es natural que aprovechen al máximo la obsesión nacional.

¿Qué hacer al respecto? De entrada, cambiar los siguientes motivos por los cuales el inglés es, y seguirá siendo durante mucho tiempo, la asignatura pendiente nacional:

1. El inglés es una «maría» entre las asignaturas de la carrera universitaria.
2. Pocos profesores de inglés en el sistema educativo poseen un buen dominio.
3. Los medios visuales importados son doblados al español.
4. El Ministerio impone un sistema basado en la gramática, no en lo hablado/auditivo.
5. Los universitarios se centran en su carrera, posponiendo el inglés para después.

Gracias a esto, como profesor, tengo al menos una generación más de trabajo. Ahora bien, ya en serio, la situación significa que, de momento, los directivos y técnicos españoles deberán demostrar su valía mediante los hechos, ya que mediante sus palabras, habladas o escritas, no pueden todavía codearse con los europeos, ni mucho menos con los anglosajones.

En un próximo capítulo, explicaré cómo conseguir que niños y adultos aprendan de verdad el inglés sin pasar temporadas fuera del país. Pero permítame primero romper una lanza a favor de los multimedia que tanto he atacado en estas líneas.

Los sistemas multimedia están en una fase embriónica. No sabemos lo que pueden dar de sí. Por ahora sirven como complemento para los enfoques tradicionales, pero ni las empresas ni los particulares deberían invertir seriamente en ellos. El problema no está en la calidad del método, sino en la autodisciplina del alumno. El método en sí todavía no tiene suficiente gancho para conseguir «adictos», por lo que los únicos beneficiarios son los verdaderos forofos del inglés, y éstos no abundan.

Los sistemas multimedia y on-line son excelentes si el alumno les dedica dos horas diarias durante dos años. Pero ¿quién va a hacer esto? Aún así están de moda y, repito, ayudan a aquella inmensa minoría cuyo nivel de autodisciplina les coloca en la franja rara del género humano.

Tengamos paciencia. Los avances tecnológicos seguramente nos traerán nuevos sistemas. O bien algún genio de verdad diseñará un método autodidáctico tan fascinante que la gente buscará con ansiedad *engancharse*. No descarto el que algún día aparezca un método de inglés tan endiabladamente desafiante como el *Tetris*.

CAPÍTULO 4

MORFOLOGÍA DEL ESTUDIANTE DE INGLÉS

El Sr. Melero fue el primer alumno que tuve en mi vida, en julio de 1974. De nivel principiante medio, era un hombre inteligente, perspicaz y consciente de mi falta de experiencia (me habían dado una sola hora de formación previa). Me ayudó a ser buen profesor durante la hora de clase, a pesar de mis limitaciones. Al final me dijo que le había gustado la clase y añadió: «Soy arquitecto y tengo 45 años. Como profesional libre, esperaba esquivar la necesidad de aprender inglés, pero las circunstancias me han pillado. Mi estudio va a asesorar a una firma inglesa y no tengo más remedio que aprender el idioma».

Parecía un hombre cauto, ponderado y muy seguro de sí mismo. Si le tuviera que categorizar, le colocaría en la categoría más alta, la de los agudos y competentes. Desde entonces, y a lo largo de 35 años, calculo que habré impartido formación personalmente a 6.000 personas y es una casualidad, de veras, el que mi primer alumno de todos los tiempos sólo haya sido igualado o superado por nueve más... ¡de entre 6.000 y a lo largo de 35 años!

Sí, diez alumnos en total cabrían en la última categoría de los agudos y competentes, al menos en lo que respecta al aprendizaje de inglés en edad adulta. Estos diez, y todos los demás, con pocas excepciones, pueden agruparse dentro de las siete categorías siguientes:

1. El Bestia.
2. El Lento.
3. El Metódico.
4. El Inconsciente.

5. El Pobre Infeliz.
6. El Incansable.
7. El Agudo y Competente.

La forma en que he ordenado las categorías no refleja una clasificación de peor a mejor, aunque la séptima categoría claramente es la más recomendada. Salvo las categorías 2, 6 y 7, las demás describen un tipo de alumno de inglés que admite y exige un cambio de actitud o de forma de abordar el inglés (o incluso la vida). No soy psicólogo ni me interesa serlo; sin embargo, es imposible no llegar, tras 30.000 horas de clase con alumnos de todo el espectro imaginable, a comprender bien los diversos rasgos de personalidad y cómo influyen en el éxito o fracaso profesional, y a veces personal, de la gente.

1. EL BESTIA

*«Hello, Carlos, how are you today?»,
«¡ Tomato!... Es que es lo único que sé decir en inglés».*

Carlos no tenía pelos en la lengua. Más bruto que un arado, se acostumbraba a conseguir las cosas al modo de un tanque Patton. Su sistema motriz era potente y el casco bien blindado. Sus seis ruedas de rodadura, de gran tamaño, hechas de metal y recubiertas de caucho, arrollaban todo lo que había por delante, incluido, si fuera preciso, al nuevo profesor de inglés.

Los bestias, o tanques Patton, podrán contra muchos profesores, pero no pueden nunca contra el inglés. La imagen que ofrezco a continuación es el estado de un tanque Patton en su intento por hacerse con el inglés a su manera.

El bestia es inteligente, pero entra en el inglés como un elefante en una cacharrería. Hace incursiones esporádicas pero aparatosas, creyendo que amedrentando el idioma se hace con él. Su actitud delata una falta de seguridad cuya mejor coraza es la fuerza bruta y una torpeza mental fingida. Lo normal es que no llegue más allá de un dominio intermedio del inglés, puesto que no tiene la paciencia necesaria para adquirir precisión y agilidad con las estructuras gramaticales más importantes. No obstante, cuando se encuentra en una situación crítica de comunicación, muchas veces logra trascender su juego habitual y resolver los temas, a pesar de las dificultades lingüísticas.

El bestia raramente llega a un buen nivel de inglés porque no encuentra quien pueda o quiera encauzarle bien en su formación. El poema que ofrezco a continuación se basa en una situación real. He cambiado los nombres, pero conservo casi todo lo demás.

Raúl es un caso bastante típico entre los directivos, técnicos y empleados españoles. Digamos que representa a un 20% de los casos. Su falta de inglés le molesta y esconde su mal detrás de una actitud graciosa y poco seria. Lo triste de estos casos es que se trata casi siempre de una persona potencialmente brillante. La gracia que exhibe revela una mente ágil, tan ágil que piensa que puede resolver las cosas con mucho ingenio y poco trabajo. Esto es posible para algunos retos, pero para el inglés no funciona. Nuestro amigo Raúl tendrá que cambiar si realmente quiere aprender inglés. Tendrá que dar un giro de 180 grados, puesto que el ingenio y la agudeza sólo ayudan en un 2%. La inteligencia ayuda en otro 20%. El restante 78% se reduce a una sola cuestión, el esfuerzo personal.

Ahora, con Clara Paulete, Raúl se ha encontrado con la horma de su zapato. Va a tener que hacer 15 horas cada semana de trabajo personal además de las sesiones de clase. Va a tardar 18 meses en conseguirlo pero llegará finalmente a un buen dominio del idioma.

Hoy Raúl dirige la filial española de una empresa alemana de electrodomésticos. No habla alemán pero se expresa en inglés igual o mejor que muchos de sus colegas y jefes de la sede central de Düsseldorf. Sigue siendo un bestia, pero un bestia en la buena gestión de la filial.

El duro sermón de Clara Paulete

Are you my new teacher, mi profe nueva?
My name is Raúl y mi inglés es de cueva.
I talk like a caveman destrozando gramática,
I try very hard aunque de forma errática.
I hope you are patient, que no soy muy *clever,*
y si contigo aprendo I will love you forever.

You seem irlandesa *and your smile* me encanta.
Are you a good teacher? Tienes cara de santa.
My English is bad y me tachan de vago,
They call me muy bestia, ¿será un halago?
Seré, me supongo, un poco como el buho,
a lo mejor no aprendo... pero me fijo mucho.

Good morning, Raid, I'm Clara Paulete,
My English is perfect but I'm from Albacete,
My mother is English and I grew up in Bristol,
And my smile may be saintly but I teach with a pistol.
You want to learn English and you're paying good money,
My job is to teach you, so don't try to be f cny.
We'll start with the past tense, but the f ctore will come,
A future of learning, so with me don't play dumb.

Your control of the basics is far from poetic,
And your use of the tenses is frankly pathetic,
Your charm is attractive but there's work to be done,
Yes there's work to be done and most is not f tn.
You're a typical man of Spanish extraction,
Whose actions are rooted in clever reaction.
Your smile and your charm make the atmosphere pleasant,
And as a result I have brought you a present;
A present called homework, fifteen hours a week,
A present designed to provide what you seek.
My plan never fails and that's why I am here,
Your boss knows my fees, a price quite severe;
But I always succeed, I never have failed,
And with people like you I have always prevailed.
If you make my task tough with your típicas gracias,
te caerán mil tormentas y un montón de desgracias.

*They say you're quite bright, a man with a vision,
 But for me you're a man who is lacking decision.
 Your level of English is shockingly low,
 Which reflects on your character and puts you below
 The millions of people who have mastered the speech,
 So, gracias aparte, my job is to teach,
 And I'll teach you this language o moriré en el intento,
 pero antes de morir, firmaré tu linchamiento.
 There's a saying in English -where there's a will, there's a way»,
 And if I fail in this project you're the one who will pay.
 So begin with your homework y corta el rollo,
 porque a partir de ahora sudarás como un pollo.*

2. EL LENTO

«Teibol... cher... buk... telefoun... pen... »

Cuando observaba a Gerardo en su intento por hacerse con la pronunciación de las cinco primeras palabras que enseñó a los principiantes en su primera clase, sentí mi corazón caer al suelo. Sentía cierta pena, a pesar de que se trataba de un empresario de gran éxito en el mundo de la recolección agrícola, dueño de 78 cosechadoras y 120 empacadoras. Conducía a la sazón un Renault Fuego, modelo francés que no había llegado todavía a España. Lo compró en Francia, dinero en mano, y cuando regresó, todos salimos al aparcamiento para ver su nuevo y flamante coche. Allí estaba Gerardo, radiante. No pudo disimular su ilusión de tener un coche tan fino y hermoso. ¿Se daba cuenta de que tenía dinero suficiente como para comprar tres *Bentleys*?

Y quería aprender inglés. Lo deseaba mucho. Trabajaba como colaborador asiduo de una empresa norteamericana de maquinaria agrícola, viajando con la plana directiva dos o tres veces por año a Francia, Alemania o Estados Unidos. Tendría 40 años y una inteligencia primitiva que sabía ganar la confianza de cualquiera, desde pequeños agricultores hasta grandes banqueros. Y quería aprender inglés.

Teibol, cher, buk, telefoun, pen.

«*De telefoun is on de teibol.*»

«*De buk is on de cher.*»

Gerardo se empeñaba en asistir a una clase de grupo con cuatro alumnos más. Al cabo de dos meses le aconsejé dejar esa clase para incorporarse en una nueva que empezaba desde cero. Tres meses más tarde, le pasé a una clase de inicio que sólo llevaba dos semanas de andadura. Cada vez, en su nuevo grupo, de nivel inferior, Gerardo brillaba. Exhibía agilidad y dominio de las mesas, las sillas, los libros, los teléfonos y los bolígrafos. Precisaba ágilmente, y con acento castellanomanchego, que el teléfono estaba en la silla o que el libro se encontraba debajo de la mesa. Pero de ahí no pasaba. Demostrar agilidad con las seis personas del presente del verbo *to be* le abrumaba. Le vemos aquí en la foto con «I... *you...* *he...* *she...* *it*».

Al cuarto mes de clase tiró la toalla. Había puesto una fuerza de voluntad sobrehumana, pero, al no tener ni un pelo de tonto, se dio cuenta de que no lo iba a conseguir. Después, durante un par de años, le ayudé en la traducción de manuales técnicos sobre cosechadoras y recuerdo que una vez, tomando cañas, me confesó el bochorno que le había causado ser el «más tonto» de la clase en tres grupos diferentes. «Es que no me entraba. Seré muy burro, pero es que no me entraba».

Gerardo me recordaba a Nicky Malevous, amigo mío desde la infancia, que siempre lograba aprobar cada curso por los pelos. Le conocí a los ocho años, le perdí la pista por mudanza a los 13 y, por pura casualidad, volvimos a coincidir a los 18 años en la Universidad de Texas. Nicky seguía igual. Coursaba empresariales y consiguió licenciarse por puro coraje. Tenía fama de poco lúcido en lo académico, pero me caía muy bien y aun hoy le tengo gran estima.

En el año 2004 asistí con mi mujer, en Austin, la capital de Texas, a la reunión de ex alumnos de la promoción de 1974. Durante el cóctel inicial volví a ver a mi antiguo amigo y, junto con Stewart Page, el mejor de la clase, entablamos una larga conversación recordando los viejos tiempos. Pero lo más gracioso fue el intercambio al principio entre Nicky, el «dento», y Stewart, el «disto».

Nicky: Bueno, dime Stewart, ¿qué hay de ti? ¿Dónde estás ahora?

Stewart: Tengo mi base en San Francisco. Dirijo toda la zona oeste del país para Citibank.

Nicky: ¡Vaya! ¡Enhorabuena! Estaba visto que ibas a llegar lejos.

Stewart: Gracias, Nicky. Sí, la verdad es que va bien la cosa. ¿Y tú, Nicky? ¿En qué estás trabajando?

Nicky: Bueno, últimamente trabajo poco. Tengo un yate en Barbados y otro en Santorini en el Mar Egeo. El mayor problema que tengo, si te digo la verdad, es dónde aterrizar mi jet privado.

Stewart: ¿Tu jet privado?... O sea, estás montado en el dólar.

Nicky: Bueno, más bien en el euro, puesto que mis mercados más importantes están en Europa.

Stewart: Pero ¿cómo lo has conseguido? Siempre eras el más rezagado. Te ayudábamos incluso para entender a leer una cuenta de resultados.

Nicky: Bueno, Stewart, verás. Tengo este producto que compro por un euro y que vendo por tres. Es así de sencillo. ¡Es increíble lo que uno puede ganar con solamente un 3% de margen!

Nicky era un genio para los negocios, pero un negado para las matemáticas. Si hubiera tenido que hacerse con la gramática de otro idioma, seguramente hubiera tenido tantos problemas como Gerardo, el «rey de las cosechas».

Ser negado para los idiomas o muy lento en el progreso no refleja en absoluto el nivel de inteligencia de la persona. Seguramente existirán diferentes tipos de inteligencia, pero he percibido claramente dos tipos: la aguda y la profunda. La aguda permite al titular mirar, comprender, captar, asimilar y vencer. La profunda permite mirar, comprender y actuar en consonancia con la realidad. Los primeros suelen ser más jóvenes y más ambiciosos. Los segundos son más curtidos en la vida, escogiendo caminos más realistas y, a la postre, más certeros. Gerardo es de la segunda categoría, a la que para mí pertenece la gente más íntegra y admirable. A lo mejor no se hacen finalmente con mi idioma, pero sí consiguen mi respeto personal y profesional.

Para terminar, quiero presentarle a Vicente, el presidente de una asociación nacional que representa a todos los fabricantes de España adscritos a cierto sector de la actividad industrial. Es una eminencia en su campo, además de un próspero hombre de negocios. Hace unos años fue nombrado presidente de la patronal de su sector por todos sus homólogos y competidores. Aceptó el encargo de velar por los intereses de los fabricantes y defenderles ante las autoridades públicas en España y Bruselas. El problema era que no sabía mucho inglés y he aquí su experiencia

en la primera reunión a la que asistió como representante español con sus homólogos afines de 15 países más de la Unión Europea.

El caso de Vicente debe ser leído por todos los estudiantes de ingeniería, económicas, derecho, empresariales y otras carreras, puesto que muchos de estos jóvenes, que van a dirigir los designios de este país en el futuro, tienen un nivel de inglés parecido al de nuestro amigo. Si no se conciencian ahora mismo de la importancia de soltar el lastre del inglés, lo van a arrastrar el resto de su vida. Si usted tiene 23 años o menos o si tiene hijos o nietos en estas edades, asegúrese de que este problema sea atendido ahora mismo y que no se haga otra cosa hasta eliminarlo del todo.

Aquí tenemos a Vicente en su faceta de hombre importante en España y en su nueva situación de vulnerabilidad fuera del país. Es un hombre de éxito acostumbrado a mandar y a ser escuchado. Pero ahora la situación es diferente porque por primera vez debe salir al extranjero como único representante español, y presentarse ante quince representantes de otros países. Se da cuenta de que sabe tanto o más que sus homólogos, pero se siente totalmente inútil, ya que apenas entiende las corrientes de discusión que cruzan, de forma dinámica, de un lado a otro de la gran mesa de caoba. No sabe qué hacer y se da cuenta de que nunca se ha sentido tan apurado. Si le preguntan algo sobre España, no sabrá qué le están preguntando.

Vicente es una eminencia en su campo. Ha consagrado su vida a la actividad económica de su sector y nadie sabe más que él. Pero ahora todo esto no le vale para nada y ha tomado una decisión. A partir de pasado mañana, de regreso a España, va a invertir lo necesario, en dinero, tiempo y esfuerzo, para quitarse de encima el lastre del inglés. Dice textualmente: «De mi propio destino no renuncio a ser dueño».

¿Es usted dueño de su propio destino? No es fácil serlo y seguramente es imposible llegar a serlo al 100%. No obstante, la gente que triunfa en la vida tiene la capacidad para conformar los hechos y los acontecimientos a su voluntad. Sabe convertir las oportunidades en logros personales. Este tipo de persona entiende desde su juventud la importancia del inglés y actúa, a veces implacablemente, para resolver el problema. Por eso digo muchas veces que la gente que más me ha impresionado con su inglés aquí en España lo ha conseguido por su propia cuenta, sin mi ayuda. Vicente es una persona brillante, pero es una excepción. Cuando era joven no aplicó su fuerza de voluntad a este aspecto de su formación. Sin embargo, a pesar de su edad, va a intentar ponerle remedio y, como se dice en España, «nunca es tarde si la dicha es buena».

La dura lección del amigo Vicente

Vicente está triste, asustado y tenso,
su aplomo de siempre va en claro descenso,
su costumbre de mandar en sus fueros internos,
se ha hecho añicos en estos lares externos.

El motivo de su mal, de su angustia vital,
es algo de importancia, para él, capital.
Representar a España en un encuentro tan clave
y no cazar onda es de verdad muy grave.

Vicente dirige la asociación nacional
que vela por que todo sea claro y racional
en las múltiples firmas que componen el sector,
racionalizando a la vez el aparato productor.

Es experto en lo suyo y concede entrevistas
a políticos y periodistas, populares y progresistas.

Su sector es tan clave y su voz tan buscada
que nunca hasta ahora se ha parado ante nada.

Pero ahora su aspecto, de estampa importante,
se encuentra achicado, nervioso, vacilante.

Mañana le toca otro día repleto
de reuniones en inglés con el foro completo.

Son sólo quince hombres, quince hombres expertos,
que, al igual que Vicente, necesitan conciertos
con la comisión de Bruselas que publica directivas
que afectan al sector y a sus buenas perspectivas.

Pero todos los quince, incluido el italiano,
se expresan en inglés como si fuera cristiano,
y Vicente se ve obligado a aguantar
doce horas al día a punto de reventar.

Gotitas de sudor se le forman en la frente,
escuchando a su colegas con calma aparente.

Su poco inglés le anula por completo,
como si fuera un fenómeno de lo más obsoleto.

«Nunca más», piensa él, «me niego a aceptar
esta vergüenza tan fuerte, este destino tan vulgar.
Me niego a sentirme tan violento y tonto,
haré algo al respecto y lo haré muy pronto.

»Me niego a volver a aguantar 30 horas
de discusión en inglés, porque a partir de ahora,
aprenderé el idioma o moriré en el empeño.
De mi propio destino no renuncio a ser dueño.

»Jamás en mi vida lo he pasado tan mal,
es por tanto mi decisión y es unilateral,
que aprenderé el inglés aunque me cueste un dineral,
y si no lo consigo significará mi funeral.

»Es inadmisibile que una persona de mi talante,
no sepa inglés ¡Hasta es humillante!
Mañana me toca un día terrible
pero pasado mañana seré indestructible.

»¿Y mis hijos? Está claro, me van a obedecer.
Vencerán el inglés sin desfallecer.
La libertad lo es todo, pero ahora es evidente
que la libertad no se obtiene por arte ni accidente.

»La libertad, como la suerte, es algo que se labra.
No viene de Dios ni de abracadabra.
Se gana dotándose de conocimientos,
de habilidades y destrezas: de adiestramiento».

Después de su terrible primera experiencia en Zurich, Vicente ya lo tenía muy claro. Cuando volvió a España, puso en marcha su decisión. Durante los 12 meses que siguieron a su amarga experiencia, asistió a 600 horas de clase individual y, tras las primeras 200 horas, comenzó a asistir a encuentros residenciales con profesores un fin de semana entero por mes. Finalmente, en el último mes de su programa, asistió dos semanas seguidas a lo que denominamos «Vaughantown», donde tuvo que oír y decir más de cien mil frases en sólo doce días con gente nativa de todo el mundo de habla inglesa. En total, Vicente recibió más de mil horas de formación ese año, todas en régimen individual. Invertió otras 500 horas de tra-

bajo personal, estudiando los materiales, navegando en Internet por páginas en inglés y viendo documentales y programas de noticias de Reino Unido y Estados Unidos. Han pasado ocho años y desde el año 2004 Vicente es vicepresidente de la Asociación Europea para su sector. Usa el inglés el 30% del tiempo cuando está trabajando. Sus dos hijos tienen 25 y 22 años respectivamente y se manejan con soltura en el idioma. Vicente no deja de repetir: «La libertad, como la suerte, es algo que se labra. No viene de Dios ni de abracadabra». Tanto él como sus hijos tienen la suerte de tener un amplio abanico de opciones profesionales entre las que elegir. ¿La suerte? Bueno, miento. Su padre ha tenido el acierto de entender que la suerte es algo que se labra.

Vicente, como Gerardo, el de las cosechadoras, es un alumno lento en su progreso y que apueste por aprender inglés a su edad es intentar algo contra natura. Al final llegó a un nivel intermedio alto, pero le costó más de 1.500 horas de clase y estudio, más otras mil horas de apuros en los pasillos de Zurich y Bruselas.

3. EL METÓDICO

«Pero para mí sí que es importante saber cuando usar *so* y cuando usar *such*».

Llevábamos más de una hora de comida y el eurodiputado español insistía de nuevo en que para él era importante saber matizar en inglés. A esto le respondí:

«Pero ¿cómo vas a poder matizar en mi idioma si no tienes ni pizca de confianza con el tiempo presente? Es un lujo pararte en estas consideraciones esotéricas. Aprende a expresarte con soltura y sin complejos, aunque des mil patadas al diccionario.»

Dominar el inglés exige tres habilidades totalmente diferentes: a) saber entender a la primera y en tiempo real los 70 millones de combinaciones y permutaciones gramaticales que cada nativo emplea, y dentro del peculiar acento y velocidad de expresión de cada uno; b) tener la confianza psicológica para expresarse en otro idioma, con todos sus vocablos raros y estructuras exóticas, sin perder seguridad en la presentación de los temas a pesar de ser consciente de los errores que uno está cometiendo en el proceso; y c) adquirir un nivel de precisión y agilidad con la estructura relevante del idioma para que la maleza gramatical del idioma no le entorpezca en exceso. Vimos todo esto en el primer capítulo de este libro, aquí lo quiero repetir, y lo volveré a repetir hasta la saciedad en posteriores capítulos: para un adulto español, el dominio de los entornos de comunicación en inglés pasa por

el oído y la confianza al hablar, no por la gramática. El punto c anterior es importante, pero es la tercera prioridad, y si usted la eleva a la primera en sus esquemas, va a marchitarse en un intento vitalicio de hacerse con un dominio quimérico, rancio e inútil.

Nunca olvidaré el caso de Conrado. Era el responsable de ingeniería de procesos de una empresa de fabricación de transmisiones y cajas de cambios. Tenía unos 40 años cuando fue mi alumno. Como tantos ingenieros, abordaba el inglés con calibrador, midiendo al milímetro las tolerancias de cada verbo y cada preposición. Cuando entraba en el aula, antes de acomodarse, se aseguraba de limpiar bien, pañuelo en la mano, el asiento elegido para sentarse. Analizaba con tanta ciencia cada palabra y expresión, que le enseñé la expresión inglesa *paralysis by analysis*. Para mí se quedaba tan paralizado en el estudio de cada árbol que jamás supo siquiera que había una preciosa colina al lado desde cuyo promontorio se veía todo el esplendor del frondoso bosque.

Son muchos los adjetivos positivos que podríamos aplicar a los metódicos como Conrado: analítico, ordenado, sistemático, preciso, detallado, concienzudo, cuidadoso, riguroso o esmerado. Pero también habría que admitir otros menos positivos que muchas veces los acompañan, como maniático, remilgado, quisquilloso, exquisito o melindroso. En el aprendizaje de idiomas, uno puede ser metódico y analítico siempre que recuerde que el 70% del tiempo ha de dedicarse al cultivo del oído y al fomento de la soltura. Como veremos más tarde en otro capítulo, Conrado insiste en pasar la vida en un simulador de vuelo, perfeccionando hasta la saciedad cada detalle del pilotaje. Si tras mil horas simulando tengo que subir con él en su primer vuelo libre, optaré por acompañar a otro, más echado para adelante, que tenga sólo diez horas de simulador pero otras diez volando de verdad.

Conrado el perfeccionista

Conrado insistía otra vez en lo mismo.
Con su actitud de siempre, de absoluto estoicismo:
«Hablaré inglés cuando lo haya aprendido;
y mientras, esperaré, ¿queda entendido?

»Necesito más clases y ampliar vocabulario;
necesito más gramática, un completo inventario.
No soy comunicador, como algunos, temerario;
soy cauto y huyo de cualquier escenario

donde me falte mi bloc y mi fiel diccionario
porque mi inglés todavía es bastante precario.

Me niego a hablar un inglés libertario,
ni a rayar por un momento un lenguaje estafalario.
Hablaré cual me visto, con el correcto vestuario;
por tanto sigamos con el clásico itinerario».

«Lo entiendo, señor, pero permítame un comentario,
de mejorar su inglés soy total partidario;
pero del inglés, don Conrado, no se haga presidiario,
porque así no llegará hasta ser octogenario.
El inglés no es como aprender el abecedario,
ni preparar un pliego para terminar adjudicatario.
Lo dijo Machado, ese poeta legendario,
andando se hace el camino necesario.

»Para el piloto novato es simulador y prácticas;
adquiere habilidades en un principio estáticas.
Si huye de volar insistiendo en simular,
podrá, si quiere, diez mil horas acumular;
pero sin horas de vuelo es aún principiante,
y ¿quién se ofrecerá como primer acompañante?

»Pero con sólo cien horas de simulador,
más otras cincuenta de aviador,
la cuestión ya es otra y habría bastantes
dispuestos a subir sin miedo ni calmantes;
porque saben que diez horas de aviador
equivalen a mil de simulador.

»Por lo tanto, Conrado, está bien hacer cursos,
pero con clases jamás obtendrá los recursos
que todos precisan para controlar el entorno
en otro idioma sin sufrir gran bochorno.

»Conozco un lugar sin pizarras ni clases,
donde dirá y oirá sesenta mil frases.
En sólo seis días, sin profes ni listas,
su inglés no será como los mejores lingüistas,
pero usted ya sabrá andar por el mundo
y cerrar mil contratos en un inglés bien rotundo».

«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar».

Antonio Machado lo sabía, y también cualquier persona que ha aprendido a resolver cuestiones importantes. El análisis excesivo no conduce a buenas soluciones. El inglés se aprende oyéndolo *y* hablándolo *y* el análisis estructural y gramatical jamás debe representar más de 20% del tiempo y esfuerzo invertidos.

Pero estas palabras siempre acaban por caer en oídos sordos. Por mucho que vuelva a insistir al alumno español en que la gramática no es la primera prioridad, al final me pide que vuelva a enseñarle los *countables & uncountables*, *some & any*, los condicionales y todas las demás formas y estructuras que desde los 13 años viene estudiando sin jamás lograr reproducirlas bien en la práctica.

Por lo tanto, escúcheme bien y no me tache de creído o arrogante. Lo que le digo a continuación no es una verdad a medias, es una verdad total:

1. Usted nunca va a hablar un inglés gramaticalmente correcto.
2. Siempre va a cometer errores.
3. Siempre va a tener un acento español.
4. Nunca va a estar satisfecho con su nivel oral.
5. Siempre va a pensar que necesita mejorar su dominio gramatical y fonético.

Son muchas las ocasiones en las que he querido literalmente estrangular a un alumno por su testarudez en este tema, la cual para mí es incomprensible ante el peso tremendo de los hechos. Son alumnos que llevan mil horas de clase acumuladas a lo largo de 15 años de estudio, y que siguen cometiendo dos errores gramaticales por frase hablada. Realizan una auténtica carnicería gramatical y fonética de mi idioma tras 17.000 correcciones sobre los mismos 300 errores básicos. Les digo que sean realistas y dejen la obsesión por la gramática para fomentar su oído y su nivel de confianza, pero se empeñan de nuevo en querer ver por enésima vez la diferencia entre los verbos *make* y *do*.

El colmo de los colmos... el momento en el que paré todo para intentar vencer al metódico, al analítico, y a los «don Conrados» del entorno, fue en el año 2002, cuando decidí añadir una larga carta adicional a las *Newsletters* que mi gente envía a los angloparlantes que vienen a España como voluntarios para «sacudir» a los españoles en largas sesiones maratonianas de parloteo en inglés. Me refiero a nuestro famoso producto formativo de nombre Vaughantown. He aquí la carta dirigida a los angloparlantes, traducida por un servidor:

Estimado amigo,

Conforme progresen los días durante el programa que van a realizar, es muy posible que sus nuevos amigos españoles le comenten ciertas cosas que usted comprenderá y con las cuales estará de acuerdo. Es más, puede que le digan cosas acerca de sus problemas de aprendizaje que usted considerará totalmente correctas y puede que, a su vez, usted nos sugiera, aquí en Vaughan Systems, que abordemos estas preocupaciones.

No tenemos intención alguna de abordarlas.

Perdóneme si parezco abrupto o poco educado. No es mi intención. Imagine que en vez de ser estudiantes de inglés, estos adultos españoles estuviesen esperando someterse a cirugía coronaria. Imagine que le dijeran: «¿Sabes una cosa? Creo de verdad que el cirujano haría mejor en realizar la intervención desde mi costado y no por medio de una incisión frontal». ¿Iría usted al cirujano para transmitirle esta preocupación o bien dejaría la decisión en manos del experto?

Nosotros en Vaughan Systems llevamos más de 30 años enseñando inglés a adultos españoles. Sabemos perfectamente sus limitaciones. Usted no. La mayoría de estos adultos tampoco son conscientes de sus limitaciones, a pesar de llevar años demostrándolas delante de sus profesores. Es posible que durante el programa que va a comenzar, le digan lo siguiente:

1.Necesito ampliar mi vocabulario. Necesito una clase de vocabulario.

Esto es cierto. Todos los adultos españoles necesitan ampliar su vocabulario. Sin embargo, la inmensa mayoría de ellos no lo harán nunca. No han invertido el tiempo necesario para ello en el pasado ni le dedicarán tiempo en el futuro. Ampliar vocabulario exige cientos de horas de lectura y audición. Internet ofrece a los españoles millones de páginas para la lectura y miles de horas para la audición. Sin embargo, menos del 1% de sus nuevos amigos españoles están dispuestos a sentarse delante de la pantalla y hacer el esfuerzo. Si hubieran hecho algo así en el pasado, lo más probable es que no necesitaran estar con usted en este programa. Tienen limitaciones debido al trabajo y a la familia que impiden que dediquen tiempo y esfuerzo a este tema. Y sin este tiempo y esfuerzo, jamás adquirirán un vocabulario amplio. En los seis días de programa en Vaughantown, podríamos ampliar su vocabulario un poco, pero no sería un uso muy óptimo del tiempo disponible.

2.Necesito mejorar mi pronunciación. Necesito una clase de fonética inglesa.

Esto es cierto. Casi todos los adultos españoles necesitan realizar mejoras importantes en su pronunciación del inglés. Sin embargo, necesitarían un mínimo de 200 horas de duro trabajo con un logopeda o profesor de dicción para conseguir solamente un 10% de mejora. Es muy poco realista pedir a los adultos que mejoren sustancialmente su pronunciación de un segundo idioma. Es algo extremadamente difícil de lograr. ¿Cuántos alemanes, italianos, turcos, peruanos o rusos en las Naciones Unidas de Nueva York pronuncian el inglés bien? No muchos. No obstante, les entendemos cuando hablan y les respetamos profesionalmente si lo que dicen en su pronunciación imperfecta es relevante o importante. En los seis días de Vaughantown, podríamos mejorar su pronunciación un poco, pero sería un burdo mal uso del tiempo disponible.

3. Necesito mejorar mi gramática. Necesito que me corrija mientras estoy aquí.

Si por casualidad el adulto español que le dice esto en Vaughantown es alumno mío personal, quiero saber su nombre, rango y número de serie, porque cuando vuelva del programa me ocuparé personalmente de cortarle la cabeza. ¡Cómo se atreve a decir esto cuando ya he corregido 5.000 veces sus errores gramaticales durante los dos últimos años! ¿Cree de verdad que en Vaughantown, de repente, por arte de magia, vamos a hacerle consciente de los cientos de errores que comete constantemente en inglés y eliminarlos sin más? Si dedicásemos cada una de las 80 horas de contacto en Vaughantown específicamente a erradicar sus errores y a hacerle más consciente de la buena gramática cuando habla, lograríamos la friolera de un 1 % de mejora en 80 horas. La mayoría de los españoles que usted conocerá en Vaughantown ya han recibido cientos de horas de clase de inglés, muchos desde los 14 años o antes. El que su inglés hablado esté repleto de errores gramaticales se debe al simple hecho de que no se toman el tiempo necesario para pensar en las estructuras antes de hablar. Hacen una total carnicería del idioma y llevan toda la vida haciéndola, a pesar de las centenas de horas de clase que han recibido y las miles de correcciones de sus profesores. La mayoría de los adultos españoles son incorregibles en este aspecto y el dedicar tiempo a reformular, por enésima vez, cómo se forma el presente perfecto y a practicar su uso es, pura y simplemente, malgastar el tiempo.

Ninguno de los problemas anteriores -problemas que todos los españoles sufren en diferentes grados- será abordado durante Vaughantown. ¡Dios quiera que no! Constituiría un terrible mal uso de tiempo y dinero para nuestros amigos españoles. Lo que les daremos es algo mucho más valioso y algo imposible de conseguir en España:

La experiencia en Vaughantown les dará lo que nadie les puede dar: 80 horas de inglés nativo sin parar; 80 horas de momentos de ansiedad en los que o nadan o se hunden; 80 horas luchando para hacerse entender; 80 horas luchando para entender lo que usted está intentando decirles.

Es precisamente de esta forma cómo se llega a dominar los idiomas, es decir, pasando por tantas situaciones incómodas y embarazosas que al final el alumno se espabila y aprende a sobrevivir con tino y eficacia.

Y por último, Vaughantown les dará lo que más necesita la mayoría de ellos: *un buen oído para el idioma*. Su profesor de inglés no puede darles esto. Y si adquieren un buen oído para el idioma, se sentirán más confiados en sí mismos en futuras situaciones de comunicación. Cuando uno entiende bien, se siente con el control del entorno de comunicación y se expresa mejor, incluso cuando su dominio de los aspectos hablados no sea perfecto.

Atentamente,

Richard Vaughan

El metódico. El analista. Contado el perfeccionista. El único beneficiario de este tipo de alumno soy yo y mis competidores. Les cobramos nuestros honorarios y a cambio les damos lo que quieren: reglas gramaticales y fonéticas.

4. EL INCONSCIENTE

Mr. Thompson: *Carlos, it's really good to see you again! How was your flight?*
Carlos: *Yes, yes, thank you.*
Mr. Thompson: *As you can see, our factory is in a small town here in northern England and there aren't too many hotels. We've put you up in the best one in town. Are you okay with your accommodations?*
Carlos: *Yes, yes, thank you.*
Mr. Thompson: *We've taken the liberty of bringing an interpreter into the meetings for this afternoon and tomorrow. I hope you don't mind.*
Carlos: *Yes, yes, thank you.*

El Sr. Thompson lo tiene claro. Carlos no tiene ni idea de inglés, a pesar de que en estas negociaciones está metiéndose en la boca del lobo creyendo que sí, algo bastante frecuente entre los directivos españoles. No paro de asombrarme del nú-

mero de españoles que creen estar entendiendo bien una reunión en inglés cuando en realidad no están captando ni el 20% de lo que se discute.

En cualquier situación importante de comunicación, un gran porcentaje de todo lo dicho contiene matices que uno debe forzosamente entender si quiere desenvolverse con eficacia. He aquí dos casos de flagrantes malentendidos con consecuencias peligrosas.

Abogado inglés:	<i>I hope you haven't overlooked anything concerning this matter.</i>
Abogado español:	<i>Yes, I have. In fact I have overlooked all the points.</i>
Abogado inglés:	<i>I'm sorry. I didn't understand you. What do you feel you've overlooked?</i>
Abogado español:	<i>I have overlooked everything.</i>

Menos mal que esta conversación tuvo lugar entre dos personas a solas. Ya se aclaró que *overlook* no es lo mismo que *look over*. El segundo verbo significa «repasar», lo que el abogado español había entendido, pero el primero significa «pasar por alto». El pobre abogado inglés estaba algo desconcertado tratando de comprender por qué su colega español afirmaba con tanta seguridad que había «pasado por alto» todos los puntos del asunto en cuestión.

A partir de ese momento y ya aclarado el malentendido, el abogado inglés decidió discutir los asuntos con un cuidado tremendo. Nunca sabía si su colega le estaba entendiendo del todo, lo cual enrarecía un poco el clima de las conversaciones. Sin embargo, el abogado español parecía totalmente despreocupado y ajeno al peligro evidente. Estaba convencido de que entendía todo.

El segundo caso de malentendido por culpa de los matices produjo un plantón en toda regla. Un ingeniero americano estaba de visita en Madrid y se alojaba en un hotel a una manzana del Paseo de la Castellana, la arteria norte-sur de la capital. El ingeniero español que servía de anfitrión insistió en recogerle por la mañana para llevarle a la fábrica y el americano le dijo lo siguiente:

I'll be on the sidewalk in front of Nuevos Ministerios.

A la mañana siguiente, el ingeniero americano estaba en la acera «delante» del gran complejo ministerial, esperando a su anfitrión, mientras que éste estaba impacientándose «enfrente» del mismo, a 150 metros de distancia, es decir, al otro lado del inmenso mar de coches que subía y bajaba en la hora punta. El español, al oír *in front of* había entendido que su colega estaría enfrente y no delante de Nuevos Ministerios.

Entiendo mucho, pero mi problema es hablar.

Conozco solamente dos casos en los que un adulto español entiende mejor que habla y uno de ellos es mi mujer. El que usted piense que entiende el inglés mejor

que lo habla le convierte en candidato para esta categoría de «inconsciente». Lo curioso de este término es que es el que más se acerca al término inglés *oblivious*, término que tiene muchos sinónimos en inglés y casi ninguno en español. También la palabra española «despreocupado» podría valer en algunos casos, pero ni ésta ni «inconsciente» transmiten realmente la idea. El adjetivo en cuestión se aplica a personas que van por la vida seguros de sí mismos a pesar de que hay un precipicio de mil metros de caída a tan sólo tres centímetros de su paso. Algunos lo ven y otros no. A los primeros les da igual, porque se creen invulnerables y los segundos ni siquiera se enteran del peligro mientras transitan por los campos de minas. Felipe fue uno de ellos. He aquí su historia.

La balada de don Felipe

Felipe quería pedir un ascenso,
quería respeto, buscaba consenso,
quería dinero, se creía experto,
y en ello se fue a hablar con Alberto.

Me manejo en todo,
resuelvo y arraso, soy listo... no bobo.
Solvento cada caso.

Me merezco más pasta
y un despacho con vistas.
Soy un tío con casta
y de las mentes más listas.

Con esto, Alberto, con un gesto sincero,
se echó para atrás en su silla de cuero.
Amigo Felipe, eres todo un tío,
pero te falta una cosa que nos causa un lío.
Tu inglés es de pena, es un hecho sabido,
y los tíos con casta son bilingües con brío.

Esta escena, a pesar de la exageración poética, está basada en un hecho real. Felipe tendría a la sazón unos 32 años. Era un joven inquieto y con mucho afán de superación. Dirigía una sección dentro de la filial de una empresa norteamericana de productos de perfumería. Se creía un fenómeno y, en cierta medida, lo era. Sin embargo, Alberto, veterano director de Recursos Humanos, le puso en su sitio, y Felipe pasó otros cuatro años en la casa antes de ser promocionado.

Harto de no encontrar su camino profesional, por culpa de su inglés y, durante sus primeros años, por culpa de creerse imprescindible, dejó la empresa y dedicó un año a resolver el tema del idioma. Se gastó 40.000 euros: 500 horas de clases particulares seguidas de tres meses en un campus universitario de Canadá estudiando aplicaciones informáticas, marketing y dirección internacional. Se codeaba a diario con unos 60 compañeros de clase, todos canadienses o norteamericanos. Hizo muchas amistades y convirtió las 500 horas teóricas de clase en una constante práctica en Canadá.

Ahora, nueve años más tarde, Felipe es el director general de una filial española de una aseguradora inglesa. Gana 14 veces más de lo que ganaba cuando trabajaba en la empresa de perfumería.

A los inconscientes, los despreocupados, los altaneros, los intocables, los perfectos, los inmortales y los invulnerables, lo único que puedo asegurarles es que van a hacer el ridículo en el mundo real si no se conciencian como nuestro amigo Felipe y agarran el toro por los cuernos. Una dosis de humildad de vez en cuando nos viene muy bien a todos, pero existe un segmento de los estudiantes de inglés en este país que necesitan ocho litros del jarabe.

5. EL POBRE INFELIZ

Profesor:	<i>Is this a book?</i>
Crescencio:	<i>Yess, iss.</i>
Profesor:	No... se dice <i>yes, it is</i> .
Crescencio:	<i>Iésss... iss.</i>
Profesor:	<i>Yes, it is.</i>
Crescencio:	<i>Iésss... iss.</i>
Profesor:	Vamos Crescencio. ¿No oyes <i>it is</i> ?
Crescencio:	Sí, creo que sí. A ver: <i>Iésss... iss.</i>
Profesor:	<i>IT IS.</i>
Crescencio:	<i>Iss.</i>

Crescencio era una persona entrañable. Tenía 53 años y era jefe de contabilidad en una empresa constructora de tamaño medio que acababa de ser adquirida por un grupo alemán. Cortés, amable y servicial, siempre tenía tiempo para todo el mundo. Era perito mercantil, una titulación que ha pasado a llamarse diplomado en empresariales. Profesionalmente, sólo sabía cotejar documentos contables, decidir sobre las imputaciones y preparar la información económica y fiscal. Hasta hacía un mes, su jefe, el director económico-financiero, había sido Mariano, un veterano contable que los nuevos dueños decidieron prejubilarse a los 60 años. Ahora su nuevo jefe se llamaba Dieter Fischer, un joven de 33 años que insistía en que todos sus subordinados directos tenían que aprender inglés.

<i>Crescencio, is this a book?</i>	<i>Iéss... íss.</i>
<i>Yes, it is.</i>	<i>Iéss... íss.</i>

Se le formaba sudor en el labio superior mientras intentaba emular los sonidos que yo producía y recordarlos después cuando quería que los reprodujera. En 53 años nunca había tenido que reproducir verbalmente ningún sonido que no proviniera del castellano de San Martín de Pusa, el pueblo toledano donde se había criado.

El segundo día de clase, Crescencio siguió la misma tónica. No lograba asimilar nada. Su nuevo jefe, que hablaba inglés, alemán, francés y español, no entendía cómo a Crescencio y a otros empleados les podía costar tanto.

Al inicio de la segunda semana, Crescencio ya era un serio lastre para el pequeño grupo de cuatro alumnos. Parecía ofuscado, aturdido. «No sé por qué tengo que aprender este idioma. He dedicado toda mi vida a hacer bien lo que sé hacer».

Amigo lector, si usted tiene grandes problemas a la hora de hacerse con la estructura del idioma y si no es crítico para su futuro resolver esta cuestión, entonces déjelo, olvídense del inglés y dedique su tiempo y esfuerzo a hacer lo mejor que pueda las cosas que ya domina o que puede llegar a dominar. Mientras que el «dento» se propone vencer un área del saber que le va a costar años de trabajo, el pobre infeliz lo acomete bien porque su jefe se lo exige o bien porque todos los demás lo están haciendo también. Al final, lo único que consigue es hacer el ridículo y sufrir un revés capaz de atentar contra su propia autoestima. No soy dado a sentir compasión por las personas, pero cuando veo a excelentes profesionales estrellarse tan estrepitosamente con el inglés, tengo ganas de darles una sesión psicológica de rearme moral, además de susurrarles «cura sana... cura sana...».

¿Moraleja? Si usted es adulto y no necesita el inglés, no intente aprenderlo a no ser que sea como afición personal.

6. EL INCANSABLE

Si entre todas las tipologías de estudiante que tenemos en la mesa del laboratorio, mezclamos el «bestia» con «el lento», añadiendo una pizca de «agudo y competente», tenemos lo que me gusta denominar «el incansable». Es un tanque Patton con ingenio, que nunca ha tenido que aprender un segundo idioma, y que cuando se da cuenta de la inmensidad de la labor que tiene por delante, pone todos los motores en marcha, con toma de fuerza y turbo-inyección, y escala... y escala... y escala. De la misma manera que los salmones, camino de sus orígenes para aparearse, los incansables navegan contra corriente, salvan obstáculos, sortean osos hambrientos y saltan cascadas. Son personas inteligentes ante un reto que en principio les supera. Pero lo consiguen. A lo mejor mueren tres profesores de inglés en el trayecto, pero el incansable finalmente llega a buen puerto con una sonrisa en la boca.

*The traffic is bumper to bumper.
The sky is overcast.*

Estas dos frases las decía varias veces todos los días mi buen amigo José, incansable aprendiz de inglés que, a sus 57 años, decidió que quería aprender el idioma. Militar y ex director de la Escuela de Artillería de Segovia, decidió, al hacerse cargo del departamento de repuestos de la filial española de una importante empresa norteamericana de maquinaria agrícola, el primer trabajo de su vida en el sector privado, que era su deber aprender inglés. Fui su primer y último profesor, testigo de una hazaña de aprendizaje que todavía me deja impresionado. Durante tres años observé cómo el puro tesón era al final suficiente para vencer cualquier obstáculo.

A sus 57 años, mi amigo José no sabía siquiera que la palabra *no* también significaba «no» en inglés. Es decir, sabía menos que *yes*. Lo primero que le enseñé fue *my name is José*. Le costó tres minutos conseguirlo. Pero un año más tarde ya decía con soltura que el tráfico estaba congestionado (*bumper to bumper*) o que el cielo estaba tapado de nubes (*overcast*). Repetía estas frases a diario junto con cien frases más. Cuando llegaban los alemanes de la oficina central europea en Mannheim, mi buen amigo José les dejaba perplejos y desconcertados ante una riada de frases hechas, correctísimas, que ni ellos mismos sabían que existían.

En español no tenía pelos en la lengua y conforme aprendía más y más inglés, su natural personalidad se iba manifestando. Le daba igual cometer fallos gramaticales o fonéticos. El caso era comunicarse y le encantaba estirar sus pocos conocimientos al límite. Una vez, en una reunión importante que se celebraba en un lujoso salón de un famoso hotel del centro de Madrid, con españoles, alemanes y norteamericanos, se levantó la sesión para que todos bajaran a comer y uno de los presentes descorrió las cortinas. Ante la sorpresa de todos, había comenzado a nevar copiosamente y mi buen amigo José, ante el silencio inicial de todos en sus miradas de asombro, dijo en voz alta y estridente:

GENTLEMEN, LOOK! IT IS SWIMMING!

Los colegas españoles prorrumpieron en carcajadas, pero a mi amigo José le daba igual. Le habían entendido a pesar de confundir la nieve con la natación.

He aquí la historia completa de mi amigo José, una historia triste, pero que nos eleva el espíritu.

Mi amigo José

My most memorable student, the best one of all,
Was a short little man with a moustache quite small.
He began his first class, a beginner at best,
At age 57, but with vigour and zest.

A professional soldier, artillery was his game,
And to annihilate English his immediate aim.
He was one meter fifty, but strong and robust,
And determined to fight, as success was a must.

The first thing he learned was «my name is José»,
And on hearing his accent I started to pray:
«Dear God, why on earth is this student for me?
I would rather be forced to give class to a tree».

But my patience is golden and my smile never-ending,
And I never get angry or sound condescending,
As a perfect professor I can well masquerade,
And my patience is vast when I know I'll be paid.

Every day for two years from eight-thirty to ten,
He repeated each structure again and again.
His military discipline and total devotion,
Pushed his progress beyond Newton's third law of motion.

In a year he could handle with relative ease
Routine situations of different degrees;
And in two years his level was more than enough
To negotiate contracts with more than one bluff.

In year number three I found something quite strange,
And I started to notice a troubling change;
His incredible progress began to subside,
And I saw there was something he wanted to hide.

Near the end of the year it was totally clear
That the effort and will of this army engineer,
Was unable to stop the steady decline
In his mastery of English... one year prior divine.

But his attendance was perfect and his effort supreme,
And his spirit persistent and his passion full-steam.
But his grammar was breaking and his memory spent,
And his progress was now in a spiralling descent.

Then one Sunday Julita, the wife of José,
Gave the news that her husband had just passed away.
He had left me a letter, which I still keep today,
The last letter written *by my* good friend, José.

«Dear teacher, I'm leaving without having paid
The debt that I owe for your holy crusade.
My last years were fun with the provocative *reto*
To master your language with your delightful *libreto*.

»If I'm reincarnated while you are still here,
I will send out detectives with electronic gear
To find you and bring you to teach me once more
With that method you use that I so much adore».

Al finalizar la primera clase de dos horas de durísimo trabajo oral para que José aprendiese a identificar en inglés un bolígrafo, una mesa, un teléfono, un libro y una silla, el compacto militar de un metro cincuenta se levantó y me dijo: «Es usted un buen profesor. Me ha gustado la clase. Creo que voy a aprender este idioma con usted. ¿Que tengo que hacer para mañana? ».

A partir de ese momento, mi amigo José progresó más rápidamente que el 99% de todos los alumnos que he tenido en mi vida, entre los que incluyo gente de todas las edades. No dejó de impresionarme durante los dos primeros años de su aprendizaje. Mis temores del primer día pronto desaparecieron dando paso a la admiración por el esfuerzo que hacía el artillero. Acribillaba a balazos el inglés. Con un acento turolense y la voz ronca y áspera típica de su edad y de su rango militar, fue repitiendo hasta la saciedad frase tras frase en inglés, desde la más sencilla hasta la más curiosa y complicada. El caso es que le encantaba el reto de aprender inglés, pero le encantaba más que nada porque tenía delante a un profesor al que respetaba y admiraba profesionalmente. Moraleja: el profesor lo es todo. Si es un mediocre, nadie aprende, a pesar de lo atractivo del tema. Si es un fenómeno, hasta los temas más complicados se hacen atractivos y el aprendizaje adquiere trayectorias sorprendentes.

Durante el tercer año de clase, mi amigo José contrajo una enfermedad que acabó con su vida. No me dijo nada pero sí percibí un cambio en su progreso. Al principio lo achacaba a su edad. Iba a cumplir los 60 años y yo pensaba que era lógico que la memoria empezara a fallarle, y que el gran esfuerzo que había hecho comenzase a pasarle factura. Pero al cabo de unos meses estaba claro que había algo más. Su dominio del inglés se resquebrajaba. Yo no decía nada. Me limitaba a seguir enseñándole lo mejor que sabía. Él no dejó en ningún momento de asistir a clase ni de estudiar. Más tarde supe que ya sabía que le quedaba poco tiempo pero le encantaba la clase y todavía le gustaba tener un reto en la vida, en este caso el inglés. Recuerdo perfectamente cómo a veces le regañaba por haber olvidado una estructura o por caer en el mismo error por enésima vez. Mi amigo José simplemente se disculpaba y seguía trabajando a tope.

Tras la muerte de José, su esposa me entregó una carta en la que el militar hablaba de mi «método» que tanto le había gustado. Pero se equivocaba. No fue mi método lo que le había gustado. Fue mi forma de enseñar, producto de la energía y pasión que aplico a todo lo que hago. Cualquier método de enseñanza en manos de un apasionado por la docencia, ya sea de inglés, de álgebra o de antropología, produce resultados sorprendentes en los alumnos. A la inversa, uno puede entregar el mejor método jamás diseñado, con espectáculo de luz y sonido, a un profesor del montón

y los alumnos seguirán con la apatía de siempre. Son los alumnos quienes aprenden, no el profesor, y compete a éste ser el catalizador de dicho aprendizaje. Cualquier tema es interesante y hasta fascinante cuando lo enseña un apasionado profesor capaz de conectar con los alumnos. Cuando un alumno da con un profesor así, el aprendizaje cambia de trayectoria y adquiere velocidades supersónicas. El alumno devora el área del saber en cuestión. Todo gira en torno al profesor y sólo los buenos profesores engendran a los incansables como nuestro amigo José.

Antonio era otro incansable. Famoso empresario español, decidió a sus 63 años aprender inglés, alegando por fin tener un poco de tiempo para ello. Su empresa facturaba más de 500 millones de euros, una cifra generada por el tesón abrasador del fundador y presidente, es decir, por el bueno de Antonio. A diferencia de su mujer, que se unía a él para las clases, Antonio parecía llevar anteojeras como los caballos y burros. Nada ni nadie le distraía de su camino cuando tenía un objetivo. Sólo veía de frente, enfrascado en su dura pelea con los verbos irregulares, mientras que su mujer, quien sabía bastante inglés, sugería formas elegantes en mi idioma para traducir a Rubén Darío:

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer.

Antonio no le hacía caso a su mujer, pero aprovechaba el momento para recordarle en voz alta que el verbo llorar en inglés es *to cry* y que es un verbo regular en el que la *i* griega se cambia a *i* latina al escribir la tercera persona del singular del tiempo presente o al conjugar el verbo en el pasado. Aquí los tienes a los dos, en sus actitudes dispares ante el inglés:

En dos años de seis horas semanales de clase, Antonio alcanzó y adelantó a su mujer. Su inglés era más rudo y primitivo que el de Terminator II, pero pudo por

fin hablar de tú a tú con el carísimo dentista sueco al que visitaba en Estocolmo para una renovación total de su dentadura. Su dedicación fue tal que varias veces le tuve que dar un nuevo libro de estudio porque el antiguo estaba hecho trizas de tanto manosearlo.

Los incansables suelen ser personas ya entradas en años que todavía se ilusionan por las cosas. El caso más radical fue el de un jubilado de Vigo que me enseñó un día las 400 páginas hechas a mano en las que había transcrito un mes entero de mis clases radiofónicas (60 horas). Ante mi asombro me dijo: «Tuve que grabar sus programas y oír cada uno al menos cinco veces para completarlo». Cuando quise hacer en la cabeza un cálculo de las horas totales de dedicación a la labor, el señor me atajó con el cálculo hecho: 300 horas.

No recomiendo que usted haga algo parecido, pero sí le advierto que, si no se cuenta entre los agudos y competentes del siguiente apartado de este capítulo, el aprender bien inglés le va a exigir una dedicación como la que realizan los incansables. Les tengo un respeto enorme y son los que me animan a seguir en esta profesión.

7. EL AGUDO Y COMPETENTE

Ágil, alerta, ingenioso, sagaz, espabilado, listo, inteligente, competitivo, perspicaz, hábil, astuto, certero y muy, pero muy competente en lo que se propone.

Hay dos tipos de personas que poseen las aptitudes que acabo de reseñar: los que no las casan con la actitud correcta y los que sí casan en feliz matrimonio actitud con aptitud. Pero ambos aprenden inglés con la misma rapidez y facilidad. Después unos suben hasta el olimpo y otros caen desangelados o nunca encuentran la felicidad personal en su éxito profesional.

En mi vida habré tenido como alumno a no más de cinco agudos y competentes. No me necesitan. Son personas que miran un problema o reto, registran en su cerebro su existencia y proceden, con implacable arte y ciencia, a resolverlo o superarlo. Voy a contar tres casos.

Miguel acababa de ser contratado como responsable de informática en una empresa norteamericana de piezas y componentes para la automoción. Sabía un poco de alemán por una estancia anterior de cuatro meses en Hannover, pero de inglés no sabía nada. Desde el primer minuto de la primera clase me sorprendió su capacidad para oír cada vocablo y reproducirlo oralmente. Prestaba tanta atención que su mirada casi me quemaba el iris. Miraba en particular mi boca y me pidió en

muchas ocasiones a lo largo de los primeros meses que repitiera las palabras para poder ver dónde ponía la lengua. En cuestiones de gramática, raramente cometía errores. Fue insólito. En un año llegó a un nivel ocho en la escala Vaughan, es decir, un nivel más que suficiente para todas las comunicaciones salvo las más críticas. Tuvo la suerte de tener que tratar en inglés más con alemanes que con nativos de habla inglesa, por lo que pudo desarrollar una capacidad hablada sin que el problema auditivo llegase a ser un problema importante.

Miguel tenía unos 32 años cuando le conocí y era de una familia de clase media baja. El hecho de que una empresa tan conocida le contratase para un puesto de importancia significó mucho para él, lo cual le impulsó a fusionar su inteligencia con su natural humildad, una combinación que siempre produce un vendaval de logros. Hoy sigue, a sus 58 años, dirigiendo el departamento de informática de la misma empresa, empleando el inglés a diario. No era ni es una persona ambiciosa, pero sí tremendamente inteligente.

Por cierto, dedicó también una media de 10 horas de estudio en casa cada semana.

Pascual ha sido el caso más increíble de progreso que he visto en mi vida. Cuando le conocí en 1978, tenía 25 años y trabajaba con desgana y cierto cinismo en el departamento de contabilidad de la filial española de una empresa inglesa. No tenía titulación universitaria ni secundaria y, para mayor colmo, nada más casarse y comprar, con su mujer, una pequeña explotación de conejos, perdió todos los conejos, 480 en total, por culpa de la pasteurellosis, una enfermedad muy contagiosa del aparato respiratorio capaz de diezmar a poblaciones enteras.

Con sus esperanzas de independencia laboral echadas por tierra, Pascual siguió cotejando facturas y realizando apuntes contables. Cuando la empresa quiso crear un programa extensivo de inglés para todos los empleados, Pascual fue incluido y comenzó conmigo como principiante, progresando a un ritmo algo lento y pesado, pero similar al de sus compañeros de clase.

Todo cambió unos siete meses más tarde cuando la dirección general de la empresa trasladó a la dirección financiera a un paladín del área comercial, un traslado curioso pero, a la postre, muy eficaz para la organización. Este nuevo alto mando, en un deseo de remozar y dinamizar el departamento, percibió en Pascual unas inquietudes que pensaba podía encauzar para su objetivo. Habló con él, le puso a cargo de dos empleados y le apuntó a un cursillo de tres días en contabilidad de costes.

En menos de un mes Pascual era la persona más intensa y competitiva de las 800 que trabajaban en la empresa. Su actitud ante el inglés cambió de la noche a la

mañana y, en cuestión de dos semanas, le subí de grupo a un nivel superior. Un año después, poseía un nivel 7 en la escala Vaughan (avanzado bajo) y realizaba, otra vez por iniciativa del director financiero, un máster ejecutivo en gestión económico-financiera por una de las tres escuelas de negocios más prestigiosas de España.

La última vez que hablé con Pascual fue hace tres meses. Es el director financiero de la misma empresa de antaño y, cuando nos vemos, deja cualquier cosa que esté haciendo para hacer juegos malabares lingüísticos conmigo. Me hace cinco preguntas por minuto sobre aspectos realmente expresivos del idioma inglés, estirando el uso del mismo hasta sus límites. Tiene más espontaneidad y dominio que incluso los profesionales daneses u holandeses. Es sin duda, una persona ágil, inteligente y tremendamente competente, pero hizo falta, en su momento, un estímulo, especial que sirviera de eficaz acicate para que desplegara toda la riqueza de su inteligencia latente. ¿Cuántos Pascuales hay en el mundo que no encuentran ese estímulo? Seguramente muchos.

Por último, está el caso curioso de Alberto. Por motivos que desconozco, logró introducirse en mi despacho para suplicar que le incluyera en el Master en inglés profesional de Vaughan Systems. Nuestro programa Master es un durísimo curso de 10 meses y 2.300 horas de contacto con el inglés que transforma a gente que posee ese sempiterno nivel medio bajo de inglés en personas perfectamente bilingües para la vida profesional. Pero Alberto era un principiante y mi gente, con razón, no podía admitirle en el programa.

Ante sus apasionadas súplicas, por fin llamé a mis lugartenientes y escuchamos sus promesas. Iba a trabajar el triple que los demás. Iba a demostrar que su rapidez podría compensar su falta de nivel.

En el fondo, soy un bonachón y blandengue y como tal doy el brazo a torcer y acepto cosas que otras personas rechazarían. Menos mal. De no ser así seguramente habría perdido la mitad de todas las grandes cosas que me han pasado en la vida.

Pero volviendo al tema, Alberto consiguió que le admitiéramos y su primera semana de 25 horas lectivas con cuatro compañeros de clase más fue divertida. Se quedó callado pero con los cinco sentidos alerta, respondiendo lo mejor que podía a las preguntas constantes de los profesores. Afortunadamente, siempre comenzamos de cero en el método Vaughan cuando se trata del Master en inglés profesional, por lo que Alberto pudo ocultar un poco su falta de conocimientos.

Al inicio del segundo mes de clase, con 100 horas lectivas consumidas y otras 120 horas de trabajo personal realizadas, verificadas y evaluadas, Alberto estaba ya al nivel, de sus compañeros. Tras el primer Vaughtantown en el tercer mes, ya les había superado y, al finalizar siete meses después las 890 horas de clase, las 1.030 horas de trabajo personal y los 24 días o 320 horas en Vaughtantown, Alberto poseía un nivel hablado, auditivo, escrito y de lectura comparable al de los mejores funcionarios de la Comunidad Europea en Bruselas. Ahora trabaja en una gran empresa húngara, vive en Budapest y dirige el aspecto logístico de la empresa para toda Europa. No habla español nunca en su trabajo, solamente inglés.

Por desgracia, he tenido pocas oportunidades de conocer a muchos agudos y competentes en mi quehacer profesional. Miguel, Pascual y Alberto son tres de un total de ocho o diez solamente. No es porque no existan. Seguramente hay muchos. Simplemente no me han necesitado para resolver el tema del inglés.

Cada vez que conozco a un español cuyo nivel de inglés me sorprende, siempre le pregunto: «¿Cómo has conseguido ese nivel?». Casi siempre me dicen que con unas cien horas de clase y ya está... que el dominio definitivo lo lograron en el día a día del curso profesional. Y les creo. Les creo porque veo en su semblante claros signos de agudeza intelectual y un ágil espíritu de competitividad.

Por lo tanto, cuando pregunto a los cuatro vientos que uno necesita entre mil y tres mil horas de dedicación para hacerse definitivamente con el idioma inglés, estoy dando por sentado que usted no se encuentra en esta categoría, de gente relativamente joven y de un modo de pensar y de actuar poco común. Yo tampoco estoy, puesto que tardé fácilmente tres mil horas en adquirir un buen dominio del castellano. Mi categoría es la de los incansables y espero que usted la comparta conmigo también, ya que si es de las demás categorías descritas en este capítulo, entonces lo va a tener muy duro si quiere hablar algún día bien el idioma inglés.

LA MUJER

Algunos, o seguramente algunas, se habrán percatado de que todos mis ejemplos han sido hasta ahora hombres. Ni una sola mujer figura entre los casos típicos o entre las anécdotas, salvo la mujer del gran empresario. Con todo, diría que el 40% de todos mis alumnos a lo largo de mi trayectoria profesional han sido mujeres. Sin embargo, curiosamente, no recuerdo a ninguna que pudiera destacar como ejemplo para establecer una tipología. El género femenino, al menos ante el inglés, exhibe una lectura más suave y neutra, mientras que el hombre tiende a rebotar de un extremo a otro del espectro psicológico humano. Recuerdo casos de mujeres realmente llamativos en su lucha a muerte con el inglés, pero su forma de ser se asemejaba más a la de un hombre que a la de una mujer. Dos de ellas eran directoras generales dentro de un ministerio público y la otra era la bella Elvira, preciosa flor de pétalos atrofiados. He aquí su interesante y triste historia.

El lamento de la bella Elvira

Es con mucho pesar que os cuento el cuento,
de cómo Elvira, mujer con talento,
se vio impotente y truncado su sueño,
y cómo su mundo terminó tan pequeño.

Elvira fue lista, más lista que ninguno,
de su clase fue siempre la número uno,
cursó un gran máster, el mejor del país,
y fue muy dulce, más dulce que el anís.

Encantaba a todos con magia y hechizo,
era guapa con ganas, con un aire castizo,
su intención era clara, quería conquistar
el mundo entero y a todos deslumbrar.

Su primera entrevista fue un fracaso rotundo,
el trabajo que quería más que nada en el mundo,
exigía el inglés, algo lógico y normal.
¿Y el inglés de Elvira?... ni escrito ni oral.

El jefe de selección, a pesar del hechizo,
contó que la empresa, de un grupo suizo,
buscaba gente con muchas cualidades
incluido el inglés para todas las actividades.

Elvira no creía lo que estaba pasando.
¿A qué estaba este tío, este jefe, jugando?
Rechazarla a ella, la número uno,
la más guapa, la más lista, mejor que ninguno.

Se fue furiosa pero nada herida,
no iba a sentirse ni triste ni abatida,
era muy aplicada, de verdad lo sabía,
y su cara y su cuerpo eran pura poesía.

Quería lucir energía y brillantez,
y se entregó con ganas y sin dejadez
a buscar un trabajo en una empresa de primera,
en una empresa boyante... en una empresa puntera.

Tenía una misión en la vida, lo sabía,
dejaría su huella con brío y osadía,
no por nada había tantos años estudiado,
para ver al final el camino agriado.

Seis entrevistas bastaron para que al final supiera,
que sin el inglés sólo quedaba barrendera.
Tras años de estudio, con nota brillante,
se enfrentaba a algo bien alarmante.

El inglés, el inglés, qué cruz, qué problema,
ahora el inglés suponía un dilema.
Sus colegios y profes no habían acertado,
y le habían legado un futuro complicado.

A las buenas empresas... a las más cotizadas,
les interesaban bien poco las notas laureadas.
Ni miraban los máster, ni las matrículas de honor,
porque sin el inglés, sólo quedaba soldador.

Asustada, Elvira acometió el inglés,
con vocablos tan raros que parecía japonés.
Con codos y tesón, se propuso vencer,
un idioma que pronto comenzó a aborrecer.

Al cabo de un mes le cambiaron de profesor,
y el nuevo, un pasota, con aires de seductor,
no tenía ni método ni sistema alguno,
ni cerebro más grande que un pincho moruno.

Seis meses más tarde, tras un cuarto intento,
Elvira empezaba a entonar un lamento.
Las clases, las notas, el sistema educativo
le habían deparado muy poco positivo.

Diferenciarse en los estudios no abría las puertas,
con diferenciarse en el inglés llovían las ofertas,
ni sus colegios ni su facultad le habían avisado,
que sin el inglés estaba todo desolado.

Durante diez años Elvira asistía
a clases de inglés con creciente apatía.
No era capaz de rematar la faena,
y sentía como si fuera una fuerte cadena.

Consiguió un trabajo como responsable de cuenta,
en una empresa nacional dedicada a la venta
de productos del hogar con sede en Alicante
y un futuro para ella muy poco excitante.

Estaba asqueada y quería culpar
a terceros por su destino, un destino tan vulgar;
con pocas aspiraciones y su belleza ajada,
decidió emprender una santa cruzada.

Decidió atacar el sistema educativo,
un sistema para ella tan poco efectivo,
la emprendió con sus padres, los pobres señores,
con sus maestros y profes, con sus antiguos tutores.

Todos, para ella, la habían fallado,
eran todos miopes, habían estropeado
el futuro de ella por ser ignorantes
de lo que el mundo demanda a los mejores aspirantes.

Elvira, Elvira, la culpa es de muchos,
pero elegiste tú mal también los cartuchos,
existe solamente una bala de interés,
esa bala, querida mía, esa bala es el inglés.

Perdiste el tren, ya es tarde mujer,
y de clases y más clases te debes abstener,
pero tienes dos hijos, criaturas impolutas,
que absorben al vuelo cosas grandes y diminutas.

Desconfía del colegio y de los dictados del Ministerio
no sometas a tus hijos a tu mismo cautiverio.
Empieza ahora a dotarles del idioma
que les abrirá las puertas aunque les falte diploma.

No confíes en los demás para resolver tu problema
ni en el estado ni en el sistema para solventar cada tema.
Ya ves lo que pasa cuando sigues las pautas
de los sistemas educativos que no saben ni flautas
sobre cómo entregar a la vida real
expertos preparados con bagaje profesional.

Conocí a Elvira en 1980 cuando vino a mi empresa para realizar prácticas. Tendría unos 22 años en ese momento y estaba en el último año de ICADE. Era una joven espabilada y lista y me extrañó que no supiera nada de inglés. Se lo advertí y ella estaba de acuerdo en que tenía que abordar este tema, pero su primera prioridad era terminar la carrera y, acto seguido, realizar uno de los másters más famosos de España, lo cual requería que se trasladara dos años a Barcelona. Después de sus cuatro meses de prácticas en mi empresa, seguimos en contacto y, como se había propuesto, fue a Barcelona y, dos años más tarde, terminó con éxito el máster en cuestión. Conoció a un joven de Alicante, compañero de curso, y se hicieron novios. Decidieron afincarse en Cataluña y Elvira, ya preparada en todos los aspectos, se propuso forjar una vida profesional en la Ciudad Condal. Estaba convencida de que sabría trasladar los éxitos académicos al mundo profesional.

En el poema, exagero su reacción tras su primera entrevista de trabajo. Se trataba de una empresa famosísima en todo el mundo, cuya filial española tiene su sede en Barcelona. El consejero delegado de la misma había dado una charla hacia el final del segundo año del máster que Elvira cursaba. Tras la charla, se conocieron y él la animó a tomar contacto con la empresa. Lo que ella no le dijo -tampoco se le ocurrió- era que no sabía inglés. Hablaron del área de marketing, algo que le interesaba en especial a Elvira, que pensaba que sería un sueño hecho realidad entrar en el departamento de marketing de la empresa número uno del mundo en su sector. Toda su vida había sido una sucesión de éxitos académicos y ahora iba a comenzar la cadena de éxitos en la vida profesional. Sin embargo, fue rechazada de plano en la primera entrevista por su falta de inglés. Tenía 24 años y había experimentado su primer contratiempo. A pesar de todo, mantuvo una actitud muy buena.

Aunque estaba acostumbrada a tener éxito en todo lo que emprendía, Elvira tenía suficiente humildad como para darse cuenta de que uno no puede ganar siempre. Pero, en mi opinión, estaba cometiendo su segundo error, que consistía en seguir buscando trabajo sabiendo que no se manejaba en absoluto en inglés. Debería haber parado todo para volcarse en el estudio del idioma, como se había volcado antes en su vida académica. Ahora tenía que dedicar el mismo tiempo y esfuerzo al inglés que había dedicado durante dos años al máster en dirección de empresas. Pero retrocediendo, su primer error fue no posponer el máster hasta después de resolver el tema del inglés. Es mejor siempre aplazar este tipo de estudios hasta los 28 ó 30 años, cuando uno posee más experiencia y más madurez. En cambio, el inglés, cuanto más se pospone, más difícil se hace.

Las empresas usan el inglés como primera criba, porque esto les permite quitar de en medio al 80% de los candidatos sin tener que citarles para pruebas psicotécnicas ni primeras entrevistas. Si alguien dice en su currículum «nivel medio» o menos, está descartado, incluso si tiene notas sobresalientes en la carrera. Otro aspecto que he observado y que me disgusta, es que muchas empresas, sin darse cuenta, conceden demasiada importancia al inglés. Si entra en un proceso de selección un joven con un inglés impecable, parece que a la empresa se le ciega el raciocinio, al menos a los responsables de área. Los de Recursos Humanos son más avezados y saben reconocer la existencia o no de otras cualidades. Sin embargo, éstos seleccionan para otros jefes y éstos, cuando se enteran de que hay algún candidato con un inglés excelente, insisten a veces en que sea el elegido. Un buen dominio del inglés abre muchas puertas en el mercado laboral y profesional español.

Y ahora nuestra pobre Elvira se ha dado cuenta de que, sin inglés, todo su bagaje educativo vale mucho menos de lo que pensaba. Ahora le toca un trago amargo: comenzar en serio, a los 26 años, a aprender inglés, un idioma de raíz germánica, lleno de sonidos y formas gramaticales muy alejados de la lógica latina. Lo que es peor, al igual que tantos españoles ante la imperiosa necesidad de aprender inglés, Elvira no está muy instruida en cómo abordar el tema. ¿Clases? ¿Cursos intensivos? ¿Una estancia en Inglaterra? ¿Un profesor particular? Está desorientada, pero elige y pone todo de su parte, como siempre. Pero el inglés no es como el álgebra o la historia o el análisis macroeconómico. Es algo dinámico que no tiene validez si uno no sabe manejar los 70 millones de combinaciones y permutaciones que los mil vocablos admiten (además de entender acentos de todos los colores). Al final, Elvira se da cuenta de lo difícil que es la tarea y empieza a buscar culpables, pero le puedo ahorrar el esfuerzo. En España los culpables de su mal son tres: el sistema educativo, sus padres y ella misma.

El sistema educativo tiene 20 años para resolver esta carencia formativa, desde los tres hasta los 23 años, y ni siquiera se acerca a una solución. Más bien empeora la situación, dejando a los estudiantes a merced de las academias privadas. Los padres de Elvira habrían hecho bien en saber lo que su hija iba a necesitar en la vida para poder desarrollarse profesionalmente con libertad. Hoy en día son cada vez más los padres que se preocupan por este tema, pero les cuesta mucho dinero suplir la incapacidad del sistema educativo. Sin embargo, la principal culpable en toda esta triste historia es Elvira misma. A partir de los 15 años, la chica seguramente sabía que el inglés era importante. Muchos jóvenes tienen poco interés a ciertas edades por dotarse de las habilidades esenciales para el éxito. Otros, como Elvira, simplemente son miopes.

CAPÍTULO 5

EL IDIOMA INGLÉS ¿EN QUÉ CONSISTE?

¡Vaya pregunta! ¿De verdad pretendo en un solo capítulo desplegar delante de usted un idioma tan inmenso, rico y variado como es el inglés? Pues no sólo eso, voy a intentar hacerlo en menos de 25 páginas.

En primer lugar, el inglés, como cualquier idioma, abarca cuatro habilidades muy distintas entre sí:

Expresión oral - Comprensión auditiva - Lectura - Escritura

Siempre recomiendo que se aborde un nuevo idioma en el orden que acabo de reseñar, pero con una salvedad: la expresión oral tiene dos fases, una primera de aprendizaje y consolidación activa de la gramática más básica y, más adelante, una tercera fase después de resolver, como fase segunda, la comprensión auditiva y la confianza al hablar, aspecto éste último más psicológico que lingüístico.

FASE 2

FASE 1

Consolidación oral
de la mecánica básica
del idioma

Hacer oído y aniquilar

el sentido del ridículo

FASE 3

Ajustar, afinar, perfeccionar
y pulir la calidad
de la expresión

Para un adolescente o adulto, el dominio del inglés hablado o, como lo denomino aquí, la expresión oral, pasa necesariamente por las tres fases representadas en el gráfico de la página anterior.

La fase 3 no es necesaria si usted sólo aspira a mantener el tipo en situaciones rutinarias de comunicación. Pero si también precisa un nivel de dominio para situaciones comprometidas, entonces cuanto más pueda transitar por la fase 3, mejor.

Las fases 1 y 3 requieren la presencia de un excelente profesor capaz de llevarle con cariño y firmeza a través de la densa jungla del inglés. Sin embargo, al finalizar la primera fase, es imperativo que usted abra la ventana y tire fuera, despiadadamente, al profesor y su método. Esta segunda fase, la más importante de las tres, exige forzosamente tragar agua, pasar apuros, sentir pánico y recibir golpes. La presencia de un profesor, aunque sea el mejor pedagogo del mundo, es como volver a poner, de repente, un suelo poco profundo inmediatamente debajo del aprendiz de natación cuando lo que necesita, precisamente, es perderle el miedo al agua.

La zona central del cuadro anterior tiene aproximadamente 20 cm². Las zonas visibles de las fases 1 y 3 sólo cubren 4 cm². En otras palabras, si usted quiere aprender inglés bien, pero esquivando la parte dura y poco lógica y analítica de la fase 2, entonces va a tener que transitar durante años, con profesor y método, poniendo miles de puntos sobre miles de «ies» en un esfuerzo baldío, que desembocará en la falta de eficacia comunicativa. El profesor de Contado «el perfeccionista» me puede ratificar en esto.

Dicho lo anterior, permítame entonces presentarle el inglés que usted necesitará para la fase primera y para el 90% de la fase tercera. Este capítulo presenta, a partir de este momento, todo el inglés que uno necesitará para expresarse bien oralmente. No vamos a entrar en lo escrito ni en la comprensión auditiva ni en el inglés que uno necesitaría para leer todo tipo de escritos. Vamos a ver la mecánica necesaria para hablar bien inglés. El orden que uso se basa en la prioridad, no en el orden de aprendizaje.

1. EL VERBO *TO BE* O «EL REY SOL»

Este verbo significa «ser» o «estar» y le parecerá increíble pero de todos los verbos que empleamos en el día a día, la friolera del 30% de todos es algún derivado del verbo *to be*. Es decir, con sólo dominar de cabo a rabo este verbo, usted ya tendría un tercio del idioma inglés aprendido, al menos en su aspecto gramatical. De momento no quiero que intente aprender a manejar con destreza los cambios estructurales del verbo *to be* según el tiempo o la persona del verbo. Lo único que quiero es que se fije en las 120 formas expuestas y lea lo que le digo al final.

Presente afirmativo

*I'm
you're
he's
she's
it's
we're
they're*

Presente negativo

*I'm not
you're not
he's not
she's not
it's not
we're not
they're not*

Presente interrogativo

*am I?
are you?
is he?
is she?
is it?
are we?
are they?*

Pasado afirmativo

*I was
you were
he was
she was
it was
we were
they were*

Pasado negativo

*I wasn't
you weren't
he wasn't
she wasn't
it wasn't
we weren't
they weren't*

Pasado interrogativo

*was I?
were you?
was he?
was she?
was it?
were we?
were they?*

Futuro afirmativo

*I'll be
you'll be
he'll be
she'll be
it'll be
we'll be
they'll be*

Futuro negativo

*I won't be
you won't be
he won't be
she won't be
it won't be
we won't be
they won't be*

Futuro interrogativo

*will I be?
will you be?
will he be?
will she be?
will it be?
will we be?
will they be?*

Presente perfecto afirmativo

*I've been
you've been
he's been
she's been
it's been
we've been
they've been*

Presente perfecto negativo

*I haven't been
you haven't been
he hasn't been
she hasn't been
it hasn't been
we haven't been
they haven't been*

Presente perfecto interrogativo

*have I been?
have you been?
has he been?
has she been?
has it been?
have we been?
have they been?*

Condicional afirmativo

*I' d be
You' d be
he'd be
she'd be
it would be
we'd be
they'd be*

Condicional negativo

*I wouldn't be
you wouldn't be
he wouldn't be
she wouldn't be
it wouldn't be
we wouldn't be
they wouldn't be*

Condicional interrogativo

*would I be?
would you be?
would he be?
would she be?
would it be?
would we be?
would they be?*

**El verbo «poder».
Presente afirmativo**

*I can be
you can be
he can be
she can be
it can be
we can be
they can be*

**El verbo «poder».
Presente negativo**

*I can't be
you can't be
he can't be
she can't be
it can't be
we can't be
they can't be*

**El verbo «poder».
Presente interrogativo**

*can I be?
can you be?
can he be?
can she be?
can it be?
can we be?
can they be?*

**Condicional afirmativo
del verbo «poder»**

*I could be
you could be
he could be
she could be
it could be
we could be
they could be*

**Condicional negativo
del verbo «poder»**

*I couldn't be
you couldn't be
he couldn't be
she couldn't be
it couldn't be
we couldn't be
they couldn't be*

**Condicional interrogativo
del verbo «poder»**

*could I be?
could you be?
could he be?
could she be?
could it be?
could we be?
could they be?*

Recomendación afirmativa

*I should be
you should be
he should be
she should be
it should be
we should be
they should be*

Recomendación negativa

*I shouldn't be
you shouldn't be
he shouldn't be
she shouldn't be
it shouldn't be
we shouldn't be
they shouldn't be*

Recomendación interrogativa

*should I be?
should you be?
should he be?
should she be?
should it be?
should we be?
should they be?*

**Posibilidad presente 1
afinnativa**

*I may be
you may be
he may be
she may be
it may be
we may be
they may be*

**Posibilidad presente 1
negativa**

*I may not be
you may not be
he may not be
she may not be
it may not be
we may not be
they may not be*

**Posibilidad presente 1
interrogativa**

No se usa en interrogativa

**Posibilidad presente 2
afirmativa**

*I might be
you might be
he might be
she might be
it might be
we might be
they might be*

**Posibilidad presente 2
negativa**

*I might not be
you might not be
he might not be
she might not be
it might not be
we might not be
they might not be*

**Posibilidad presente 2
interrogativa**

No se usa en interrogativa

Pluscuamperfecto afirmativo

*I'd been
you'd been
he'd been
she'd been
it had been
we'd been
they'd been*

Pluscuamperfecto negativo

*I hadn't been
you hadn't been
he hadn't been
she hadn't been
it hadn't been
we hadn't been
they hadn't been*

Pluscuamperfecto interrogativo

*had I been?
had you been?
had he been?
had she been?
had it been?
had we been?
had they been?*

**Condicional pasado
afirmativo de «poder»**

*I could've been
you could've been
he could've been
she could've been
it could've been
we could've been
they could've been*

**Condicional pasado
negativo de «poder»**

*I couldn't have been
you couldn't have been
he couldn't have been
she couldn't have been
it couldn't have been
we couldn't have been
they couldn't have been*

**Condicional pasado
interrogativo de «poder»**

*could I have been?
could you have been?
could he have been?
could she have been?
could it have been?
could we have been?
could they have been?*

Recomendación pasada afirmativa

*I shouldn't been
you shouldn't been
he shouldn't been
she shouldn't been
it shouldn't been
we shouldn't been
they shouldn't been*

Recomendación pasado negativa

*I shouldn't have been
you shouldn't have been
he shouldn't have been
she shouldn't have been
it shouldn't have been
we shouldn't have been
they shouldn't have been*

Recomendación pasada interrogativa

*should I have been?
should you have been?
should he have been?
should she have been?
should it have been?
should we have been?
should they have been?*

Posibilidad 1 pasada afirmativa

*I may have been
you may have been
he may have been
she may have been

it may have been
we may have been
they may have been*

Posibilidad 1 pasada negativa

*I may not have been
you may not have been
he may not have been
she may not have been

it may not have been
we may not have been
they may not have been*

Posibilidad 1 pasada interrogativa

No se usa en interrogativo

Posibilidad 2 pasada afirmativa

*I might have been
you might have been
he might have been
she might have been

it might have been
we might have been
they might have been*

Posibilidad 2 pasada negativa

*I might not have been
you might not have been
he might not have been
she might not have been

it might not have been
we might not have been
they might not have been*

Posibilidad 2 pasada interrogativa

No se usa en interrogativo

Imperativo afirmativo

Be

Imperativo negativo

Don't be

There + to be (haber)

En español	Afirmativa	Negativa	Interrogativa
Hay (sing.)	<i>there is</i>	<i>there isn't</i>	<i>is there?</i>
Hay (plur.)	<i>there are</i>	<i>there aren't</i>	<i>are there?</i>
Había (sing.)	<i>there was</i>	<i>there wasn't</i>	<i>was there?</i>
Había (plur.)	<i>there were</i>	<i>there weren't</i>	<i>were there?</i>
Habrà	<i>there will be</i>	<i>there won't be</i>	<i>will there be?</i>
Va a haber (sing.)	<i>there cgoing to be</i>	<i>there isn'tgoing to be</i>	<i>is there going to be?</i>
Va a habar (plur.)	<i>there are going to be</i>	<i>there aren't going to be</i>	<i>are there going to be?</i>
Ha habido (sing.)	<i>there's been</i>	<i>there hasn't been</i>	<i>has there been?</i>
Ha habido (plur.)	<i>there have been</i>	<i>there haven't been</i>	<i>have there been?</i>
Puede haber	<i>there can be</i>	<i>there can't be</i>	<i>can there be?</i>
Podría haber	<i>there could be</i>	<i>there couldn't be</i>	<i>could there be?</i>
Debería haber	<i>there should be</i>	<i>there shouldn't be</i>	<i>should there be?</i>
Debe de haber	<i>there must be</i>	<i>there mustn't be</i>	<i>must there be?</i>
Puede que haya	<i>there may be</i>	<i>there may not be</i>	
Puede que haya	<i>there might be</i>	<i>there might not be</i>	
Había habido	<i>there had been</i>	<i>there hadn't been</i>	<i>Had there been?</i>
Podría haber habido	<i>there could've been</i>	<i>there couldn't have been</i>	<i>could there have been?</i>
Debería haber habido	<i>there should've been</i>	<i>there shouldn't have been</i>	<i>should there have been?</i>
Debía de haber habido	<i>there must have been</i>	<i>there mustn't have been</i>	<i>must there have been?</i>
Puede que haya habido	<i>there may have been</i>	<i>there may not have been</i>	
Puede que haya habido	<i>there might have been</i>	<i>there might have been</i>	

Acaba usted de ver un solo verbo y otras 37 palabras estructurales diferentes, pero para ponerlos en práctica ha visto que debe manejar con destreza 335 formas gramaticales distintas. Ahora espero que entienda mi enfado cuando oigo por las ondas radiofónicas a un señor de acento mexicano afirmando que con mil palabras usted aprenderá inglés. Entenderá el porqué de mi exasperación cuando otra empresa, esta vez española, le promete aprender inglés en sólo seis meses y sin dolor. Ganan mucho dinero aprovechando la obsesión en España por encontrar una solución indolora al inglés. Venden aire pero son avezados encantadores de serpientes.

Ahora que hemos establecido que el verbo *to be* es el Rey Sol del idioma inglés, pasemos a conocer su círculo más íntimo y poderoso de leales vasallos, sus lugartenientes, los cuales en su conjunto representan otro 30% de todas las incidencias verbales en inglés.

2. «EL GOBIERNO»

- | | | |
|-------------------|-------------------|--------------------|
| 1. <i>to go</i> | 5. <i>to get</i> | 9. <i>to think</i> |
| 2. <i>to have</i> | 6. <i>to know</i> | 10. <i>to come</i> |
| 3. <i>to want</i> | 7. <i>to give</i> | 11. <i>to like</i> |
| 4. <i>to do</i> | 8. <i>to make</i> | 12. <i>to need</i> |

Cada uno de estos 12 verbos admite 275 variaciones, sumando entre todos 3.300 formas diferentes. Si incluyéramos las variaciones adicionales por culpa de las preposiciones (*phrasal verbs*), las 3.300 formas se convertirían en 23.000. Si usted consigue saberlos conjugar (sin preocuparse de momento de las preposiciones), habrá cubierto, junto con el verbo *to be*, el 60% de toda aparición de verbo en el lenguaje común hablado.

3. «EL PARLAMENTO»

El grupo de verbos que verá a continuación nos lleva a cubrir aproximadamente el 80% de todo uso del verbo en el lenguaje cotidiano. Al igual que sus colegas anteriores, son pocos, en este caso 45, pero admiten más de mil variaciones que suman fácilmente 7.000 formas diferentes en su conjunto. Si, como antes, quisiéramos complicar el panorama acoplando preposiciones a los 34 verbos que acepten modificaciones en su significado por este motivo, sobrepasaríamos las 50.000 posibilidades diferentes.

- | | | |
|----------------------|----------------------|----------------------|
| 1. <i>to leave</i> | 16. <i>to hope</i> | 31. <i>to plan</i> |
| 2. <i>to see</i> | 17. <i>to look</i> | 32. <i>to play</i> |
| 3. <i>to put</i> | 18. <i>to work</i> | 33. <i>to seem</i> |
| 4. <i>to say</i> | 19. <i>to start</i> | 34. <i>to show</i> |
| 5. <i>to tell</i> | 20. <i>to finish</i> | 35. <i>to try</i> |
| 6. <i>to see</i> | 21. <i>to wait</i> | 36. <i>to help</i> |
| 7. <i>to speak</i> | 22. <i>to bring</i> | 37. <i>to miss</i> |
| 8. <i>to talk</i> | 23. <i>to catch</i> | 38. <i>to pick</i> |
| 9. <i>to take</i> | 24. <i>to feel</i> | 39. <i>to stop</i> |
| 10. <i>to hear</i> | 25. <i>to find</i> | 40. <i>to wish</i> |
| 11. <i>to call</i> | 26. <i>to keep</i> | 41. <i>to last</i> |
| 12. <i>to listen</i> | 27. <i>to let</i> | 42. <i>to set</i> |
| 13. <i>to stay</i> | 28. <i>to mean</i> | 43. <i>to lose</i> |
| 14. <i>to use</i> | 29. <i>to run</i> | 44. <i>to fall</i> |
| 15. <i>to ask</i> | 30. <i>to move</i> | 45. <i>to expect</i> |

4. «LOS SUBSECRETARIOS»

El siguiente grupo se compone de verbos hartamente conocidos e importantes pero de cuarta categoría si usted quiere priorizar en su aprendizaje y consolidación de los mismos. Estos verbos cubrirán seguramente otro 10%, con lo cual si usted puede llegar a dominar su conjugación en todos los tiempos verbales importantes, cubrirá el 90% de toda aparición de verbo en el inglés del día a día. No quiero asustarle, pero estos verbos, al igual que los anteriores, admiten variaciones para todos los gustos, llegando, si me apura, a más de 60.000 combinaciones. Recuerde que solamente el verbo *to be* da lugar a más de 330 variaciones independientes.

- | | | |
|-------------------------|-----------------------|-----------------------|
| 1. <i>to begin</i> | 21. <i>to drive</i> | 41. <i>to pull</i> |
| 2. <i>to buy</i> | 22. <i>to become</i> | 42. <i>to close</i> |
| 3. <i>to write</i> | 23. <i>to arrive</i> | 43. <i>to open</i> |
| 4. <i>to understand</i> | 24. <i>to believe</i> | 44. <i>to serve</i> |
| 5. <i>to stand</i> | 25. <i>to pass</i> | 45. <i>to build</i> |
| 6. <i>to sit</i> | 26. <i>to push</i> | 46. <i>To fly</i> |
| 7. <i>to pay</i> | 27. <i>to reach</i> | 47. <i>to steal</i> |
| 8. <i>to win</i> | 28. <i>to walk</i> | 48. <i>to shut</i> |
| 9. <i>to spend</i> | 29. <i>to watch</i> | 49. <i>to send</i> |
| 10. <i>to meet</i> | 30. <i>to count</i> | 50. <i>to sell</i> |
| 11. <i>to read</i> | 31. <i>to waste</i> | 51. <i>to cut</i> |
| 12. <i>to forget</i> | 32. <i>to point</i> | 52. <i>to grow</i> |
| 13. <i>to eat</i> | 33. <i>to own</i> | 53. <i>to quit</i> |
| 14. <i>to drink</i> | 34. <i>to study</i> | 54. <i>to receive</i> |
| 15. <i>to cost</i> | 35. <i>to worry</i> | 55. <i>to change</i> |
| 16. <i>to break</i> | 36. <i>to happen</i> | 56. <i>to carry</i> |
| 17. <i>to sleep</i> | 37. <i>to explain</i> | 57. <i>to promise</i> |
| 18. <i>to throw</i> | 38. <i>to check</i> | 58. <i>to rest</i> |
| 19. <i>to teach</i> | 39. <i>to answer</i> | 59. <i>to depend</i> |
| 20. <i>to fight</i> | 40. <i>to prepare</i> | 60. <i>to copy</i> |

5. «LOS ALTOS FUNCIONARIOS»

He aquí 75 verbos más que considero importantes, verbos que calculo, junto con los anteriores, completan el 95% de todos los verbos que se oyen o se dicen en el

Día a día en inglés. Cada uno de los verbos a continuación, «dos altos funcionarios», se usa, en términos generales, desde una vez al día hasta una vez por semana. Con esta lista de 75 ya tenemos, en total, 193 verbos. ¿Cree usted que puede aprenderlos todos? Seguramente me dirá: «Pero todos estos verbos ya me los sé». Y yo responderé: «Pues no, no se sabe ni cinco de ellos». ¿Quién tiene razón, usted o yo? Debatámoslo después de ver la lista.

- | | | |
|------------------------|------------------------|---------------------------|
| 1. <i>to agree</i> | 26. <i>to love</i> | 51. <i>to live</i> |
| 2. <i>to park</i> | 27. <i>to hate</i> | 52. <i>to offer</i> |
| 3. <i>to jump</i> | 28. <i>to act</i> | 53. <i>to prefer</i> |
| 4. <i>to avoid</i> | 29. <i>to appear</i> | 54. <i>to die</i> |
| 5. <i>to ring</i> | 30. <i>to invent</i> | 55. <i>to follow</i> |
| 6. <i>to wear</i> | 31. <i>to retire</i> | 56. <i>to earn</i> |
| 7. <i>to lead</i> | 32. <i>to save</i> | 57. <i>to treat</i> |
| 8. <i>to hurt</i> | 33. <i>to continue</i> | 58. <i>to print</i> |
| 9. <i>to accept</i> | 34. <i>to contact</i> | 59. <i>to decide</i> |
| 10. <i>to hold</i> | 35. <i>to create</i> | 60. <i>to exist</i> |
| 11. <i>to deal</i> | 36. <i>to face</i> | 61. <i>to join</i> |
| 12. <i>to lend</i> | 37. <i>to raise</i> | 62. <i>to gain</i> |
| 13. <i>to borrow</i> | 38. <i>to rain</i> | 63. <i>to enjoy</i> |
| 14. <i>to rise</i> | 39. <i>to snow</i> | 64. <i>to eliminate</i> |
| 15. <i>to choose</i> | 40. <i>to notice</i> | 65. <i>to expand</i> |
| 16. <i>to belong</i> | 41. <i>to wash</i> | 66. <i>to attend</i> |
| 17. <i>to blow</i> | 42. <i>to attract</i> | 67. <i>to land</i> |
| 18. <i>to cook</i> | 43. <i>to rent</i> | 68. <i>to include</i> |
| 19. <i>to allow</i> | 44. <i>to shout</i> | 69. <i>to insist</i> |
| 20. <i>to cross</i> | 45. <i>to clean</i> | 70. <i>to advise</i> |
| 21. <i>to progress</i> | 46. <i>to smile</i> | 71. <i>to communicate</i> |
| 22. <i>to add</i> | 47. <i>to cry</i> | 72. <i>to express</i> |
| 23. <i>to dance</i> | 48. <i>to cover</i> | 73. <i>to impress</i> |
| 24. <i>to escape</i> | 49. <i>to divide</i> | 74. <i>to lie</i> |
| 25. <i>to laugh</i> | 50. <i>to invite</i> | 75. <i>to bother</i> |

Saber una forma gramatical, ya sea verbo u otro tipo de estructura, significa poderla reproducir oralmente con destreza y agilidad, y esto en cualquier foro o ambiente. Yo le reto ahora mismo, mediante una apuesta de mil euros, a demostrar este tipo de dominio con tan sólo cinco de los 193 verbos expuestos. Sé que perderé la apuesta con el 1 % de los lectores, pero haré mi agosto y me retiraré con yate en Barbados gracias al otro 99%.

Para la apuesta le ayudaré con un ejercicio preparatorio. Traduzca al inglés, rápido y sin pestañear, las 60 frases del cuadro siguiente, todas basadas en el verbo *to do*. Las respuestas están debajo en otro recuadro, pero ojo, no haga trampa mirando.

Lo hago a menudo.	¿Cuándo lo hizo ella?	Él no lo hace a menudo.	¿Por qué no se ha hecho todavía?
Lo hice ayer.	¿Por qué lo hicieron?	Él no lo ha hecho últimamente.	¿Cuándo se hará?
Lo he hecho dos veces esta semana.	¿Por qué no lo hiciste tú también?	Él no lo hará mañana.	No lo hagas, por favor.
Lo haré mañana.	¿Por qué no lo han hecho todavía?	Él no lo va a hacer.	¿Quién lo está haciendo ahora?
¿Quién lo hace?	¿Por qué no lo ha hecho él todavía?	Él lo haría si pudiera.	¿Quién lo hizo ayer?
¿Lo haces tú?	¿Por qué no lo ha hecho él todavía?	Él no lo haría por dinero.	¿Quién suele hacerlo?
¿Lo hace él?	¿Cuándo vas a hacerlo?	No lo hago como ella lo hace.	¿Por qué lo hace él?
¿Lo hacen ellos?	¿Cómo vas a hacerlo?	Él no lo hace como yo lo hago.	¿Qué tal estás?
¿Por qué lo haces tú?	¿Cómo voy a hacerlo?	¿Cómo está usted?	Estoy bien, gracias.
¿Cuándo lo hacen?	¿Cuándo voy a hacerlo?	¿Qué haces los domingos?	No estoy haciendo nada.
¿Cómo lo hace él?	¿Quién lo va a hacer?	¿Qué hace ella para ganarse la vida?	Hiciste lo correcto.
¿Cómo lo hacen ellos?	¿Quién lo hizo anoche?	Ya se ha hecho.	¿Qué puedo hacer por ti?
¿Cuándo lo harás?	¿Quién lo está haciendo ahora?	No se ha hecho.	¿Qué hace tu hermana?
¿Con qué frecuencia lo has hecho?	¿Quién lo ha hecho últimamente?	¿Cuándo se hizo?	Haz lo que él hace.
	Hazlo, por favor.	¿Por qué no se hizo?	
	No se ha hecho todavía.		

<i>I do it often.</i>	<i>When did she do it?</i>	<i>He doesn't do it often.</i>	<i>Why hasn't it been done yet?</i>
<i>I did it yesterday.</i>	<i>Why did they do it?</i>	<i>He hasn't done it lately.</i>	<i>When will it be done?</i>
<i>I've done it twice this week.</i>	<i>Why didn't you do it too?</i>	<i>He won't do it tomorrow.</i>	<i>Don't do it please.</i>
<i>I'll do it tomorrow.</i>	<i>Why haven't they done it yet?</i>	<i>He's not going to do it.</i>	<i>Who's doing it now?</i>
<i>Who does it?</i>	<i>Why hasn't he done it yet?</i>	<i>He would do it if he could.</i>	<i>Who did it yesterday?</i>
<i>Do you do it?</i>	<i>When are you going to do it?</i>	<i>He wouldn't do it for money.</i>	<i>Who usually does it?</i>
<i>Does he do it?</i>	<i>How are you going to do it?</i>	<i>I don't do it like she does it.</i>	<i>Why does he do it?</i>
<i>Do they do it?</i>	<i>How am I going to do it?</i>	<i>He doesn't do it like I do it.</i>	<i>How are you doing?</i>
<i>Why does she do it?</i>	<i>When am I going to do it?</i>	<i>How do you do?</i>	<i>What are you doing?</i>
<i>Why do you do it?</i>	<i>Who's going to do it?</i>	<i>What do you do on Sundays?</i>	<i>I'm doing fine, thank you.</i>
<i>When do they do it?</i>	<i>Who did it last night?</i>	<i>What does she do for a living?</i>	<i>I'm doing nothing.</i>
<i>How does he do it?</i>	<i>Who's doing it now?</i>	<i>It's been done.</i>	<i>You did the right thing.</i>
<i>How do they do it?</i>	<i>Who's done it lately?</i>	<i>It hasn't been done.</i>	<i>What can I do for you?</i>
<i>When will you do it?</i>	<i>Do it please.</i>	<i>When was it done?</i>	<i>What does your sister do?</i>
<i>How often have you done it?</i>	<i>It hasn't been done yet.</i>	<i>Why wasn't it done?</i>	<i>Do what he does.</i>

Si ve que le voy a ganar la apuesta, entonces le libro del compromiso, pero para ello me tiene que prometer hacer lo siguiente:

1. Tape con un papel el recuadro en inglés y traduzca, en el mismo papel, cada frase en español del primer recuadro, sin levantar el papel para mirar.
2. Al finalizar una columna, verifique los aciertos y corrija los errores. Después haga lo mismo con las tres columnas siguientes, llegando al final a una cuenta numérica global de aciertos y errores.
3. Repita la operación las veces que sean necesarias para reducir el número de errores a cero.
4. Vuelva a repetir los puntos 1, 2 y 3 pero oralmente.
5. Por último, una vez crea tener cierto dominio oral de las frases en inglés, deje de traducirlas oralmente y póngase simplemente a leerlas en voz alta una detrás de otra y muchas veces para adquirir agilidad. De hecho, le recomiendo que se encierre en una habitación de su casa con el fin de no sólo leerlas, sino declamarlas, como si mil personas le estuvieran escuchando. Es sorprendente lo eficaz que es gritar en inglés o, como yo digo, declamar.

El título de este capítulo es «El idioma inglés ¿en qué consiste?». ¿No le parece un poco extraño que dedique un capítulo, así titulado, a dar consejos sobre cómo dominar el verbo *to do*? Sin embargo, el saber «en qué consiste» un idioma es cómo debatir durante un fin de semana entero sobre la influencia del jazz en la generación albanesa de la posguerra. Como decía Machado, «se hace camino al andar». Si usted no está de acuerdo conmigo, si quiere trazar un camino de antemano, si quiere insistir en que le despliegue el idioma dentro de un formato comprensible, digerible e intelectualmente estimulante, entonces descuide. Lo voy a hacer y, es más, le va a encantar. Después, con el despliegue delante, no va a transitar ni medio kilómetro más en su camino hacia el dominio de mi idioma, porque estará buscando agua bendita en pozos secos. Pero en fin, ¿qué remedio? Puesto que a tantos españoles les gusta ver la lógica del idioma expuesta en una gran pizarra, lo voy a hacer. Pero recuerde estas palabras: cinco horas dedicadas, con un esfuerzo honesto, a cumplir los puntos del 1 al 5 que acabo de sugerir con respecto al verbo *to do*, valen por tres mil horas viendo el despliegue del idioma inglés en su más puro estado estático.

Cómo último ejemplo de esto antes del «famoso despliegue», le cuento una anécdota que me pasó hace unos cinco años. Recuerdo que un alumno de nivel intermedio, un alumno que tenía aún mucho camino por delante con el inglés,

tanto en lo gramatical y fonético como en el aspecto auditivo y de confianza, se me acercó y me preguntó (en español): «Richard, ¿me puedes decir cuál es la diferencia entre los verbos *to bother* y *to annoy*?». Me quedé unos diez segundos pensándomelo y finalmente le contesté: «Rafa, a decir verdad, no tengo ni idea... a ver... ambos significan "molestar"... sí... no hay diferencia... bueno, miento... si alguien viniera a la puerta de mi despacho, me diría "*Can I bother you for a second?*" (¿Le puedo molestar un momento?). No se le ocurriría ni soñando decir "*Can I annoy you for a second?*" (¿Le puedo irritar y fastidiar un momento?). Pero Rafa, ¿por qué te interesa esto? Te aseguro que yo no uso el verbo *to bother* más de una o dos veces por semana... y usaré el verbo *to annoy* tal vez una vez al mes. Sin embargo, uso alguna forma del verbo *to be* seis veces por minuto. Por tanto, amigo mío, prioriza de una vez por todas, demuéstreme una agilidad bárbara con el verbo *to be* y deja de preguntar sobre nimiedades de mi idioma. Hasta que no me demuestres que eres un fenómeno con los diez verbos más importantes del idioma, es un lujo digno de idiotas contemplar la diferencia entre verbos de menos urgencia cotidiana».

Bueno, dicho esto, pasemos a enseñar el idioma inglés. Los nombres que voy a dar a las formas gramaticales posiblemente no cuadren siempre con los nombres oficiales, pero son nombres que me han servido perfectamente a lo largo de 35 años. Empecemos por los pronombres, que son 35.

6. LOS 35 PRONOMBRES

Pronombres personales	Pronombres complemento	Adjetivos posesivos	Pronombres posesivos	Pronombres demostrativos
<i>I</i>	<i>me</i>	<i>my</i>	<i>mine</i>	
<i>you</i>	<i>you</i>	<i>your</i>	<i>yours</i>	<i>this</i>
<i>he</i>	<i>him</i>	<i>his</i>	<i>his</i>	<i>that</i>
<i>she</i>	<i>her</i>	<i>her</i>	<i>hers</i>	
<i>it</i>	<i>it</i>	<i>its</i>		<i>these</i>
<i>we</i>	<i>us</i>	<i>our</i>	<i>ours</i>	<i>those</i>
<i>you</i>	<i>you</i>	<i>your</i>	<i>yours</i>	
<i>they</i>	<i>them</i>	<i>their</i>	<i>theirs</i>	

7. LAS 31 CONJUNCIONES

Conjunciones coordinativas	Conjunciones correlativas	Conjunciones de tiempo
<i>and</i>	<i>both... and</i>	<i>after</i>
<i>but</i>	<i>either... or</i>	<i>before</i>
<i>or</i>	<i>neither... nor</i>	<i>when</i>
<i>so</i>	<i>not only... but also</i>	<i>while</i>
		<i>since</i>
		<i>until</i>
Conjunciones de causa-efecto	Conjunciones de oposición	Conjunciones de condición
<i>because</i>	<i>although</i>	<i>if</i>
<i>since</i>	<i>though</i>	<i>unless</i>
<i>now that</i>	<i>even though</i>	<i>only if</i>
<i>as</i>	<i>whereas</i>	<i>whether or not</i>
<i>in order that</i>	<i>while</i>	<i>even if</i>
<i>so</i>		<i>in case (that)</i>

8. LOS ADJETIVOS Y LOS ADVERBIOS

Aquí le pongo los adjetivos del día a día, con su comparativo, superlativo y adverbio. Hay 88 adjetivos que admiten 320 formas en total.

Simple adjective	Comparative	Superlative	Adverb
<i>tall</i>	<i>taller than</i>	<i>the tallest</i>	
<i>short</i>	<i>shorter than</i>	<i>the shortest</i>	<i>shortly</i>
<i>big</i>	<i>bigger than</i>	<i>the biggest</i>	
<i>large</i>	<i>larger than</i>	<i>the largest</i>	<i>largely</i>
<i>small</i>	<i>smaller than</i>	<i>the smallest</i>	
<i>easy</i>	<i>easier than</i>	<i>the easiest</i>	<i>easily</i>
<i>difficult</i>	<i>more difficult than</i>	<i>the most difficult</i>	
<i>hard</i>	<i>harder than</i>	<i>the hardest</i>	<i>hard</i>
<i>soft</i>	<i>softer than</i>	<i>the softest</i>	<i>softly</i>

<i>quick</i>	<i>quicker than</i>	<i>the quickest</i>	<i>quickly</i>
<i>fast</i>	<i>faster than</i>	<i>the fastest</i>	<i>fast</i>
<i>slow</i>	<i>slower than</i>	<i>the slowest</i>	<i>slowly</i>
<i>cheap</i>	<i>cheaper than</i>	<i>the cheapest</i>	<i>cheaply</i>
<i>expensive</i>	<i>more expensive than</i>	<i>the most expensive</i>	
<i>young</i>	<i>younger than</i>	<i>the youngest</i>	
<i>old</i>	<i>older than</i>	<i>the oldest</i>	
<i>new</i>	<i>newer than</i>	<i>the newest</i>	<i>newly</i>
<i>wide</i>	<i>wider than</i>	<i>the widest</i>	<i>widely</i>
<i>narrow</i>	<i>narrower than</i>	<i>the narrowest</i>	<i>narrowly</i>
<i>deep</i>	<i>deeper than</i>	<i>the deepest</i>	<i>deeply</i>
<i>flat</i>	<i>flatter than</i>	<i>the flattest</i>	<i>flatly</i>
<i>thick</i>	<i>thicker than</i>	<i>the thickest</i>	
<i>thin</i>	<i>thinner than</i>	<i>the thinnest</i>	
<i>fat</i>	<i>fatter than</i>	<i>the fattest</i>	
<i>strong</i>	<i>stronger than</i>	<i>the strongest</i>	<i>strongly</i>
<i>weak</i>	<i>weaker than</i>	<i>the weakest</i>	<i>weakly</i>
<i>slim</i>	<i>slimmer than</i>	<i>the slimmest</i>	
<i>late</i>	<i>later than</i>	<i>the latest</i>	<i>late</i>
<i>early</i>	<i>earlier than</i>	<i>the earliest</i>	
<i>soon</i>	<i>sooner than</i>	<i>the soonest</i>	
<i>simple</i>	<i>simpler than</i>	<i>the simplest</i>	<i>simply</i>
<i>complicated</i>	<i>more complicated than</i>	<i>the most complicated</i>	
<i>far from</i>	<i>farther from... than</i>	<i>the farthest... from</i>	
<i>near</i>	<i>nearer than</i>	<i>the nearest</i>	<i>nearly</i>
<i>close to</i>	<i>closer to... than</i>	<i>the closest... to</i>	<i>close</i>
<i>high</i>	<i>higher than</i>	<i>the highest</i>	<i>highly</i>
<i>low</i>	<i>lower than</i>	<i>the lowest</i>	<i>lowly</i>
<i>good</i>	<i>better than</i>	<i>the best</i>	<i>well</i>
<i>bad</i>	<i>worse than</i>	<i>the worst</i>	<i>badly</i>
<i>rich</i>	<i>richer than</i>	<i>the richest</i>	<i>richly</i>
<i>poor</i>	<i>poorer than</i>	<i>the poorest</i>	<i>poorly</i>
<i>clean</i>	<i>cleaner than</i>	<i>the cleanest</i>	<i>cleanly</i>
<i>dirty</i>	<i>dirtier than</i>	<i>the dirtiest</i>	
<i>empty</i>	<i>emptier than</i>	<i>the emptiest</i>	
<i>full</i>	<i>fuller than</i>	<i>the fullest</i>	
<i>hot</i>	<i>hotter than</i>	<i>the hottest</i>	
<i>warm</i>	<i>warmer than</i>	<i>the warmest</i>	<i>warmly</i>
<i>cold</i>	<i>colder than</i>	<i>the coldest</i>	<i>coldly</i>
<i>cool</i>	<i>cooler than</i>	<i>the coolest</i>	

<i>wet</i>	<i>wetter than</i>	<i>the wettest</i>	
<i>dry</i>	<i>drier than</i>	<i>the driest</i>	<i>dryly</i>
<i>windy</i>	<i>windier than</i>	<i>the windiest</i>	
<i>noisy</i>	<i>noisier than</i>	<i>the noisiest</i>	<i>noisily</i>
<i>thirsty</i>	<i>thirstier than</i>	<i>the thirstiest</i>	
<i>hungry</i>	<i>hungrier than</i>	<i>the hungriest</i>	
<i>fresh</i>	<i>fresher than</i>	<i>the freshest</i>	<i>freshly</i>
<i>sweet</i>	<i>sweeter than</i>	<i>the sweetest</i>	<i>sweetly</i>
<i>great</i>	<i>greater than</i>	<i>the greatest</i>	<i>greatly</i>
<i>loud</i>	<i>louder than</i>	<i>the loudest</i>	<i>loudly</i>
<i>quiet</i>	<i>quieter than</i>	<i>the quietest</i>	<i>quietly</i>
<i>clear</i>	<i>clearer than</i>	<i>the clearest</i>	<i>clearly</i>
<i>bright</i>	<i>brighter than</i>	<i>the brightest</i>	<i>brightly</i>
<i>dark</i>	<i>darker than</i>	<i>the darkest</i>	
<i>light</i>	<i>lighter than</i>	<i>the lightest</i>	<i>lightly</i>
<i>heavy</i>	<i>heavier than</i>	<i>the heaviest</i>	<i>heavily</i>
<i>brave</i>	<i>braver than</i>	<i>the bravest</i>	<i>bravely</i>
<i>happy</i>	<i>happier than</i>	<i>the happiest</i>	<i>happily</i>
<i>sad</i>	<i>sadder than</i>	<i>the saddest</i>	<i>sadly</i>
<i>clever</i>	<i>cleverer than</i>	<i>the cleverest</i>	<i>cleverly</i>
<i>funny</i>	<i>funnier than</i>	<i>the funniest</i>	
<i>safe</i>	<i>safer than</i>	<i>the safest</i>	<i>safely</i>
<i>lucky</i>	<i>luckier than</i>	<i>the luckiest</i>	<i>luckily</i>
<i>lazy</i>	<i>lazier than</i>	<i>the laziest</i>	<i>lazily</i>
<i>kind</i>	<i>kinder than</i>	<i>the kindest</i>	<i>kindly</i>
<i>nice</i>	<i>nicer than</i>	<i>the nicest</i>	<i>nicely</i>
<i>pretty</i>	<i>prettier than</i>	<i>the prettiest</i>	
<i>important</i>	<i>more important than</i>	<i>the most important</i>	<i>importantly</i>
<i>interesting</i>	<i>more interesting than</i>	<i>the most interesting</i>	<i>interestingly</i>
<i>attractive</i>	<i>more attractive than</i>	<i>the most attractive</i>	<i>attractively</i>
<i>dangerous</i>	<i>more dangerous than</i>	<i>the most dangerous</i>	<i>dangerously</i>
<i>beautiful</i>	<i>more beautiful than</i>	<i>the most beautiful</i>	
<i>intelligent</i>	<i>more intelligent than</i>	<i>the most intelligent</i>	<i>intelligently</i>
<i>famous</i>	<i>more famous than</i>	<i>the most famous</i>	
<i>useful</i>	<i>more useful than</i>	<i>the most useful</i>	
<i>careful</i>	<i>more careful than</i>	<i>the most careful</i>	<i>carefully</i>
<i>careless</i>	<i>more careless than</i>	<i>the most careless</i>	<i>carelessly</i>
<i>exciting</i>	<i>more exciting than</i>	<i>the most exciting</i>	
<i>comfortable</i>	<i>more comfortable than</i>	<i>the most comfortable</i>	

Con los adjetivos y adverbios que acabo de presentar, usted podrá andar por el mundo y explicarse brillantemente, llevando a cabo negociaciones de cualquier nivel y pudiendo cerrar cualquier tipo de contrato. Sólo un literato necesitaría enriquecer su dominio con más posibilidades.

9. LAS PREPOSICIONES

Por último y para terminar esta sección tan aséptica y mecánica, veamos las temidas preposiciones, motivo de innumerables noches sin dormir. Escupen fuego como los dragones y suman la friolera de 48 palabras.

<i>about</i>	<i>beside</i>	<i>next to</i>	<i>throughout</i>
<i>above</i>	<i>between</i>	<i>of</i>	<i>till</i>
<i>across</i>	<i>beyond</i>	<i>of</i>	<i>to</i>
<i>after</i>	<i>by</i>	<i>on</i>	<i>towards</i>
<i>against</i>	<i>down</i>	<i>onto</i>	<i>under</i>
<i>along</i>	<i>during</i>	<i>opposite</i>	<i>underneath</i>
<i>among</i>	<i>for</i>	<i>out</i>	<i>until</i>
<i>around</i>	<i>from</i>	<i>outside</i>	<i>up</i>
<i>at</i>	<i>in</i>	<i>over</i>	<i>upon</i>
<i>before</i>	<i>inside</i>	<i>round</i>	<i>with</i>
<i>behind</i>	<i>into</i>	<i>since</i>	<i>within</i>
<i>below</i>	<i>near</i>	<i>through</i>	<i>without</i>

Siempre me ha extrañado que mis alumnos españoles tengan tantos problemas con las preposiciones, sobre todo con la diferencia entre *in* y *on*, que se confunden el 50% de las veces. Creo que simplemente no piensan cuando hablan.

Para un adulto, dominar un idioma incluye una etapa inevitable en la cual uno traduce mentalmente cuando habla. Piensa en español y lo traslada al inglés. Con el paso del tiempo, logra hacer esta traducción mental cada vez más deprisa para finalmente atravesar la barrera y empezar a hablar inglés sin pensar. Sin embargo, antes de que esto pase, es preciso que uno «piense» cuando habla y muchos alumnos no lo hacen, condenándose a chapurrear mi idioma, descuidando incluso la gramática más básica y sencilla.

Al final, entre verbos, pronombres, adjetivos, conjunciones y preposiciones, tenemos 395 palabras en total. Si a esto añadimos otros 605 términos normales de vocabulario como *book*, *telephone*, *chair*, *table*, *pen*, *letter*, *house*, etc., llegaríamos a

ese número mágico de mil palabras que, según algunos, bastan para que uno pueda hablar inglés. El problema está en que tienen razón. No les puedo llevar a los tribunales, porque es verdad: con mil palabras usted podrá hablar inglés. Pero reiterando lo dicho antes con nuestro amigo Conrado «el perfeccionista», estas mil palabras no sólo admiten, sino que exigen un despliegue dinámico de más de 70 millones de combinaciones y permutaciones.

10. LOS TIEMPOS VERBALES

Por último, y para terminar este capítulo, veamos los tiempos de los verbos que uno debe dominar para hablar bien el inglés. Si uno domina estos tiempos en los verbos expuestos anteriormente, y con los pronombres, preposiciones, adjetivos, adverbios y conjunciones ya presentadas, entonces el 98% de mi labor como profesor ya ha terminado.

Para presentar los tiempos, voy a emplear el verbo irregular *to take* (llevar).

Voz activa

1. Presente continuo	<i>I'm taking him to the airport.</i>
2. Presente habitual	<i>I take him to the airport often.</i>
3. Futuro simple	<i>I'll take him to the airport tomorrow.</i>
4. Futuro de intención	<i>I'm going to take him to the airport tomorrow.</i>
5. Futuro seguro	<i>I'm taking him to the airport tomorrow.</i>
6. Pasado continuo	<i>I was taking him to the airport when I heard the explosion.</i>
7. Pasado simple	<i>I took him to the airport yesterday.</i>
8. Presente perfecto	<i>I've taken him to the airport three times this year.</i>
9. Presente perfecto continuo	<i>I've been taking him to the airport every day for the past three years.</i>
10. Condicional futuro	<i>I'll take him to the airport if I have time.</i>
11. Condicional presente	<i>I would take him to the airport if I had time.</i>
12. Condicional pasado	<i>I would've taken him to the airport if I had had the time.</i>
13. El verbo «poder» en presente	<i>I can take him to the airport.</i>
14. El verbo «poder» en pasado	<i>I was able to take him to the airport.</i>

15. El verbo «poder» en futuro	<i>I'll be able to take him to the airport.</i>
16. Primer condicional del verbo «poder»	<i>I would be able to take him to the airport.</i>
17. Segundo condicional del verbo «poder»	<i>I could take him to the airport.</i>
18. Primer condicional pasado del verbo «poder»	<i>I would've been able to take him to the airport.</i>
19. Segundo condicional pasado del verbo «poder»	<i>I could've taken him to the airport.</i>
20. Obligación externa presente	<i>I have to take him to the airport.</i>
21. Obligación externa futura	<i>I'll have to take him to the airport.</i>
22. Obligación externa pasada	<i>I had to take him to the airport.</i>
23. Obligación hasta ahora	<i>I've had to take him to the airport</i>
24. Imperativo personal	<i>I must take him to the airport</i>
25. Auto-recomendación	<i>I should take him to the airport</i>
26. Auto-recomendación pasado	<i>I should've taken him to the airport.</i>
27. Seria auto-advertencia	<i>I had better take him to the airport!</i>
28. Posibilidad 1	<i>I may take him to the airport.</i>
29. Posibilidad 2	<i>I might take him to the airport.</i>
30. Posibilidad pasada 1	<i>I may have taken him to the airport but I don't remember.</i>
31. Posibilidad pasada 2	<i>I might have taken him to the airport but I don't remember.</i>

Voz pasiva

32. Presente continuo	<i>He's being taken to the airport right now.</i>
33. Presente habitual	<i>He's taken to the airport often.</i>
34. Futuro simple	<i>He'll be taken to the airport tomorrow.</i>
35. Futuro intencional	<i>He's going to be taken to the airport tomorrow.</i>
36. Pasado continuo	<i>He was being taken to the airport when the explosion was heard.</i>
37. Pasado simple	<i>He was taken to the airport yesterday.</i>
38. Presente perfecto	<i>He's been taken to the airport three times so far this week.</i>
39. Presente condicional	<i>He would be taken to the airport if there were a chauffeur.</i>
40. Pasado condicional	<i>He would've been taken to the airport if there had been a chauffeur.</i>

41. «Poder» presente	<i>He can be taken to the airport.</i>
42. «Poder» condicional	<i>He could be taken to the airport</i>
43. «Poder» condicional pasado	<i>He could've been taken to the airport.</i>
44. Recomendación	<i>He should be taken to the airport.</i>
45. Recomendación pasada	<i>He should've been taken to the airport.</i>
46. Obligación externa	<i>He has to be taken to the airport.</i>
47. Obligación personal	<i>He must be taken to the airport.</i>
48. Conclusión lógica pasada	<i>He must ve been taken to the airport.</i>
49. Posibilidad 1	<i>He may be taken to the airport.</i>
50. Posibilidad 2	<i>He might be taken to the airport.</i>
51. Posibilidad pasado 1	<i>He may have been taken to the airport.</i>
52. Posibilidad pasado 2	<i>He might have been taken to the airport.</i>
53. Sería advertencia	<i>He had better be taken to the airport!</i>

¡Vaya! Tenemos muchas cartas diferentes en la baraja y estoy seguro de que me quedan algunas alternativas relevantes sin incluir. Barajar tantas cartas con destreza y en situaciones comprometidas de comunicación exige un dominio bárbaro de la estructura básica del inglés, dominio que, a su vez, exige una actitud de endiablada atención a los detalles, así como el desarrollo de una clara agilidad mental. Si se consigue, si se hace el esfuerzo de repetir miles de veces las diferentes combinaciones de frases, procurando en los contactos reales de comunicación construirlas con corrección, se acaba franqueando la barrera y se empieza a expresarse, sin pensar, con corrección, velocidad y, en su caso, aplomo.

Un buen ejercicio para usted, amigo lector, sería cambiar la segunda parte de cada una de las 53 frases citadas, insertando otro verbo y otro predicado. Esto exigiría, como mínimo, 10.229 combinaciones entre los 193 verbos y 53 tiempos expuestos en este capítulo. Y si incluyéramos la repetición de las mismas frases no sólo en afirmativo, sino en negativo e interrogativo, entonces ya tenemos 30.687 combinaciones. ¿Se anima a hacerlo? Yo lo hice para aprender su idioma.

Hace dos meses aproximadamente tuve que asistir a una serie de reuniones en las oficinas españolas de tres diferentes bufetes ingleses. En cada reunión había tres o cuatro socios y gerentes del bufete en cuestión y, debido a que uno de los asistentes que me acompañaba no hablaba español, la hora y media de conversación transcurrió en inglés.

En cada uno de los tres encuentros me quedé sorprendido del pobre inglés de la mayoría de los abogados españoles. Llevaban tiempo trabajando en bufetes ingleses, manejando a diario un sinnúmero de documentos en inglés y tratando con colegas de la sede central en el Reino Unido.

Sin embargo, durante las reuniones, me pude dar cuenta de que los abogados españoles no eran capaces de expresarse con el impacto y lucidez con que estaban acostumbrados a hacerlo en su propia lengua. Sus exposiciones fueron pobres en colorido y expresividad y, en mi opinión, no sabían transmitir de un modo eficaz la profesionalidad y capacidades técnicas de su bufete. Pronunciaban las frases con poca naturalidad y, gramaticalmente, las hilaban con cierta torpeza. En algunos momentos estaba claro que no estaban entendiendo del todo al norteamericano que no hablaba español. Asentían con la cabeza, pero sus respuestas no siempre concordaban con las preguntas. Tampoco parecían tener confianza en sí mismos al desenvolverse en inglés antes, durante y después de las reuniones.

Estas personas representan el 99% de los profesionales españoles que usan el inglés en su actividad. Se creen bilingües pero les falta lo más esencial: un oído perfecto y un ágil dominio de la estructura del idioma. Esto, al final, se traduce en exposiciones poco convincentes y una sensación general de poca confianza en uno mismo.

Por lo tanto, es esencial que usted sea humilde y entienda que para hablar inglés con eficacia en la vida real, una de las tareas más críticas es lograr manejar con agilidad los 395 verbos, pronombres, preposiciones, adjetivos, adverbios y conjunciones que he presentado en este capítulo, junto con otras 500 ó mil palabras de vocabulario y todo dentro de los aproximadamente 53 tiempos verbales que acabamos de ver. Todo esto exige el mismo esfuerzo que invierten los acróbatas de circo en perfeccionar sus números, pero de conseguirse los dividendos son ciertamente altos.

He aquí dos alumnos que ya han aprendido a sortear los obstáculos de la gramática inglesa. Ya saben expresarse con soltura, eficacia, aplomo y hasta alegría. El inglés no es para ellos una cruz, puesto que saben convertir la gramática del idioma en un aliado, en un arma potente para el impacto comunicativo.

Ya está. Le he desplegado, a lo largo de pocas páginas, todo lo esencial del idioma inglés, todo en lo que usted debe centrar su atención y en el orden de prioridad indicado. Me dirá que el idioma incluye mucho más y tendrá razón, pero ese «mucho más» cae dentro de dos categorías:

- 1) Aspectos menos críticos del inglés de los cuales usted no debe en absoluto preocuparse hasta no tener un probado dominio de lo que ya se ha presentado en este capítulo.
- 2) Aspectos del inglés que ni usted ni casi nadie es capaz de asimilar sin vivir 20 años en un país de habla inglesa. Incluyo en esta categoría los famosos y temidos *phrasal verbs* o, como a mí me gusta llamarlos, los «verbos compuestos». Sin embargo, son importantísimos, tan importantes que he decidido insertar un capítulo especial para hablar de ellos antes de continuar con otros aspectos y otras fases del aprendizaje.

Por lo tanto, si su profesor de inglés pasa mucho tiempo enseñándole vocabulario o pronunciación o verbos rebuscados o adjetivos sofisticados, dígame que se centre en lo más esencial del idioma. Si le responde que usted ya sabe esas cosas, despídase y busque otro profesor, puesto que no sabe enseñar inglés.

CAPÍTULO 6

LOS PHRASAL VERBS: NI SE MOLESTE

Las 16 frases expuestas a continuación contienen el verbo *to make* (hacer). Sin embargo, en ninguna frase significa «hacer». La preposición que va después de cada incidencia de verbo cambia radicalmente su significado. Los libros de gramática suelen llamar a este fenómeno *phrasal verbs*, un término omnipresente en las aulas de enseñanza de inglés. Sin embargo, ningún nativo de habla inglesa lo habrá oído en su vida. Cuando hablo en español, prefiero emplear el término «verbo compuesto», ya que se trata de un verbo cuyo significado requiere la presencia de otra partícula, en este caso concreto, una preposición.

Pero antes de continuar, veamos las 16 frases.

They made away with all the money.

Escaparon con todo el dinero.

They escaped with all the money.

Make for the house as soon as possible.

Dirígete a la casa lo antes posible.

Go to the house as soon as possible.

I can't make out who he is.

No puedo distinguir quién es.

I can't distinguish who he is.

I can't make out what it says.

No puedo descifrar qué es lo que dice

I can't decipher what it says.

Make out a check in my name.

Extiende un cheque a mi nombre.

Write a check in my name.

How did you make out on the exam?

¿Cómo te ha salido el examen?

How did you do on the exam?

He's not as rich as he makes himself out to be.

No es tan rico como pretende.

He's not as rich as he pretends to be.

Make up a list that includes all the neighbors.

Prepara una lista que incluya a todos los vecinos.

Prepare a list that includes all the neighbors.

When can I make up the test?

¿Cuándo puedo recuperar el examen?

When can I recuperate the test?

All these parts make up the whole.

Todas estas partes constituyen el todo.

All these parts constitute the whole.

The committee is made up of six members.

El comité está compuesto por seis miembros.

The committee is composed of six members.

Kiss and make up.

Besaos y haced las paces.

Kiss and reconcile.

Did you make up that story?

¿Has inventado esa historia?

Did you fabricate that story?

How can I make it up to you?

¿Cómo te lo puedo compensar?

How can I compensate for it?

Your attitude makes up for your lack of experience.

Tu actitud suple tu falta de experiencia.

Your attitude compensates for your lack of experience.

We have to make up for lost time.

Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

We have to compensate for lost time.

Le costaría muchos sudores aprender estas 16 variaciones del verbo *to make*. Si, además, le mostrase las múltiples posibilidades con el verbo *to turn*, se marearía. Y si quisiera ser sádico, podríamos entrar de lleno en los verbos *to get* o *to go*. Pero no

lo voy a hacer en este capítulo ni en este libro. No lo voy a hacer porque no me gusta enseñar cosas que mis alumnos jamás van a asimilar, entendiendo «asimilar» como incorporar algo dentro de su inglés activo hasta tal punto de poderlo usar de forma ágil, correcta y espontánea según exija la situación comunicativa.

En mis 35 años enseñando inglés a adultos en España, todavía no he conocido a ninguno que haya podido asimilar los verbos compuestos. De hecho, no conozco a nadie que haya llegado a dominar ni el 10% de ellos. Por esto, no los enseño para que se aprendan. Los enseño para que se conozcan y reconozcan. Dedicar mucho tiempo a estudiar los verbos compuestos no es el mejor uso del tiempo. Hay que estudiarlos, eso sí, pero conviene estudiarlos pasivamente y sin profundizar en exceso. Los únicos verbos compuestos que deben ser asimilados del todo son los que cito más adelante en este capítulo. Aspirar a aprenderlos todos, hasta el punto de poderlos entender a la primera y usarlos oralmente de forma automática y fluida, exigiría vivir en un país de habla inglesa durante un mínimo de cinco años, en un ambiente de mucha dinámica comunicativa y, en su caso particular, con las antenas puestas a toda potencia en todo momento. Usar los verbos compuestos en las conversaciones normales no puede conseguirse mediante una actitud intelectual de estudio. Sólo puede lograrse mediante un contacto diario dinámico que sólo se logra viviendo y trabajando en un país de habla inglesa o asistiendo a muchas semanas residenciales en Vaughantown. En esencia, manejar con destreza los verbos compuestos requiere oírlos tanto, a todas horas todos los días, que acaban penetrando en su léxico «por los poros», puesto que por el cerebro y el estudio no van a asentarse jamás.

Es una postura un poco pesimista la mía, pero sinceramente no creo que usted vaya a poder ser la única excepción entre los seis mil casos que habré observado a lo largo de mi vida profesional. Así que no se obsesione ni se desespere con los *phrasal verbs*. Estúdielos para familiarizarse con ellos y nada más. Después, lea todo lo que pueda y escuche el idioma todas las horas que le sea posible. Devore la lectura y los recursos de audio. Si lo hace durante el tiempo suficiente, terminará comprendiendo el uso de los verbos compuestos e irá asimilando los más habituales. En otras palabras, recomiendo un enfoque cuantitativo, porque a través de un enfoque cualitativo, basado en el estudio serio e intenso de cada caso, sólo acabará desanimándose y el inglés le parecerá más difícil de lo que realmente es.

La industria de la creación y publicación de libros de inglés tiene una gran deuda con los *phrasal verbs*. Sin ellos seguramente el 10 ó 15% de todos sus ingresos no se habría materializado.

Todos estos libros son excelentes para el estudio de los *phrasal verbs*. Si usted dedicara cien horas de concienzudo estudio a cada libro, sumando en total 900 horas de dedicación, su inglés sería peor que cuando empezó. Si en lugar de estudiar los libros, se dedicara a escuchar, en un CD, el uso oral de los verbos en cuestión durante las mismas 900 horas, a escucharlos con calma y filosofía, su inglés terminaría siendo cinco veces más rico y eficaz que ahora. Pero no porque haya asimilado los mil verbos compuestos que aparecen en los excelentes libros que cito, sino porque habrá expuesto el oído a 900 horas de inglés, nada más. Eso sí, siempre que haya seguido mi consejo de escuchar los CDs con calma y con filosofía. Y si en alguna hora de esas 900, usted, en vez de exhibir una calma distendida, centró su atención en algún verbo determinado e intentó recordar su uso y copiarlo en su mente, entonces debemos restar esa hora como inútil, invalidarla y añadir la hora 901.

Repito: intentar asimilar los verbos compuestos mediante una actitud intelectual de estudio no resuelve el problema, lo agrava. Le hunde la moral ante lo gi

gantesco del desafío. Es como memorizar y reproducir oralmente toda la guía telefónica de un pueblo de dos mil habitantes.

No hay duda, pues, de que los verbos compuestos o *phrasal verbs* constituyen el aspecto más difícil del idioma inglés, tan difícil que no recomiendo que mis alumnos intenten profundizar en exceso en ellos. Dominarlos a la perfección exigiría un mínimo de mil horas de práctica constante y una agilidad insólita para la correcta inserción de sustantivos y pronombres. Normalmente existe un verbo de raíz latina o un verbo germánico o anglosajón estándar que puede sustituir al verbo compuesto. He aquí algunos ejemplos.

Phrasal verb	Equivalente latino o del inglés estándar
<i>to turn down</i> (rechazar)	<i>to reject</i>
<i>to look over</i> (repasar)	<i>to review</i>
<i>to put out</i> (extinguir)	<i>to extinguish</i>
<i>to leave out</i> (omitir)	<i>to omit</i>
<i>to turn into</i> (volverse)	<i>to become</i>
<i>to take apart</i> (desmontar)	<i>to disassemble</i>
<i>to go on</i> (continuar)	<i>to continue</i>
<i>to go off</i> (estallar)	<i>to explode</i>
<i>to go up to</i> (acercarse a)	<i>to approach</i>
<i>to get over</i> (recuperarse de)	<i>to recover from</i>
<i>to give back</i> (devolver)	<i>to return</i>
<i>to give out</i> (distribuir)	<i>to distribute</i>
<i>to put off</i> (posponer)	<i>to postpone</i>
<i>to pick out</i> (escoger)	<i>to choose</i>

Es correcto y necesario estudiar los verbos compuestos, pero con el fin de reconocerlos en su uso, no para dominarlos en su aplicación práctica oral. Todo el mundo de habla inglesa los utiliza a todas horas, pero el que usted intente llegar a un dominio ágil no es realista a no ser que aspire a un dominio del inglés de por sí, y no como vehículo de comunicación para otra actividad personal o profesional. Sin embargo, hay ciertos verbos compuestos tan omnipresentes e importantes que no existe más remedio que aprenderlos. He aquí todos los que se me ocurren en estos momentos, más aquellos que no tienen una equivalencia latina.

<i>to look at</i>	mirar
<i>to look for</i>	buscar
<i>to turn on</i>	encender (algo eléctrico)

<i>to turn off</i>	apagar (algo eléctrico)
<i>to take off</i>	quitarse ropa o despegar (avión)
<i>to take care of</i>	cuidar
<i>to take out of</i>	sacar
<i>to come into</i>	entrar (en dirección al que habla)
<i>to come out of</i>	salir (en dirección al que habla)
<i>to come back</i>	volver (en dirección al que habla)
<i>to come to</i>	volver en sí
<i>to go into</i>	entrar (alejándose del que habla)
<i>to go out of</i>	salir (alejándose del que habla)
<i>to go away</i>	alejarse, desaparecer
<i>to go back</i>	volver (alejándose del que habla)
<i>to get into</i>	meterse en
<i>to get out of</i>	salir de, extraerse de
<i>to get on</i>	subirse a, llevarse bien con
<i>to get off</i>	bajarse de
<i>to get to</i>	llegar a
<i>to get back</i>	llegar de regreso
<i>to get rid of</i>	deshacerse de
<i>to put on</i>	ponerse ropa
<i>to put into</i>	meter en, insertar
<i>to pick up</i>	recoger
<i>to leave for</i>	salir para
<i>to stay up</i>	quedarse hasta las tantas
<i>to stay out</i>	quedarse por ahí hasta las tantas
<i>to fall down</i>	caerse
<i>to fall behind</i>	quedarse atrás, rezagarse
<i>to break down</i>	averiarse, desglosar
<i>to think about</i>	pensar en
<i>to ask for</i>	pedir
<i>to ask about</i>	preguntar por
<i>to show up / turn up</i>	presentarse
<i>to give up</i>	renunciar, abandonar, rendirse

Y para concluir con los famosos y temidos *phrasal verbs*: no emule la actitud de nuestro amigo Contado «el perfeccionista». No se haga presidiario de los aspectos más complicados y difíciles del inglés. No intente hacerse con lo que es imposible asimilar. Sólo le traerá quebraderos de cabeza y una sensación, seguramente infundada, de fracaso.

CAPÍTULO 7

EL OÍDO: EL INSTRUMENTO MÁS IMPORTANTE DE TODOS

Ya he dedicado muchas páginas de este libro a recordarle que todo lo que usted entiende como aprender un idioma se compone de aspectos más bien secundarios ante la imperiosa prioridad de entender a la primera, de entender no sólo los significados, sino los constantes matices que salpican cada frase que se oye en un encuentro importante. Me podrá usted impresionar con su dominio del condicional, me podrá enseñar el premio nacional que ganó en el concurso de manejo de los verbos irregulares, podrá presumir delante de mí de la destilada claridad de su pronunciación de mi idioma, pero si a la hora de la verdad, si a la hora de reunirse con esos dos ingenieros de Liverpool y ese director técnico de Johannesburgo para cerrar una gigantesca operación de venta de componentes de su empresa de Manresa, si en ese momento crítico para el éxito de sus esfuerzos, usted no es capaz de entender bien los significados y matices de los tres ingenieros de acentos tan raros, entonces más vale que sus componentes sean buenísimos y sepan cantar coplas, ya que usted lo va a tener muy crudo si quiere llevar las negociaciones a buen puerto.

El oído, repito, lo es todo. Si uno no entiende bien y a la primera, da lo mismo cómo se exprese hablando.

Los capítulos 18, 22 y 23 le darán varios consejos y trucos para potenciar el oído. Mientras tanto, quiero que entienda por qué es tan difícil entender bien a nativos de habla inglesa e intentar despejar cualquier atisbo de desacuerdo que usted pueda tener conmigo con respecto a estas aseveraciones. Centrémonos en unos hechos:

1. Usted entiende mal mucho más de lo que piensa. Cuando cree estar entendiendo bien, puede estar seguro de que está captando menos del 50%.
2. Cuando usted no entiende, no suele ser porque sus interlocutores estén empleando vocabulario, giros o expresiones que desconoce. Es porque su oído simplemente no está discriminando sonidos.
3. Yo tardé siete meses, viviendo en España, en sentirme seguro de mí mismo a la hora de entender a los españoles. Y tardé este tiempo habiendo llegado a España ya con un firme nivel intermedio hablado.
4. Existen en el mundo anglosajón más de mil acentos claramente diferenciables, el 70% de ellos solamente en el Reino Unido.
5. La inmensa mayoría de los profesionales de habla inglesa, ya sean abogados, banqueros, ingenieros, consultores, directivos de empresa o personas de otras profesiones o gremios, hablan un inglés muy diferente al inglés que usted está acostumbrado a oír en boca de sus profesores en clase.
6. Usted, reunido con profesionales de habla inglesa, difícilmente podrá hacer buen uso de sus conocimientos o talento si no capta a la primera los significados y matices. Emplear su intuición para entender es peligroso y raramente funciona.
7. El 95% de todo lo que dicen esos profesionales de habla inglesa que usted, creyéndolo o no, no entiende, proviene de las aproximadamente mil palabras enumeradas en el capítulo 5.

En la vida real, muy poca gente habla con claridad, o al menos con la claridad que busca un extranjero de otro idioma. Incluso entre nativos puede haber serios problemas de comprensión auditiva. A mí me cuesta trabajo a veces entender a la gente procedente de muchas comarcas de Gran Bretaña e Irlanda. Si hay ruido de fondo también me cuesta seguir el hilo con australianos y neozelandeses. Me imagino cómo sería si fuera un español de nivel medio alto.

Desde hace años, voy muchos domingos a abrir personalmente los programas de Vaughtantown en diferentes lugares de encuentro en el centro de España. Cada semana se inicia un programa nuevo con 15 angloparlantes y 15 españoles deseosos de mejorar sus conocimientos. Los angloparlantes son voluntarios que vienen a España para conocer el país participando en una especie de microcosmos de habla inglesa, en el cual ambos grupos se desenvuelven de acuerdo con un plan riguroso de sesiones individuales y grupales. En plan jocoso lo llamamos el «maratón del parloteo».

Esos domingos, cuando abro un programa nuevo, siempre comienzo pasando lista, empezando por los angloparlantes. Voy preguntando, uno a uno, de dónde

es, a qué se dedica, cómo nos encontró y si había estado alguna vez en España. Conforme paso de un angloparlante a otro, charlando tres minutos con cada uno, percibo cómo los españoles, esperando su turno, se van achicando. Algunos se asustan. No entienden casi nada. Piensan: «¿Están hablando en inglés o se trata de un dialecto de quechua?».

Empiezo con el grupo de angloparlantes a propósito, porque quiero demostrar a los participantes españoles el tremendo abismo que existe entre cómo habla la gente normal y cómo hablan los profesores de inglés en las aulas. Lo más curioso de todo es que si los españoles vieran por escrito lo que no están entendiendo, lo entenderían en un 80%.

Esto pasa también en las películas. Muchos españoles compran o alquilan DVDs, seleccionan la versión en inglés y dicen para sus adentros: «Voy a entender esta película aunque me muera en el empeño». Después, no captan ni el 10%, se desaniman, cambian la película a la versión doblada y se desesperan de su inglés. Sin embargo, si les entregásemos en papel el guión original de la misma película, lo entenderían al 80 ó 90%. Estamos otra vez ante el problema de la discriminación de sonidos. Esto me pasó a mí en español. Hace unos años pusieron en televisión una película antigua con William Holden y Jennifer Jones. Cuando pregunté a mi mujer qué película iban a echar, me dijo:

-La colina de la dios.

-¿Cómo? -le contesté.

-La colina de la dios.

-Querrás decir «de la diosa» ¿no?

-No, no, de la dios.

Al final, al ver el comienzo de la película, vi que se llamaba *La colina del adiós*. Claro, al verlo por escrito se me hizo la luz, pero hasta ese momento la forma más natural y nativa de enlazar palabras en español me despistaba.

Mi amigo José, ese gran alumno y artillero, pícaro profesional, quiso despistar a la gente deliberadamente. Heredó de su madre una explotación agrícola en Segovia y, en letras grandes encima de la entrada puso La Granja Mona. Puesto que siempre le gustaban las mujeres algo llenitas, el juego de sonidos le hacía mucha gracia.

Francisco de Quevedo, ingenioso como pocos, también empleó un truco parecido, el famoso truco para ganar una apuesta a expensas de la reina, la «reina coja». Era tabú en la villa y corte hacer alusión al hecho de que la reina tenía una cojera, ante lo cual Quevedo, tan gallito, retó a todos a que podía decírselo a la cara. Llegado el día, Quevedo compró un clavel y una rosa y al acercarse a la buena señora, le dijo:

Entre el clavel y la rosa, Su Majestad escoja.

«Ya lo sé, Quevedo, ya lo sé», dijo la reina, consciente del ingenio lingüístico del ya famoso escritor.

Entonces, si el español se presta tan fácilmente a liar incluso al oyente nativo más atento, imagínese lo que puede pasar cuando se trata de un segundo idioma que uno sólo domina a medias. Las posibilidades de entender mal por culpa de cómo se enlacen los vocablos son infinitas. Un ejemplo muy sencillo en inglés para ilustrar esto es la manera nativa para decir dos expresiones que los profesores de inglés jamás dirían en clase:

En español	Inglés de profesor	Inglés normal
¿A qué te dedicas?	<i>What do you do?</i>	<i>Uátaya dú?</i>
¿Qué haces esta noche?	<i>What are you doing this evening?</i>	<i>Uátaya dúin this evening?</i>

En la tercera columna pongo una transcripción fonética de las dos preguntas en inglés. Si se fija bien, verá que el sonido fonético para *what do you* y *what are you* es idéntico. Ningún profesor de inglés, yo incluido, hacemos esto en clase. Sin embargo, le puedo asegurar que jamás en la historia del mundo un angloparlante ha dicho *what do you do* cuando quiere que le diga a qué se dedica. Siempre es *whattaya* (*uátaya*).

Otro hábito lingüístico que existe en todos los idiomas es la tendencia a «preambular», una palabra mía que significa «meter relleno al principio de una frase». Por ejemplo, la siguiente frase: «Bueno, pues, como te decía el otro día, es importante llamar a Pepe lo antes posible». La primera parte de la frase, antes de la tercera coma, es relleno y no aporta ninguna información. Sin embargo, se suele soltar de forma rápida y sin previo aviso. Ante tal frase, un extranjero cuyo dominio del idioma sea precario, no sabe, en principio, si se trata de algo relevante o no. Se queda tan atascado tratando de sacar sentido del «...bueno pues como te decía...», que no ha podido prestar atención a la idea principal, es decir, el que sea importante llamar a Pepe. En inglés hacemos lo mismo, «preambulamos» a nuestras anchas:

*Well you know as I was saying the other day, you need to give Pepe a ring
as soon as possible.*

Le puedo garantizar que si usted no tiene un nivel auditivo muy desarrollado en inglés, las 10 primeras palabras de la citada frase le sonarán a alguien farfullando incoherencias y harán que pierda el sentido de la parte de la frase que sí importa.

Otros retos comunes para el español ante foros de comunicación en inglés son la gran cantidad de personas que no hablan en absoluto de forma clara:

- Muchos ingleses, sobre todo los altos directivos, susurran el inglés, no lo hablan. Da la impresión de que les gusta que los demás se inclinen hacia delante (nativos incluidos) para entender las perlas de sabiduría que se supone salen de sus bocas.
- Muchos americanos, sobre todos los ingenieros, ladran el inglés, no lo hablan. Su característica manera dominante y resolutiva de abordar los temas les conduce a hablar de forma atropellada y estruendosa. Otros americanos hablan como si tuvieran canicas en la boca.
- Muchos jóvenes y no tan jóvenes arrastran las palabras cuando hablan, ofreciendo frases ausentes de cualquier grado de nitidez.
- Los australianos y neozelandeses cambian radicalmente la pronunciación estándar de muchas de las palabras más comunes del idioma, empezando por la pronunciación de España. Para ellos, es «spáin» y no «spéin». Incluso un americano o inglés entiende «espina dorsal» en lugar de «España».
- Los ingleses del centro y norte de Inglaterra, así como los australianos de clase media, compensan sus momentos de inseguridad a través de rápidos destellos verbales, frases cortas pronunciadas tan deprisa que nos cuesta a otros nativos enterarnos de lo que han dicho. Cuando un inglés le dice de dónde es, si se trata de un pueblo poco conocido de la costa o del interior, no hay quien entienda el nombre del lugar hasta que la persona lo deletree. Me acuerdo de un neozelandés de Christchurch, la tercera ciudad del país en población. Me lo tuvo que decir tres veces seguidas hasta que entendí que se trataba de «Iglesia de Cristo». Juraría que el señor decía «króischuch».
- Los texanos y otra gente del sur de Estados Unidos hablan un inglés tan vago y aletargado como los cubanos y otros caribeños el español. Es gracioso oírlos, pero no hay quien los entienda si no se está acostumbrado.
- Por último, hay un segmento muy grande de angloparlantes, el más grande de todos, que no tiene la costumbre de hablar con extranjeros. Cuando le oyen a usted decir *pleased to meet you*, con su acento español, dan por sentado que usted es bilingüe y comienzan a hablarle como hablarían con sus vecinos, a metralleta limpia y sin vocalizar. Éstos son los más peligrosos de todos.

Podría seguir con muchos ejemplos más, pero lo importante aquí es recordar que el mundo anglosajón está lleno de importantes profesionales recorriendo el globo y hablando un inglés a años luz de como lo habla su profesor en clase.

Hace un mes asistí a una fiesta sorpresa de cumpleaños para un cargo importante del Ministerio de Hacienda. Durante la fiesta conocí al típico norteamericano, gordo y sano, que se ve en las calles de turista, con pantalón corto y cámara colgada del cuello. En este caso, mi compatriota estaba vestido un poco mejor, pero nada más conocerle pensé que estaba aquí en España de paso. Me sorprendió cuando me dijo que llevaba ocho años y que trabajaba como consultor en una empresa de alta tecnología y en unos proyectos tan críticos para el gobierno que no podía extenderse más sobre la naturaleza de su actividad. Decir más sería atentar contra la seguridad nacional.

Al cabo de unos minutos de conversación, le oí decir algo en español a uno de los camareros, bien expresado, pero con un fuerte acento americano. Por curiosidad le pregunté: «Con los directivos y técnicos en el trabajo ¿hablas en español o en inglés?».

Me respondió: «Al cabo de un mes me di cuenta de que o aprendía español o no podía seguir trabajando aquí. Mis colegas querían hablar inglés conmigo. Para ellos mi llegada fue una oportunidad para practicar el idioma. Pero no me entendían casi nada cuando había que hablar en serio y precisar las cosas. Mi trabajo requiere hasta estudiar la colocación de cada coma y tenía que estar seguro de que me estaban entendiendo».

El americano lo resumió de forma contundente. El adulto español no entiende el inglés hablado salvo el de su profesor, y el 90% de su falta de eficacia con el idioma se debe a este fallo. Mucho de lo que ya he dicho hasta ahora y de lo que voy a decir en las páginas que siguen volverá a incidir en este problema, y no lo hago por gusto, pero no me cansaré de repetir lo mismo hasta la saciedad. Lo haré porque el español medio se empeña en creer que entiende inglés mejor que lo habla y está muy, pero que muy equivocado.

CAPÍTULO 8

LA CONFIANZA: DESTROCE MI IDIOMA, DE ACUERDO, PERO DESTRÓCELO COMO DIOS MANDA

Dos amigos míos se están formando para ser pilotos de Iberia. En cuatro meses, ambos tendrán la categoría de copiloto para el nuevo Airbus-380, el grandullón aquel cuya foto aparece en la página siguiente. Ninguno de los dos tiene experiencia de vuelo, pero curiosamente, Iberia los tiene divididos y cada uno sigue un plan de formación diferente. Manolo ya ha acumulado 1.000 horas haciendo prácticas en el simulador de vuelo que la empresa tiene en Torrejón de Ardoz. El próximo sábado va a estar en las pistas de ese aeropuerto para montar en un prototipo del 380 y realizar su primer vuelo de verdad, todo solito y sin instructor a su lado. Es la prueba de fuego para todos los pilotos novatos.

Mi otro amigo, Serafín, ha seguido otro plan de formación, diferente por completo. Sólo tiene 10 horas de prácticas en el simulador. Sin embargo, ha ido los últimos 10 sábados al aeropuerto de Torrejón, donde ha volado con el pesado aparato durante una hora cada vez, aterrizando después con éxito. El próximo sábado también va al aeropuerto para realizar su hora de vuelo número 11.

Estudiemos un momento los dos planes de formación:

	Manolo	Serafín
Horas de simulador	1.000	10
Horas de vuelo	0	10
Total horas de formación	1.000	20

El sábado próximo, usted va a tener que ir a la Base de Torrejón y subir junto con uno de los dos pilotos novatos en el prototipo del Airbus-380.

Sólo usted con Manolo o sólo usted con Serafín. Usted decide.

Está claro que Manolo está preparado. Hasta me parecen un poco excesivas 1.000 horas de simulador antes de iniciar su primer vuelo. Ya es hora de que eleve la criatura hasta los cielos. Serafín, en cambio, ya conoce un poco el aparato y sabe qué se siente al manejarlo entre las nubes, así como al despegarlo y aterrizarlo. Pero todavía es novato, aún está aprendiendo el manejo.

En fin, usted elige. ¿Con quién va a subir este próximo sábado?

Ante esta pregunta, que he planteado más de 200 veces delante de grupos de entre 30 y 40 personas, la abrumadora mayoría, a veces incluso el 100%, se inclina por subir con Serafín, a pesar de contar en su haber sólo con 20 horas de formación, frente a las 1.000 de Manolo. En esencia, todo el mundo está opinando que una hora de vuelo equivale a 100 de simulador, que la relación es de 1 a 100.

En el uso eficaz de un segundo idioma en situaciones importantes de comunicación, la relación es exactamente la misma, de 1 a 100. Una hora capeando en inglés una situación comprometida de comunicación vale por 100 horas de clase, incluso con el mejor profesor del mundo. Si llevamos esta relación hasta sus últimas consecuencias, entonces podemos afirmar que 100 horas pasando apuros con el idioma inglés en situaciones importantes pueden ser iguales o superiores a 10.000 horas de clase.

Es difícil de creer pero, salvo en el caso de principiantes, es así. Uno no consolida un buen dominio de un segundo idioma hasta que no pasa por muchas experiencias, buenas y malas, de comunicación. Como en todo, hay que curtirse. Imagine que tengo una alumna de inglés aquí en España que decide ir a Dallas para pasar allí un mes mejorando su dominio del idioma. Le organizo el viaje y la contratación del hotel, así como el centro de estudios en la ciudad tejana. La llevo al aeropuerto y me despido de ella. Acto seguido, llamo al aeropuerto de Dallas y arreglo las cosas para que se le pierda el equipaje, deliberadamente. Imaginemos que la pobre tenga que dedicar una hora a resolver la cuestión, saliendo feliz del aeropuerto con las maletas en las manos. Pues esa hora de comunicación en inglés, esa hora resolviendo, en otro idioma, una cuestión vital, vale por cien horas de clase con un buen profesor. La chica está usando el inglés para lo que existe, es decir, como vehículo de comunicación y, en este caso concreto, para resolver un problema que le fastidia y preocupa. Si esta experiencia es, para ella, la primera experiencia de su vida peleando con la estructura del idioma inglés para solventar un problema real y apremiante, entonces saldrá del aeropuerto con un 1.000% más de seguridad en sí misma que cuando se bajó del avión, y en cuestión de una sola hora. Se trata de un cambio psicológico, no lingüístico, y a partir del nivel principiante alto o intermedio bajo, el aspecto psicológico es más importante que el gramatical o lingüístico.

Esto, precisamente, es la fase 2 del capítulo 5. Es la fase donde uno debe encontrar, por todos los medios, una forma de aniquilar definitivamente cualquier atisbo del sentido del ridículo. Es imprescindible conseguirlo antes de plantear la fase 3.

Superar el pánico, pasar apuros, sobreponerse al miedo escénico, aniquilar el sentido del ridículo. Éste es el aspecto más importante de todos si uno aspira a comunicarse en otro idioma.

Yo ayer playa chica restaurante discoteca hotel ñam ñam.

Acabo de expresar, con cierto impacto y hasta elocuencia, una serie de actividades que realicé ayer por la tarde (todo es mentira). Si se fija, no he utilizado ningún verbo y, a pesar de ello, he logrado transmitir con eficacia unas situaciones. Muchos españoles temen tanto cometer errores gramaticales cuando hablan en inglés que se enredan perdidamente en la estructura o acaban callándose por completo antes de llegar al restaurante. Si yo, como profesor, tuviera que elegir entre una persona que hace una auténtica carnicería a mi idioma pero dice lo que piensa

y otra que, al final, se calla por lo que en inglés llamamos «parálisis por análisis», prefiero la primera. Recuerde: usted no va a hablar un inglés perfecto jamás. Por lo tanto, peque de atrevido y tenga valor para dar algunas patadas a mi diccionario. Como le dije en el primer capítulo de este libro, el término inglés *fluency*, término tan utilizado en el mundo de los idiomas, me gusta traducirlo como «soltura y confianza al hablar». Para conseguir esta soltura y esta confianza, volvemos a las tres prioridades de siempre: oído, confianza y agilidad con la gramática básica del idioma.

Oído Si yo le doy ahora mismo una pastilla que, al tomársela, le dota de un nivel auditivo perfecto, tan bueno como el mío, comenzará enseguida a notar cómo su nivel hablado empieza a subir mil enteros en cuestión de pocas semanas. El mero hecho de entender todo a la primera y sin esfuerzo le elevaría el espíritu y sería para usted como una bocanada de aire fresco. Todo le parecería posible y su confianza para hacerse con los demás aspectos del idioma sería total, sin fisura. Por esto siempre digo que el oído lo es todo.

Confianza Se trata de un aspecto puramente psicológico, un rasgo de personalidad a veces heredado y a veces desarrollado debido al entorno en el que uno se ha movido durante la vida. Las personas con mucha confianza tienen menos reparos a la hora de hablar otro idioma. No sufren el sentido del ridículo y esto les permite adquirir, más rápidamente, cierto nivel de soltura o, al menos, cierta apariencia de fluidez. Si usted no está dentro de esta categoría, si no tiene seguridad en sí mismo, entonces va a tener que trabajar aún más el oído y la agilidad gramatical para suplir esta carencia.

Agilidad Vamos a entrar de lleno en este aspecto del idioma en el próximo capítulo.

gramatical Baste aquí recordar que si usted puede adquirir una suave facilidad con la gramática básica del inglés, una agilidad libre de broza, ramaje y maraña, podrá ganar soltura y, con ello, confianza en su capacidad de comunicación. Aquí la cuestión es conquistar el aspecto técnico y hacer, como ya he dicho en otra ocasión, que la gramática del idioma sea su aliado y le despeje el camino.

Pero, de nuevo, sin un oído superfino para el idioma, los otros dos aspectos no valen para nada en la vida real.

Recordará que la primera página del capítulo 5 le presenta, gráficamente, las tres fases por las que uno debe, forzosamente, transitar para pasar de un nivel básico a un nivel avanzado en inglés. Recordará también que la segunda fase ocupaba muchos más centímetros cuadrados que las fases **1 y 3**. Esto se debe a que resolverla cuestión de la soltura y confianza -lo que exige oír y decir más de cien mil frases delante de angloparlantes reales (no profesores)- es la fase más crítica de las

tres. Si uno no se somete a una riada de inglés, no se hará nunca con el idioma, por muchas horas de clase (simulador) que reciba.

Curiosamente, esta segunda fase puede durar menos tiempo, a veces mucho menos tiempo, que las fases 1 y 3; sin embargo, su impacto sobre el resultado final de todos los esfuerzos es el triple. De hecho, es la única fase del trayecto completo que puede prescindir de las otras fases. Es la única que puede quedar sola; es decir, si alguien se salta la primera fase y desdeña la última, podrá hacerse con una capacidad de comunicación sólo a través del contacto dinámico con personas nativas.

Hace unos años estuve en Nueva York expresamente para llevar a mis hijos varias noches seguidas a los teatros de Broadway para que vieran lo que es, en mi opinión, el mejor teatro del mundo. Una noche, andando hacia la calle 42 con mi familia, paramos para comprar unos perritos calientes (deliciosos, por cierto) a los típicos vendedores ambulantes que se ven por todas las calles centrales de Manhattan, un poco como los castañeros y heladeros en las calles de las ciudades en España. Al intercambiar unas palabras con el señor, de unos 60 años, me fijé en que tenía un fuerte acento mediterráneo cuando hablaba inglés y, pensando que a lo mejor era español, le pregunté:

-Where are you from?

-I'm from Greece.

-How long have you been in America?

-Eight months.

-Did you know English before coming?

-Nothing.

-How did you learn it?

-Selling hot dogs.

Un griego llega a Nueva York con 60 años de edad, sin saber nada de inglés, y en ocho meses, sin recibir ni una hora de instrucción, es capaz de mantener una conversación conmigo sin grandes problemas.

Lo mismo les ocurre a muchos residentes extranjeros que llegan a España sin saber decir ni «hola» y, al cabo de un año, se desenvuelven con cierta soltura. Ellos, al igual que el griego en Nueva York, se han visto obligados a tragar agua desde el primer día, recibiendo las palizas de la fase 2 sin remedio. Al final, muchos terminan como el griego en inglés, hablando un español carente de estructura y con un acento notable, pero se desenvuelven.

Esto no lo ha hecho ni el 5% de los españoles que pretenden aprender inglés. ¿Tragar agua? ¿Pasar apuros? ¿Superar momentos de pánico? El estudiante español medio prefiere evitar esta fase del aprendizaje y buscar caminos más indolores, lo que en el análisis final nos beneficia a mí y a todo el sector de la enseñanza de inglés. Así tenemos alumnos perpetuos que nos dejan su dinero año tras año creyendo que con clases van a resolver su problema.

Tragar agua...

Hace aproximadamente siete meses, un amigo mío me confesó que, a sus 38 años, no sabía nadar. «¡Alberto!, ¿no sabes nadar? ¿Cómo puede ser eso?», le dije. Alberto respondió: «¿Me puedes enseñar? Sé que nadas muy bien».

El lunes siguiente quedamos en una conocida piscina municipal y, ya vestidos para la ocasión, nos metimos los dos en la parte de la piscina que no cubre y procedí a enseñarle el crol y la braza, los dos estilos más importantes a la vez que más fáciles de aprender. Mientras Alberto nadaba de un lado a otro de la parte poco profunda de la piscina, yo iba andando a su lado en el agua, al principio sosteniendo con la mano su cuerpo en buena posición. Pasados unos 10 minutos, ya no hacía falta que le sostuviera, pero seguí andando a su lado dentro del agua. Tras 20 minutos, me senté en el borde de la piscina para observar cómo Alberto se hacía bastante experto en los dos estilos. Estaba un poco sorprendido por lo rápido que mi amigo se había hecho con la técnica... con la gramática acuática. Aquí le ve, después de su primera clase de 25 minutos.

Después, ya en el vestuario, le dije:

Mañana, a la parte profunda.

-¿Estás seguro? ¿No crees que debo seguir practicando los estilos en la parte que no cubre?

-Sí, tienes que seguir practicando, sin duda, pero creo que es importante que experimentes cómo es no poder tocar fondo.

-No sé, la verdad es que no quiero. Creo que necesito mejorar la técnica antes de ir a la parte que cubre.

-Bueno, ya lo decidiremos mañana cuando volvamos.

A la mañana siguiente, cuando Alberto salió del vestuario con su traje de baño, le agarré y le tiré sin piedad a la parte más profunda de la piscina. Aquí le ves:

Nada más caer al agua comenzó un desesperado intento por salir a la superficie, lográndolo durante unos tres segundos antes de volver a quedarse sumergido. Enseguida salió de nuevo, esta vez tosiendo a todo toser, con la cara enrojecida y los ojos como platos. Casi se hundió por tercera vez, consiguiendo finalmente mantenerse a flote por los pelos a base de mover los brazos al estilo perro.

A los 30 segundos ahí seguía, a flote, inmóvil en el agua, con pánico en su cara, su mirada fija en no sé qué y sus brazos moviéndose a tres mil revoluciones por minuto, todavía al estilo perro. No movía las piernas como le había enseñado el día anterior ni parecía recordar el crol ni la braza, pero se estaba haciendo experto en un estilo que no le había enseñado: el estilo perro.

A los 60 segundos, todavía al estilo perro, empezó a moverse un poco por la parte profunda de la piscina. Ya no tenía cara de pánico y, conforme pasaban los segundos, parecía cada vez más tranquilo dentro de su nuevo estilo de natación. A los 90 segundos estaba como pez en el agua y fue en ese momento cuando inició un tímido movimiento de braza. Al ver eso, le grité:

-Ya está, Alberto, ya puedes salir.

-No, creo que estoy bien. Creo que puedo seguir.

-No, Alberto, sal ahora mismo, por favor.

Obedientemente, Alberto salió por la escalera de acero inoxidable y le llevé, con cierta firmeza, otra vez hasta la parte que no cubre, a fin de volver a hacerle practicar los estilos crol y braza. Quería que fuera perfeccionando la técnica, incluido un repaso del uso de las piernas.

Pero en sólo minuto y medio, en sólo 90 segundos, yo había conseguido el objetivo más importante de la natación. En sólo ese minuto y medio había conseguido que nuestro amigo Alberto perdiese el miedo al agua. Podríamos haber estado, él y yo, practicando en la parte que no cubre durante 30 años seguidos y no habríamos conseguido lo que se logró en esos 90 segundos. Alberto jamás habría perdido el miedo al agua ni habría ganado confianza en su capacidad para nadar si hubiera sabido que podría, con cada peligro de tragar agua, simplemente ponerse de pie.

¿Cuál es el objetivo inmediato más importante al abordar el uso del inglés? Mantenerse a flote. Después ya habrá tiempo para pulir la gramática, mejorar la pronunciación, aprender formas y estructuras más avanzadas o sofisticadas y poner los puntos sobre las íes. Pero si usted prefiere evitar el mal trago de tragar agua, si le gusta, como a Contado «el perfeccionista», pasar años en la parte de la piscina que no cubre, si prefiere estar mil horas en el simulador, donde si se estrella no muere, si prefiere saltarse la fase 2 por tratarse de una fase incómoda, invertebrada y donde no se toca fondo, entonces siga con sus clases de inglés, siga pagando a su centro de idiomas o a su profesor y ayude así a mantener en buena salud y a largo plazo mi sector. No aprenderá inglés de verdad nunca, pero le estaremos, en el fondo, muy agradecidos por su amparo y tutela.

CAPÍTULO 9

LA GRAMÁTICA: DESBROZANDO EL CAMINO

Tengo un acuerdo con Sergio, mi mejor amigo, el mismo que me instó a escribir este libro. Se acordará de que le cito en la primera página. El acuerdo es que si él me sobrevive, ayudará a mi familia a organizar un funeral al estilo americano, en el que estaré en un ataúd abierto durante la misa antes de que me lleven al cementerio.

Una vez que estén todos congregados y buscando dónde sentarse, Sergio tiene instrucciones de acercarse al ataúd y decir, en voz bien alta: *The people **is** here.*

Estamos los dos seguros de que me despertaré de la muerte, aunque sólo sea durante un instante, para corregirle: *The people **are** here.* Creo que la mayoría de mis colegas del gremio en España apostarían también por este desenlace y lo vamos a ensayar Sergio y yo, porque cualquier buen profesor de inglés le dirá que su sistema nervioso sufre una especie de electroshock de disonancia aguda cuando oye la

palabra *people* precedida o seguida de algún verbo, normal o auxiliar, de la tercera persona del singular.

People is es un error. No pasa nada si usted lo comete puesto que le entenderemos perfectamente. Pero también son errores las frases de la columna izquierda en la tabla expuesta a continuación, errores típicos de mis estudiantes de nivel intermedio cuando, a escondidas, les oigo usar el inglés en el trabajo.

Error

I must to call him.
He work here, yes?
It likes you the new system?
I said to him he don't come.
Explain. me all.
Your sister she like Spain?
It is depend of the economical situation.
Is going to have a party this night?
I am agree is necessary.
For here, please.
Is important we have the report
By now we can to wait.
This is your pen?
The picture it was paint for Goya.

Lo correcto

I must call him.
Does he work here?
Do you like the new system?
I told him not to come.
Explain everything to me.
Does your sister like Spain?
It depends on the economic situation.
Is there going to be a party tonight?
I agree that its necessary.
This way, please.
Its important for us to have the report.
We can wait for now.
Is this your pen?
The picture was painted by Goya.

Etc., etc., *ad infinitum et ad nauseam*

El 80% de los adultos españoles de nivel intermedio de inglés comete errores como los que acabo de citar y muchos más. Necesitaría 200 páginas adicionales en este libro para documentar los más comunes y, seguramente, cualquier profesor que me viera trabajando en esto podría ofrecer centenares de ejemplos más que se me habrían olvidado. Es lógico. Si estamos hablando todo este tiempo de 70 millones de combinaciones y permutaciones gramaticales, no me extraña que la gente «no pensante» destruya a cada paso la estructura de mi idioma. No me interprete mal, por favor. Cuando digo la gente «no pensante», me refiero simplemente a la costumbre de ese 80% de mis alumnos de no concentrarse cuando hablan. No concentran sus esfuerzos en hilar las frases dentro de las estructuras que les he enseñado y que les he recordado un sinfín de veces. Esto se traduce en un inglés de baja calidad gramatical y, lo que es mucho peor todavía, en un terreno para la expresión oral lleno de obstáculos.

Juan Antonio, un alumno mío, necesita cruzar la densa jungla de la foto anterior para llegar a su destino. Se trata de un destino que desea con mucha fuerza. Los senderos a través de la jungla están llenos de maleza, lianas, zarzas y ramas bajas. ¿Debe intentarlo? Si sigue adelante, seguramente se verá frenado a cada paso por los obstáculos. Las lianas se enredarán alrededor de sus tobillos. El espeso ramaje le arañará los brazos y la cara. Se quedará enganchado y enredado a cada paso. Su progreso será lento y tortuoso y hasta se olvidará de cómo es andar con paso firme y ligero. ¿Qué debe hacer?

Yo, que soy experto en viajar por las junglas, le recomiendo que vuelva a la capital, a dos semanas de camino, para comprarse un nuevo invento llamado multimachete mecánico. Se trata de lo último para despejar senderos de jungla. Le costará trabajo volver de nuevo a la capital y le costará bastante dinero, sin hablar del

viaje de vuelta a donde está ahora. Le da pereza volver. Le va a resultar pesadísimo perder todo un mes (el viaje de ida y vuelta a la capital). Pero yo insisto en que, con el multimachete mecánico, jamás volverá a andar despacio, que será un caminante decidido y resuelto, cualquiera que sea la jungla que le espere. Siempre tendrá el camino despejado y podrá andar por la jungla como Pedro por su casa.

A diferencia de miles de estudiantes de inglés que he tenido, Juan Antonio me hizo caso y «perdió» un mes para hacerse con el invento. Ahora, siempre que atraviesa una jungla, tiene el camino despejado. Ya no se engancha en las ramas del inglés, ya no se enreda en las lianas, ya no sale arañado del viaje lingüístico cuando tiene que expresarse. Su soltura de antes, basada en la audacia y la total falta de vergüenza, ahora es una soltura rápida, fluida, tersa y doblemente impactante. Ya no es un avezado chapurreador de mi idioma. Ya no deja mil trozos del inglés a cada lado de su camino conforme habla. Ahora hila las frases con la gracia y eficacia de un consumado rejoneador.

Pero para ello tuvo que volver atrás, dos semanas, a la capital. En total tuvo que perder un mes a fin de dotarse de un elemento esencial para el viaje. Tuvo que volver para ver de nuevo toda la estructura más básica del inglés, concienciarse de la importancia de la buena gramática y sintaxis y practicar la construcción de frases sin cesar, cual monje que reza el rosario.

Hace años dediqué el tiempo necesario para adquirir precisión y agilidad con la gramática básica del español, y desde entonces tengo todos los senderos despejados... sin lianas y sin maleza que me ralentice. Tengo soltura gracias al dominio de la gramática básica. Ahora le toca a usted conseguir lo mismo con el inglés.

Sin un buen dominio oral de la gramática básica, usted nunca sabrá expresarse bien en inglés

Si no me hace caso pero es ingenioso y valiente, podrá salir del paso en muchas situaciones. Podrá mantener el tipo según el tema. Pero le pasarán dos cosas:

1. Siempre será consciente de que está expresándose mal, no en consonancia con su deseo ni con la importancia de su mensaje.
2. Se frustrará por no poder conseguir, mediante sus palabras, los objetivos que persigue. Tendrá que demostrar su valía mediante los hechos.

Juan Antonio, el cruza-junglas, volvió a la capital y, gracias a ello, consolidó la gramática de la fase 1. Después, conforme iba aprendiendo el manejo del aparato,

se hizo cada vez más experto, adquiriendo poco a poco el manejo de la gramática de la fase 3. Ahora es un consumado cruza-junglas. Lo hace con los ojos cerrados. Pero le costó, al igual que le cuesta a cualquier persona que aspire ser maestro en su oficio.

La bailarina de la foto se llama Ekaterina Maximova. Está considerada una de las mejores del siglo XX.

Su registro artístico es total, incluidos papeles desenfados, fadados, alegres y cómicos. Su dominio técnico es perfecto, fruto de miles de horas en la barra de ballet delante del espejo. Posee lo que llaman «una línea limpia», un increíble juego de pies y la capacidad para imprimir pasión y drama en los movimientos más pequeños. Cuando le preguntan el secreto de su éxito, siempre dice lo mismo: miles de horas perfeccionando su técnica. «Muchas bailarinas poseen garbo y elegancia en los movimientos, pero muy pocas tienen la disciplina necesaria para brillar en los aspectos estrictamente técnicos. La que fusiona las dos cosas es la que finalmente triunfa». El dominio final del inglés, es decir, la fase 3, exige lo mismo. Uno no puede expresarse con eficacia y aplomo si no tiene un sólido dominio de los aspectos técnicos, y estos aspectos son la gramática, no tan complicada realmente, que ya vimos en el capítulo 5.

Otro ejemplo que me viene a la mente es una chica joven que conocí en el centro de Inglaterra cuando mi familia visitaba a unos amigos al norte de Birmingham. Era la hija de los vecinos y, curiosamente, ya tenía cierta fama en todo el Reino Unido por ser una niña prodigio, aspirante a ser, algún día, la primera mujer jugadora de fútbol de la primera división inglesa, de la Premier League. Cuando la vi practicar con el balón, me vino a la mente el ejemplo de todos los grandes profesionales del fútbol, como el curtido profesional de la foto de la página siguiente. Ambos, tanto la niña como el profesional, tienen algo en común. Los dos dedican los primeros 20 minutos de cada sesión de entrenamiento a ejercicios de control del balón. El profesional lleva ya, a sus 27 años, 19 temporadas perfeccionando, desde alevines, su control del mismo y sabe perfectamente que un absoluto

dominio de estos movimientos tan básicos y fundamentales del juego es lo que le diferencia de los aficionados. Hay jugadores de otras divisiones más veloces que él, más altos o más fuertes, más impresionantes en los regates, pero su absoluto dominio a la hora de controlar el balón es lo que le coloca entre los mejores. Todos los

días, en el campo de prácticas, realiza los mismos ejercicios que la niña prodigio está aprendiendo en su equipo de alevines. Sin control del balón no hay dominio profesional y sin miles de ejercicios para consolidar los hábitos no hay control del balón. Con el inglés pasa lo mismo. Sin una completa agilidad con la gramática más básica, no hay dominio. Se trata del área del idioma más sencilla en apariencia pero más crítica y la que más cuesta llegar a dominar. ¿Por qué? Por que la gente no quiere prestarle la debida atención.

Si usted quiere hablar bien mi idioma, va a tener que cerrar los ojos, taparse la nariz y volver a practicar durante muchas horas la gramática que empezó a ver a los 12 años en el colegio. Va a tener que repasar, por enésima vez, los contables e incontables, los verbos auxiliares, los pronombres posesivos, el presente perfecto y todo lo demás que usted creía que sabía pero que no atina nunca a usar bien. Va a tener que practicar estas frases oralmente hasta reventar, al igual que la chica y el futbolista practican el control de balón, y al igual que la exquisita bailarina rusa practica durante horas cada día delante de la barra y el espejo.

El 99,5% de todo lo que decimos en inglés, incluso en las sesiones más técnicas de la actividad profesional, son frases normales y palabras y expresiones normales. Así que desmitifiquemos, de una vez por todas, cualquier idea de inglés para los negocios. Es simplemente el inglés normal y corriente dentro del contexto social de la actividad laboral o profesional. Me hace gracia cuando un alto directivo me pide un curso de inglés técnico cuando apenas logra hilar frases con sujetos, verbos y predicados normales. El adulto español huye como de la peste de uno de los aspectos más críticos para la buena expresión: el dominio y agilidad con la gramática más básica. Es lógico, puesto que alcanzarlos exige un gran esfuerzo y unas dosis de humildad que la mayoría no tiene. A los 38 años, un aspirante al estrellato empresarial no quiere volver a practicar, hasta la saciedad, la conjugación de los verbos irregulares más

comunes. Sin embargo, si no lo hace, es como el aspirante a gran matemático que no se sabe las tablas de multiplicar. El joven matemático de la foto anterior sabía reproducir las tablas a una velocidad supersónica cuando tenía tan sólo ocho años. Con esta base pudo, como se ve, llegar a un dominio realmente impresionante de su área del saber. Si usted tiene 34 años, es subdirector financiero de una empresa que factura 500 millones de euros al año, aspira a llegar a la cima del mundo empresarial en España y quiere hacerse con el alto dominio del inglés que estos puestos suelen exigir, más vale que sepa sus tablas de multiplicar antes de que me llame pidiendo «inglés financiero». Si no, acabará siendo objeto de uno de mis famosos sermones, y le advierto de que soy muy pesado.

Las tablas de multiplicar. ¿Cuántas veces tuvo usted que repetir 2 por 2 son 4, 2 por 3 son 6, 2 por 4, 8, etc.? ¿Cuánto tardó en ganar agilidad a la hora de multiplicar y dividir de cabeza? Normalmente los niños comienzan a multiplicar y dividir en tercero de primaria, a los ocho o nueve años de edad. Pasan un año entero practicando, incluso cantando, las tablas. A los 10 años, en 4º o 5º de Primaria, ya realizan problemas de multiplicaciones o divisiones, pero con la lentitud de una persona que todavía mueve los labios cuando lee. Finalmente, ya en los primeros años de Secundaria, con 13 o 14 años, los jóvenes parecen consolidar una agilidad total a la hora de calcular en la mente las tablas de multiplicar.

Dominar la gramática en un segundo idioma exige la misma disciplina y es igual de pesado que cuando usted tuvo que repetir y cantar las tablas de multiplicar.

He 's the best student of all.

He 's not the best student of all.

Is he the best student of all?

It s rained this week.

It hasn 't rained this week.

Has it rained this week?

She went there last week.

She didn't go there last week.

When did she go there?

I would do it if I could.

I wouldn't do it, even if I could.

Would you do it if you could?

En otro libro, le podré dar 10.000 tríos de frases como los cuatro citados, para que usted vaya ganando precisión y, sobre todo, agilidad con la gramática de mi idioma. De los 10.000, recomiendo que lea en voz alta cada trío de frases 20 veces. Son en total solamente 600.000 oraciones las que recomiendo, a base de tres frases por trío. Pero no se desespere, al menos no todavía. He guardado en la manga muchos trucos y recomendaciones sobre el aspecto gramatical en los capítulos del 14 al 21.

No nos precipitemos, pero antes de concluir, permítame reiterar varios puntos que usted debe humildemente aceptar si, a estas alturas de su vida, todavía está peleando con el dichoso idioma inglés.

1. No sabe la gramática inglesa porque, a pesar de haberla estudiado seguramente desde muy joven, nadie le ha obligado a adquirir un mínimo de agilidad en su uso oral.
2. No ha querido o nadie le ha obligado a tomar en serio la gramática más básica. Ha desdeñado, sin darse cuenta, los cimientos del idioma.
3. Nadie llega a un alto y pulido dominio de un segundo idioma sin decir en voz alta, incesantemente, miles **y** miles de combinaciones **y** permutaciones gramaticales.

Si usted no está dispuesto a hacer lo que hacen la bailarina, la joven futbolista o el consumado matemático, olvídense para siempre de hablar un inglés de calidad. Sólo podrá aspirar a chapurrear mi idioma. Tendrá lo que aquí llaman «un inglés macarrónico».

CAPÍTULO 10

EL VOCABULARIO

En el año 1982, me senté con el *Merriam-Webster's Collegiate Dictionary*, un excelente diccionario para universitarios, y me puse a copiar, página por página, las palabras y expresiones cortas que consideraba relevantes para un español que aspirase a poseer un buen dominio del inglés. Para ello, empleé la ya antiquísima base de datos dBase 2 del sistema MS/DOS, a la sazón el no va más. El programa me permitió organizar las palabras y expresiones por nivel, en este caso del 1 al 5, por

procedencia (latina o germánica/anglosajona) y por área gramatical (sustantivo, verbo, adjetivo, adverbio, preposición, conjunción o expresión idiomática). Así podía realizar una consulta y sacar, por

ejemplo, todas la palabras de raíz latina de nivel con el fin de demostrar a mis alumnos cuántas palabras para principiantes eran casi iguales en inglés que en español, palabras como *table, difficult, extra, telephone, station, airport, calendar, lesson, student, cigarette, plate, coffee, map, train, idea, plant*, etc. Cuando mis

alumnos veían que había 500 palabras sencillas que prácticamente ya sabían nada más verlas, se animaban a seguir adelante con el inglés con más optimismo. Cuando al mismo tiempo les enseñaba la misma categoría de palabras pero del avanzado nivel 5, palabras como *biology, cynical, self-sufficient, subsidy, effective, influential*, etc., se daban cuenta que su vocabulario pasivo podría rápidamente llegar a los dos, tres mil o incluso cinco mil términos.

Al final de la aventura, después de copiar en la base de datos todas las palabras y expresiones importantes de las 1.250 páginas del diccionario, tenía una lista de 5.400 entradas. He aquí cinco palabras, sacadas al azar, entre las 900 entradas de cada uno de los seis libros que, hoy en día, recogen el producto de mis 500 horas de trabajo en 1982.

Libro 1	Libro 2	Libro 3	Libro 4	Libro 5	Libro 6
<i>book</i>	<i>carefully</i>	<i>adversary</i>	<i>magnet</i>	<i>fate</i>	<i>dull</i>
<i>to drink</i>	<i>broad</i>	<i>unique</i>	<i>refund</i>	<i>slippery</i>	<i>revenue</i>
<i>narrow</i>	<i>however</i>	<i>unless</i>	<i>regardless of</i>	<i>to cut back</i>	<i>heart burn</i>
<i>anybody</i>	<i>hopeless</i>	<i>to share</i>	<i>to phase out</i>	<i>accuracy</i>	<i>red tape</i>
<i>pressure</i>	<i>to enjoy</i>	<i>prosperity</i>	<i>to argue</i>	<i>to betray</i>	<i>lawsuit</i>

1. BUSCANDO CULPABLES

El estudiante de inglés siempre piensa que necesita ampliar su vocabulario, lo cual es correcto, pero no recuerdo ningún caso para el que este problema fuese prioritario. A todos nos falta vocabulario, incluso en nuestra propia lengua. ¿Cuántas veces le ha faltado a usted la palabra más apropiada en una situación comunicativa concreta? Nos pasa todos los días. La frustración de no tener un absoluto dominio del léxico del propio idioma se ve aumentada cinco veces cuando estamos peleando con un segundo idioma que sólo manejamos a medias.

Sin embargo, esta frustración normalmente es infundada, o al menos el culpable no suele ser la falta de vocabulario. El culpable real, casi siempre, es la falta de confianza en uno mismo. La inseguridad es el mayor peligro ante cualquier situación de comunicación, ya sea en su propia lengua o en otra. Tratándose de un segundo idioma, esta inseguridad puede tener tres orígenes:

1. Una falta de seguridad crónica, como rasgo de personalidad permanente de la persona.
2. Una falta de seguridad por no sentirse uno con el control del entorno de comunicación, normalmente por culpa del oído, es decir, por una comprensión auditiva deficiente.
3. Un dominio tan pobre de la estructura gramatical del idioma que la persona se da cuenta de que está causando una impresión poco favorable, lo cual le mina la confianza cuando habla.

Cuando uno se siente seguro de sí mismo, las palabras suelen venir a su mente. El vocabulario es amigo de los intrépidos. Esto lo he aprendido por experiencia propia. En mi vida profesional, no sólo he impartido personalmente 30.000 horas de clase a individuos y grupos, sino que he acumulado seguramente 2.000 horas en entrevistas de venta, 3.500 horas como locutor de radio, 500 horas solo delante de cámaras de televisión y aproximadamente 700 horas hablando delante de diferentes públicos, desde grupos de 30 personas hasta grupos de más de mil. Incluso pronuncié el pregón de apertura de las fiestas del pueblo burgalés de Hontoria de Valdearados (el alcalde me aseguró que era la primera vez en la historia del pueblo que un texano daba el pregón).

Ahora, cuando hablo, las palabras me vienen dócilmente a la cabeza, ya sea en inglés o en español. La gente se maravilla y me da la enhorabuena por la amplitud de mi vocabulario y el dominio del entorno. Sin embargo, para mí no es ninguna proeza, primero porque se puede alegar, con razón, que llevo 35 años de entrenamiento para ello, y segundo, y más importante, porque tantos años de comunicación delante de la gente me han dotado de un nivel de seguridad importante. También es cierto que todo de lo que hablo (menos el pregón) es sobre temas que manejo a diario desde hace más tres décadas: la enseñanza y aprendizaje del idioma inglés. Es lógico que tenga las ideas claras, y esto me ayuda enormemente a expresarme bien. Las palabras fluyen y es muy raro que me falte el adjetivo idóneo o la expresión más certera.

Así que para mí nadie puede, ni en su propia lengua ni en otra, exhibir un amplio uso activo de términos de vocabulario si no es experto en algo y si no tiene la seguridad que proviene de haberse curtido en ese algo o en hablar delante de la gente. Usted podrá estudiar listas de vocabulario, giros y expresiones hasta el día del juicio Final y no será un buen artista de la palabra si no tiene, primero, un tema concreto del que hablar; segundo, si no es experto en dicho tema; tercero, si no tiene cierta pasión por el mismo; y cuarto, si no siente lo que me gusta denominar «urgencia de transmisión». Si siente con toda su alma que es urgentísimo que los demás entiendan la importancia del tema del que habla, entonces transmitirá sus conocimientos con impacto y eficacia. La gente se despertará de su habitual letargo y comenzará a prestarle atención. Y usted se sorprenderá también. Se sorprenderá de constatar cómo un caudal rico en vocabulario sale de su boca. Todo el vocabulario pasivo que tiene en su cabeza, esos miles de palabras, que conoce por haberlas leído y oído muchas veces, comenzarán de repente a formar parte de su vocabulario activo.

Pero para esto necesita ser una persona segura de sí misma. Si por naturaleza no lo es, entonces como profesor no le podré ayudar en cuestiones de vocabulario.

Ahora bien, si me atrevo a asumir el papel de psicólogo, le instaré a buscar lo atractivo, vibrante e importante de su tema o actividad, y si lo consigo, entonces es muy posible que usted inicie una trayectoria interesante en la que se vaya notando más y más elocuente con cada mes que pasa. Se trata de un cambio de actitud, y cuando se asumen las actitudes más positivas, las aptitudes vienen automáticamente. La simbiosis «actitud-aptitud» siempre funciona. Con la actitud correcta, el dicho español «querer es poder» es muy acertado.

Pero bajando de las nubes esotéricas de estos últimos párrafos, creo que tengo razón al afirmar que, salvo la pronunciación, el vocabulario es el aspecto menos importante a la hora de aprender un idioma. Es imprescindible para la buena expresión, pero sin oído, confianza y agilidad gramatical, las tres prioridades más críticas, un amplio dominio del vocabulario en otro idioma no sirve para mucho.

2. ALGUNAS RECOMENDACIONES PRÁCTICAS

No obstante, voy a darle algunas recomendaciones para mejorar su vocabulario, recomendaciones que desarrollaré con mucha más amplitud en los capítulos 14 y 18.

2.1. Una novela al mes en inglés... sin diccionario

Habrán muchas palabras en la novela que no usted entenderá, pero el 90% de éstas no son relevantes para el día a día. Su mente, al realizar las lecturas, registrará una cantidad enorme de términos y expresiones y todos éstos se alojarán en su cerebro, primero, como conocimientos pasivos. Sin embargo, conforme siga leyendo, hinchando su cerebro con cada vez más información, muchos de estos términos y expresiones pasarán a la fuerza a formar parte de sus conocimientos activos. De repente se sorprenderá usando una expresión que nadie le ha enseñado jamás. Esto pasa a menudo cuando alguien lleva cierto tiempo viviendo en un país donde no domina la lengua. Se «pilla» usando palabras y expresiones que nunca había estudiado. Puede que un español, en su tercer mes en Kansas, de pronto diga ante una situación, *I can't stand it!* (¡no lo aguanto!). Nadie le ha enseñado la expresión ni él ha prestado atención a la misma cuando algún nativo la utilizaba. Sin embargo, su cerebro la ha captado tantas veces de forma pasiva que forzosamente acaba pasando a su inglés activo. En esta línea, cualquier persona que haya vivido en un país

donde se habla otro idioma le dirá que sueña en el idioma antes de hablarlo bien. En mis primeros seis meses en España, soñaba en español y los protagonistas de mis sueños hablábamos el idioma con soltura y corrección. Después, ya despierto, no podía todavía igualarlo, pero era evidente que ya poseía muchos más conocimientos pasivos del español de lo que era capaz de emplear en mi vida cotidiana. Activé la expresión «estar por los suelos» gracias a un sueño.

En estos casos, la transferencia de pasivo a activo fue por bombardeo auditivo. En su caso, si no vive en un país de habla inglesa, la forma más efectiva es leyendo vorazmente y, repito, sin diccionario. Me preguntará por qué sin diccionario, pero de momento le dejo con la incógnita hasta el capítulo 14.

2.2. Escuchar vocabulario de forma aséptica y repetitiva

Las 5.400 palabras y expresiones que reuní a principios de los años 80, tras tres meses con el diccionario, las tengo recogidas, como ya he dicho, en seis libros de 900 términos cada uno. Personalmente los odio. Cada página ofrece dos columnas, la izquierda en español y la derecha con su equivalente en inglés. Después, en los CDs, es lo mismo: una voz española dice la palabra en español seguida de una voz inglesa o americana con el término en inglés. Se trata de algo tremendamente sencillo, lejos de cualquier planteamiento innovador. Sin embargo, por algún motivo que desconozco, los libros tienen magia. Todo el mundo, tanto profesores como alumnos, los devora.

Imagínese escuchando dos voces que dicen lo siguiente:

por cierto	Pausa	<i>by the way</i>
por si acaso	Pausa	<i>just in case</i>
Decepcionado	Pausa	<i>disappointed</i>
Descuidado	Pausa	<i>careless</i>
Sótano	Pausa	<i>basement</i>
Desordenado	Pausa	<i>messy</i>
compañero de clase	Pausa	<i>classmate</i>
dispuesto a	Pausa	<i>willing to</i>

Más 5.392 etcéteras...

A mucha gente parece que le gusta simplemente sentarse en un sillón o en su coche y escuchar una larga letanía de palabras o expresiones cortas de uso diario en inglés. Si esto surte el efecto deseado, entonces no tengo más remedio que recomendarlo y con toda la pasión que pueda reunir. El caso es bañar el oído en el sonido del inglés y esto puede incluir oír una larga y lenta sinfonía de palabras y expresiones.

2.3. Las listas y el latín

Otra forma para mejorar el vocabulario es simplemente abrir cualquier diccionario y hacer una lista de todas las palabras en inglés de raíz latina. La lista expuesta a continuación contiene solamente aquellas palabras, de uso muy común o bastante común, que empiezan por la letra «D». Son 425 en total y nos dan una idea de la gran influencia latina y francesa en el idioma anglosajón. De completar la lista con el resto del alfabeto, probablemente sobrepasaríamos las 5.000 palabras, y usted, seguramente, conocería perfectamente el significado de casi todas. Hay que tener cuidado con tal vez el 1 % de los términos cuyos significados pueden variar, como *deception* en la primera columna, término que significa «engaño» en vez de «decepción», o el más gracioso de todos, *constipated* que no significa «constipado» sino «estreñido». Pero en el 99% de los casos, puede confiar en que tiene un vocabulario, al menos pasivo, de más de 5.000 palabras. Ahora le toca aprender a pronunciarlas correctamente.

<i>data</i>	<i>delicate</i>	<i>devotion</i>	<i>discern</i>	<i>distraction</i>
<i>database</i>	<i>delicious</i>	<i>devour</i>	<i>discipline</i>	<i>distracted</i>
<i>debacle</i>	<i>delinquency</i>	<i>diabetes</i>	<i>disciplinary</i>	<i>distribute</i>
<i>debatable</i>	<i>delinquent</i>	<i>diabetic</i>	<i>disciplined</i>	<i>distribution</i>
<i>debate</i>	<i>demagogue</i>	<i>diabolical</i>	<i>disconcert</i>	<i>distributor</i>
<i>debilitate</i>	<i>demand</i>	<i>diadem</i>	<i>discontent</i>	<i>district</i>
<i>debilitating</i>	<i>demanding</i>	<i>diagnose</i>	<i>disconnect</i>	<i>disunite</i>
<i>debit</i>	<i>dementia</i>	<i>diagnosis</i>	<i>discontinue</i>	<i>disunion</i>
<i>debt</i>	<i>demented</i>	<i>diagonal</i>	<i>discord</i>	<i>diuretic</i>
<i>debtor</i>	<i>demilitarize</i>	<i>diagram</i>	<i>discordant</i>	<i>divergence</i>
<i>decade</i>	<i>demobilization</i>	<i>dial</i>	<i>discount</i>	<i>divergent</i>
<i>decadence</i>	<i>demobilize</i>	<i>dialect</i>	<i>discotheque</i>	<i>diverse</i>
<i>decadent</i>	<i>democracy</i>	<i>dialectical</i>	<i>discourteous</i>	<i>diversification</i>
<i>decaffeinated</i>	<i>democrat</i>	<i>dialogue</i>	<i>discover</i>	<i>diversified</i>
<i>decatalogue</i>	<i>democratic</i>	<i>dialysis</i>	<i>discovery</i>	<i>diversion</i>
<i>decapitate</i>	<i>demographer</i>	<i>diameter</i>	<i>discredit</i>	<i>diversity</i>
<i>decapitation</i>	<i>demographic</i>	<i>diamond</i>	<i>discreet</i>	<i>divide</i>
<i>decathlon</i>	<i>demography</i>	<i>diaphragm</i>	<i>discrepancy</i>	<i>dividend</i>
<i>december</i>	<i>demolish</i>	<i>diarrhea</i>	<i>discretion</i>	<i>divine</i>
<i>deceleration</i>	<i>demolition</i>	<i>diary</i>	<i>discus</i>	<i>divinity</i>
<i>decency</i>	<i>demon</i>	<i>diatribe</i>	<i>discuss</i>	<i>divisible</i>
<i>decent</i>	<i>demonstrable</i>	<i>dichotomy</i>	<i>discussion</i>	<i>division</i>
<i>decentralization</i>	<i>demonstrate</i>	<i>dictaphone</i>	<i>disembark</i>	<i>divisor</i>
<i>decentralize</i>	<i>demonstration</i>	<i>dictate</i>	<i>disenchant</i>	<i>divorce</i>
<i>deception</i>	<i>demonstrative</i>	<i>dictator</i>	<i>dishonest</i>	<i>divulge</i>
<i>decibel</i>	<i>demoralization</i>	<i>dictatorial</i>	<i>dishonor</i>	<i>docile</i>
<i>decide</i>	<i>demoralize</i>	<i>dictatorship</i>	<i>disillusion</i>	<i>doctor</i>
<i>decimal</i>	<i>demoralizing</i>	<i>diction</i>	<i>disinfect</i>	<i>doctoral</i>
<i>decimate</i>	<i>denigrate</i>	<i>dictionary</i>	<i>disinherit</i>	<i>doctorate</i>
<i>decipher</i>	<i>denomination</i>	<i>didactic</i>	<i>diskette</i>	<i>doctrine</i>
<i>decision</i>	<i>denominator</i>	<i>diesel</i>	<i>dislocate</i>	<i>document</i>
<i>decisive</i>	<i>denounce</i>	<i>diet</i>	<i>disloyal</i>	<i>documentary</i>
<i>declaration</i>	<i>dense</i>	<i>dietary</i>	<i>disloyalty</i>	<i>documentation</i>
<i>declare</i>	<i>density</i>	<i>differ</i>	<i>dismantle</i>	<i>dogma</i>
<i>declass</i>	<i>dental</i>	<i>difference</i>	<i>dismount</i>	<i>dogmatic</i>
<i>decline</i>	<i>dentist</i>	<i>different</i>	<i>disorder</i>	<i>dogmatism</i>
<i>decode</i>	<i>deodorant</i>	<i>differential</i>	<i>disorient</i>	<i>dolphin</i>
<i>decompose</i>	<i>department</i>	<i>differentiate</i>	<i>disparity</i>	<i>domain</i>
<i>decomposition</i>	<i>departmental</i>	<i>differentiation</i>	<i>disperse</i>	<i>dome</i>
<i>decompression</i>	<i>depend</i>	<i>difficult</i>	<i>dispute</i>	<i>domestic</i>

<i>decontaminate</i>	<i>dependence</i>	<i>difficulty</i>	<i>disrespect</i>	<i>domesticate</i>
<i>decorate</i>	<i>deplorable</i>	<i>diffuse</i>	<i>discriminate</i>	<i>domestication</i>
<i>decoration</i>	<i>deplore</i>	<i>diffusion</i>	<i>discrimination</i>	<i>domicile</i>
<i>decorator</i>	<i>depoliticize</i>	<i>digest</i>	<i>discriminatory</i>	<i>dominance</i>
<i>decorative</i>	<i>depopulate</i>	<i>digestion</i>	<i>disequilibrium</i>	<i>dominant</i>
<i>decorum</i>	<i>depopulation</i>	<i>digestive</i>	<i>disinfectant</i>	<i>dominate</i>
<i>decree</i>	<i>deport</i>	<i>digital</i>	<i>disintegrate</i>	<i>domination</i>
<i>dedicate</i>	<i>deportation</i>	<i>digitalize</i>	<i>dislocation</i>	<i>domino</i>
<i>deduce</i>	<i>deposit</i>	<i>dignify</i>	<i>disobedience</i>	<i>donor</i>
<i>deduct</i>	<i>depreciate</i>	<i>dignity</i>	<i>disobedient</i>	<i>dormant</i>
<i>deduction</i>	<i>depreciation</i>	<i>dignitary</i>	<i>disorganized</i>	<i>dormitory</i>
<i>defamation</i>	<i>depression</i>	<i>digression</i>	<i>disorientate</i>	<i>dossier</i>
<i>defect</i>	<i>depressive</i>	<i>dilapidated</i>	<i>disorientation</i>	<i>double</i>
<i>defective</i>	<i>depressurize</i>	<i>dilate</i>	<i>dispassionate</i>	<i>draconian</i>
<i>defence</i>	<i>derivation</i>	<i>dilation</i>	<i>dispensable</i>	<i>dragon</i>
<i>defend</i>	<i>derivative</i>	<i>dilemma</i>	<i>disposition</i>	<i>drama</i>
<i>deference</i>	<i>derive</i>	<i>diligence</i>	<i>disproportion</i>	<i>dramatic</i>
<i>deferential</i>	<i>dermatitis</i>	<i>diligent</i>	<i>disqualification</i>	<i>drastic</i>
<i>deficiency</i>	<i>dermatology</i>	<i>dilute</i>	<i>disreputable</i>	<i>drastically</i>
<i>deficient</i>	<i>dermatologist</i>	<i>dilution</i>	<i>dissatisfaction</i>	<i>dromedary</i>
<i>deficit</i>	<i>determinant</i>	<i>dimension</i>	<i>disrespectful</i>	<i>drug</i>
<i>define</i>	<i>determination</i>	<i>diminish</i>	<i>dissatisfied</i>	<i>druid</i>
<i>definite</i>	<i>determine</i>	<i>diminutive</i>	<i>dissect</i>	<i>dual</i>
<i>definitely</i>	<i>determinism</i>	<i>dinosaur</i>	<i>dissection</i>	<i>duality</i>
<i>definition</i>	<i>detest</i>	<i>diocese</i>	<i>disseminate</i>	<i>dune</i>
<i>definitive</i>	<i>detestable</i>	<i>diode</i>	<i>dissemination</i>	<i>duo</i>
<i>deflation</i>	<i>dethrone</i>	<i>dioxide</i>	<i>dissipate</i>	<i>duodenal</i>
<i>deform</i>	<i>detonate</i>	<i>diphtheria</i>	<i>dissipation</i>	<i>duodenum</i>
<i>deformation</i>	<i>detonation</i>	<i>diphthong</i>	<i>dissolve</i>	<i>duplex</i>
<i>deformed</i>	<i>detonator</i>	<i>diplococcus</i>	<i>dissonance</i>	<i>duplicate</i>
<i>deformity</i>	<i>detoxicate</i>	<i>diploma</i>	<i>dissonant</i>	<i>duplication</i>
<i>degenerate</i>	<i>detoxication</i>	<i>diplomacy</i>	<i>dissuade</i>	<i>duplicity</i>
<i>degeneration</i>	<i>detract</i>	<i>diplomat</i>	<i>dissuasion</i>	<i>durability</i>
<i>degrading</i>	<i>detractor</i>	<i>diplomatic</i>	<i>dissuasive</i>	<i>duration</i>
<i>degrade</i>	<i>detrimental</i>	<i>direct</i>	<i>distance</i>	<i>during</i>
<i>degree</i>	<i>detriment</i>	<i>direction</i>	<i>distant</i>	<i>dynamic</i>
<i>dehumanize</i>	<i>devaluation</i>	<i>directive</i>	<i>distill</i>	<i>dynamics</i>
<i>dehydrate</i>	<i>devalue</i>	<i>directly</i>	<i>distillation</i>	<i>dynamism</i>
<i>dehydration</i>	<i>devastate</i>	<i>disability</i>	<i>distillery</i>	<i>dynamize</i>
<i>delegate</i>	<i>devastating</i>	<i>disadvantage</i>	<i>distinct</i>	<i>dynamo</i>

<i>delegation</i>	<i>devastation</i>	<i>disappear</i>	<i>distinction</i>	<i>dynastic</i>
<i>deliberate</i>	<i>deviation</i>	<i>disappearance</i>	<i>distinguish</i>	<i>dynasty</i>
<i>deliberately</i>	<i>deviate</i>	<i>disarm</i>	<i>distort</i>	<i>dysentery</i>
<i>deliberation</i>	<i>devote</i>	<i>disaster</i>	<i>distortion</i>	<i>dysfunctional</i>
<i>delicacy</i>	<i>devoted</i>	<i>disastrous</i>	<i>distract</i>	<i>dyslexia</i>

3. EL VOCABULARIO: UNA CUESTIÓN DE CONFIANZA Y PASIÓN

Poseer un excelente vocabulario, en la lengua propia y en otras, es algo de gran importancia para el dominio de todas las situaciones comunicativas. Pero es importante recordar que, pasivamente, tenemos un vocabulario amplísimo esperando ser rescatado y, para potenciar el mecanismo de rescate, usted debe forzosamente ganar mayores cuotas de confianza en sí mismo, lo cual pasa por conocer sus temas, creer en ellos, sentir pasión por ellos, si es posible, y, por último, desear que los demás entiendan su pasión, o sentir lo que llamo «urgencia de transmisión».

Tener esta actitud ante las cosas exige cierta humildad y, en una primera fase, incluso cierta inocencia, pero es poderosísima y dota a la persona de una capacidad de comunicación que antes ni soñaba poseer. Se trata de una pasión que puede conducir a desenlaces francamente positivos, como la pasión que guiaba a Confucio, Sócrates, Pablo de Tarso, Juana de Arco, Abraham Lincoln, Mahatma Gandhi o Martin Luther King. Si a ellos al principio les faltó vocabulario, no tardaron en superar el problema por la pasión que sentían por sus creencias y por la necesidad que tenían de hablar de ellas. Pero la pasión puede conducir igualmente a desenlaces negativos, como la que sentían Adolfo Hitler, Maximilien Robespierre o Pol Pot. Estos personajes poseían también grandes dotes de comunicación, con un impresionante dominio del léxico de sus respectivos idiomas gracias, en este caso, a una pasión equivocada. Por lo tanto, apasiónese por los temas de su actividad profesional y sienta una necesidad imperiosa de transmitir esta pasión a los demás *y, presto!*, comenzará a desarrollar una riqueza de vocabulario insólita, primero en su propia lengua y, después, espero, en inglés.

CAPÍTULO 11

LA PRONUNCIACIÓN

He conocido a tan sólo dos españoles en mi vida cuya pronunciación era tan defectuosa que pronostiqué que jamás aprenderían inglés, y en uno de los casos, tuve que comerme las palabras. El primero fue Crescencio, mi amigo y sufridor con la lengua inglesa, y el segundo se llamaba Pepe, el responsable de servicio posventa de una empresa de motores diesel. Era tal la mala pronunciación de este último que quise encontrar una forma de que la empresa me relevase de la tarea de enseñarle. Pasar una hora con él -tenía clase privada- era un martirio, en el que me veía obligado a insistir en que repitiera las mismas palabras y las mismas frases una y otra vez durante toda la hora de clase. Al final envié un informe al gerente del área recomendando su baja del programa. Cuando Pepe se enteró y vio el informe, no dijo nada, pero comenzó a mejorar de un modo sorprendente. Seguramente pensaba: «Este joven quién se cree que es? Le voy a enseñar de lo que soy capaz». Un año más tarde, a este principiante de pobre gramática y pésima pronunciación le vi acompañando a dos alemanes por la fábrica de motores manteniendo el tipo, incluso con ruido de fondo.

Usted siempre va a tener acento español cuando hable inglés. Javier Solana dirige los asuntos exteriores de toda la Unión Europea, una unidad geográfica más grande en población y producto interior bruto que Estados Unidos, y lo hace en inglés -y muy bien- con un marcado acento español. Yasser Arafat, con un fuerte acento árabe, llegó a ser todo un artista de las relaciones públicas para la Autoridad Nacional Palestina. Tariq Aziz, ministro de asuntos exteriores del defenestrado gobierno de Sadam Hussein, hablaba en inglés por canales televisivos europeos y americanos con un aplomo total... y con un notable acento. Richard Vaughan, su servidor, ha sabido

forjar una carrera de éxito, con 400 profesores a su cargo, 40.000 horas de clase cada mes, una emisora propia de radio y un canal de televisión, todo con un claro acento americano.

No se preocupe por su pronunciación en inglés. Hasta mi alumno Pepe logró resolver lo esencial con su espesa fonética. El mundo está lleno de gente que resuelve temas a diario hablando inglés como segunda lengua. Todos tienen acento, a veces muy fuerte. Los italianos cantan el inglés, no lo hablan. Los nórdicos le imprimen un ritmo que se asemeja a pasar sobre continuos badenes, hasta quedar uno algo mareado. Los alemanes ladran el inglés; los rusos lo gruñen y los chinos lo hablan al estilo *chop suey*, troceándolo con hacha de carnicero. Es difícil emular a los españoles cuando hablan en inglés, porque se trata de una pronunciación muy acorde con la orografía, climatología y textura de suelo de las dos Castillas. Es un acento agreste, rudo, áspero y poco dado a inflexiones suaves y alargadas. Es *stacatto* o entrecortado y le cuesta mucho a un español limar las asperezas para alcanzar la fluida conectividad silábica, sin costuras, del inglés.

Pero ¡qué más da! Antonio Banderas se expresa de maravilla en inglés, al igual que Penélope Cruz. Mariano Barbacid, el destacado oncólogo español, se maneja con soltura, de la misma manera que el famoso psiquiatra Luis Rojas Marcos. Éstos, y miles de españoles más, están dejando una huella importante en todas las áreas del saber y en diversas actividades con un inglés de marcado acento español. La correcta pronunciación de la «v» no les ha impedido realizar sus sueños en otros países. La tendencia de colocar un sonido de «e» delante de las palabras inglesas que comienzan por *sc, sl, sm, sn, sp* o *st* no les ha minado la moral ante los retos de comunicación.

Por tanto, no se preocupe por la pronunciación a no ser que la tenga tan defectuosa como Crescencio o Pepe, algo que dudo. Céntrese en mejorar el oído y en dominar oralmente la gramática básica del inglés y posponga el problema de la pronunciación hasta que llegue a la tercera edad si quiere.

1. TRES TRUCOS Y NINGUNA SOLUCIÓN

Desde hace cinco años enseño en radio y televisión, y lo curioso es que en estas plataformas tiendo a hacer más hincapié en la fonética que antes. Tal vez sea porque tengo una audiencia que va desde casi principiante hasta nativo o porque las plataformas se prestan a que sea un profesor más pulcro y perfeccionista todavía. Pero la tónica de mis clases radiofónicas y televisivas se han convertido en intere-

santes incursiones en el mundo de los trucos fonéticos para la mejora de la pronunciación. Tres ejemplos me vienen a la mente.

El primer caso fue el de un joven, aspirante a director financiero de una empresa, que estuvo unos meses conmigo un día por semana en mi programa radiofónico. Tenía la tendencia, o más bien la manía, de emplear constantemente la palabra inglesa *actually*, que por cierto, significa «realmente» en mi idioma. A los 20 minutos de programa, le paré en medio de una frase para decirle:

«David, no se dice "ac-tu-aly". Se dice "ac-shu-aly"».

David seguía diciendo «ac-tu-aly», así que finalmente le dije:

-Escucha, David, ¿cómo se dice «zapato» en inglés?

-*Shoe*.

-Pues entonces, la palabra se pronuncia «Ak-shoe-aly».

Se le iluminó la cara ante la gran revelación. Le maravilló el hecho de que un profesor se molestase en aclararle la pronunciación de una palabra que utilizaba una vez cada dos minutos. No se lo creía. Ningún profesor le había llamado la atención jamás sobre este aspecto.

El segundo caso fue mi exasperación cuando, en la radio, oí por vez número cien mil la mala pronunciación de la palabra inglesa *museum*. Alguien hablaba del Museo Thyssen y paré en seco la clase y me dirigí al público oyente:

«Escuchad, amigos míos. La pronunciación de *museum* en inglés está estrechamente relacionada con la tauromaquia y los teléfonos móviles. Como muchos sabéis, una de las familias tradicionales de la cría de toros de lidia en España es la familia Miura. Los toros miura. También casi todos sabéis que para usar un teléfono móvil es preciso disponer de una tarjeta SIM. Pues uniendo estas dos ideas, sacamos la correcta pronunciación del Museo Thyssen. Unimos la primera sílaba de "miura" con la palabra "sim" y ya está: *the Thyssen miú-sím*».

Desde ese día por las ondas hace más de dos años, todavía oigo y leo comentarios de oyentes sobre esa aclaración en concreto. Son estas pequeñas y, en el fondo, poco significantes perlas fonéticas las que parecen gustarle más al público. Me creen cuando les digo que deben atender el oído mil veces antes de pensar siquiera en la pronunciación, pero lo que les gusta de verdad es perder el tiempo con estas pequeñas aclaraciones sobre un aspecto concreto que no representa más que un átomo en todo el firmamento del idioma inglés.

El tercer caso fue durante una apertura de curso delante de unas 40 personas. Cuando le tocó el turno a una española presentarse, dijo a los demás que trabajaba en «jéulet pákar». Los angloparlantes asistentes al acto no entendieron de qué empresa se trataba, por lo que le insté a la señorita a aclarar de nuevo el nombre de la empresa, donde llevaba nueve años trabajando. «Jéulet pákar», repitió. Ante esto, les aclaré a los que no entendían que se trataba de la empresa norteamericana Hewlett Packard, empresa número uno del mundo en impresoras láser y, según los últimos datos, número dos del mundo, después de Dell, en la venta de ordenadores personales. Después, me dirigí de nuevo a la señorita española y he aquí el intercambio:

-Paula, se dice «giúlet Pákard».

-«Jéulet pákar».

-No, «giúlet».

-«Jéulet».

Estaba yo desesperado y algo apurado delante de tanta gente. No era capaz de conseguir que Paula pronunciara decentemente el nombre de una empresa en la que llevaba años trabajando. Finalmente se me ocurrió un truco:

-Paula, ¿conoces el actor inglés Hugh Grant?

-Por supuesto.

-Di su nombre de pila.

-Hugh.

-Ahora, di «hugh-let pakard».

Lo pronunció a la perfección y todos prorrumpieron en aplausos. La mujer abrió los ojos como platos ante tamaña revelación y, desde entonces, cuando la veo, me recuerda el incidente. «¿Cómo era posible -me decía ella- que en nueve años nadie me corrigiera ese error?». Está claro que ella, al igual que mucha gente más, tiene un oído poco fino para los matices auditivos. No tiene, como dicen algunos, un buen oído musical. Yo podría haber seguido cinco minutos más diciendo «giú» y recibiendo «jéu», puesto que la chica llevaba nueve años diciéndolo mal. Pero con un solo truco pude dar la vuelta a la situación y matar bien muerto un vicio fonético incrustado.

Tres trucos. Y tengo más. Pero necesitaría coger todo un año sabático para reunir los suficientes como para escribir un libro que le resultase útil. Sin embargo, aunque lo intentara, sería una labor poco útil, porque al final, usted seguiría con un acento español y mis mil trucos sólo mejorarían este problema en un 10%. Por

tanto, desisto y le digo que respecto a la fonética inglesa desista usted también. Dejémoslo para nuestras próximas vidas.

2. LA MUERTE Y EL YOGUR

Una amiga mía, profesora español: de inglés, estaba con su madre de visita en Estados Unidos. Mi amiga habla inglés muy bien, pero tiene un acusado acento español. Su madre es diabética y cuando hay una emergencia, siempre toma yogur si no hay medicina a mano. Estando las dos en un restaurante de Washington hace un par de años, la madre empezó a desfallecer y la hija pidió con cierta premura «chokúrb». Pronunciaba la «y» inglesa como la «y» española, es decir, como una «ch» con las cuerdas vocales en vibración. El camarero no fue capaz de entenderla. Este llamó a otro que tampoco la entendía. Al final, había cuatro empleados del restaurante con mi amiga, cada vez más preocupados, tratando de entenderla. La chica decía: «*My mother is a diabetic and she needs "chogúrt"*». Al ver cuatro caras perplejas delante de ella, tratando de descifrar lo que quería, mi amiga cambió de táctica y dijo la palabra acentuando la primera sílaba: «*My mother is a diabetic and she needs "chógurt"*». Otra vez cuatro caras, ahora más preocupadas todavía, intentando ayudar. Presa del pánico, mi amiga finalmente sacó un bolígrafo y escribió la palabra en un trozo de papel. Cuando los cuatro miraron el papel, casi al unísono dijeron: «*Ab, "iógurt"*. *What you want is "iógurt"*. *Why didn't you say so?*».

¿Quién tenía la culpa del malentendido?

Los españoles que viajan a los países anglosajones se quejan a menudo de que la gente no hace un esfuerzo por entenderles. Esto no es cierto. El problema del inglés es que si uno no acentúa bien una palabra, puede despistar al interlocutor, y cuando esto ocurre, no suele haber remedio. Hay que recurrir a papel y lápiz o señalar con la mano. Pero esto pasa únicamente cuando se trata de una sola palabra de una frase aislada sobre un tema puntual. Cuando un español habla largo y tendido sobre cualquier tema, normalmente se le entiende bien incluso si tiene un marcado acento.

Pero a propósito de la historia, casi trágica, del yogur, quiero entretenerme un poco y ayudarle a usted durante un instante en cuestiones de fonética y, en concreto, sobre la letra «y», una letra inglesa muy maltratada por los españoles. Si usted pronuncia mal la «y» en una frase aislada, es muy posible que la gente no le entienda en absoluto. Por lo tanto, le ofrezco a continuación un pequeño ejercicio de pronunciación para la «y». La «y» inglesa se pronuncia como el inicio de las siguientes palabras en español: hierba, hiedra, hielo, etc. Para practicar, elija, por

ejemplo, la palabra «hierba» y cambie la tercera letra por las otras vocales: hierba - hiarba - hiirba - hiorba - hiurba. Así se acercará bastante a la correcta pronunciación de la «y» inglesa. He aquí una lista de palabras para practicar:

Palabra	Pronunciación	Palabra	Pronunciación
<i>year</i>	iér	<i>Yugoslavia</i>	igoslavia
<i>yellow</i>	iélo	<i>yum yum (ñam ñam)</i>	iam iam
<i>Scotland Yard</i>	scátlan iárd	<i>yuppie</i>	laps
<i>Yahoo</i>	iá-who	<i>yet</i>	iet
<i>yankee</i>	iánkí	<i>yoke (yugo)</i>	iók
<i>Yemen</i>	iémen	<i>yolk (yema de huevo)</i>	iók
<i>yesterday</i>	iésterday	<i>New York</i>	niú iórk
<i>yoga</i>	ióga	<i>you</i>	iú
<i>yoda</i>	ióda	<i>young</i>	iánk
<i>yoghurt</i>	iógurt	<i>your</i>	iúr
<i>Yogi Bear</i>	iógui ber	<i>yo-yo</i>	io-io
<i>yacht</i>	iát	<i>yes</i>	iés

Si quiere que los angloparlantes se rían de usted, dígales, con acento español, que quiere ver las Páginas Amarillas. Los españoles siempre dicen «*the Yellow Pages*» de forma que suena a «*the jello pages*» (las páginas de gelatina con sabor a fruta).

Young Yankees who do yoga in Yemen are usually yuppies.
lin iánkis ióga iémen iúsuali iápis

Ahora tengo que terminar este capítulo, pero antes de hacerlo ¿me permite un aclaración fonética más, por favor? Bueno... pensándolo bien... dos aclaraciones, ¿de acuerdo?

La palabra «montaña» en inglés se pronuncia «cerveza Mahou» + «número diez». Es decir: «máon-ten».

La palabra «dinero» en inglés se pronuncia igual que el adjetivo *funny*.

Funny money
Funny money
Funny money

Ya está.

CAPÍTULO 12

LA LECTURA

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.
(*Romance de la Luna*
de Federico García Lorca)

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo: «La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos».
(*Poema n° 20* de Pablo Neruda)

*All their meagre breasts panted together, the violently dilated nostrils quivered, the
eyes stared stonily up-hill.*
(*El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad)

Cuando vine a España por segunda vez, en 1974, acababa de terminar la carrera de Literatura y Lengua españolas por la Universidad de Texas. Hablaba español bastante bien pero mi vocabulario estaba impregnado de términos literarios. Cuando observaba, por ejemplo, al andar por la calle Princesa con un amigo español, que éste no se percataba de la existencia de una rama baja, en vez de gritarle «¡agáchate!», le decía «¡póstrate de hinojos!». Mi vocabulario pasivo y activo se caracterizaba de «polisones», de niños que «miraban miraban» o de estrellas que «tiritaban». La primera vez que salí de noche con una chica, una joven extremeña, se rió cada vez que le quise decir alguna cosa y, cuando recité los versos de Neruda, insistió en que estaba equivocado y que la palabra era «titilaban». Así aprendí a decir *twinkle* en español, pero por culpa de Pablo Neruda estuve dos años pensando que las estrellas «tiritaban». ¿Cómo lo iba a saber? ¿Acaso Neruda no es un ejemplo digno de

seguir? Para mi consuelo, sé de una china que aprendió el español de forma parecida, es decir, a través de la literatura. Le pasaba lo mismo que a mí y siempre decía «mal de madre» en lugar de «tener la regla» y otras expresiones parecidas de La Celestina.

En este capítulo, voy a entrar solamente en la lectura en inglés como finalidad en sí misma, no como medio para otros fines. En otras palabras, voy a analizar el que usted, amable lector, deba o no aspirar a adquirir un buen nivel de lectura en inglés. En el capítulo 14 voy a insistir en que sí, en que lea en mi idioma y mucho, pero será un tipo de lectura que posiblemente no le agrade, aunque lo considero totalmente necesario para otro fin que busco.

Leer en inglés puede ser contraproducente según el tipo de lectura elegida. A no ser que usted desee, como afición personal, leer las grandes obras de la literatura en lengua inglesa en su versión original, le prohíbo que lo intente. Mire la cita al principio de este capítulo del famoso autor polaco-inglés Joseph Conrad. ¿La entiende? ¿Cuántas palabras de esa única frase extraída de su obra son relevantes para la comunicación oral? ¿Cuántas veces va usted a hablar de orificios nasales «estremecientes», de exiguos pechos jadeantes, o de ojos que miran impávidamente? Cada vez que usted opta por intentar leer alguna novela o relato corto del patrimonio literario de la lengua inglesa, será un centímetro más que se hundirá en las arenas movedizas del idioma.

Con el nivel de inglés que usted posee, ¿cómo va a saber si el participio *quivered*, de Joseph Conrad otra vez, debe o no formar parte de su vocabulario activo? Si quiere leer y entender bien *El corazón de las tinieblas* en inglés, pida primero un año sabático en su trabajo, porque tendrá que recurrir al diccionario 43.000 veces, y tan sólo 300 de esas consultas le aportarán un significado útil para el uso oral del idioma. Aprender inglés para leerlo, salvo en el mundo laboral o profesional, es una tarea tan gigantesca y descomunal que sólo la recomiendo para personas genéticamente superdotadas que ya sean literatas declaradas o eruditas tituladas.

Según el *Oxford English Dictionary*, 2ª edición, el idioma inglés cuenta con 171.476 palabras de uso corriente y otras 47.156 que pueden considerarse obsoletas. Si usted quiere leer una novela de Charles Dickens, se va a encontrar con un vasto abanico de términos y expresiones, corrientes y obsoletos y, a diferencia de los nativos de habla inglesa, no va a saber cuáles son relevantes y cuáles no. Tendrá que buscar cada palabra en el diccionario para decidirlo.

*She crept into the room, lit the lantern, peered down, and spied
an ever-widening pool of crimson.*

Cuando el director de una central nuclear española me dijo la frase anterior durante la segunda semana que le daba clase, le miré con cara de extrañeza. Al ver mi reacción, agregó: «Lo leí en un cuento de Ashley Cope». Esa noche, pensando en la cita, traté de traducirla al español: «Ella entró con pasos amortiguados, encendió la linterna, miró hacia abajo con ojos escrutadores y descubrió un charco de color carmesí en permanente aumento». Seguramente habrá una forma más literaria todavía de traducir la frase, pero si usted quiere aprender a hablar bien inglés, entonces le recomiendo la siguiente versión:

She walked into the room and found a dead body on the floor.

Entró en la habitación y se encontró un cadáver en el suelo.

No es mi intención criticar el estilo de escribir de la señorita Cope -Dios me libre-, pero no quiero que usted la busque para mejorar su inglés... ni que busque a Joseph Conrad, ni a Charles Dickens, ni a William Faulkner, ni a ningún otro gigante de la literatura universal en inglés. Lea una buena traducción de sus obras para así poder aprovechar la inmensa riqueza de sus mundos y reserve la lectura en inglés para aquellos escritos que necesite para su actividad profesional o que le ayuden en la potenciación de su dominio hablado. Así se lo dije al director de la central nuclear y, de paso, le hice ver que ni sabía manejar con un mínimo de tino el pasado del verbo *to take*. «Déjese de lujos, Sr. Villa -le dije-, memorizar expresiones como "charcos de color carmesí" no le va a ayudar en absoluto cuando tenga que llamar a la casa Westinghouse por culpa de una turbina reventada».

-Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa».

El alumno escribe lo que le dicta.

-Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: «Lo que pasa en la calle».

-No está mal - dice Mairena.

Antonio Machado también lo tenía claro. En su libro *Juan de Mairena* aboga por la sencillez y hasta lo eleva a lo poético. Si usted está tentado a leer en inglés, siéntese unos minutos y trate de que se le pase. No quiero que dedique ni 15 segundos a buscar en el diccionario el significado de «consuetudinario». Veamos dos escritos, uno normal y otro un poco más «vestido»:

Pedro García está casado y tiene tres hijos. Vive en una casa grande en el centro de Trujillo, un pueblo famoso de la provincia de Cáceres. Todos los días se levanta temprano por la mañana porque le gusta hacer ejercicio en su gimnasio privado. Después, desayuna con su mujer y sale de casa para caminar hasta la zapatería de la que es propietario y donde pasa la mañana ayudando a los dos empleados que tiene contratados. A mediodía, vuelve a casa y come con su familia. Después, se echa una siesta o ve la televisión. Por las tardes le gusta ir al club social donde juega al mus, un juego de cartas muy popular en España.

Desposado y con tres hijos, Pedro García reside en una casa de cierta solera en pleno centro de Trujillo, villa de renombre de la provincia de Cáceres. Al apuntar el alba cada día ya le encontramos en su gimnasio privado dedicado a uno de sus aficiones predilectas: el culto al cuerpo. Acto seguido, desayuna con su consorte, saliendo después, a pie, a unirse con sus dos subalternos en la zapatería de su propiedad. Al llegar el mediodía, vuelve sobre sus pasos para gozar el yantar con su esposa y sus vástagos. Posteriormente, busca acomodo delante del televisor para ver algún programa o para disfrutar de unos minutos en brazos de Morfeo. Con la caída de la tarde, acude al club social local, donde se congregan sus contertulios, para esparcirse con unas partidas de mus, un popular juego de naipes de origen vasco-navarro.

Si usted fuera profesor de español y tuviera que hacer uso de uno de estos dos escritos como material para enseñar el idioma a un ingeniero inglés de 40 años que acaba de venir a España para trabajar en Iberdrola, ¿qué versión usaría? En su opinión, ¿le urge al ingeniero inglés saber la expresión «acto seguido»? ¿Le vendría bien familiarizarse lo antes posible con el adjetivo «predilecto»? ¿Le sería más útil la expresión «pueblo famoso» o «villa de renombre»? ¿Con qué frecuencia el ingeniero necesitará tener claro el significado de «buscar acomodo»?

Si usted, como estudiante de inglés, necesita adquirir un dominio hablado del idioma, no busque ayuda en la literatura y ni se le ocurra pasar ratos buscando palabras en el diccionario. Busque más bien escritos sencillos dentro del ámbito de sus conocimientos pasivos para así usar la palabra escrita como apoyo al refuerzo y consolidación de la estructura gramatical y como constante recordatorio de la correcta sintaxis de las frases comunes más útiles para el día a día. Para ilustrar esto, le ofrezco una lectura de nivel principiante alto del método Vaughan.

Phillip Johnson is 39 years old. He's married and has two children. He **lives** in a nice house in Lincoln, Nebraska. He is a businessman and he **works** in a bank in

the center of Lincoln. He is the general manager of the bank. He **goes** to work every day at 8:30 in the morning. He **gets** to the office at 9:00. He **parks** his car under the bank in the parking garage. In the morning, he usually **works** from 9:00 to 12:30. He **spends** a lot of time talking on the telephone and reading financial reports. He usually **has** lunch near his office. There are many good restaurants in the center of Lincoln. He **goes** back to the office at 1:30 and **stays** there until 6.00. After work, he usually **goes** home, but sometimes he **goes** to his son's school to watch him play basketball or baseball. He usually **gets** home from work at 6:30, but when he goes to see his son, he **gets** home around 8:00. He **likes** his job because he **has** a good salary and because he **works** with a lot of interesting people. He **doesn't** travel very often in his job, but from time to time he **needs** to go to Omaha, a city 150 miles from Lincoln. When he **goes** to Omaha, he usually **comes** back to Lincoln on the same day, but sometimes he **needs** to spend the night there. He usually **stays** in the Omaha Sheraton Hotel, but sometimes he **stays** in the Holiday Inn. He **prefers** the Sheraton because it **has** a breakfast buffet.

Fíjese un momento en la estructura de este pasaje. Aparecen 27 incidencias de verbos importantísimos -los resaltados- todos conjugados en el presente simple y en la tercera persona del singular. Con leer este pasaje sólo cinco veces, su inglés se beneficiará más que leyendo mil veces el primer párrafo de *Lo que el viento se llevó*.

Por tanto, no busque en la literatura una solución para su inglés, ni una pequeña ayuda, puesto que más que ayudarle, va a entorpecerle. En el capítulo 14, sin embargo, le parecerá que quiero contradecirme por completo, pero recordará que en el tercer párrafo de este capítulo le dije que la lectura puede ser beneficiosa o contraproducente según el tipo de lectura elegida. También puede resultar beneficiosa según el objetivo perseguido. Aprender bien inglés exige una pluralidad de enfoques y leer cierto tipo de novela sí puede resultar útil, como veremos más adelante. Sin embargo, esa larguísima lista de novelas que forman parte del patrimonio literario de mi lengua no debe aparecer ni en el horizonte.

CAPÍTULO 13

LA ESCRITURA

Que yo haya podido averiguar, nadie en la historia ha aprendido a escribir correctamente en un segundo idioma. Los únicos han sido aquellos que se criaron con dos idiomas en casa o en la calle. Un buen escritor catalán también puede ser un buen escritor en castellano, puesto que desde niño ha oído los dos idiomas en la calle y a través de los medios de comunicación. Salvando casos como éstos, es, en mi opinión, imposible que un ser humano pueda escribir en un segundo idioma con la misma corrección que en la propia.

Fíjese que digo «con la misma corrección». No digo «con el mismo impacto» o «con el mismo estilo» o «con el mismo valor literario». Tres grandes escritores modernos han publicado en más de un idioma. Joseph Conrad es considerado por muchos uno de los escritores más grandes de la literatura inglesa. Sin embargo, hasta los 21 años, no sabía hablar el idioma, pero tras 16 años en la marina mercante inglesa, se retiró, a los 37 años, para dedicarse a la literatura. Siempre tenía un fuerte acento polaco cuando hablaba, pero fue capaz de hilar una gran cantidad de historias de profundo y fascinante contenido, historias que tocaban lo más recóndito de la condición humana. Pero siempre, sin falta, recurría a un corrector de estilo antes de enviar sus manuscritos a las casas editoriales.

Vladimir Nabokov escribió 18 novelas, las primeras nueve en ruso, su lengua materna, y las últimas nueve en inglés, entre estas últimas *Lolita*, de la cual se hicieron las dos famosas versiones cinematográficas. Toda su obra en inglés, escrita en Estados Unidos durante la última mitad de su vida, es objeto de estudio y elogio, pero todo, absolutamente todo, exigía una continua corrección gramatical antes de publicarse.

El dramaturgo irlandés Samuel Beckett escribió muchas obras en francés, a pesar de no ser ésta su lengua materna. Al vivir muchos años en París, se encontraba inmerso en el entorno literario parisino. Sin embargo, como Conrad y Nabokov, siempre necesitaba que un literato francés revisara sus obras.

Es imposible escribir en una lengua que usted no «siente». Lo sé por experiencia. La relación que una persona tiene con su lengua materna es una relación de sonidos y emociones, no de conocimientos y análisis. Mi dominio del español me permite publicar libros y artículos, pero entro en su idioma desde un ángulo intelectual, no emocional. Aunque llevo 35 años en España, si alguien me dice «no he *trajido* el informe», me suena como un error simplemente; no me crispera ni me suena disonante. Sin embargo, para un hispanohablante, choca. Si yo le digo: «Cuando un tomate se pudre, se queda *podrido*», se ríe un poco y me corrige. A mí me da lo mismo decir «pudrido» que «podrido». Simplemente sé que el verbo es «pudrir», que el adjetivo es «podrido», que el participio es «pudrido» y que el sustantivo es «podredumbre», no «pudredumbre». Así lo he aprendido y, si me concentro cuando hablo, usaré bien estas palabras. También diré «trajiste» bien, con una «j» en medio, y recordaré no usar la «j» al decir «traído».

Si alguien no «siente» el idioma que está escribiendo, si no tiene un pacto emocional con el mismo, si no reacciona con cierta crispación espontánea al oír «trajido» o similares, entonces no podrá nunca escribir en ese idioma sin la necesidad de un corrector gramatical y, en ciertos momentos, de estilo.

Este libro está impregnado de mi estilo de escribir y todas las metáforas, todos los adjetivos y todos los paralelismos son míos, incluidos los poemas. Sin embargo, no podría publicarlo sin la ayuda de una persona nativa que «siente» el idioma y que me puede asesorar, párrafo a párrafo, sobre aspectos mecánicos y, a veces, estilísticos. Imagine que escribo las dos frases siguientes:

No sé qué hacer con Juanita. Siempre se queja de su jefe.

Para mí, las dos frases que acabo de escribir son perfectas, pero un español con buen criterio podría decirme: «Richard, creo que sonaría incluso mejor si usaras el presente continuo». Y me diría que lo escribiese así:

No sé qué hacer con Juanita. Siempre *se esta quejando* de su jefe.

Aquí tenemos un aspecto estilístico que puede añadir más color todavía a mi escrito, y en un libro como éste que usted está leyendo ahora mismo, mi corrector

de estilo puede incidir en mi redacción, tal y como le acabo de ilustrar, una vez por página. Por tanto, está claro que aunque yo tenga un dominio del español que realmente llama la atención, cuando me toca sentarme a escribir algo importante o publicable debo forzosamente recurrir a alguien que «sienta» el idioma emocionalmente y me pueda orientar sobre cómo suena una frase o expresión. Necesito alguien que me diga: «Está correcto, pero no me acaba de sonar bien, no sé por qué». Yo, licenciado en literatura española y con 35 años de uso constante del idioma, todavía estoy a años luz de «sentir» su idioma.

Y usted muchísimo menos el inglés. Por lo tanto, mis recomendaciones son:

1. NO INTENTE APRENDER A ESCRIBIR EN INGLÉS

Cada vez que un directivo me pide un curso para mejorar su nivel de redacción en inglés, le digo que busque una buena casa de traducciones y que contrate una secretaria que sea nativa de habla inglesa. El que usted pueda haber recibido mil horas de clase de redacción no me impulsaría a cambiar ni una coma de este capítulo. Si quiere de verdad alcanzar un buen nivel de redacción en mi idioma, cómprese una máquina del tiempo, elija un país de habla inglesa como destino y remóntese hasta los dos años de edad como mínimo. En caso contrario, siga buscando esa casa de traducciones o esa secretaria.

2. NO REDACTE ESCRITOS IMPORTANTES SIN LA AYUDA DE UN NATIVO

Salvo en los correos electrónicos rutinarios a personas que usted ya conoce y con quienes ya tiene cierto grado de confianza, es muy peligroso enviar escritos no corregidos a personas o públicos de habla inglesa. Imagine que usted es un directivo en una empresa española y recibe una carta, escrita en español, del director técnico de una firma inglesa que aspira a ser proveedor de su empresa:

Estimado señor Pérez,

Muchos gracias para la información que usted envió sobre tu factoría el último semana. Tu compañía tiene sistemas excelentes y soy impresionado por cómo eficiente los procesos son. Espero que ha tenido tiempo ver qué Johnson Industries pueden ofrecer a su compañía para hacer incluso más eficiente sus operaciones. Somos los líderes en nuestro industria y conocemos cómo ayudar nuestros clientes ser líderes en sus industrias también.

Si tienes cualquier preguntas acerca de qué podemos hacer por ustedes, no vacila en contactarme.

Atentamente,

*Gordon Powers
Chief Technology Officer*

Por cierto, no estoy exagerando en absoluto en mi intento de hacerle «sentir» la escasa calidad de la mayoría de los escritos que salen de las empresas en España cuando no pasan por una corrección de estilo. Si usted es el Sr. Pérez y recibe una carta como ésta y no conoce personalmente al Sr. Powers, ¿cuál va ser su impresión inicial de su nivel de profesionalidad? ¿En qué medida estaría dispuesto a tomarle en serio como futuro proveedor clave de su fábrica? Estoy seguro de que Gordon Powers es un excelente profesional, pero al escribir y enviar una carta en un español tan lleno de errores gramaticales, corre el riesgo de que no se le tome en serio o de que no se le valore en consonancia con su valía. Si nuestro amigo Gordon hubiera pedido ayuda a Caridad, su amiga española residente en Londres, su carta habría llegado a manos del Sr. Pérez de la siguiente manera:

Estimado señor Pérez:

Quiero agradecerle la información que nos envió la pasada semana sobre sus actividades de fabricación. Está claro que su empresa tiene unos sistemas de control excelentes y me he quedado impresionado por lo eficientes que son sus procesos. Espero que haya podido encontrar un momento para considerar en qué medida Johnson Industries podría ofrecer soluciones para que su empresa potencie aún más las eficiencias en sus operaciones. Somos los líderes de nuestro sector y sabemos cómo ayudar a que nuestros clientes lleguen a ser los líderes de los suyos también.

Si tiene cualquier pregunta sobre nuestras soluciones, no dude en ponerse en contacto conmigo personalmente.

Atentamente,

*Gordon Powers
Chief Technology Officer*

Me imagino que usted, como director técnico de la fábrica en cuestión, estará mucho más dispuesto a tomar en serio al Sr. Powers si le llega la segunda carta en vez de la primera. Sin embargo, el 80% de las cartas y correos electrónicos impor-

tantes que salen de España dirigidos a importantes personas o entidades del extranjero se asemejan mucho más a la primera que a la segunda. He aquí una carta que recibimos en Vaughan Radio de un oyente de Zaragoza:

Dear friends,

we're really disappointed with this decision, but we fan you from Zaragoza to continue with your job whole Spain, and keep trying to get a new license to emit here in Zaragoza as well.

I've sent a mail to El Gobierno de Aragón to inform about the feelings of the Vaughan radio listeners and I wish they consider to increase the number of licenses as soon as it was possible.

Thanks for theese years of free english.

Sincerely.

El oyente se expresa muy bien dado el destinatario en cuestión (nosotros) y le tenemos en mucha estima por su apoyo, a pesar de que su misiva de 85 palabras contiene 14 errores ortográficos o de gramática, más dos errores de estilo. Si usted no es capaz de encontrarlos en la carta, entonces tenga mucho cuidado en el futuro cuando quiera escribir algo importante a un destinatario en el extranjero.

Lo más difícil en el mundo de los idiomas es escribir bien. No intente hacerlo ni se plantee aprenderlo. Las únicas excepciones a esta regla son aquellas personas que reúnan las siguientes condiciones:

1. Saben, en su propio idioma, fusionar, al mismo tiempo, la concisión con la elocuencia. Los que son elocuentes pero densos y prolijos no sabrán trasladar sus habilidades al inglés. Es preciso poseer el don de la concisión. Lo bueno, si breve, dos veces bueno.
2. Reparán hasta lo patológico en cómo se despliega sobre el papel cada frase y oración subordinada.
3. Conocen el idioma inglés muy bien.

Si usted reúne estas tres condiciones, entonces me callo. Si falla en una de ellas, busque, como ya he dicho más de una vez, una buena casa de traducciones o una secretaria bilingüe nativa de habla inglesa. Es demasiado importante su propia imagen o la de su empresa para que usted la comprometa enviando escritos en un inglés macarrónico. El que cometa errores a la hora de hablar es normal y sus interlocutores apenas se percatarán de los fallos. Ahora bien, los mismos errores en

discursos escritos abofetean al lector y le pueden llevar a conclusiones equivocadas sobre el grado de profesionalidad de su persona o de su organización.

Y por último, si necesita a alguien que le corrija un escrito importante, no busque a otro amigo o compañero español de nivel superior de inglés, puesto que en lugar de 14 errores por cada 85 palabras, sólo habrá 12 y el «ayudante» seguramente le sugerirá un cambio estilístico de auténtico horror para el lector nativo. Si en el mundo de la redacción en inglés usted es un ciego, su amigo, el tuerto, no es el rey... es un peligroso ignorante.

El mediterráneo es un ser ingenioso y avispado. Pero, al mismo tiempo, es poco paciente con las formalidades y con la disciplina. Es muy corriente oírle decir, ante una obra o consumación no del todo perfecta: «Hombre, ¿qué más da? Ya vale, ¿no?». Pues en el inglés escrito, amigo mío, el «yavalismo» mediterráneo no tiene cabida... jamás.

CAPÍTULO 14

TRUCO 1: LA LECTURA DE *BEST SELLERS*

Una novela media contiene 150.000 palabras y una persona normal puede leer, en su propia lengua, aproximadamente 12.000 palabras por hora si no sufre distracciones o interrupciones. Esto quiere decir que en español, usted seguramente podría leer una novela, sin prisas pero sin pausa, en unas 12 horas y media, o visto de otra manera, una media hora de dedicación a lo largo de 25 días o noches.

Si la novela es en inglés, pongamos 30 días... un mes completo de media hora de lectura por día. Tal vez me vaya a decir: «Pero hombre, ¿sólo voy a tardar un 20% de tiempo más en leer una novela en inglés que en español? Mi nivel no da para tanto».

Se equivoca. A no ser que tenga un nivel preintermedio o menor, hay muchas novelas en inglés que usted puede leer en un solo mes y con poco tiempo de dedicación cada día. El secreto está en no echar mano al diccionario en ningún momento. Ante esto, claro, me va a decir: «Entonces ¿cómo me voy a enterar de lo que pasa en el libro si no busco las palabras que desconozco?». Y le responderé: «Pues ya verá como sí. Ya verá que podrá seguir la historia sin grandes dificultades». Veamos un extracto de *The Fourth Estate*, un *best seller* publicado en 1997 por el famoso novelista inglés Lord Jeffrey Archer, también famoso por su pasada carrera política dentro del Partido Conservador británico y sus numerosos escándalos sexuales y financieros:

- 1 There are many advantages and some disadvantages in being born a second-
- 2 generation Australian. It was not long before Keith Townsend discovered some of
- 3 the disadvantages.

4 Keith was born at 2:37 p.m. on 9 February 1928 in a large colonial mansion in
 5 Toorak. His mother's first telephone call from her bed was to the headmaster of St.
 6 Andrew's Grammar School to register her first-born son for entry in 1941. His fa-
 7 ther's, from his office, was to the secretary of the Melbourne Cricket Club to put
 8 his name down for membership, as there was a fifteen-year waiting list.
 9 Keith's father, Sir Graham Townsend, was originally from Dundee in Scotland,
 10 but at the turn of the century, he and his parents had arrived in Australia on a
 11 cattle boat. Despite Sir Graham's position as the proprietor of the *Melbourne*
 12 *Courier* and the *Adelaide Gazette*, crowned by a knighthood the previous year,
 13 Melbourne society -some members of which had been around for nearly a century,
 14 and never tired of reminding you that *they* were not the descendants of convicts-
 15 either ignored him or simply referred to him in the third person.

El primer párrafo no presenta problema alguno de comprensión para un lector español de nivel medio bajo de inglés, a pesar de la presencia de algunas palabras posiblemente desconocidas. En la línea 5 vemos la palabra *headmaster*, pero podemos intuir que se trata de alguien de cierto rango dentro de un colegio privado. Al final de la línea siete vemos el verbo compuesto *to put his name down*. Es posible que el lector no entienda el motivo de la preposición *down*, pero entenderá perfectamente el sentido de la lectura sin la preposición (y por cierto, volverá a ver *put down* o *write down* -apuntarse- probablemente 50 veces más en la novela). En la línea 10, el lector no tendrá problema alguno con la expresión *at the turn of the century* pero en la siguiente línea tropezará de frente con el adjetivo *cattle*.

«¿Qué significará? Entiendo que llegaron a Australia en un barco... ¿pero qué tipo de barco? ¿Tengo que saberlo? ¿Voy a perder el hilo de la historia si no me paro para dedicar 20 ó 30 segundos a buscar la palabra en el diccionario? Bueno, qué más da. No será importante seguramente».

La disquisición del lector es acertada. En el texto, *cattle* es un adjetivo que significa «de ganado vacuno». Si usted está leyendo una historia interesante, le fastidiará darse cuenta de que ha parado el ritmo de su interés y disfrute simplemente para saber que se trataba de un barco para el ganado en vez de un barco normal.

En la línea 11, es posible que no entienda la palabra *despite*. No obstante, de seguir leyendo, tampoco perderá el hilo de la historia. Después, volverá a ver *despite* 40 veces más, con lo que irá dándose cuenta, desde la primera novela que esté leyendo, del probable significado de la palabra. En la línea 12, no sabrá lo que es *knighthood* pero al saber que fue «coronado», puede intuir que se trata seguramente de algún premio o reconocimiento.

A través de las 150.000 palabras que puede haber en una novela normal de tipo *best seller*, usted tropezará con 5.000 que desconoce y se encontrará con sólo unas 100 frases cuya estructura gramatical le costará un poco de trabajo descifrar. Sin embargo, esto no le impedirá seguir la trama y disfrutar de la historia. Si, después del primer mes de lectura, continúa leyendo novelas de este tipo, serán cada vez menos las palabras desconocidas y cada vez más su propia convicción de que puede leer en inglés sin grandes dificultades.

En el pasaje anterior sobre la familia australiana, hay 187 palabras, de las cuales solamente diez podrían despistar al lector, es decir, un 5%. Y prácticamente todas las palabras desconocidas son poco relevantes para el lenguaje normal y, es más, no suelen constituir tampoco obstáculo alguno para el buen seguimiento de la trama de la novela.

LO CUANTITATIVO FRENTE A LO CUALITATIVO

Todo mi intento anterior por hacerle ver que está perfectamente capacitado para leer un *best seller* obedece a lo de siempre... al hilo conductor de prácticamente todo este libro: para aprender bien un segundo idioma después de la pubertad, es esencial realizar dos fuertes incursiones desde flancos opuestos, el cuantitativo y el cualitativo.

La incursión **cuantitativa** significa empaparse del inglés, tragar agua, exponerse a una riada de sonidos y embadurnar el cuerpo entero de tanto idioma que éste acaba penetrándole por los poros. Aquí no se para uno a analizar nada. No se cuestiona nada. Uno se deja bañar en el idioma al igual que se disfruta del calor del sol en un raro día templado de pleno invierno.

La incursión **cualitativa** implica mirar cada palabra, expresión y estructura del idioma, tratando de assimilarlas en su pura esencia, posándose en cada una de ellas en un intento de registrarlas en el cerebro de una forma tan sólida y permanente que lleguen a formar parte de su inglés activo. Aquí lo que se intenta es asir cada rayo de sol de tal forma que no se le escape ninguno de ellos de entre los dedos.

La parte **cuantitativa** es el elemento fundamental de la fase segunda que ya vimos en el capítulo 5, mientras que la fase primera y, sobre todo, la fase tercera, están compuestas de aspectos **cualitativos**. En este capítulo, así como en los capítulos 18, 22 y 23, vamos a rendir culto a la parte **cuantitativa**, la antítesis de la analítica, la cara opuesta del concepto tradicional del «estudio». Y empezamos, aquí mismo en este capítulo, con el aspecto de la «lectura».

LEER, LEER Y LEER... Y DESPUÉS, LEER.

Vaya a cualquier librería que venda libros de bolsillo en inglés, compre un *best seller* de suspense, acción o amor, y devórelo. Si tropieza con palabras que no conoce, pase por encima de ellas como una potente apisonadora. No pare en ningún momento excepto cuando esté seguro de que una palabra o una expresión no le permite entender la continuidad de la trama o argumento de la novela. Esto no le debe pasar más de 50 veces en todo el libro, por lo que no debería dedicar, en su totalidad, más de veinticinco minutos a la búsqueda de palabras con el diccionario abierto. También podría optar por quemar el diccionario, algo a lo que no me voy a oponer.

Si usted, en un mes, lee una novela de 150.000 palabras, su mente absorberá un promedio de 16.000 frases en inglés, todas correctamente construidas. Si al cabo de un año logra leer 10 novelas, entonces habrá absorbido, pasivamente, 160.000 frases y millón y medio de palabras. Estas cifras se las expliqué al director de Recursos Humanos de la filial española de unos grandes laboratorios norteamericanos en el año 2006. Después, me olvidé del asunto. Hace dos semanas, en una comida concurrida, la misma persona me cogió por banda: «Richard, hice lo que me dijiste y es increíble. Llevo 22 novelas leídas y me noto tres veces mejor con el inglés. Sólo quería que lo supieras».

Lo que me sorprendió de sus palabras no fue el avance que había experimentado gracias a las lecturas, sino el hecho de que me hiciera caso y de que fuera consecuente con la proposición de leer religiosamente tantas novelas. Para mí eran lógicos su progreso y su euforia. Lo había visto en otros alumnos y lo había experimentado yo mismo.

Cuando tenía unos 35 años, alquilé una casa, enorme y preciosa, en una zona tranquila del extrarradio de Madrid, con el fin de realizar cursos intensivos residenciales de inglés. En una de las estanterías del dormitorio principal, de cincuenta metros cuadrados, encontré la traducción al francés de la famosa novela norteamericana de Jacqueline Susann *La Vallée des poupées* (*The Valley of the Dolls*). Es una crónica de la vida, entre bastidores, de los famosos y de los aspirantes a famoso en el Hollywood de los años cincuenta y sesenta. De pie, delante de la estantería, me puse, por curiosidad, a leer la primera página, después la segunda y después la tercera. No caí en la cuenta de que era mejor leer sentado hasta llegar a la página ocho. Yo, que llevaba 20 años leyendo, en inglés o en español, novelas de Flaubert, relatos de Borges, obras de Shakespeare, poemas de Bécquer, epopeyas de Virgilio, ensayos de Unamuno y westerns de Zane Grey, no podía creer que estu-

ve, primero de pie y después sentado, tres horas seguidas leyendo una novela en francés, un idioma con el que apenas sabía mantener el tipo en las calles de París.

En tres días terminé las más de 500 páginas de lo que los críticos llaman una «novela basura». En la misma estantería de la casa alquilada había más libros del mismo género, historias de suspense y acción con incesantes pinceladas eróticas y generosas dosis de humor. Al cabo de un mes había leído cuatro de esas «novelas basura», todas en francés, y me sentía casi amo y señor del idioma galo. Para mí, leer de un tirón un capítulo entero de un *best seller* en francés llegó a ser como andar a la farmacia a comprar aspirinas. Un alumno mío, director financiero de la filial española de una gran empresa francesa de distribución, conocía esta nueva afición mía y, recordando mi admiración por el ruso Fiódor Dostoyevski, me trajo como regalo desde París los dos tomos de *Los hermanos Karamázov*, 1.300 páginas de pura esencia literaria, todas traducidas al francés. Cuando quise abrirme paso a través del primer capítulo, tuve que desistir por imposible. La densidad léxica y estilística de Dostoyevski entorpecía a cada paso mi comprensión y disfrute. Experimentaba la misma desazón que sienten los no angloparlantes cuando intentan leer en inglés a Joseph Conrad o a otros escritores de densa expresión literaria.

Por lo tanto, a diferencia de lo que le recomiendo en el capítulo 12, tiene usted mi permiso, y hasta mi ferviente aplauso, para adentrarse en la lectura de *best sellers*, novelas «basura» o cualquier tipo de exposición escrita capaz de agarrarle y engancharle.

Recuerdo, a mediados de los años ochenta, varios casos de sublevación «positiva» por parte de mis alumnos. Hacían dos semanas de deberes en una sola noche sin que se lo pidiese. Me dejaban perplejo ante la necesidad de generar más deberes para ellos. Fue una época en la que ensayaba por primera vez la lectura de *best sellers* como actividad a realizar en casa con objeto de potenciar el inglés de mis alumnos. A unas 20 personas diferentes les entregué *Trial and Error*, un relato corto, de unas ochenta páginas, de Jeffrey Archer, el mismo autor que hemos visto al principio de este capítulo. Asimismo, les entregué a cada uno un cuestionario de verdadero o falso que había elaborado a base de leer el relato. El primer día del ensayo, la tarea de mis alumnos consistía en contestar a las primeras quince preguntas del cuestionario para la clase siguiente, lo cual implicaba la lectura de unas diez páginas solamente. De los veinte alumnos que tenía, al menos 10 volvieron a clase dos días después con las 120 preguntas contestadas y el largo relato leído en su totalidad. Ante mi estupor, todos me dijeron lo mismo: «Me quedé enganchado y no pude parar. Lo siento».

Ellos experimentaron lo mismo que yo con las aparentemente frívolas y alocadas novelas que devoraba en tiempo récord en francés. Se quedaban enganchados

con la trama, tan enganchados que olvidaban en qué idioma estaban leyendo. Si usted puede encontrar libros u otras fuentes de lectura con un contenido capaz de cautivarle y ganarle, sin que se dé cuenta, importantes «cuotas de mercado» de su tiempo, entonces se sorprenderá del increíble avance que puede conseguir con el inglés. Devorar, durante un año o dos, la literatura tipo *best seller* es la forma más eficaz, a la vez que divertida, de experimentar una total transformación en su nivel de inglés.

EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS

Blázquez, el irascible jefe de compras de la empresa americana con fábrica recién instalada en España, era el único directivo de la casa que sabía lidiar con los jefes de la sede central europea en Hannover. También era el único de su departamento capaz de negociar con los proveedores extranjeros y le fastidiaba no poder delegar esta función en uno de los ocho compradores directos. Tenía un gran sentido del humor, pero la presión de su trabajo le agriaba el carácter con frecuencia, y fue en esa época, en esa fábrica y con esa persona donde aprendí la expresión española «el horno no está para bollos».

Blázquez no era un alumno del programa de inglés que yo dirigía en las oficinas de la empresa, pero coincidí con él en el comedor y en la máquina de café. Un día le pregunté cómo había llegado a tener tan buen dominio de mi idioma. Sonrió un poco y me llevó a su despacho. Puesto que ya había cierta confianza entre nosotros, sacó del cajón de abajo de su mesa de trabajo un libro de bolsillo con el título en inglés *The Star Trek Star Fleet Technical Manual* (*El manual técnico para la flota estelar de Star Trek*). Cuando me vio encogerme de hombros y decir «y qué», abrió el libro por la página interior del título, sonrió con picardía y me dijo: «He leído más de 100 libros como éste». Cuando me fijé bien, pude constatar que el título real del libro era *Sex Chronicles of a Traveling Salesman*. Resulta que el curtido responsable de compras de la gran empresa americana había conseguido su objetivo lingüístico leyendo una ingente cantidad de novelas del género erótico. No quise ponerle a prueba con un examen sobre el vocabulario más bien técnico de sus libros, pero estaba claro que había leído más de un millón de frases en inglés, algunas no de las más típicas ni recomendables tal vez, pero todas construidas dentro de una gramática correcta. Al final Blázquez hablaba inglés mejor que nadie en la casa. Era lógico. Su mente había absorbido más de un millón de frases.

¿Quiere usted hablar inglés tan bien como Blázquez? ¿Quiere emular su hazaña y leer ese millón de frases también? Si su respuesta es afirmativa, entonces busque temas de lectura capaces de fascinarle y cautivarle y devore todo lo que encuentre a su paso, ya sea en soporte libro o a través de Internet, donde tiene acceso a mil millones de páginas sobre todos los temas concebidos por el hombre. Después, venga a verme en doce meses para impresionarme con la transformación que ha efectuado en su inglés. *Good luck!*

CAPÍTULO 15

TRUCO 2: LA LECTURA EN VOZ ALTA

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.

(Cien años de soledad de Gabriel García Márquez)

Me han dicho que has dicho un dicho. Un dicho que has dicho que he dicho yo. Ese dicho que me han dicho que tú has dicho y que tú has dicho que yo he dicho, no lo he dicho, pero si lo hubiera dicho, habría sido bien dicho por haberlo dicho yo.

(Anónimo)

El Señor es mi pastor, nada me falta. En prados de hierba fresca me hace reposar, me conduce junto a fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. Me guía por el camino justo, haciendo honor a su Nombre. Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me dan seguridad. Me preparas un banquete enfrente de mis enemigos, perfumas con ungüento mi cabeza y mi copa rebosa. Tu amor y tu bondad me acompañan todos los días de mi vida y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

(Salmo 23)

Le cito tres de los 500 pasajes que habré leído o recitado en voz alta un mínimo de 10 veces, en muchos casos de memoria. No voy a poder incluir aquí, por falta de espacio, las 1.300 páginas que leí en voz alta cuando, en una habitación alquilada de la calle Doctor Esquerdo, de Madrid, decidí abordar cuatro novelas de Pío Baroja de una forma un tanto creativa. *La busca*, *Mala hierba*, *Aurora roja* y *El árbol de la ciencia* sumaron en total casi 1.300 páginas y las leí todas en voz alta, a

veces de pie, declamando páginas enteras como si mil personas me estuvieran escuchando.

Fueron cuatro meses los que dediqué a Pío Baroja y creo que es a él a quien debo el 10% de todo el dominio hablado del español que poseo. Leer en voz alta es la forma más fácil y más eficaz de ganar agilidad y soltura hablando. Es la mejor forma de ganar soltura, ritmo, compás y seguridad en la expresión oral de una lengua. Cada kilómetro de progreso en la exposición oral en un segundo idioma le aportará tres kilómetros de mejora en el manejo oral de su propio idioma. Me expreso muy bien en inglés porque dediqué el tiempo necesario para expresarme bien en español.

Hombres necios que acusáis
a la mujer, sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

A los 21 años, recité en voz alta, por lo menos cien veces, este famoso verso de Sor Juana Inés de la Cruz, al mismo tiempo que jugaba al rugby en el estadio de Vallehermoso y trataba de ligar con una belleza de pelo negro que trabajaba en la sección de perfumería de El Corte Inglés. Aspirar a brillar en la exposición oral de lo más poético no excluye ser el más duro y bruto en el rugby, sobre todo si quería, como en mi caso, domar a la fierecilla que para mí era el idioma español. Al igual que la doma de un potro salvaje, hay que abordar el asunto con sangre fría, pasión controlada, seguridad, imperio y medidas precisas de mimo y cariño. El potro lo percibe y, en última instancia, se somete. Los idiomas también. Todo se somete ante la actitud correcta, y si usted aborda el idioma inglés con el aplomo y seguridad del buen domador de caballos, aplicará, sin darse cuenta, el dicho popular «querer es poder». Para ello, la forma más directa, agresiva y llamativa es la lectura en voz alta durante muchas horas. Si usted sigue lo que le voy a sugerir a continuación, no sólo experimentará un cambio radical en su dominio del inglés hablado, sino que acabará expresándose dos veces mejor en español también, sobre todo en sus presentaciones e intervenciones en público. Pero hay dos requisitos indispensables:

1. Tiempo
2. Humildad

Si usted no tiene tiempo ni humildad, pase ahora mismo al capítulo siguiente y olvídense de éste. Bueno, pensándolo bien, cierre este libro y regáleselo a un amigo, porque está perdiendo su tiempo... ese bien escaso cuya presencia en abundancia es requisito *sine qua non* para hacerse con un segundo idioma.

Pero si cree que tiene tiempo y humildad, entonces busque una librería que tenga novelas en inglés de dificultad graduada, novelas para personas que desean mejorar su dominio del idioma. Cuando la encuentre, compre toda la colección de nivel elemental. Sí, eso es, compre los nueve o quince libros de nivel elemental que tengan en stock. No busque niveles más altos, por favor. Veamos la primera página de una de estas novelas:

Jack Thomas is from England, from the south of England to be exact. Tomorrow he is going to take a train to London because he has a ticket to fly to Monaco. His best friend, Jerry Parker, lives in Monaco and works in the famous casino near the Prince's Palace. Jack and Jerry have been friends for many years.

Last year, when Jerry found a job in Monaco, he tried to convince Jack to join him, but Jack needed one more year to finish his studies at the University of Dover. One month ago, Jack finished his studies and now he wants to take some time to travel around Europe. He has chosen Monaco as his first destination because his friend, Jerry, lives there and has an extra bedroom.

Parece fácil, ¿no? Tal vez, pero pronunciado en voz alta, se trata de un texto muy válido para el 90% de todas las conversaciones que uno pueda oír en cualquier ámbito de habla inglesa en el mundo. Ahora, váyase a su dormitorio, siga de pie, no se siente, y declame los dos párrafos anteriores, imaginando un gran público delante de usted, pendiente de cada palabra que pronuncia:

Jáck Thómas is from England... from the sóuth of England to be exáct. Tomórrrow, he is góing to take a tráin to Lóndon because he has a ticket to fly to Mónaco, etc.

En una novela graduada de nivel elemental, usted encontrará por lo menos 80 párrafos como estos dos, todos dentro de un inglés que posiblemente ya sepa muy bien, pero en un inglés que conviene sobremedida que usted pueda pronunciar en voz alta con tino, acierto, aplomo y seguridad. Apuesto lo que sea ahora mismo a que, independientemente de su nivel teórico en estos momentos, no sabría leer los dos párrafos anteriores ni con el 50% de acierto y el aplomo de los que se cree capaz. Es por esto por lo que le insto a tomarse el tiempo y, sobre todo, tener la hu-

mildad, de pasar largos ratos leyendo o declamando, en voz alta, más de mil párrafos en el sencillo inglés que le ofrecen diez novelas graduadas de nivel elemental.

Normalmente, las novelas simplificadas van acompañadas de CDs de audio para potenciar el aspecto auditivo, prioritario siempre. Sin embargo, aquí quiero que usted se centre en leer el texto escrito en voz alta -en voz bien alta- hasta quedarse afónico, si puede. Los CDs le ayudarán a emular el compás de la voz y la pronunciación de alguna palabra, pero al tratarse de un área del inglés -el elemental- que usted ya conoce bien, entonces sabrá en la mayoría de los casos cómo ha de pronunciarse cada palabra.

Usted y muchos más me preguntarán por qué no les dejo adquirir libros de nivel intermedio o avanzado. El motivo es que las casas editoriales dedicadas a crear estos libros simplificados inyectan mayor nivel y reto mediante la inclusión de estructuras más complejas y, sobre todo, vocabulario más literario o rebuscado. Los libros de nivel intermedio contienen muchas más frases que no se oírían jamás en la calle o en una conversación normal que los libros de nivel elemental. De las dos frases siguientes, ¿cuál es más relevante para la vida real?

My boss told me to call our most important customers before making a decision.

*The icy wind whistled through the branches of the tree as I made my way
to the auditorium.*

Está bien saber que en inglés el viento puede «silbar» o que *make my way* es simplemente una forma alternativa y coloquial para decir «ir». Sin embargo, no quiero que usted ni nadie dediquen su valioso tiempo a estos últimos menesteres sin antes saber decir, en voz alta y con agilidad, miles de frases como la primera. Son precisamente estas frases, aparentemente fáciles, las que vienen en los libros de nivel elemental y las que constituyen el 90% de las que se usan a diario en el mundo real. Cuando se trata de hablar mi idioma, conviene atenerse siempre a las

siglas inglesas *KISS* (*Keep it simple, stupid*). El español de nivel medio de inglés cree que progresar significa acumular vocabulario y estructuras nuevas. Piensa que si uno no está adentrándose en terreno nuevo e inexplorado, entonces no está avanzando. Éste es el error más grande que comete un estudiante de inglés al abordar la mejora del aspecto hablado del idioma, puesto que al hacerlo se condena a cargarse con una cantidad cada vez más pesada de materia lingüística, hasta que un día se le queman los fusibles. Cuando esto pasa -y siempre les pasa a los don Contados de turno- el resultado acaba siendo la desesperación y el desánimo. El inglés empieza a parecer una montaña tres veces más alta que el Everest, por inalcanzable e inabarcable. Fíjese de nuevo en el segundo malabarista del capítulo 1. Si usted no quiere acabar como él, con 17 pelotas caídas por el suelo, siga la filosofía *KISS*, cómprese unos libros de nivel elemental y léalos en voz alta como si un gran público estuviera pendiente de cada palabra y de cada giro en la trama del relato.

Cuando haya leído en voz alta tres de estos libros, unos 250 párrafos en total como los dos que ya hemos leído, notará que mejora con el idioma. Después, al finalizar el primer año de 15 minutos diarios de pie declamando, los diez mil párrafos pronunciados en voz alta le habrán convertido en un consumado hablante del inglés (y del español).

CAPÍTULO 16

TRUCO 3: GIMNASIA GRAMATICAL

Fui, fuiste, fue... fuimos, fuisteis, fueron

Comí, comiste, comió... comimos, comisteis, comieron

Vete, no te vayas... váyase, no se vaya... Idos, no os vayáis... váyanse, no se vayan

Apenas llego cuando llego a penas

Iré si me pagas... iría si me pagaras... habría ido si me hubieras pagado

Vendré si me llamas... vendría si me llamaras... habría venido si me hubieras llamado

No he traído lo que trajiste ayer
No he probado lo que probaste ayer
No he olido lo que oliste ayer
No he limpiado lo que limpiaste ayer

Si no se lo das, se lo daré yo
Si no se lo dices, se lo diré yo
Si no se lo enseñas, se lo enseñaré yo
Si no se lo envías, se lo enviaré yo

Dámelo No me lo des
Démelo No me lo dé

Dádmelo No me lo deís
Dénmelo No me lo den
Dámelos No me los des
Démelos No me los dé
Dádmelos No me los deís
Dénmelos No me los den

¿Continúo? ¿Le sigo enseñando la parte más odiosa del camino para dominar un idioma de verdad? ¿Quiere que le enseñe por completo mi truco para hacerme con las tripas del idioma español? Fue un truco fácil, un truco consistente en repetir en voz alta, cada mes, diez mil combinaciones y permutaciones sencillas de la estructura gramatical de su lengua. Hoy en día, debido a mi dominio del español y a la facilidad con la que me expreso en público y por las ondas radiofónicas, algunas personas me tachan de engreído o de soberbio. ¿No saben ustedes que el dominar por completo un segundo idioma después de los 20 años de edad exige unas dosis tan abundantes de absoluta humildad que la soberbia ni se atreve a asomar la cabeza? El hecho de que tan poca gente logre un buen dominio es prueba más que suficiente de que la humildad no abunda entre la gente pensante.

¿Recuerda las fases 1,2 y 3 del capítulo 5? Aquí, en este capítulo, le voy a decir lo que va a tener que hacer si quiere rematar muy bien la fase 1 y transitar con tino y acierto por la fase 3. Para usted, leer las frases con las que he iniciado este capítulo es lo más fácil del mundo. Se trata de su propio idioma. Para mí y para cualquier otro no hispanohablante, decir todas esas frases con precisión, agilidad y espontaneidad es más difícil que acorralar, en sólo media hora, a cien caballos asustados y desbocados.

Entre los años 1972 y 1977, cada vez que yo andaba por las calles de Madrid, cada vez que iba y venía en autobús, cada vez que esperaba, sentado o de pie, en el metro y cada vez que me encontraba solo y sin distracción, conjugaba para mis adentros cientos de verbos españoles. Los conjugaba en el presente, en el pasado, en el futuro, en el condicional, en el pretérito perfecto, en afirmativo, negativo e interrogativo. Dominar un idioma de verdad exige repetir hasta la saciedad las formas y estructuras relevantes del mismo. No hay vuelta de hoja. Esquivar esta tarea le garantiza una plaza de honor en la Sociedad Española del Inglés Invertebrado, con posibilidad de pujar por el premio al inglés más macarrónico del país.

Para dominar el inglés, va a tener que comprar el mencionado multimachete mecánico, para despejar los senderos de la jungla. Va a tener que aprender a desbrozar el camino gramatical si realmente aspira a hablar un inglés decente.

Está haciéndolo.
 No está haciéndolo.
 ¿Está haciéndolo?
 Lo hace.
 No lo hace.
 ¿Lo hace?
 Lo hará.
 No lo hará.
 ¿Lo hará?
 Lo hizo.
 No lo hizo.
 ¿Lo hizo?
 Lo hacía cuando ocurrió.
 No lo hacía cuando ocurrió.
 ¿Lo hacía cuando ocurrió?
 Lo ha hecho.
 No lo ha hecho.
 ¿Lo ha hecho?
 Lleva tiempo haciéndolo.
 No lleva tiempo haciéndolo.
 ¿Lleva tiempo haciéndolo?
 Lo puede hacer.
 No lo puede hacer.
 ¿Lo puede hacer?
 Lo haría.
 No lo haría.
 ¿Lo haría?
 Lo pudo hacer.
 No lo pudo hacer.
 ¿Lo pudo hacer?
 Lo podría hacer.
 No lo podría hacer.
 ¿Lo podría hacer?
 Lo habría hecho.
 No lo habría hecho.
 ¿Lo habría hecho?
 Podría haberlo hecho.
 No podría haberlo hecho.
 ¿Podría haberlo hecho?
 Etc.

He's doing it.
He's not doing it.
Is he doing it?
He does it.
He doesn't do it.
Does he do it?
He'll do it.
He won't do it.
Will he do it?
He did it.
He didn't do it.
Did he do it?
He was doing it when it happened.
He wasn't doing it when it happened.
Was he doing it when it happened?
He's done it.
He hasn't done it.
Has he done it?
He's been doing it.
He hasn't been doing it.
Has he been doing it?
He can do it.
He can't do it.
Can he do it?
He would do it.
He wouldn't do it.
Would he do it?
He was able to do it.
He wasn't able to do it.
Was he able to do it?
He could do it.
He couldn't do it.
Could he do it?
He would've done it.
He wouldn't have done it.
Would he have done it?
He could have done it.
He couldn't have done it.
Could he have done it?
Etc.

Si usted está de acuerdo conmigo en la necesidad de practicar incesantemente los cimientos gramaticales del inglés para llegar a un buen dominio hablado, entonces lea en voz alta la columna derecha de la lista anterior tres veces al día durante 365 días. Al mismo tiempo, haga lo mismo cambiando el verbo *to do* por el verbo *to have*, luego por el verbo *to go*, después por el verbo *to need*, después por el verbo *to take* y luego por todos los demás verbos que ocupan las páginas del capítulo 5. ¿No le apetece? ¿Le parece una tarea pesada e incluso odiosa? Pues lo siento. Pero si no sigue mi consejo aquí, no me venga después quejándose de que no sabe inglés o buscando un programa de dos horitas por semana. No me venga pidiendo clases diciendo que no tiene tiempo para *homework*. En este caso el único beneficiario seré yo, puesto que al menos acabaré con más dinero en el bolsillo. Usted acabará con el mismo inglés que antes y con menos dinero. Por lo tanto, no sea tonto. Sométase a la terapia de este capítulo. (y este libro) o ahórrese el dinero y la frustración. Como dicen las dos últimas estrofas de uno de los poemas del capítulo 2 de este libro...

Es blanco o negro, el gris no existe.
Con un esfuerzo a medias el resultado es triste,
tres mil horas son muchas, lo sé, lo comprendo,
pero con dedicar muchas menos no hay dividiendo.

Si no puedes entrar en tan fuerte apuesta,
por falta de ganas o por lo mucho que cuesta,
entiendo, *no problem*, que apuntes más bajo,
pero no pidas el cielo ni que te busque un atajo.
Aprende un inglés para andar por casa,
y deja de remover una tierra tan escasa.

Existe un máster en mi empresa en el que los alumnos asisten a cinco horas diarias de clase a lo largo de casi 170 días. Están desde las 9:00 de la mañana cada día hasta las 2:15 de la tarde. Después, van a casa, comen y, a las 4:00 de la tarde más o menos, se sientan, cada día, a realizar cinco horas más de trabajo, esta vez a solas con una serie de ejercicios gramaticales, auditivos, de memorización, de lectura y de redacción. Cada día, otra vez por la mañana, hay una hora lectiva dedicada exclusivamente a realizar exámenes y controles sobre el trabajo personal realizado la tarde anterior en casa. Cada alumno dedica un promedio de diez horas diarias al inglés a lo largo de diez meses, además de pasar 24 días en Vaughtantown, un enclave de habla inglesa con nativos venidos de todo el mundo.

Cuando explico este programa a interesados, se quedan sorprendidos de la duración y dureza del tren de trabajo. Muchos se asustan y se echan para atrás. «El inglés es importante, pero esto es excesivo». Otros no me creen cuando digo cuánto van a trabajar. Al final, un 20% de los interesados finalmente hacen la apuesta y acceden a dedicar 2.300 horas de su tiempo al idioma inglés. Ahora bien, el 25% de todo este tiempo es, precisamente, la odiosa y aséptica práctica, día tras día, de la conjugación de verbos.

*I went... I didn't go... Did you go?
I saw... I didn't see... Did you see?
I thought... I didn't think... Did you think?*

¿Recuerda la chica futbolista de alevines, capaz de rivalizar con Maradona en ejercicios de control del balón? ¿Recuerda la bailarina rusa, número uno del mundo, que consumía más tiempo en la barra de ballet que ensayando en el escenario? ¿Recuerda el consumado matemático que deslumbraba a sus profesores de primaria con su ágil manejo de las tablas de multiplicar? El dominio de cualquier área del saber en este mundo exige una minuciosa atención a los detalles.

Todos los días los boxeadores profesionales hacen 500 flexiones, 500 abdominales y 5.000 saltos a la comba. Todos los días, en sus sesiones de entrenamiento entre partidos, los veteranos futbolistas americanos, los de casco, hombreras y rodilleras, corren diez veces sobre 50 metros seguidos de neumáticos viejos tumbados uniformemente a lo largo del recorrido. Todos los acróbatas de circo practican hasta la saciedad los fundamentos de su arte. Todos los grandes magos ensayan sus trucos cien veces cada semana con objeto de automatizar lo mágico. Todos los astronautas dedican miles de horas a ensayar el manejo del cuadro de mandos con el fin de interiorizar y convertir en reflejos naturales el control de la nave. Si usted quiere dominar la nave del inglés, va a tener que hacer lo mismo. Es muy pesado y en ocasiones doloroso pero, como los dentistas, es necesario para la salud lingüística.

El siguiente capítulo, así como el capítulo 20, le ayudarán a orientar el esfuerzo en este sentido, es decir, el esfuerzo en los aspectos asépticos gramaticales. No quiero desanimarle recordándole constantemente la enormidad de la tarea, pero es importante que alguien diga la verdad en un mercado, nacional y mundial, en el que el único beneficiario de verdad de las clases de inglés son los profesores y los centros de idiomas. Los alumnos muy raramente se benefician, porque no reciben una orientación sincera y correcta. Se cobran unas clases, se cumplen unas formalidades de enseñanza en el aula y se despiden profesor y alumnos hasta la próxima

clase, sin que éstos vuelvan normalmente a pensar en el inglés hasta esa futura sesión de clase. Es un *modus vivendi* cómodo en el que el alumno es el tonto de la película sin darse cuenta. No llega nunca a un nivel operativo realmente suficiente y, en su frustración, sentida o latente, vuelve a lo único que sabe: apuntarse a más clases de inglés.

Es esencial romper esta situación que se autoperpetúa. Cuando empecé a enseñar inglés en 1974, había ya entonces muchísima demanda de soluciones, tanto entre adultos como para niños. ¿Por qué hoy en día, en España, estamos tan lejos todavía de una solución? ¿Por qué casi nadie en este país se expresa medianamente bien? ¿Por qué la Oficina Europea de Patentes, cuando decidió establecer su sede en Alicante, tuvo finalmente que buscar fuera de España mucho de su personal clave?

La respuesta está en que muy pocas o ninguna de los cientos de horas que cada niño, adolescente o adulto dedica al idioma inglés es una hora productiva. Esto es así porque casi nadie en España realiza un esfuerzo más allá de intentar asistir, cuando pueda, a su clase de inglés. Muy poca gente en España está motivada para repetir mil veces el uso oral del condicional. La parte odiosa de aprender un idioma es pesada, no cabe duda, pero es imprescindible. Si usted no está motivado para ser humilde y someterse a practicar durante horas el equivalente lingüístico de las tablas de multiplicar, entonces lo único que recomiendo es que busque debajo de cada piedra que encuentre hasta dar con un auténtico «pura sangre» de la enseñanza capaz de cambiar radicalmente su motivación. Veremos este tipo de profesor en el último capítulo de este libro. Mientras, siga adelante conmigo para conocer más trucos interesantes y más situaciones donde, siento decirlo, el tiempo y el esfuerzo vuelven a ser los protagonistas del escenario.

CAPÍTULO 17

TRUCO 4: MEMORIZAR Y REPRODUCIR

No lo hice porque me dijeron que no lo hiciese.
No lo compré porque me dijeron que no lo comprase.
No me casé porque me dijeron que no me casase.
No se me olvidó porque me dijeron que no se me olvidase.
No te escribí porque me dijeron que no te escribiese.

Hice una vez, hace ya muchos años, una lista de 30 frases, cinco de las cuales le cito aquí, y me las aprendí de memoria. Después las repetí todas las veces que fueron necesarias hasta sentirme dueño y señor del pasado del subjuntivo tipo «hablase, comiese, fuese, tocase, etc.». Cada frase que volvía a pronunciar volvía a consolidar aún más mi dominio del pretérito indefinido (hice, compré, escribí...), junto con ese subjuntivo para mí tan raro y, en un principio, tan difícil. Ahora es pan comido, al igual que lo fue para Pablo Picasso pintar a lápiz un dibujo sencillo.

En los años 60, Picasso estaba un día en un restaurante de París comiendo con unos amigos, y cuando se levantaron de la mesa para marcharse y se dirigían hacia la salida, una señora norteamericana, sentada en una mesa en el camino, paró a Picasso para dirigirle unas palabras. He aquí, más o menos, cómo transcurrió la conversación:

Señora americana:	Perdone, Sr. Picasso, perdone.
Picasso:	Sí, dígame.
Señora americana:	Sr. Picasso, ¡mi hija le adora! Ha hecho su proyecto de fin de carrera sobre su gran <i>collage</i> del Minotauro. Es su fan número uno.

Picasso: Muchas gracias. Dígale a su hija que me siento halagado y déle recuerdos de mi parte, por favor.

Señora americana: Sí, sí, lo haré, no lo dude. Sr. Picasso, por favor, ¿no le importaría dibujar algo sencillo para ella en mi servilleta? Le haría muchísima ilusión.

Picasso: Como desee. (*Saca un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y esboza, en líneas rápidas, la imagen de un caballo.*)

Señora americana: ¡Oh, gracias, Sr. Picasso! ¡Muchísimas gracias! ¡Es precioso! A mi hija le va a encantar. ¡Muchísimas gracias!

Picasso: Son 15.000 francos, por favor.

Señora americana: ¿Cómo? ¿15.000 francos? Pero no entiendo. ¡Usted sólo ha tardado 15 segundos en hacer el dibujo!

Picasso: Sí señora, es cierto. Sólo he tardado 15 segundos en hacerlo. Pero he tardado 15 años en aprender a hacer ese dibujo en 15 segundos.

Pablo Picasso conocía muy bien el millón de detalles y el millón de momentos de atención que uno ha de invertir para hacerse con el dominio de una habilidad importante. No pretendo que usted llegue a hablar inglés con la exquisitez de un consumado maestro de la pintura, ni yo lo hablo a ese nivel. Sin embargo, quiero volver a incidir, por enésima vez, en la imperiosa necesidad de repetir, una y otra vez, las variaciones estructurales más críticas del idioma inglés (y son muchas). Son variaciones sobre un número digerible de estructuras básicas, pero usted debe hacerse con todas ellas correctamente si quiere dominar mi lengua.

He didn't see what I saw.
He didn't do what I did.
He didn't take what I took.
He didn't fly where I flew.
He didn't go where I went.
He didn't drive where I drove.

Memorice estas seis frases y, después, dígalas 50 veces en voz alta. Tardará en total unos 15 minutos para realizar el ejercicio de principio a fin, pero se dará cuenta al final de que han sido 15 minutos tremendamente productivos para su inglés.

Esto es lo que podríamos llamar la memorización y reproducción de estructuras básicas. El capítulo 5 de este libro le dará material más que suficiente para lo que

quede de este año y para todo el año próximo, así que no le digo más. Manos a la obra.

El otro uso de la memorización y reproducción oral tiene que ver con poemas, canciones, rimas, nanas o coplas. El inglés ofrece muchas formas de adquirir dominio, ritmo, estructura y velocidad de exposición a través del compás y de la belleza o alegría de los versos. Una buena parte de mi dominio del español obedece a mi hábito de antaño de memorizar y decir en voz alta estrofas enteras de canciones o poemas:

La princesa está triste. ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro;
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

Cuando me aprendí de memoria y repetí cien veces la primera estrofa de este empalagoso poema de Rubén Darío, me hice de por vida con el uso de futuro como «posibilidad desconocida» («¿qué tendrá la princesa?») y aprendí de paso el verbo «desmayarse».

Por la calle de Alcalá
con la falda almidoná
y los nardos apoyaos en la cadera,
la florista viene y va
y sonríe descará
por la acera de la calle de Alcalá.

Cantar la canción más conocida de la zarzuela *Las Leandras*, de Francisco Alonso, me ayudó mejor que ningún libro de gramática española a comprender cómo hablaba la gente normal... cómo se comía las letras. También aprendí las palabras «florista», «almidonado» y «descarado».

Ahora intentemos hacer algo parecido en inglés. Veamos:

En la primera estrofa se acentúa la palabra *you* y en la segunda la palabra *won't*. Si usted memoriza esta rima para niños y la repite 30 veces, ya habrá progresado, en sólo diez minutos, un 1 % en el camino hacia un buen ritmo y soltura con el inglés. También consolidará el uso activo de la contracción *won't*, algo que los españoles nunca llegan a dominar

*Lazy Mary, will you get up,
Will you get up,
Will you get up,
Lazy Mary, will you get up,
Will you get up today?*

No, no, Mother, I won't get up,

*I won't get up,
I won't get up,
No, no, Mother, I won't get up,
I won't get up today!*

He aquí dos citas, una de un pasado presidente de los Estados Unidos y otra de un famoso director y guionista del cine de parodias. En la primera, usted puede adquirir mucha agilidad con los complementos directos e indirectos en inglés *it, you* y *them*. También asimilará definitivamente el verbo «pedir perdón» (*apologize*) y la expresión en inglés para «a la defensiva». Si memoriza y repite 30 veces la segunda cita, un tanto graciosa, ganará un mes de tiempo en el dominio del pasado del condicional.

*Carry the battle to them.
Don't let them bring it to you.
Put them on the defensive.
And don't ever apologize for anything.*
Harry Truman

*If God had wanted us to fly,
he would have given us tickets.*
Mel Brooks

Memorizar y reproducir, memorizar y reproducir. Es algo tan elemental que acaba siendo brutalmente eficaz. Podría extenderme mucho más sobre este aspecto del aprendizaje, pero caería en la repetición más de lo que ya hago en este libro, una obra de muchas páginas sobre unos principios hartamente sencillos y básicos.

Los llamados «gurús» de la enseñanza dedican largas horas, se supone, a generar teorías rompedoras sobre el aprendizaje. Muchos profesores les rinden culto. Yo no. En mis 35 años de docencia, todavía no he encontrado fórmula alguna que supere las más tradicionales.

*The sun did not shine.
It was too wet to play.
So we sat in the house
All that cold, cold, wet day.*

*I sat there with Sally.
We sat there, we two.
And I said, «How I wish
We had something to do!»*

*If we meet and I say «Hi»,
That's a salutation.
If you ask me how I feel,
That's consideration.
If we stop and talk a while,
That's a conversation.
If we understand each other,
That's communication.
If we argue, scream and fight,
That's an altercation.*

*Too wet to go out
And too cold to play ball.
So we sat in the house.
We did nothing at all.*

*So all we could do was to
Sit!
Sit!
Sit!
And we did not like it.
Not one little bit!*

The Cat in the Hat, Dr. Seuss

*If later we apologize,
That's reconciliation.
If we help each other home,
That's cooperation.
And all these «ations» added up
Make Civilization.
(And if I say this is a wonderful poem,
Is that exaggeration?)*

Ations Shel Silverstein

CAPÍTULO 18

TRUCO 5: LA ESCUCHA INDIRECTA

«Voy a entender esta película aunque me muera en el intento».

Esta frase me la dijo mi alumno Emilio nada más comenzar nuestra clase del lunes. Estaba asqueado con el inglés y dispuesto a tirar la toalla.

-No tengo ni pajolera idea de tu idioma. Es tremendo. Me puse a ver la película y no cacé ni el 10% de lo que decían. Ya no sé qué hacer.

-Tranquilo, Emilio. No pasa nada. ¿Acaso te he dicho alguna vez que intentes ver películas en inglés?

Emilio ha cometido un error grave. Ha intentado ver una película en versión original. Eso está terminantemente prohibido. Ningún alumno mío tiene mi autorización para ver ni cinco minutos de una película en inglés. Puede ver, si quiere, un documental o un programa de noticias, pero ni cine ni series de televisión. Son mis enemigos, porque destruyen la moral de mis alumnos y les exponen a «ficciones» que superan las realidades. Me explico.

No sé si por la forma en que los guionistas inyectan «máximo impacto» en sus guiones o porque deseen salpicarlos con una gama completa de matices, juegos de palabras, gracias o argot, o porque el sonido no llega nítidamente a través de los altavoces, no lo sé, pero está claro que el entender películas y series de televisión supera tres veces el factor habitual de dificultad en la vida real. En otras palabras, aunque pueda ser todo un reto entender a la primera todo lo que transcurre en una reunión en inglés, es tres veces más difícil entender a la primera lo que se dice

en las películas o series. Para usted, ver películas en inglés sólo le servirá para desmotivarse. Es contraproducente en casi el 100% de los casos. De hecho, a no ser que yo mismo preste atención o ponga bien alto el volumen de mi televisión, a mí también me puede costar captar los significados de todas las frases que dicen los De Niro o Pacino de turno, sin hablar de los Gary Cooper o Spencer Tracy de antaño, cuando los sistemas de sonido eran peores que hoy en día.

No mida su nivel de dominio auditivo de acuerdo con su capacidad para entender las películas. Es una medición incorrecta y alejada de la realidad. Cuando vine a España, ya poseía un buen nivel intermedio hablado, pero un nivel auditivo todavía frágil y modesto. Tardé en torno a siete meses en sentirme totalmente cómodo en el plano auditivo, pero ¡joj!, tardé más de tres años en entender a la primera una película. Recuerdo que fui, en el año 1974, con una amiga española a ver la famosa película de Bob Fosse, *Cabaret*, en la versión doblada al español, con Michael York y Liza Minnelli. Gracias a que el 30% o más de la película fue en tono musical, fui capaz de apreciar su calidad. Sin embargo, no pude en absoluto seguir la trama de la historia. Tuve que rellenar los espacios en blanco con mi imaginación. Recuerdo una escena en particular en la que Liza Minnelli, mientras se encontraba en una gran biblioteca silenciosa en el centro de Berlín, le grita a Michael York, su amante informal: «¡*Estoy embarazada!*!». Todo el público de la sala de cine dio un grito de sorpresa y de risa. Yo, como un tonto, tuve que preguntar a mi compañera, «¿qué ha dicho, qué ha dicho?». Ya llevaba año y medio viviendo en España y todavía no era capaz de entender en el cine. El que usted lo intente en inglés, sin haber vivido jamás en el extranjero, es simple y llanamente un ejercicio de lo más inútil. Es incluso contraproducente, porque le recuerda, con la fuerza de una bofetada en plena cara, lo realmente poco que domina mi idioma.

OÍR VS. ESCUCHAR

Sin embargo, y lo que es peor, el intentar entender una película o una serie de televisión le conduce a adquirir hábitos incorrectos y contraproducentes de escucha. Una pregunta: sin mirar la frase anterior... la frase que acabo de escribir al iniciar este párrafo (¡no la mire!), ¿puede repetírmela textualmente...? ¡Sin mirarla, por favor! Pues no, ni soñando. No me la puede repetir textualmente porque su mente no se fija en las palabras; se fija en los significados. Cuando alguien le habla en español, su mente absorbe el sentido general de las oraciones. No emplea una táctica de captura y registro de palabras. Sin embargo, cuando usted trata de entender in-

glés, suele adoptar esta postura de captura y registro, una postura antinatural que sólo le conduce, aún más, por el camino equivocado. Si yo le regalo cien películas e insisto en que intente entenderlas todas a lo largo de los próximos seis meses, estaré, mientras tanto, leyendo las esquelas cada día en espera de conocer el lugar y día de su entierro.

Es más eficaz oír que escuchar. ¿Sabe la diferencia? Los españoles a veces usan de forma indistinta estos dos verbos cuando hablan y es un error de concepto. «Escuchar» significa prestar atención con el sistema auditivo y «oír» significa simplemente captar sonidos sin prestarles atención. Es como «ver» y «mirar». Ahora mismo estoy mirando estas palabras en la pantalla de mi ordenador mientras las estoy escribiendo. Sin embargo, puedo «ver» un teléfono y una pared dentro de mi campo visual. No los estoy mirando pero sé que están ahí porque los veo. De la misma manera, en este instante estoy «escuchando» mi propia voz interna repitiendo las palabras de esta frase que estoy escribiendo, pero al mismo tiempo puedo «oír» el ruido de fondo del aparato del aire acondicionado de la habitación en la que estoy en este momento.

En lo que se refiere al idioma inglés, quiero que usted, durante los próximos 12 meses, deje de «escuchar» inglés y se limite a «oírlo». ¿De acuerdo? Quiero que el próximo domingo por la mañana salga al quiosco, compre el periódico español de su preferencia, vuelva a casa, ponga un CD de audio en inglés, de cualquier tema, y lea el periódico en español con «ruido de fondo» en inglés. No quiero que preste la más mínima atención al inglés que, desde lejos o a través de auriculares, esté acariciando sus oídos. Céntrese en las noticias que está leyendo en su propio idioma. Si usted dedica una media hora diaria a dejar el inglés como música de fondo, al cabo de un año notará una mejora del 100% en su nivel auditivo. Hacer esto es muy importante, puesto que como ya sabe a estas alturas del libro, el aspecto prioritario del dominio de un segundo idioma es siempre, con diferencia, la comprensión auditiva.

En el verano de 1973, con 21 años de edad, pasé tres semanas como huésped en una casa de campo en las afueras de Lyon, en Francia. Tenía, en aquel entonces, un nivel medio bajo de francés y me costaba horrores entender a la gente. Sin embargo, mi objetivo durante esas tres semanas no era mejorar mi francés, sino encontrar un lugar tranquilo y apartado donde realizar un curso a distancia que había contratado con la Universidad de Texas, a donde pensaba volver dos meses después, en septiembre, para cursar mi último año de carrera. Había elegido la casa cerca de Lyon porque pertenecía a la familia de un amigo inglés que había conocido en Madrid. Su padre era inglés y su madre francesa.

Durante las tres semanas de estancia, viví casi como un monje de clausura, trabajando por las mañanas en la materia de la asignatura y recorriendo un poco, en bicicleta, la zona rural. Por las tardes me sentaba en un precioso jardín que tenían detrás de la casa, lugar donde leía novelas o ensayos, en inglés o en español, de Unamuno, Faulkner, Juan Rulfo y otros. Todas las tardes, a la misma hora más o menos, la señora de la casa se sentaba en otra parte del jardín con varias amigas para tomar el té y charlar durante una hora o dos. Hablaban en francés y la verdad es que no sé de qué hablaban ni las entendía. No prestaba la más mínima atención a sus conversaciones. Para mí era un ronroneo de ruido en francés que me llegaba a los oídos con cierta claridad, pero que no me interesaba.

Hacia el final de mi estancia, recuerdo que un día paré por un instante mis lecturas para escuchar a las señoras y me sorprendí sobremanera al constatar que las entendía casi a la perfección. En mis primeras tardes en el jardín, era incapaz de entender casi nada y, tres semanas después, sin haber escuchado ni una palabra de lo que decían, las entendía bastante bien. Con esta experiencia me di cuenta de algo que, desde entonces, he podido comprobar en un sinnúmero de ocasiones: cuando uno no entiende en otro idioma, no suele ser por culpa de las palabras o expresiones desconocidas, sino porque el oído no está discriminando los sonidos. Me di cuenta, en Francia y después durante años aquí en España, de que si uno ve por escrito lo que no ha entendido lo entiende casi todo.

En Vaughtantown hemos hecho pruebas de esto. Un angloparlante aprendía de memoria un párrafo en inglés y lo soltaba a su velocidad normal y en su acento propio. La inmensa mayoría de los españoles que escuchaban apenas entendía lo que el inglés, americano o surafricano decía. Sin embargo, al entregarles en papel lo que no habían entendido, pensaban que les estábamos tomando el pelo.

La empresa que dirijo tiene editados dos libros llamados *198 Paragraphs for Varied Use*. Se trata de unos libros curiosos en los cuales cada párrafo corto está escrito dentro de un inglés hablado que se oye a diario en cualquier país de habla inglesa. Cada párrafo es distinto al anterior y al siguiente, con objeto de obligar al alumno oyente a no habituar el oído a un hilo conductor temático. Cuando éste escucha -a pelo- uno de los párrafos en el CD, no entiende nada la primera vez y muy poco la segunda. A la quinta vez que lo escucha, llega a entender en torno al 40%. Después, al leerlo en vez de escucharlo, lo entiende todo al instante. Estos libros siempre sorprenden a los alumnos y les hacen ver que, en efecto, la falta de comprensión auditiva es mucho más una cuestión de discriminar sonidos que una falta de conocimientos de vocabulario y expresiones.

Se gana oído oyendo, no escuchando. Se trata de ir desarrollando una postura de relajada absorción, una actitud ante el segundo idioma opuesta radicalmente a la actitud instintiva de aguda captura y registro de palabras. Cuando no estamos seguros de poder entender ante la presencia de otro idioma que no dominamos al 100%, tendemos a apretar las tuercas en lo auditivo y a «hacer un esfuerzo» por entender, tratando de captar y registrar, individualmente, las palabras del otro conforme éstas salen de su boca. Cuando ya hemos aclarado la palabra número ocho, nuestro interlocutor ya va tranquilamente camino de la número 25. Cuando esto ocurre en una reunión de alto nivel, donde es crítico entender a la primera para poder participar adecuadamente, es angustioso. Recordemos durante unos momentos la angustia de nuestro amigo Vicente.

Vicente está triste, asustado y tenso,
su aplomo de siempre va en claro descenso,
su costumbre de mandar en sus fueros internos,
se ha hecho añicos en estos lares externos.

El motivo de su mal, de su angustia vital,
es algo de importancia, para él, capital.
Representar a España en un encuentro tan clave
y no cazar onda es de verdad muy grave.

La reunión duró dos días y Vicente los pasó sentado y sin saber, en muchos momentos, por dónde iba la discusión. Captaba menos del 30% de todo lo que se debatía. Después, cuando recibió el acta de la reunión y la copia del informe final que fue redactado para enviar a una de las comisiones de Bruselas, las leyó y las entendió casi a la perfección. «¿Cómo es posible,» se decía, «que entienda todo sobre el papel y nada cuando hablan?».

LA DISCRIMINACIÓN DE SONIDOS

El 90% o más de todo lo que se dice en inglés, incluso en reuniones técnicas, son verbos, términos léxicos o estructuras que usted conoce de sobra. El capítulo 5 de este libro le da en bandeja ese 90%. Sin embargo, usted se queda desconcertado, creyendo que necesita más vocabulario, cuando no es capaz de entender la frase siguiente:

Uádaya gana dú uéni cams?

What are you going to do when he comes?

¿Qué vas a hacer cuando él venga?

Nadie en el mundo anglosajón habla inglés como su profesor lo habla en clase. Todo angloparlante se come letras y palabras enteras y se preocupa poco por expresarse con precisión fonética y nitidez. Ustedes, los españoles, hacen lo mismo:

Tira palante

Vente pacá

Báom pallá

El dealáo

Mé quemáo

Tira para delante

Vente para acá

Vamos para allá

El de al lado

Me he quemado

Recuerdo que la primera vez que oí a un español decir «me he quemado», pensé que había dicho el nombre del famoso personaje de Disney, Mickey Mouse.

Es imposible aprender a entender en otro idioma. El verbo «aprender» no es aplicable aquí. Debemos pensar siempre en términos de desarrollar una capacidad para la discriminación de sonidos, y esto requiere tiempo, mucho tiempo, pero curiosamente no requiere esfuerzo. De hecho, cuanto menos «esfuerzo» realice usted para mejorar su nivel auditivo, más progreso notará. Con esto volvemos a la cita del inicio de este capítulo. Nuestro amigo se propone entender la película aunque muera en el empeño. Su primer error fue plantear el reto en términos de «empeño» o esfuerzo. Cuanto más se esfuerza usted en intentar entender, más adopta la postura de «captura y registro» y más se aleja de la necesaria postura de relajada absorción.

En la foto de la izquierda de la página siguiente tiene usted a Gustavo, incansable estudiante del inglés, que piensa que para aprenderlo tiene que leer, releer y hasta memorizar las reglas gramaticales, desde el verbo *to be*, en todos sus tiempos y personas, hasta el pluscuamperfecto y el pasado del condicional. No siente mu-

cho cariño por mi idioma, ya que muchas de las estructuras que estudia son ajenas a la lógica latina o castellana. Le suenan a chino cuando las ve sobre el papel y, al decirlas para sus adentros, no se cuida de pronunciar bien, incrustando vicios fonéticos que después me cuesta horrores a mí, su profesor, erradicar.

A la derecha tenemos a José Ramón. Tiene el mismo nivel, de momento, que Gustavo, pero prefiere leer libros, periódicos y revistas, en español, mientras sus oídos reciben un suave masaje lingüístico de vocablos ingleses pronunciados por nativos. Está absorto en su lectura, sin prestar la más mínima atención al inglés. De hecho, si dejase de leer y prestase total atención a lo que oye, entendería menos del 50% del contenido. Sin embargo, no lo hace. Se dedica a leer en español una hora al día y dos horas en sábado y domingo. Sus oídos absorben la música del idioma inglés y, gradualmente, van discriminando sonidos.

José Ramón sabe que si viera por escrito ese 50% que no está entendiendo auditivamente, lo entendería casi todo. Dada la situación, está siguiendo mi consejo de no angustiarse y de entrenar el oído a medio y largo plazo. En seis meses, cuando vuelva a dejar la lectura para prestar total atención al inglés que oye, entenderá el 80%.

El inglés, amigo lector, no es una ciencia exacta, estructurada a base de compartimentos estáticos y estancos. Es un vehículo de comunicación rico y dinámico, tan lógico y expresivo como cualquier otro idioma importante del mundo. Usted nunca va a llegar a dominarlo de forma oral, al igual que no domina ni su propio idioma en cuestiones de impacto, elocuencia o expresividad. Pero es imperativo que lo domine en su aspecto auditivo. ¿Cómo? Exponiendo el oído durante miles de horas. No es posible llegar a un buen nivel sin antes poseer un excelente nivel auditivo. Y... ¡jojo!, entender bien a su profesor de inglés no significa nada. El profesor no le dará ni un 10% de lo que oirá en el mundo real. Habla con demasiada nitidez y escoge, sin darse cuenta, un vocabulario a su alcance.

Por lo tanto, y para finalizar este capítulo, oiga (no escuche) todo el inglés que pueda, a través de CDs de audio, MP3, Vaughan Radio, la BBC y, con ciertas reglas, la televisión. Mantenga el inglés como música de fondo todo el tiempo que pueda. Aprenda a realizar sus habituales tareas con mi idioma acariciándole el oído sin que usted se dé cuenta.

Es preciso que deje de angustiarse cuando necesita entender. Es esencial que deje de apretar los puños y agudizar el oído cuando un angloparlante le habla sobre algo importante. Debe huir de cualquier escenario, personal o público, en el que «intente» entender, esforzándose por capturar y registrar cada palabra. Es importantísimo que desarrolle una capacidad para absorber el sentido general de lo que se dice en inglés, ya que cualquier «esfuerzo» que haga por entender sólo le alejará más del camino correcto.

Recuerde que el 90% de lo que se dice en inglés son palabras, expresiones y estructuras que usted conoce de sobra. Por ello, debe, a partir de ahora, ayudar a que su oído se vaya acostumbrando a los sonidos y a cómo estos se enlazan dentro del habitual «fluido hidráulico» que es el idioma inglés.

CAPÍTULO 19

TRUCO 6: EL PASAJERO Y LA PARED

- Yo: ¿Qué hacías ayer con Beatriz cuando te vi?
Braulio: No hacía nada. Estábamos hablando de ti.
Yo: ¿De mí? ¿Desde cuándo soy yo tema de vuestras conversaciones?
Braulio: Hombre, desde que has conseguido ese nuevo contrato no hay quien te aguante.
Yo: ¿Cómo que no hay quien me aguante? No he cambiado ni un ápice.
Braulio: Beatriz piensa que sí. Está preocupada por ti.
Yo: ¿Por mí? ¿Por qué?
Braulio: Dice que ya no eres el mismo... que ya no escuchas a la gente.

Éste es un extracto de una conversación que tuvo lugar probablemente en el año 1983, en mi coche. Transcurrió, con toda seguridad, durante un atasco y, posiblemente, entre los semáforos de la Plaza de Cuzco y la Plaza de Lima, en pleno centro financiero de Madrid. Es una de las mil conversaciones que Braulio y yo habremos mantenido en mis trayectos en coche por toda la ciudad y su extrarradio. Siempre hemos ido juntos, hasta hace muy poco tiempo. Últimamente hablamos menos y son cada vez más las veces que él no me acompaña, pero hubo una época en que nuestras conversaciones llegaban a ser realmente interesantes, llenas de momentos curiosos, desde citas filosóficas hasta insinuaciones incluso morbosas.

Yo conducía. Braulio se conformaba con ir de acompañante. Durante los años 80, me atrevería a decir que intercambiamos medio millón de frases en español, un promedio de 200 por día durante 2.500 días. Lo bueno de mi amigo Braulio era que me dejaba hablar sin interrumpirme y no me corregía si cometía un error en mi español. Me dejaba hablar a mis anchas y así ganar soltura con el idioma. Otras personas me corregían a veces algún error y, cuando les hablaba de Braulio, se extrañaban de que él no hiciera lo mismo. «Es un poco vago», me decían: «Debería

llamarte la atención sobre un error como ése». Pero a Braulio no le importaba esto cuando se lo contaba. «Tienes que ganar soltura y confianza», me decía. «Si te corrijo cada error, te quedarás parado la mitad de las veces ante la inseguridad de la imagen que desprendes cuando hablas español. ¡Tú sigue adelante! ¡Hablas muy bien!».

Hace tiempo que Braulio no me acompaña. Está triste, porque piensa que ya no le necesito para seguir mejorando mi dominio del español. Está equivocado. No es que no le necesite, Dios me libre, pero a estas alturas de mi vida, a una edad en la que empiezo a perder células cerebrales a 100 por hora y a quedarme sin memoria, en una época en la que me noto con una capacidad cada vez menos aguda e intensa para estar alerta ante la gramática y fonética del español, un idioma para mí, a pesar de mi dominio, todavía raro y extranjero, no puedo realmente aprovechar la dicharachera ayuda de mi amigo don Braulio. Él sigue tan joven y jovial como siempre, mientras que yo estoy iniciando la inexorable entrada en el otoño de mi vida, el «lobo plateado», como me llaman ya algunos. Es lógico pues que no busque con tanta asiduidad la compañía y conversación de mi amigo. En fin...

Sin embargo, el otro día estuve con él y le hablé sobre usted. Le dije que usted necesitaba practicar incesantemente su inglés con alguien acostumbrado a mantener largas conversaciones sin perder la paciencia y sin caer en la tentación de corregir. Verá. Mi amigo Braulio es perfectamente bilingüe. Habla inglés con la misma soltura que el español. Podrá, si usted quiere, subir a su coche y acompañarle durante la hora y media que dedica cada día a realizar sus desplazamientos. Es un compañero interesante y tiene tema para toda una década de trayectos en coche. Se lo presto.

DÉ RIENDA SUELTA A LA MENTE

En el año 1979 me robaron la radio de mi coche, un Simca 1200, delante de la casa de mi suegra. No la sustituí por otra y en 1982, cuando compré un coche nuevo, pedí que no se le instalase una radio, algo que les extrañó mucho en el concesionario. Ya conocía, a mis 30 años de edad, el increíble poder de pasar largos ratos solo, sin distracciones. Llevaba tres años, con mi Simca 1200, dedicando 90 minutos de cada día laborable a pensar, para mis adentros y en voz alta. Al no tener una radio que me absorbiera la atención mientras me movía en coche, no tenía más remedio que rellenar el tiempo muerto con el poder de mi mente. Pensaba...

y pensaba... y pensaba. A veces hablaba a solas. Y un día, sin previo aviso, apareció Braulio y entablamos una larga conversación sobre la diferencia entre los verbos españoles «ser» y «estar». Recuerdo que Braulio me hizo reír, el primer día que nos conocimos, diciendo «hay un estar humano en el cuarto de ser». A partir de ese día, con mi íntimo amigo imaginario, hilé miles de pequeñas conversaciones en español, empujando el idioma hasta sus límites y más allá. Estoy convencido de que hoy en día el 90% de la inventiva con la que sé hablar en español existe gracias a mis largas conversaciones con mi amigo don Braulio.

Mañana, si va al trabajo en coche, no encienda la radio. Trate de llegar a su destino sin buscar la sedosa voz de un locutor profesional, sin escuchar el pesado tira y afloja de las tertulias o sin oír las noticias de siempre sobre bombas, escándalos o accidentes de autocar, todos fenómenos de la naturaleza física o humana que no han cambiado en su esencia desde los albores de la civilización. Mantenga apagada la radio y deje que su cerebro, ese órgano incluso más complejo que el mundo exterior físico, aprenda a llenar el espacio vacío con todo lo que tiene dentro. Tiene mucho por dentro, se lo advierto. Mucho. No haga con su mente lo que los patricios romanos hacían con la plebe: darle pan y circo. No haga con su mente lo que tantos políticos quieren darle hoy en día: fútbol y playa. Si usted no es capaz de estar una hora solo, sin distracción alguna, o si no le gusta; si su cerebro necesita en todo momento algún estímulo externo, entonces, al igual que los músculos de su cuerpo, los circuitos de su cerebro se le irán atrofiando con el paso del tiempo.

Si pasa mucho tiempo en su coche, aproveche el tiempo para liberar la potencia latente que reside en su cerebro y, de paso, use esa potencia para darle una oportunidad a Braulio de tener en usted un nuevo amigo. El pobre se siente solo. Apague la radio y hable inglés por los codos. Cometerá errores, pero da lo mismo. Ganará soltura y pondrá en práctica, con un tipo curioso a su lado, todo un abanico de formas y estructuras gramaticales en inglés. Acumule horas con Braulio y verá lo mucho que mejorará su inglés.

SORPRESAS EN LA PARED

¿Y si no tiene coche, si se desplaza en transporte público? En este caso, le recomiendo que lleve un MP3 o similar para oír inglés, tal y como le acabo de sugerir en el capítulo anterior y que, en vez de Braulio, trabaje amistad con Carol, una joven realmente especial que, sin que usted lo sepa, vive en la pared de su casa. Si

mañana se pone delante de la pared de su salón o dormitorio y se fija mucho durante cierto rato, no se asuste cuando empiece a divisar la leve silueta de una esbelta figura femenina. Se trata de Carol y es muy parlanchina. Le encanta hablar y no le dejará en paz hasta que usted también hable sin parar. Entable conversaciones con ella siempre que pueda.

Usted: *Hello, Carol. How are you doing today? You look a little tired. Is something wrong?*

Carol: *No. Everything's fine. Well... to tell you the truth, I'm worried.*

Usted: *What are you worried about? Maybe I can help.*

Carol: *No, I don't think so. It's about Pedro. I saw him yesterday with Paula.*

Usted: *But that's normal. They work in the same department. You shouldn't worry about that.*

Carol: *Maybe not, but I saw them in a bar downstairs from the office. They seemed to be talking about something really serious.*

Usted: *Of course they were. They were probably talking about the new project they're both involved in. I've heard there are a lot of problems with it, so it's normal for them to have a coffee downstairs and talk about work.*

Carol: *I hope you're right.*

Esta conversación requiere un nivel medio o medio alto de inglés, pero Carol también sabe mantener conversaciones más sencillas y rudimentarias si es preciso. Le gusta tanto hablar que hará lo que sea para no quedarse difuminada largo tiempo en el yeso o en el papel de la pared.

Hablar en voz alta, a solas, inventando historias sin preocuparse por los errores que cometa, es una forma muy eficaz de ganar soltura y de consolidar el dominio oral de muchos tiempos verbales y otras estructuras gramaticales. Al mismo tiempo, independientemente del beneficio que pueda representar para su inglés, es una actividad para entrenar la mente y fortalecer el cerebro, ejercitándolo mediante unas actividades que hasta ahora no se le han ocurrido jamás ¿Quiere hablar en su propio idioma con grandes dosis de espontaneidad e ingenio? No es tan difícil, pero primero debe ensayar estar solo durante muchas horas y después se sorprenderá de lo fácil que es mejorar su expresividad y eficacia comunicativas. Sólo hace falta que apague la radio, apague la televisión y destierre otras distracciones. Pronto aprenderá a ocupar la soledad con amigos imaginarios bien curiosos y a dotar a cada uno de ellos de una personalidad inteligente y llena de vida y efervescencia.

TRUCO 7: LA TRADUCCIÓN INVERSA

Yarza, ingeniero vasco, hermano de un conocido portero del Zaragoza, me miró un momento y dijo: «Por qué no nos das más frases como éstas?».

Hablaba poco. Tremendamente inteligente pero parco en palabras, Yarza se limitaba a progresar en inglés a una velocidad sorprendente, sin apenas abrir la boca, pero fijándose, lánguidamente, en lo que yo decía y respondiendo, de la forma más escueta posible, a las preguntas que le formulaba. Eran cinco en clase y Yarza era el que menos participaba y el que menos interés parecía mostrar. Sin embargo, era con diferencia el que más avanzaba.

«¿Por qué no nos das más frases como éstas?»

Me sorprendió su pregunta por dos motivos, primero porque apenas decía ni esta boca es mía en clase y, segundo, porque era la primera vez en mi vida que un alumno me pedía más *homework*. Y lo más sorprendente de todo era que los otros cuatro alumnos se unieron a su petición.

Dos días antes, a los cinco ingenieros industriales les había pedido que trajeran a clase, al día siguiente, diez frases escritas en el presente perfecto inglés. Los cinco ingenieros industriales, de unos 42 años de media, curtidos veteranos de la metalurgia, con las manos medio manchadas de grasa, necesitaban mejorar mucho su inglés desde la adquisición de la fábrica por una empresa norteamericana con sede a orillas del río Mississippi, la América profunda. Para los cinco curtidos ingenieros, hacer deberes era algo de su pasado lejano, algo sobre lo que ni sus propios hijos se atrevían a preguntarles.

«¿Por qué no nos das más frases como éstas?»

Cuando dos días antes les había encargado escribir y traer las diez frases citadas, sólo Ochoa cumplió con la tarea. Típico. Ochoa siempre era el «cabeza cuadrada» del grupo, más cuadrada que incluso la de los alemanes que ahora visitaban la fábrica desde la Central Europea de la multinacional norteamericana. Le llamaban en clase *Mr. Eight A*, es decir, el Sr. Ocho-A (Ochoa). Menos Yarza, el serio, los tres restantes también tenían sus apodos en la clase de inglés: Felipón el bobón, Pelo Cabra y Osram (por su cabeza calva cual bombilla)...

Yo ya estaba harto de que sólo Ochoa fuera consecuente con su deseo de aprender inglés. Ya estaba bien de que estos ingenieros me tomaran el pelo. Me llevaban 14 años, eran inteligentes, ganaban cinco veces más que yo y, a pesar de ser unos brutos, yo sabía que estaban perfectamente capacitados para vencer el inglés sin apenas pestañear.

«Ya está bien», dije yo en la clase siguiente. «Sacad una hoja cada uno y escribid las siguientes frases. Mañana me las traéis traducidas al inglés».

*Haré lo que pueda.
Esto no es lo que yo pedí.
Tenemos que partir de cero otra vez.
Creo que ha habido un malentendido.
¿Me lo puedes confirmar por escrito?*

A la clase siguiente, los cinco, incluso Felipe, trajeron las frases traducidas al inglés. Pacorrín, el denominado «Pelo Cabra», tuvo un fallo. Había escrito *in wrritting* con doble «t» en lugar de *in writing* con una sola t. Pero todos, tanto Pelo Cabra como los demás, habían desviado su atención de sus propias cosas para hacer algo con el inglés fuera de la clase. Yo estaba atónito. ¿Qué mosca les había picado?

«¿Por qué no nos das más frases como éstas?», decía Yarza.

Desde entonces, y como respuesta a Yarza y a otros, he escrito personalmente, de mi propio puño y letra, más de 25.000 frases, desde las más sencillas hasta las más complejas, desde las más banales hasta las más técnicas y especializadas, pero todas, absolutamente todas, muy relevantes para el inglés del día a día en el mundo profesional.

Descubrí, gracias a mis cinco ingenieros, hombres tan finos y encantadores como una cantera de piedra caliza, que el reto de la traducción inversa es poderosísimamente eficaz como acicate para inducir a los españoles a trabajar con el inglés. Tras la experiencia con mis ingenieros, dediqué cuatro meses a producir lo que desde entonces se llaman *Translations Booklets 1, 2 y 3*, tres libros de 1.500 frases cada uno que han sido tan usados, abusados y manoseados por tantos profesores y tantos alumnos durante tantos años, que no tienen nada que envidiar ni a la pelota de rugby más reñida del Torneo de las Seis Naciones.

Los modernos «gurús» de la enseñanza dirán que para aprender un segundo idioma, uno no debe echar mano jamás al idioma propio... que el idioma propio nunca debe estar presente. Si estos gurús tienen razón, entonces también tienen razón aquellos que afirman que el Capitán Garfio aún vive y está casado en segundas nupcias con la hija ilegítima de Goofy. Los adultos no pueden aceptar nunca un segundo idioma sin tener como apoyo el idioma propio, al menos durante la fase 1 y durante cierto tramo de la fase 3 (véase capítulo 5). Después de la pubertad, el ser humano ya tiene el cerebro, la boca y el aparato motor diseñados alrededor de la lengua materna y, curiosamente, incluso los niños que se crían con dos idiomas acaban con la misma limitación, pero alrededor de dos idiomas en vez de uno solamente. Mis hijos hablaban dos idiomas perfectamente a los cinco años, pero después, a los 12 ó 13, cuando quisieron abordar el francés o el alemán, lo tenían tan crudo como sus compañeros de clase monolingües. Solamente aquellos que, como yo, consiguen un dominio total de un segundo idioma después de la pubertad tienen la mente adaptada y lista para absorber más velozmente un tercer, cuarto o incluso quinto idioma.

La persona adolescente o adulta de inteligencia media, independientemente de la mayor o menor intensidad de su bagaje emocional, ya tiene la mente preparada para el estudio y el análisis. Se trata de una mente que no acepta nada por su valor intrínseco en sí. Lo acepta porque decide que le conviene o porque las personas o las circunstancias le obligan a aprenderlo. Antes de la pubertad, los niños asimilan las cosas sin cuestionarlas. Después, no pueden. Nuestro creador o nuestra evolu-

ción nos ha hecho así y ningún gurú va a cambiar esto, por mucho dinero que gane publicando libros leídos por «grandes educadores» y sus embelesados discípulos de postgrado. Ellos viven en una torre de marfil lejísimos de la áspera angustia que yo he sentido en carne propia cuando un director general me ha encargado dotar de inglés, entre ahora y Navidades, a un Tancredo Salazar, fenómeno comercial de 47 años pero, como dice el poema:

... tan fino, tan fino como el peor aguardiente.

Cuando yo me veo en la tesitura de producir un milagro, de devolver a una empresa a un tipo, para el que todo el mundo vaticina el fracaso estrepitoso, hablando inglés, no tengo más remedio que ir directamente a la yugular y zarandearle hasta que, primero, se espabile y, después, corra conmigo como un maldito diablo hasta hacerse de una vez por todas con un nivel de orgullosa supervivencia con mi idioma. Por eso mi empresa, Vaughan Systems, desdeña a los candidatos a profesor que llegan a nuestra puerta con un título bajo el brazo en la enseñanza de inglés como segunda lengua. Con pocas excepciones, son demasiado teóricos, lo cual se queda en evidencia al segundo día de *training*. Los otros que sí buscamos, los ex pilotos de helicóptero, los retirados del rugby profesional, los pianistas de concierto del Conservatorio de Londres, las número 83 de la ATP mundial, las maestras de primaria prejubiladas, acostumbradas a mantener firmes a sus pequeños, los actores de Broadway que casi llegaron al estrellato y otros casos similares, son curiosos especímenes humanos que dan 127.000 vueltas a los novatos de uñas perfectas y limpias con sus títulos de postgrado, y lo hacen, repito, al segundo día de *training*. El éxito de mi empresa se debe a la calidad humana y profesional del profesor y, curiosamente, el mejor profesor es casi siempre alguien de fuera del gremio.

Por lo tanto, tengo muy poca o nula paciencia ante el aluvión de estudios teóricos o de grupo de control que afirman que el idioma propio del alumno no debe estar presente durante el proceso de aprendizaje. Esto es como decir que un muro de adobe ha de poder tener la misma función que los muros de contención de hormigón armado de las grandes presas y embalses de agua. Es simple y llanamente una propuesta propia de ilusos. Es imposible conseguirlo. Un adolescente o un adulto siempre van a penetrar en un segundo idioma comparándolo con el propio. Es inevitable. Pretender lo contrario es muy poco realista. Sólo en ciertas situaciones que existen en la fase 2 cuantitativa es recomendable y deseable que el idioma propio deje de existir (salvo en la cabeza del adolescente o adulto, donde no podemos ejercer ni control ni dominio).

Yo, y muchos de mis colegas, sabemos perfectamente enseñar inglés de forma eficaz sin apelar al idioma español. Sin embargo, cuando sabemos hacer punzantes incursiones interesantes en la lógica del idioma de nuestros alumnos para aclarar, en dos segundos, un concepto en inglés que llevan diez años entendiendo sólo a medias, se les ilumina la cara y, más que aclararles el concepto, conseguimos que se interesen aún más en el inglés y deseen hacerse con él. Esto lo veremos mucho más de cerca en el capítulo 28. Por ahora, y sin más preámbulo ni dilación, veamos un ejemplo de la traducción inversa, ese arma, en mi opinión, tan potente, tanto en su eficacia para aclarar conceptos como en su capacidad para retarle al alumno y, en última instancia, conseguir que se entregue, en cuerpo y alma, a mi idioma.

1. No seas tan pesimista.	<i>Don't be so pessimistic.</i>
2. Tráemelo en cuanto puedas.	<i>Bring it to me as soon as you can.</i>
3. Esto no tiene sentido.	<i>This doesn't make any sense.</i>
4. Nadie sacó el tema.	<i>Nobody brought up the subject.</i>
5. Llegas tarde.	<i>You're late.</i>
6. No lo puedo evitar.	<i>I can't help it.</i>
7. ¿Te puedo pedir un favor?	<i>Can I ask you a favour?</i>
8. Ahora vuelvo.	<i>I'll be right back.</i>
9. ¿Nos vamos?	<i>Shall we go?</i>
10. Trae tu agenda por si acaso.	<i>Bring your agenda just in case.</i>

Estas diez frases están sacadas de las 10.750 que preparé en los años ochenta. Vamos a usarlas para practicar un poco. Le voy a sugerir un procedimiento que quiero que siga con todos los libros, desde el de nivel principiante hasta el reservado para los «súper».

- Saque una hoja de papel en blanco y tape la columna derecha de la lista, es decir, la columna en inglés.
- Traduzca al inglés la frase número 1 que ve en español. Cuando la haya traducido, baje un poco la hoja hasta descubrir la respuesta en inglés. Si tiene algún error escriba de nuevo la frase.
- Ahora traduzca la frase número 2, repitiendo el procedimiento hasta terminar con todas las frases.
- Saque una segunda hoja en blanco y repita toda la operación, intentando esta vez escribir correctamente todas las frases sin cometer ningún error. El objetivo de esta parte del proceso es consolidar un dominio teórico y gramatical de las frases.

- Una vez conseguido este dominio, repita la operación completa, pero esta vez en voz alta. Escuche los CDs que acompañan las listas, si tiene dudas sobre la pronunciación o el ritmo de las frases.
- Repita la práctica oral hasta ejecutarla con total acierto y con cierta velocidad.
- Deshágase de la hoja en blanco que usaba para tapar la columna derecha y póngase a leer en voz alta todas las frases en inglés. Repita la operación hasta que las pueda leer con aplomo y soltura.
- Finalmente, si está por la labor, trate de memorizar la columna derecha en inglés y recitarla en voz alta. Imagine que mil personas le están escuchando mientras recita cada frase.

Si puede seguir este procedimiento con dos listas por semana, al cabo de dos años, habrá cubierto 200 listas y entre 5.000 y 10.000 frases, según los libros elegidos. Cuando la gente me pregunta si puede obviar ese 20% del aprendizaje de inglés que exige la presencia de un buen profesor, siempre le digo que no. Pero si sigue las pautas que describo en éste y otros capítulos de este libro, es más que posible evitar el alto coste personal que pueda suponer un buen profesor. (No obstante, el impacto que un excelente profesor puede tener sobre el alumno en encenderle la pasión por el idioma es insustituible).

La eficacia de la traducción inversa, escrita y oral, de frases de uso cotidiano es algo que descubrí gracias a la ayuda de cinco curtidos ingenieros, fumadores empedernidos de Ducados o Habanos. Dos años más tarde, el Sr. Lorduy, el directivo más fino y elegante de la misma empresa, apodado por muchos «el Lord Uí», me vaticinó: «Richard, con estas frases te vas a hacer rico». Su predicción no se hizo realidad, porque nunca he intentado publicarlas y promocionarlas para el gran público. Pero de haberlo hecho, de haberle hecho caso al refinado «Lord», ahora podría retirarme del mundanal ruido si quisiera. Nunca una pieza de material didáctico ha sido más aprovechada por mis alumnos que los libros de frases para la traducción inversa.

CAPÍTULO 21

TRUCO 8: LA TRADUCCIÓN DIRECTA + INVERSA

Este capítulo es, en realidad, una continuación del anterior, con la diferencia de que no se lo voy a dar todo masticado con libros de mi propia creación. Aquí le voy a ensanchar todo el abanico de posibilidades para practicar y afinar su dominio del inglés con los contenidos que más necesite y que más le atraigan.

Primero busque un contenido escrito en inglés... cualquier artículo, series de frases o párrafo que quiera. A modo de ejemplo, se lo voy a buscar yo en esta ocasión. Fíjese en el párrafo en inglés que presento a continuación. Lo he sacado de la sección de cartas al director de la revista inglesa *The Economist*.

Your assertion that «global warming is happening faster than expected» exhibits a disturbing degree of cognitive dissonance. Since 1998, the world's average surface temperature has exhibited no warming, according to all the main temperature records. The trend has been a combination of no change and cooling, with a marked plunge over the past year; many countries, including Australia, Canada, China and the United States experienced severe winters.

Si el párrafo anterior está por encima de su nivel actual de inglés, entonces debe buscar publicaciones menos ricas en contenidos y matices o recurrir a novelas o libros simplificados para estudiantes de inglés. Por ahora, sin embargo, sigamos con este ejemplo y supongamos que usted es capaz de entenderla sin tener que recurrir al diccionario para más de una o dos palabras.

Su primer ejercicio consistirá en traducirlo al español, algo bastante fácil si ha elegido un párrafo en consonancia con su nivel teórico. Si me permite, traduzcá-

moslo ahora mismo, pero de una forma muy literal... la más cercana al inglés, incluso con el peligro de incluir anglicismos o pequeños errores de sintaxis o estilo. Le explicaré el porqué después:

Su afirmación de que «el calentamiento global está ocurriendo más rápidamente de lo esperado» exhibe un grado inquietante de disonancia cognitiva. Desde 1998, la temperatura media de la superficie del mundo no ha exhibido nada de calentamiento, según todos los principales registros de temperatura. La tendencia ha sido una combinación de ningún cambio y enfriamiento, con un marcado desplome a lo largo de este último año; muchos países, incluidos Australia, Canadá, China y Estados Unidos experimentaron severos inviernos.

El objetivo de traducir al español el texto en inglés, es para volver, acto seguido, a traducir el texto otra vez al inglés, pero sin mirar el texto original hasta después, con el fin de hacer una comparación entre los dos. Por esto es recomendable, al traducir al español el texto en inglés, el hacerlo lo más literal posible. No es nuestro objetivo aquí realizar una traducción a un perfecto español, sino todo lo contrario. Queremos traducir el texto a un español que nos dé pistas sobre cómo hemos de escribir las frases y plasmar las ideas en inglés. Si hacemos un ejercicio como éste cien veces, al final iremos adquiriendo un estilo más inglés de escribir. Iremos comprendiendo las diferencias básicas entre el inglés y el español a la hora de expresarse oralmente y por escrito.

Al traducir la citada carta al director, yo usé dos veces el verbo «exhibir». Puede que hubiera sido mejor usar en un caso «desvelar» y en el otro «revelar». Sin embargo, si se usa en inglés «exhibit», entonces quiero realizar el ejercicio de forma que se me recalque el uso, precisamente, de ese verbo en inglés. Por ello empleo un verbo tal vez menos apropiado en español y me permito la redundancia de usarlo dos veces en dos frases seguidas.

También he escrito en español «la temperatura media de la superficie del mundo». Un traductor profesional habría preferido «la temperatura media terrestre». Sin embargo, sabemos ya que nuestro objetivo no es entregar una traducción perfecta a los científicos que debaten el problema del calentamiento global, sino mejorar nuestro inglés. Por lo tanto, traducimos la serie de palabras de la forma más literal posible, con el fin de tener pistas sobre cómo se suele escribir en inglés. Después, cuando hagamos la prueba de transformarlo otra vez al inglés, tendremos un poco de ayuda que nos conduzca hacia la forma más habitual en el otro idioma.

Toda esta explicación parece un poco complicada, pero si usted busca cualquier párrafo en inglés y lo traduce al español, verá que es un ejercicio bastante fácil. Ahora, sin mirar el original en inglés, intente traducirlo otra vez a esa lengua. Si lo hace, verá que se trata de un ejercicio interesante y hasta estimulante... un curioso reto. Le gustará hasta el punto de repetir el ejercicio una o dos veces más, que es precisamente lo que busco. Mi objetivo como profesor es conseguir que usted dedique mucho tiempo al inglés, no porque le suponga una obligación, sino porque lo encuentre interesante.

CAPÍTULO 22

TRUCO 9: LA ESTANCIA EN EL EXTRANJERO

Tanto usted como yo sabemos que salir al extranjero para aprender inglés no es un «truco», como lo denomino en el título de este capítulo. Es algo que muchos españoles, tanto los niños como los adultos, hacen todos los años. Sin embargo, al hacerlo, la mayoría de éstos cometen un error grave que usted podrá descubrir si vuelve a leer con cuidado la primera frase de este capítulo. Vuelva a leer las 25 palabras que componen la primera frase con que se inicia este capítulo y dígame cuál de ellas debe ser cambiada por otra si queremos no despistar al lector y llevarle a una conclusión equivocada.

El verbo «aprender» lleva a equívocos. En sólo dos horas, yo puedo hacer que usted «aprenda» inglés. Si encuentro una pizarra lo suficientemente grande, podré desplegar delante de usted, con luz y sonido si quiere, todo lo relevante para que uno domine la estructura del idioma inglés. Al cabo de las dos horas, podré presumir de haberle «enseñado» inglés y, si usted ha entendido bien mi despliegue y explicación, podré alegar que usted lo ha «aprendido». Ahora págume. Sin embargo, si cambiamos el verbo por «dominar», o por el que más me gusta de todos, «hacerse con», entonces usted podría llevarme a los tribunales para que le devuelva su dinero, más una indemnización por el tiempo malgastado y la ilusión perdida.

«Hacerse con» un idioma significa asimilarlo, incorporarlo y activarlo de tal forma que usted pueda cambiar del español al otro idioma, en medio de una reunión importante, sin perder ritmo ni eficacia en el control del marco comunicativo. «Hacerse con» un idioma significa:

1. Entenderlo a la primera en cualquier foro, incluyendo los matices que anidan en una de cada tres frases pronunciadas por un nativo.

2. Hablarlo con la misma seguridad con que habla su propio idioma.
3. Leer y entender cualquier escrito, sin peligro de malentendidos.
4. Escribir al mismo nivel en el que se expresa por escrito en su propio idioma.

Pasar una estancia en el extranjero sólo puede llegar a ser 100% eficaz para el punto 1, siempre que la estancia sea larga. El que sea eficaz para el punto 2 depende más de usted que del entorno extranjero elegido para su estancia. En cuanto a los puntos 3 y 4, es casi indiferente el que usted esté en España o en el centro de Gales, lejos de cualquier hispanohablante.

Por lo tanto, lo primero que conviene recordar es que usted no debe ir al extranjero para «aprender» inglés, sino para «hacerse con» aspectos importantes del mismo difíciles de conseguir en España.

LA MALA INVERSIÓN DE MIGUEL

Segundo, y muy importante, tampoco debe ir al extranjero para «estudiar» inglés. Cada verano, los aeropuertos internacionales de España están llenos de jóvenes y adultos facturando sus equipajes para ir a algún país de habla inglesa con objeto de estudiar el idioma. Se equivocan. No deben salir nunca al extranjero para «estudiar» inglés. Veamos un caso real de hace un par de años, el caso de Miguel:

Miguel fue tres meses a Bristol a estudiar inglés. Tuvo clase de grupo seis horas al día con dos profesores nativos. Sus compañeros eran dos lituanos, un italiano y un turco. Se hizo muy amigo del turco y pasaban al menos dos horas al día juntos, hablando en inglés, por supuesto. Cuando regresó a España, noté que había mejorado, pero esperaba más. Un día nos sentamos él y yo a hacer números sobre sus tres meses en Bristol:

1. Total horas oyendo a sus profesores hablar de gramática, etc.....	250
2. Total horas hablando en clase con sus profesores	100
3. Total horas oyendo y hablando con el turco	170
4. Total horas haciendo deberes para la academia	120
5. Total horas oyendo y hablando con gente de Bristol	20
6. Total horas oyendo inglés de fondo en la calle, bares, etc	80
7. Total horas oyendo y hablando con la familia con la que vivía.....	100
8. Total horas oyendo inglés por televisión	50
- Total horas de contacto con el inglés durante los tres meses	890
- Total horas de contacto dinámico con gente real (puntos 5 y 7)	120

Las seis horas diarias, en grupo reducido, durante 87 días lectivos le costaron 8.300 € (16 €/hora); el alojamiento, el desayuno y la cena con la familia 1.800 €; dos vuelos y dos trenes 190 €, y sus gastos corrientes sumaron 2.300 €. En total, los tres meses le costaron 12.590 €. En mi opinión, su curso en Bristol salió por 105 €/hora: carísimo (el coste total dividido por los puntos 5 y 7). Los puntos 1, 2, 4 y 8 se pueden hacer igual de bien en España y por menos dinero. Y si me apura, también los puntos 3 y 6, si le echa un poco de imaginación o valor al asunto.

Repito: no vaya al extranjero a estudiar inglés. Vaya al extranjero para «sumergirse» de verdad en el inglés.

Mucha gente en España piensa que para hacerse definitivamente con el inglés, hay que ir al extranjero. Esto es verdad si se dan estas tres condiciones:

1. El alumno ya posee o insiste en adquirir *in situ* una fuerte base gramatical activa.
2. El alumno pasa al menos dos años viviendo en un país de habla inglesa.
3. El alumno realiza, ya en el extranjero, actividades académicas o laborales que le exijan desenvolverse diariamente con nativos.

Respecto a la primera condición, si el alumno pasa uno o dos años en un país de habla inglesa sin poseer de antemano o sin adquirir *in situ* una firme base gramatical, volverá a España chapurreando el idioma con cierta soltura pero sin calidad. Tampoco sabrá expresarse decentemente por escrito.

En cuanto a la segunda condición, he constatado una y otra vez que un solo año en el extranjero no dota a la persona de un alto nivel salvo en lo auditivo, lo cual es importante, pero no suficiente. Muchos vuelven de su año con un nivel intermedio alto, lo que es poca cosa dada la inversión en tiempo y dinero. Recuerdo muy bien mi primer año en España. Si hubiera llegado a este país con un nivel muy modesto de español, estoy seguro de que no habría terminado el año con un buen dominio. En mi empresa, hay muchos profesores de inglés o empleados de Reino Unido, Irlanda, EE.UU., etc., que tardan tres años, o a veces más, en adquirir un nivel decente en español. Por lo tanto, pasar tiempo fuera no es sinónimo de dominio del idioma del lugar, a no ser que la persona se dedique muy en serio a conseguirlo.

Por último, con respecto a la tercera condición, si el alumno español no se co-dea a diario con la gente local, si su actividad académica o laboral no le obliga a entrar en contacto dinámico con esta gente o si, por su forma de ser, huye del as

pecto social, su mejora con el inglés se reducirá a su tiempo delante del televisor y a los ocasionales momentos obligatorios de comunicación. Conozco casos en los cuales un alumno español no habló ni oyó más de una hora neta de inglés cada día.

Por lo tanto, aunque es siempre positivo, el ir fuera no es necesariamente la panacea para eliminar el mal del inglés. Ya sea aquí o en un país de habla inglesa, la solución definitiva pasa inexorablemente por muchísimas horas de atención y dedicación al idioma... muchísimas.

LA BUENA INVERSIÓN DE CLAUDIA

En un solo mes en Wichita, estado de Kansas, Claudia mejoró su inglés tres veces más que Miguel en sus tres meses en Bristol. Mientras éste vivía con una familia en Inglaterra, Claudia reservó, a través de Internet, una cómoda habitación en un aparto-hotel cerca del centro financiero de la ciudad, y alquiló un coche para todo el mes a un precio sorprendentemente módico.

Después, también por Internet, reservó plaza, para el mes de julio, en los siguientes cursos de verano en un par de instituciones locales de estudios superiores:

Corte y confección - nivel intermedio	12 horas
Manejo de Access - nivel intermedio	24 horas
Repaso general de la historia de los Estados Unidos	24 horas
Finanzas para ejecutivos no financieros	24 horas
Apreciación de la música	24 horas
Cocina americana	15 horas
<i>Storytelling</i> (el arte de contar historias)	12 horas

Claudia tenía 30 años, era soltera y dependía directamente del director de marketing de una multinacional alemana de productos de droguería y perfumería. Le encantaba el mundo de la empresa y, sobre todo, el arte y la ciencia del marketing. Poseía un nivel medio de inglés y sabía perfectamente que sus posibilidades de futuro estarían mucho más limitadas si no resolvía definitivamente el tema del inglés. Fue su idea, y de nadie más, diseñar una experiencia lingüística tan atípica.

Se trataba de unos cursos de verano ofrecidos por dos universidades pequeñas de la ciudad (existen nueve centros acreditados de estudios superiores en Wichita, una ciudad de 350.000 habitantes). Los cursos no llevaban créditos universitarios y estaban diseñados para personas de prácticamente todas las edades. Se trata de algo que muchas universidades norteamericanas ofrecen, en ciertas épocas del año, a las comunidades en las que están situadas.

Claudia dedicaba un promedio de casi siete horas al día a los cursos y se codeaba a diario con más de 200 personas, todos ciudadanos de Wichita y de una edad media, según ella, de 45 años. No había ningún hispanohablante entre todos estos compañeros de curso.

Al final de su experiencia, Claudia tenía más de 20 buenos amigos nuevos y había comido o cenado en casa de algún residente local todos los días a partir del segundo día de su estancia. Ella misma, cuando me contó la experiencia, calculó que estuvo hablando u oyendo inglés una media de 12 horas al día, siempre con personas normales y no con profesores que le recordaran el uso de los pronombres relativos dentro de las cláusulas subordinadas.

Cuando volvió a España, le costó un día o dos habituarse a hablar en español todo el tiempo. Durante los 30 días en Kansas, sólo había hablado en español durante 100 minutos en total (diez llamadas telefónicas a España de diez minutos cada llamada).

Como Claudia, si usted quiere ir al extranjero para mejorar su inglés, no se le ocurra apuntarse a clases **de** inglés. Apúntese a clases **en** inglés. De esta forma se codeará con la gente local y se expondrá a actividades y estímulos que no encontra-

rá nunca en un aula donde, con otros extranjeros como usted, volverá a mirar la conjugación de los verbos irregulares.

Mucha gente regresa decepcionada de sus estancias en el extranjero. Es muy difícil sumergirse de verdad en la cultura y en la vida social de otro país si usted no encuentra, como Claudia, una forma creativa y poco habitual de hacerlo. Estar en una academia de idiomas en el centro de Londres, compartiendo con un turco y un lituano el estudio estático de los verbos irregulares, es un uso muy poco productivo del dinero y tiempo gastados en la aventura.

No vaya fuera para «estudiar» inglés. Vaya fuera para experimentarlo en su propia carne todas las horas del día. Busque fórmulas novedosas para «pasar apuros», ya que sin dolor no hay aprendizaje, y no se hace con el idioma.

Y finalmente, no vaya fuera ni mande un hijo fuera si su nivel actual de inglés es débil. en lo gramatical o por debajo de un nivel intermedio. Para beneficiarse plenamente de una experiencia lingüística y social entre angloparlantes, es imprescindible que el estudiante tenga bien formado el esqueleto, porque si tiene mal las vértebras gramaticales, si pretende construir, en Inglaterra o en Estados Unidos, un rascacielos con su inglés sin haber creado los cimientos, la estancia sólo le servirá como un buen estímulo auditivo, pero volverá a España con tantos vicios incrustados que ningún profesor, ni yo, podremos ponerle remedio... probablemente nunca.

CAPÍTULO 23

TRUCO 10: VAUGHANTOWN, PARTO CON DOLOR, SÍ, PERO PARTO AL FIN Y AL CABO

Lugar: Vaughantown (enclave cómodo y precioso de la campiña castellana).

Fecha: Uno de los 50 domingos por año de apertura de curso.

Cuando Greg se levantó y comenzó a pronunciar sus habituales palabras de introducción, Eduardo se quedó de piedra. No sabía en qué idioma hablaba el tío. ¿Inglés? ¿Chino? ¿Quechua? Y no fue el único. Las caras de los otros españoles a su alrededor manifestaban una mezcla de estupor y pánico. ¿En qué se habían metido? ¿Iban a estar seis días enclaustrados en este lugar apartado donde la gente hablaba una jerga ininteligible?

Los promotores le habían advertido de que no iba a entender ni una palabra al principio, pero no se lo creía. Exageraban sin duda. Llevaba dos años estudiando inglés y tenía, según su academia, un nivel intermedio alto. Sin embargo, ahora empezaba a sentir una extraña ansiedad que le ponía los pelos de punta. Esto no era inglés... esto no era el inglés que sus profesores habían estado utilizando todos estos meses. Esto era otro idioma. Tenía que ser otro idioma. Se había apuntado, sin darse cuenta, a un curso de eslovaco o de farsi o de quién sabe qué.

Greg era un nativo de habla inglesa, de profesión director teatral. Tenía tablas, eso sí, pero no cuidaba su dicción. No vocalizaba como un actor clásico ni como los profesores de inglés que Eduardo había conocido en su academia. Sus frases parecían una cacofonía de sonidos nasales que el pobre no atinaba a descifrar. Los 17

angloparlantes presentes en el curso, americanos e ingleses en su mayoría, además de dos australianos y un sudafricano, se reían de vez en cuando, lo cual le desencajaba aún más. ¿Cómo era posible que entendieran al tío?

Pero éstos hablaban también una lengua rara a años luz de los vocablos y estructuras que Eduardo llevaba dos años estudiando. Le hacían preguntas a Greg y éste les contestaba, al parecer con anécdotas de programas anteriores que producían continuas carcajadas. Eduardo no entendía ni las preguntas ni las respuestas. No entendía nada.

Bienvenido al mundo real, Eduardo. Tal vez te reconforta saber que tu caso se asemeja al del 95% de los directivos y técnicos españoles. Pero que no te reconforte demasiado. Ya conoces el refrán: mal de muchos...

Lo insólito de todo esto, Eduardo, está en que si yo te pusiera por escrito toda esa jerga ininteligible, todo el discurso de Greg y todos los intercambios posteriores, los entenderías casi perfectamente. Mirarías el papel, levantarías la vista hacia mí y dirías: «¿Te estas quedando conmigo o qué?».

Por favor, Eduardo, créeme. Todo lo que no has entendido esta tarde es un inglés común y corriente, tal y como lo habla la gente normal. Si sigues aquí conmigo, entremezclándote con estos angloparlantes, todas las horas del día y durante los seis días que dura el programa, notarás que a partir del tercer día comenzarás a sintonizar con su «jerga» y comenzarás a sentir una confianza con el idioma que nunca has sentido en tu vida. No te vamos a mimar, al igual que tus futuros homólogos ingleses, americanos, holandeses y noruegos tampoco lo harán en las negociaciones y en los contactos profesionales.

Ahora bien, tus profesores de inglés, esos sí te van a poner fácil el inglés. Aunque se esfuercen por no hacerlo, te van a hablar en un inglés asequible. Te van a levantar si te caes. Te van a arropar y a convertir tu contacto con el inglés en un simulador de vuelo, donde si te estrellas no mueres. Aquí, en este valle de la falda norte de la Sierra de Gredos, no hay simuladores. No te voy a hacer el flaco favor de cortarte la carne en trozos digeribles. Esto es vuelo libre, amigo mío, donde si te estrellas, estarás esparcido por medio valle.

Desconfía, Eduardo, de los profesores de inglés. Desconfía de los verbos irregulares. No te aferres a los ejercicios de rellenar espacios en blanco. Tu mente será un descomunal espacio en blanco cuando afrontes el mundo real si no cierras los ojos ahora, te tapas la nariz, te tragas el orgullo y te sometes a los rigores y a la riada lingüística que se te vendrá encima en los próximos días. Olvídate de la gramática, patear el diccionario, haz si quieres una carnicería total a mi pobre idioma. Pero hazlo con brío y confianza. Gana enteros en el capítulo psicológico del coraje y del valor. Haz oído. Lánzate al ruedo.

Si lo consigues, amigo Eduardo, saldrás del envite con un inglés cualitativamente igual que antes, pero cuantitativamente elevado a la décima potencia. Habrás franqueado la, para muchos, infranqueable barrera de la confianza. Habrás pasado del «no puedo» al «sí puedo». Habrás perdido el respeto al idioma. Habrás superado el vicio de pensar en español cuando hablas en inglés. Habrás perdido el miedo escénico. Habrás desterrado para siempre el cacareado sentido del ridículo.

Y, lo más importante de todo, te habrás dado cuenta de que el inglés ya no es una ciencia oculta, reservada únicamente para los listos y para los adinerados, con sus veranos en Reino Unido y sus cursos académicos en Estados Unidos. Habrás logrado tú solito desmitificar el inglés y convertirlo en lo que es: una herramienta de comunicación que cualquier persona puede dominar si se esfuerza y se deja orientar.

Enhorabuena, Eduardo. Creo que lo vas a conseguir.

No es mi intención en este libro hacer publicidad de productos de mi empresa. Sin embargo, muchos de ellos son el fruto de tantos años tratando de averiguar cómo demonios conseguir que un español se haga de una vez por todas con el dichoso inglés que se me hace absolutamente necesario hablar de ellos cuando representan innovaciones importantes en el camino hacia soluciones definitivas.

Cuando un español me pregunta «¿cuánto voy a aprender en Vaughantown?», le respondo: «No vas a aprender nada, pero vas a mejorar más en menos tiempo que en cualquier lugar de este planeta». Cuando la misma persona me mira un poco extrañado, añado: «No vas a aprender muchas cosas nuevas, pero vas a triplicar tu nivel auditivo y a perder, de por vida y en sólo seis días, cualquier atisbo del sentido del ridículo. Si eres un pesado para los demás cuando hablas en español, pues hacia el quinto día de la experiencia, tus nuevos amigos angloparlantes te van a llamar "pesado" también, y será porque habrás superado el miedo escénico y ya sabrás, por primera vez en tu vida, expresarte en inglés con la eficacia suficiente como para transmitir tu personalidad real».

TRAER EL EXTRANJERO A ESPAÑA

La inmensa mayoría de los españoles, cuando dicen «tengo que soltarme con el inglés», piensan que la solución está en ir al extranjero. Sin embargo, suelen plantearse la estrategia como nuestro amigo Miguel del capítulo anterior, una estrategia en la que se gastan más de 10.000 € a cambio de muy poca cosa. Se marchan fuera, contratando desde España, una experiencia académica y residencial sin saber

mucho más de cómo se va a desarrollar. Muchas veces se sienten más vulnerables en el nuevo ambiente, tan extraño y diferente... tan vulnerables a veces que tienden, sin querer, a sentirse atraídos hacia otros españoles que ven o conocen allí. Tampoco se sumergen en la vida del lugar, puesto que sólo conocen a sus profesores y a sus compañeros de clase. Acaban aprendiendo, con sus nuevos amigos españoles o turcos, a pedir una pinta en los *pubs* locales.

Como en el caso de Miguel, las 16 horas de vigilia de cada día en Bristol, Londres, Dublín o Chicago suelen reducirse a dos horas como máximo de contacto real dinámico con el nuevo idioma y con la gente local. Por este motivo, se me ocurrió, en el año 2000, crear en España un microcosmos del mundo anglosajón en todo su esplendor, en toda la cruda realidad de su dinámica lingüística y temperamental. Decidí, gracias a las nuevas posibilidades brindadas por Internet y el correo electrónico, intentar llegar a todo tipo de públicos del mundo anglosajón, buscando voluntarios interesados en venir a España para hacer nuevos amigos españoles y «zarandearles» durante seis días seguidos en un intento de superación definitiva de la barrera psicológica que tienen con el inglés.

Difundida la invitación, la acogida fue tremenda y en los últimos ocho años más de diez mil personas, todas voluntarias, han cruzado océanos y canales para prestar su voz y su amor por la cháchara y para ser mis cómplices en esta curiosa y noble tarea. He aquí el desglose de voluntarios angloparlantes en un programa de seis días de hace unos meses:

- Un banquero de Ontario
- Una maestra de Glasgow
- Un funcionario de Ottawa
- Una farmacéutica de Boston
- Un mochilero de Nueva Zelanda
- Dos amas de casa amigas de Texas
- Un fisioterapeuta de Nuevo México
- Un bombero jubilado de Melbourne
- Un matrimonio jubilado de Londres
- Un guardabosques de Dakota del Sur
- Un profesor de la Universidad de Leeds
- Un empresario jubilado de Johannesburgo
- Una escritora de novelas rosas de Virginia
- Una estudiante recién licenciada de Sidney
- Un joven rico, sin actividad laboral, de California

Llegan de todos los rincones del mundo y llegan como voluntarios. Al leer el enunciado del programa de Vaughantown, piensan: «Esto es para mí. Me alojan y me dan de comer en un sitio precioso y lo único que tengo que hacer es hablar. Yo, que no me callo ni debajo del agua».

Por esto, a veces llamamos a los programas de Vaughantown en plan jocoso «la maratón del parloteo». Es tal la intensidad lingüística, que un solo día equivale a 10 días en el extranjero. Sólo nuestra amiga Claudia, del capítulo anterior, ha encontrado una fórmula que pueda competir en igualdad de condiciones, con la salvedad de que ella sólo se codeaba con gente con acento de Kansas. En Vaughantown, usted tiene que vérselas con acentos que van desde Escocia hasta Nueva Zelanda, pasando por Texas e Irlanda del Norte.

Cada día y cada hora de la estancia en Vaughantown le obligarán a oír inglés en boca de nativos y a expresarse para que le entiendan. Son, en su mayoría, muy habladores y tienen una edad media de 50 años. Tendrán muchas anécdotas vitales y otras historias que contarle y le darán la tabarra todo el día con lo suyo. Puesto que no saben español y tienen poca o nula experiencia escuchando hablar en inglés a los españoles, no le entenderán en un principio y usted tendrá que aprender a expresarse con la mayor claridad posible para que la conversación discurra por unos derroteros interesantes.

Cada hora se le asignará un angloparlante y por las tardes estará a veces con dos a la vez. Desde que se siente a desayunar hasta que se caiga rendido en la cama a medianoche o después, el inglés no parará. No existe en todo el mundo ningún lugar donde se encuentre más intensidad a la vez que más variedad lingüística en inglés. Es inigualable y, por esto, es imperativo que yo haga mención de ello en este libro. A muchos españoles no les entra en la cabeza que uno pueda sufrir más apuros de comunicación en inglés en España que yendo a vivir al extranjero. Los que sí han ido a Vaughantown y han sufrido en carne propia la tremenda intensidad lingüística de la experiencia, saben que es una riada imparable de inglés que le llevará río abajo y que usted no tendrá más remedio que aprender a mantenerse a flote, si es preciso, al estilo perro, como nuestro amigo del capítulo 8.

Lo más importante en Vaughantown es, como ya he reiterado, la notable mejora que se experimenta en dos aspectos: la comprensión auditiva y la confianza al hablar. Para terminar este capítulo, quiero ofrecerle, casi textualmente, un párrafo que me escribió el Consejero Delegado de la filial española de una de las empresas multinacionales más importantes del mundo. Es una persona muy conocida y respetada en el mundo empresarial español y cuando yo le di unas horas de clase de inglés hace tres años, me quedé impresionado no sólo por su calidad humana, sino

por lo bien que sabía expresarse en inglés. Cuando le mencioné esta última impresión mía, él quiso puntualizar:

«El presidente mundial de esta empresa es canadiense y los otros siete miembros del comité de dirección son ingleses, escoceses y un surafricano. Sigo bien solamente el 80% de lo que dicen, y cuando se acelera el cruce dinámico de comentarios de un lado al otro de la mesa, me quedo con menos del 50%. Después, en las comidas y cenas, hablan de patinaje artístico o del bungalow que uno tiene en las Islas Fiji y me quedo totalmente a dos velas. En las comunicaciones rutinarias siempre me he defendido sin problemas, pero desde que estoy en la cumbre, el reto comunicativo es mucho más evidente, y la importancia de entender todo a la primera absolutamente crítica».

Al igual que Javier Solana en Bruselas o que los miembros de la delegación española de las Naciones Unidas en Nueva York, usted no va a hablar un inglés perfecto jamás. Pero recuerde de nuevo lo que le voy a decir, porque quiero repetírselo una vez más: lo más crítico para el futuro de su inglés está en poseer un oído perfecto para los significados y matices del idioma. Si no me cree o si no quiere atenerse a esta advertencia, entonces hará bien en tirar este libro por la ventana ahora mismo.

En mis 35 años de experiencia docente, sólo he encontrado cinco formas distintas para resolver, de una forma definitiva, el reto auditivo en inglés y son éstas:

1. 3.000 horas oyendo y escuchando inglés en soporte audio, sin angustiarse si no entiende en muchos momentos.
2. Un mínimo de dos años viviendo y estudiando o trabajando en un país de habla inglesa.
3. Un mínimo de cinco años realizando un trabajo importante en el que deba tratar con nativos de habla inglesa diariamente.
4. Un mínimo de diez estancias tipo «Claudia en Kansas» del capítulo anterior (diez meses en total).
5. Entre siete y quince programas de Vaughantown, según su nivel auditivo de arranque.

Solamente las dos últimas alternativas son realistas para la mayoría de los españoles. Tácheme de tremendista o de aguafiestas, pero no he conocido todavía en toda mi vida profesional ningún español capaz de entender a la primera (por mucho que piense que sí) que no haya pasado por procesos tan radicales como los que acabo de citar o peores.

Good luck!

CAPÍTULO 24

SUS HIJOS PEQUEÑOS: SIN PRISA PERO SIN PAUSA

Si usted tiene hijos, el objetivo es uno y está claro: deben saber manejarse perfectamente en inglés cuando cumplan los 23 años, edad en la que la mayoría de los jóvenes se plantean entrar en el mercado laboral. Antes no. Por lo tanto, usted no debe desesperarse si, a los ocho años, o a los 13 años, o a los 17 años, no se manejan perfectamente. Sin embargo, es muy importante que tenga un plan que les lleve a ese nivel de dominio y que ni usted ni sus hijos bajen la guardia en ningún momento. Fecha tope: 23 años. Sin prisa pero sin pausa.

LA PARÁBOLA DE LOS CUATRO TRENES

El cerebro del ser humano está diseñado y programado para hacerse por completo con la lengua materna entre los cero y los cinco años. Si usted se fija, se dará cuenta de que los niños españoles de cinco años manejan la estructura del idioma español a la perfección. Dirán a veces «rompido» en vez de «roto», pero así debe ser, puesto que su cerebro, sin que se den cuenta, busca lógica y congruencia en el ruido lingüístico que, desde su nacimiento, oyen girando siempre a su alrededor. Se hacen con el idioma sin esfuerzo y de una manera sorprendente.

Durante los cinco primeros años de su vida, los niños pequeños pueden absorber más de un solo idioma. Mis hijos hablaban inglés y español con total naturalidad al iniciar la escolaridad. Para ellos era de lo más normal del mundo. Hasta se extrañaban cuando veían matrimonios donde los dos hablaban español. Hubo una época para ambos en la que pensaban que todos los papás hablaban de una forma y todas las mamás de otra.

De hecho, hay muchos niños que hablan y entienden varios idiomas antes de cumplir los seis años. Recuerdo dos casos interesantes entre compañeros de colegio de mis hijos. Uno de ellos era un matrimonio en el que el padre era italiano y la madre inglesa. Se habían conocido en París y el idioma que usaban entre sí era el francés. Por motivos de trabajo, vivían en España, por lo que los hijos tuvieron cuatro idiomas en casa desde su nacimiento. El padre les hablaba en italiano, la madre y el colegio en inglés, la calle, la televisión y el patio del colegio en español y los niños oían francés a diario en las conversaciones entre sus padres. Tenían nueve y siete años respectivamente cuando los conocí y manejaban los cuatro idiomas con soltura menos el francés, idioma que entendían perfectamente pero que no se molestaban en hablar.

Ilaria, una joven italiana de 15 años, hablaba cinco idiomas. Criada en Río de Janeiro, de padres italianos, educada en colegios británicos y a partir de los 13 años residente en España, hablaba con total soltura cuatro idiomas además del francés que llevaba ocho años estudiando en el colegio. Cinco en total y la chica era, al mismo tiempo, una estudiante excelente, tanto en ciencias como en letras. El tener que manejar tantos idiomas en su infancia, niñez y adolescencia no representaba para ella, como afirman algunos «expertos», ningún freno para su desarrollo intelectual en general. Esto es una falacia promovida probablemente por personas monolingües que no tienen hijos. En mi opinión, es todo lo contrario. Exponer a los niños a más de un solo idioma es muy positivo para su desarrollo lingüístico e intelectual.

De cero a cinco años. Es increíble la rapidez y facilidad con que los peques se hacen con los idiomas. Son como los trenes AVE, rápidos como un rayo.

Si usted no tiene tiempo o no es consecuente con la necesidad de comenzar a dotar a sus hijos del inglés entre los cero y cinco años, entonces ha perdido para siempre

el AVE, lo siento. Es demasiado tarde. Pero no se vaya de la estación. Le está esperando el talgo, excelente tren de gran velocidad también. No lo menosprecie.

De 6 a 13 años de edad, los jóvenes todavía pueden aprender inglés rápidamente, aunque no con tanta facilidad como de cero a cinco. Todavía no cuestionan la lógica de las formas y estructuras. Todavía no comparan el nuevo idioma con el suyo propio. Aún no se resisten a aceptar la estructura y sonidos del inglés.

Sin embargo, si sus profesores no están muy encima de ellos, ya lo pronuncian mal. Es en esta edad donde yo tiendo más a enfadarme. Y me enfado muchísimo. Ojalá fuera más frío y calculador, y estuviese interesado solamente en el dinero. Así pasaría de estas cosas. Sin embargo, no puedo, y cuando veo a niños de ocho y nueve años exhibiendo una pésima pronunciación de mi idioma, se me sube la tensión sanguínea. ¡Qué desperdicio! Estos jovencitos están perfectamente capacitados para adquirir una pronunciación pulidísima en inglés, pero sus profesores del colegio o no saben pronunciar ellos mismos o no se molestan en corregir a sus pupilos.

En Vaughan Radio tenemos un programa para pequeños llamado *La hora mágica*, programa al que invitamos cada día a dos o tres niños entre los 8 y los 12 años de edad. El primer problema con el que nos enfrentamos es el de encontrar niños con un nivel mínimo suficiente. Es desesperante. Apenas hay. Tenemos que recurrir casi siempre a colegios privados bilingües. Cuando sí encontramos niños de colegios españoles capaces de participar, es descorazonador oírles hilar frases con los mismos vicios fonéticos, incrustados, que sufren sus padres de 43 años. Tienen sólo ocho o diez años de edad, son unos micos, pero ya es tarde para cambiar sus malos hábitos fonéticos. Es como si de golpe, a los seis o siete años de edad, cayera el telón de la fonética, y la boca o el cerebro se volviera incapaces de emular la pronunciación nativa de los sonidos. Un niño de cuatro años, incluso sin saber nada del idioma, puede repetir como un loro cualquier serie de sonidos

nativos producidos por un inglés o un americano. A los siete años ya no puede. Por tanto, haga usted todo lo humanamente necesario para que sus hijos o nietos estén en el andén del AVE, ese andén reservado para los niños de cero a cinco años.

A partir de los 13 años, ya no queda ni AVE ni Talgo. Sólo queda un viejo tren de mercancías. Es lentísimo.

A partir de los 13 años, a no ser que el joven tenga un profesor tan bueno que le deslumbre, el progreso será insoportablemente lento. Si el profesor no es muy «guay», los adolescentes pasan del inglés. Muchos aprueban en el colegio y, si sus padres insisten, hacen los campamentos de verano o viven un mes con la familia de Vermont. Sin embargo, suelen tener poca ilusión. Al mismo tiempo, la estructura del inglés les resulta fastidiosa y la fonética una cruz. Para ellos, aprender inglés, cuando se manejan tan bien en español, es como tener que comer perritos calientes cuando al lado hay una bandeja llena de delicioso lomo y chorizo.

En la universidad, salvo muy contadas excepciones, se olvidan por completo del inglés. Se centran en otros aspectos académicos, sociales y afectivos. Piensan que ya tendrán tiempo después, cuando se gradúen, para vérselas de nuevo con el tema.

Durante este período, desde los 13 hasta los 23 años, el adolescente está cambiando física y psicológicamente. Su voz es otra, más profunda, su mente es otra, más analítica, su enfoque es otro, más escéptico o desconfiado. Trabaja mucho si está ilusionado, pero no es fácil que se ilusione. Está distraído por nuevos estímulos afectivos, por crecientes inseguridades en lo social o por una devoción total a los deportes o a otras aficiones típicas de la adolescencia. A no ser que los padres incidan mucho sobre el tema, es muy difícil conseguir que un adolescente, incluso luego en la edad universitaria, dedique mucho tiempo al inglés, y cuando lo hace, las mismas dificultades que sufren los adultos se manifiestan también para ellos, es decir, en los aspectos gramaticales, auditivos, fonéticos y de confianza al hablar.

De hecho, en lo que se refiere a este último aspecto, es más común que un profesor de inglés se encuentre con barreras psicológicas, miedos escénicos, pánicos e inseguridades entre los adolescentes que entre los adultos. Si un adolescente está muy motivado, aprenderá con más facilidad que un adulto, tal vez un 30% más rápido, pero poco más. Por eso sólo queda el tren de mercancías, con locomotora silbante y jadeante.

¿Y el adulto? ¿Qué tren le queda a una persona de 24 años o más? ¿Qué encontró en el andén la bella Elvira cuando, después de terminar su prestigioso máster, quiso hacerse con el inglés? Pues aquí la tienes:

Después de los 24 años, no es recomendable que usted inicie el aprendizaje de un segundo idioma, a no ser que se cuente entre los «incansables» o «los agudos y competentes» del capítulo 4. Después de los 24 años, uno empieza a tener jefes que torear, novios o novias que complacer, cónyuges que mantener, mensualidades que pagar, hipotecas que vigilar, hijos que criar y vacaciones que organizar. No hay tiempo para aprender inglés. No hay trenes. La estación ya está vacía. Los AVE salieron hace ya mucho tiempo, así como los Talgos. El tren de mercancías ya está en el kilómetro 120. A usted sólo le queda sentarse, como Elvira, a refunfuñar, a buscar culpables o a levantarse y ponerse a andar con decisión y paso firme. Y en este último caso, siento decirlo, el destino está muy lejos y muy pocos llegan.

DE CERO A CINCO

Pero este capítulo es sobre los niños pequeños, sobre los peques. Sirva todo este largo preámbulo para mentalizarle a usted, si es padre o madre. Pero ahora, más que sermonear, concretemos las estrategias y soluciones para los más pequeños.

Cuando su nuevo retoño llegue a casa de la clínica de maternidad, ya le toca a usted entrar en acción. Debe, sin mayor dilación, poner en marcha su estrategia. Recuerde que le quedan por delante 23 años para conseguir el objetivo, pero cada día que pospone las acciones, más peligro corre de que el pequeño pierda el primer tren, el AVE.

Primero, entre los cuatro días y los 24 meses de edad, arrope al niño con el sonido del inglés. Desde su primer día en casa, acostúmbrele a oír suaves voces nativas leyendo, en soporte CD, cuentos o rimas infantiles. Soy menos partidario de las canciones, porque las voces adoptan timbres y ritmos tan atípicos a veces que, aunque llaman la atención del bebé de forma positiva, no ayudan demasiado a que su oído se acostumbre al sonido natural del idioma.

Existen librerías en las principales ciudades de España donde uno puede encontrar, libros en inglés para bebés. Suelen venir con CDs de audio. Lo importante aquí son los CDs, puesto que es recomendable que la habitación del bebé se llene de voces nativas durante un mínimo de dos horas cada día. Por «cada día», quiero decir *todos los días, por favor*. Los bebés y niños pequeños, repito, no cuestionan nada y usted debe aprovechar esta circunstancia para vestir la realidad de la vida del pequeño con la presencia del idioma inglés. Para el bebé, como para los personajes de la alegoría de la cueva de Platón, el sonido del inglés en su habitación, cerca de la cuna, es simplemente un ruido que le acompaña cada día, un ruido similar, pero no igual, al ruido que le hacen sus padres. Durante el primer año de vida, si el bebé absorbe dos horas diarias de suave «ruido» en inglés, recibirá al final más de 700 horas de contacto con mi idioma, y esto, se lo advierto, dejará una huella.

Si las librerías locales no le ayudan en la búsqueda de los CDs adecuados, podrá encontrar mucho material a través de Amazon (www.amazon.com), Barnes & Noble (www.bn.com) u otras librerías en Internet. Las casas editoriales de Reino Unido o Estados Unidos están ansiosas de poderle enviar todo un abanico de soluciones auditivas para los pequeños. El plazo de entrega es mucho más corto si el pedido se hace a una casa editorial de Reino Unido.

Cuando el niño ya tiene entre 12 y 24 meses, se debe añadir un poco más de variedad. Si va a una guardería y el gasto está dentro de su economía doméstica, busque una bilingüe, siempre que las voces presentes sean nativas, además de las voces españolas de las personas tituladas. También puede contratar a una profesora, vecina o estudiante de habla inglesa, que dedique dos horas por semana al pequeño, hablando y jugando con él. Puede que cueste un poco de dinero, pero siempre merece la pena si a la persona que viene le gustan los niños y sabe conectar

con el crío. Dos sesiones por semana de una hora de duración le aportan 90 horas dinámicas de inglés al niño. En muchas grandes capitales españolas, existen programas de intercambio universitarios a través de los que llegan a España jóvenes de 20 años de edad, algunos dispuestos a ayudar en tareas como ésta a cambio de unos honorarios módicos. Su visado de estudiante les permite trabajar legalmente 20 horas por semana.

Entre los 24 meses y los cinco años, además de la profesora, vecina o estudiante, el niño debe absorber, como mínimo, dos horas diarias de televisión en inglés, siempre dibujos animados o similares. Otra vez, usted podrá encontrar un amplio abanico de opciones en las grandes librerías *on-line* como Amazon o Barnes & Noble. Recomendaría películas de dibujos animados tipo Disney, y que siempre haya mucho diálogo. La Pantera Rosa no nos valdrá. También se pueden pedir DVDs de la colección completa de Barrio Sésamo en inglés... miles de horas con la Gallina Caponata, con la rana Gustavo, con el Monstruo de la Galletas y con el resto del loco vecindario.

En mi caso personal, tuve una ventaja que usted no tiene. Yo, como padre, hablaba inglés perfectamente con mis hijos. Sin embargo, su único contacto con el inglés durante sus cinco primeros años fue conmigo y tres estancias de un mes en Texas, de vacaciones. Todos los demás *inputs* lingüísticos que recibían eran en es-

pañol (la madre, los abuelos, los tíos, los vecinos, etc.). Por este motivo, decidí exponerles diariamente al inglés en televisión y, como primer ensayo, cuando mi hija tenía casi tres años de edad, compré una película de vídeo llamada *The Muppet Movie* (*Los Teleñecos*).

Mi hija la vio 43 veces en menos de seis meses (las conté). Se sabía de memoria párrafos enteros de los personajes y, como a cualquier niño, no le importaba ver la misma escena cien veces, riéndose a carcajadas como si fuera la primera vez. Unas semanas después de iniciarla con los Teleñecos, compré la película *The Fox and the Hound* de Walt Disney (*Tod y Toby* en España). Esta vez no conté cuántos pases hubo en casa, pero más de 30 seguro.

Calculo que durante tres años, mis dos hijos, entre los tres y los seis años de edad, absorbieron una media de 10 horas semanales de películas en inglés o de Barrio Sésamo. En tres años sumaron más de 1.500 horas de mi idioma.

Lo importante de recordar aquí es que los niños pequeños verán dibujos animados durante horas si usted les deja, incluso si los personajes están hablando en chino. El poder hipnótico de la animación o de los personajes es tal que los niños se quedan atontados delante del televisor, absorbiendo inglés sin darse cuenta. Esto es precisamente lo que más necesitan, puesto que, de esta manera, no ven el inglés como una amenaza, sino todo lo contrario. Es un aliado que siempre está presente cuando mejor se lo están pasando: viendo dibujos. Identifican el sonido del inglés con actividades agradables. No lo hablan todavía, pero sus oídos están cada vez más habituados a los sonidos y a la entonación. Después, en el colegio, cuando deban fijar su atención en el idioma, les será cinco veces más fácil que a sus compañeros, ya que todo les sonará familiar e incluso, si han visto tantas horas de dibujos y películas como mis hijos, podrán decir muchas cosas en inglés como si fuera su lengua materna.

Entre los cero y los cinco años, aproveche la inocencia de los niños para meterles miles de horas de inglés, primero en audio y después en DVD. Intente que nunca vean un dibujo animado en español. Intente que no aprendan a cambiar el DVD de la versión original a la versión doblada al castellano. Los niños son muy inocentes, pero muy listos al mismo tiempo. Absorberán mil horas de inglés sin rechistar, pero si se enteran de que pueden cambiar el sonido a una versión más fácil de entender, lo harán. Por esto, recomiendo que pida los DVDs, vía compra electrónica, a casas británicas (con el sistema PAL). Así no habrá una opción en el DVD para cambiar la película a la versión doblada.

Aproveche el poder hipnótico de la animación para exponer a sus hijos al inglés todas las horas que pueda. Aproveche la fuerza de la animación en beneficio del objetivo lingüístico. Haga que la tele sea la vía hacia el inglés. Consiga que sus hijos se sienten durante horas delante de la caja tonta absorbiendo los sonidos fonéticos del inglés y creyendo que así es la vida, es decir, que en casa se habla de una forma y en la tele de otra.

Y para terminar, recuerde esto: los niños pequeños se hacen con un segundo idioma con una facilidad sorprendente. Sin embargo, lo olvidan con la misma rapidez y facilidad. Por lo tanto, si usted desea iniciar a su bebé o niño pequeño en el idioma inglés, se compromete a no bajar en ningún momento la guardia. Para los niños entre cero y cinco años, un solo semestre sin contacto con el idioma borra por completo todo lo realizado con anterioridad.

CAPÍTULO 25

DE 6 A 13 AÑOS: SIN PRISA PERO SIN PAUSA

Quiero iniciar este capítulo con el mismo subtítulo que el anterior: sin prisa pero sin pausa. Lo más crítico de todo para el aprendizaje del inglés de los niños y adolescentes está en que no dejen, en ningún momento, de tener un continuo contacto -real o didáctico- con el idioma.

A partir de los seis años de edad, los niños son menos traviesos y, por la experiencia de preescolar y párvulos, más obedientes, siempre y cuando el maestro ejerza bien su oficio. Si éste muestra pasión en su forma de conectar con los niños, el aprendizaje será rápido y consolidado, pero muy escurridizo si falta continuidad o calidad.

En el colegio, el niño español no suele tener un profesor de este calibre, ni tampoco tiene acceso normalmente a voces nativas. Por lo tanto, sigue siendo imperativo que usted añada y financie estos elementos en casa, a través de audio y DVDs de vídeo, así como por medio de clases particulares con profesores nativos. He aquí un plan óptimo, en resultado y coste, para estas edades:

1. Cinco horas semanales de dibujos animados o similares en soporte DVD.
2. Dos horas semanales de clase individual con profesor nativo.
3. Un mes de verano con clases privadas diarias de entre dos y tres horas de duración (sesenta horas en total).

Si el niño no está contentísimo con el profesor, cámbielo por otro. Si usted no encuentra un profesor de calidad, omita por completo el punto 2 y espere hasta el verano (punto 3) para asegurar este aspecto. Es mejor no tener ningún profesor que tener uno mediocre, ya que el niño identificará el inglés con el aburrimiento y entonces tendremos un problema de actitud o motivación. Pero si espera con ilusión la clase de inglés, su progreso será notable.

Si omite el punto 2 por falta de profesor, no se preocupe, siempre que cumpla los otros dos puntos. Normalmente, es más fácil encontrar un excelente profesor para un bloque de tres horas diarias en julio que para una sola hora de estancia entre semana durante el año académico. De hecho, para un niño entre 6 y 13 años, es más eficaz, como primera experiencia intensiva, 40 ó 60 horas de clase individual que, por ejemplo, cuatro semanas en un campamento de inglés. En el campamento, estará más de 300 horas expuesto al idioma, pero en grupo y en un ambiente social en el que algunos niños, por motivos de timidez o inseguridad, se sienten incómodos o amenazados. Como primera experiencia intensiva con el inglés, un buen profesor -un profesor que «mole mucho»- cambia radicalmente la actitud de un niño hacia el inglés y esto es lo más importante de todo. Un niño y adolescente forofo del inglés acaba exhibiendo un dominio realmente eficaz. Ni el mejor campamento del mundo ni la mejor familia o colegio en el extranjero puede conseguir esto con la misma eficacia que un excelente profesor capaz de suscitar entusiasmo. Ya veremos esto más adelante en el capítulo 28.

Educar a un hijo puede ser sencillo o complicado, puesto que parece que algunos niños nacen revoltosos y reivindicativos y otros angelitos y obedientes. El que, a la postre, sean mejores para la sociedad los primeros o los segundos es un interesante debate para otro libro. No obstante, usted podrá oír a muchos adultos decir cosas como la siguiente: «Gracias a Dios que mi madre me obligó a hacer ballet durante tantos años. Lo odiaba con toda mi alma, pero no me habrían dado ni la mitad de los papeles que he interpretado si no tuviera el porte y elegancia que el ballet me dio». El padre de Beethoven fue tan estricto con su hijo que el chaval llegó a aborrecer el piano y la música durante su infancia. Ahora, en retrospectiva, tenemos con su padre una deuda inapreciable.

Soy partidario de exponer a los niños y adolescentes a todo tipo de actividades y experiencias, a fin de que puedan encontrar lo que para ellos sea el camino más idóneo para su futuro. Sin embargo, al mismo tiempo abogo por obligarles, si es preciso, a aprender ciertas habilidades o a realizar ciertas actividades que todos sabemos les aportarán valiosas dotes para el resto de su vida. Siempre en las dosis adecuadas, el insistir en exponer a los niños a la música, al deporte, al teatro, al baile, a la lectura y al aire libre, por dar algunos ejemplos, es siempre bueno, y los padres hacen bien en obligar a sus hijos no sólo a probar, sino a experimentar el *bouquet* completo de cada actividad. Si en este proceso se hace patente que el niño posee talento potencial en algún área, los padres deben insistir en que lo desarrolle, incluso si el chaval se resiste en un principio, siempre que se fomente con moderación y no obsesión en los primeros años.

El aprendizaje del inglés debe incluirse obligatoriamente en esta lista final y sus hijos deben saber que no hay posibilidad de protestar. Usted debe obligarles a dedicar el tiempo y esfuerzo necesarios para llegar a un buen nivel de inglés, a la vez que debe buscar la manera de que la tarea les resulte lo menos odiosa y onerosa posible. Todos los adolescentes españoles cuyo nivel de inglés me ha llamado la atención lo han conseguido gracias a unos padres pesados que insistían cada año en que tuvieran mucho contacto con el idioma fuera del ámbito del colegio.

Cuando hablo con padres en términos generales sobre la «política de formación» que deben llevar a cabo con sus hijos, siempre acaban pidiéndome concretar más. Por lo tanto, le ofrezco a continuación un plan óptimo para un niño entre los 6 y 13 años de edad.

Edad Acciones

- 6 1. Dibujos animados o similares en casa todos los días.
2. Dos horas por semana de clase individual en casa (no es recomendable que se junten hermanos en clase; si es prohibitivo en coste tener dos clases diferentes, entonces que el profesor parta la clase y dé media hora a uno y media hora a otro).
3. Dos horas/día durante veinte días en verano (cuarenta horas).
- 7 1. ídem.
2. ídem.
3. Tres horas/día durante veinte días en verano (sesenta horas).
- 8 1. ídem.
2. ídem.
3. Tres horas/día durante veinte días en verano (sesenta horas).
- 9 1. ídem.
2. ídem.
3. Un campamento de inglés en España durante dos quincenas (320 horas de contacto).
- 10 1. ídem.
2. ídem.
3. Tres horas/día durante veinte días en verano (sesenta horas).
- 11 1. ídem.
2. ídem.
3. Un campamento de inglés en España durante dos quincenas (320 horas de contacto).

- 12 1. ídem.
2. ídem.
3. Tres horas/día durante veinte días en verano (sesenta horas).
- 13 1. ídem.
2. ídem.
3. Un campamento de inglés en España durante dos quincenas (320 horas de contacto).

A partir de los nueve años, el niño haría bien en experimentar el ambiente auditivo de los campamentos, donde los profesores y monitores, si todo se organiza correctamente, están exponiendo a los chavales a un inglés nativo 14 horas al día. No obstante, de los siete años de contacto con el inglés entre las citadas edades, sólo recomiendo esta acción tres veces. Es más importante que el niño tenga buenos profesores capaces de dotarle de un buen control gramatical y fonético del idioma. Si usted, a su vez, es consecuente en exponer a sus hijos a cinco horas semanales de dibujos o similar en inglés, entonces no necesitarán todos los años un contacto «cuantitativo» tipo fase 2 (véase el capítulo 5).

Entre las tres acciones que recomiendo cada año, estamos hablando de una inversión media anual de aproximadamente 5.000 euros, 35.000 euros en total. Le estoy proponiendo gastar en su hijo, a lo largo de siete años, el equivalente a un coche de gama media alta. ¿Se lo merece? ¿O prefiere usted el coche? Si el padre de Beethoven hubiera optado por el coche, hoy no podríamos gozar de algunas de las obras musicales más sublimes de la historia. Y en su caso particular, su hijo terminará entrando en el mercado laboral con una cojera notable.

Para terminar, usted podrá opinar que el plan que sugiero es sencillo y quizás no muy creativo. Para los niños y adolescentes, la creatividad en el diseño de las acciones debe estar supeditada, en un 100%, a la calidad del profesor y a la asiduidad del contacto con el inglés. Deben tener muchas horas de contacto con el idioma y disfrutar de ellas. Si usted sigue las pautas marcadas, su hijo tendrá, como mínimo, 300 horas de contacto con el inglés cada año y más de 2.000 horas a lo largo de los siete años. Cuando el joven empiece a sentir los cambios típicos de la pubertad, cambios a veces peligrosos para la actitud y la motivación, las raíces de su dominio del inglés ya serán lo bastante profundas y difíciles de arrancar.

CAPÍTULO 26

DE 14 A 23 AÑOS: SIN PRISA PERO SIN PAUSA

Sigo con el dicho «sin prisa pero sin pausa», pero con una salvedad. Si su hijo está subiendo al tren por primera vez en esta etapa de su desarrollo, es decir, si se está montando en el tren de mercancías, entonces más que «sin pausa», le recomiendo que eche todo el carbón que pueda a la caldera de la vieja locomotora. Un chaval que empiece el inglés a los 14 años sólo le aventaja a su padre de 44 en un 20%. Si no está continuamente expuesto al idioma, en lo didáctico y en la práctica, su progreso va a ser tan lento como el de su padre en su despacho con el profesor particular. De hecho, puesto que no ve la utilidad inmediata del idioma, como en el caso de su padre, lo más probable es que progrese incluso menos. Muchos alumnos míos, de 45 años, me comentan que en los viajes al extranjero con toda la familia, son ellos precisamente quienes se desenvuelven, en la lengua de Shakespeare, con camareros, recepcionistas de hotel, agentes de aduanas y otros públicos. Sus hijos, que saben el triple de teoría, no se atreven a abrir la boca. Son mucho menos intrépidos que sus padres cuando pisan terreno inseguro o resbaladizo.

Los jóvenes entre 14 y 23 años son, en su mayoría, más cautos y cortados que los adultos. Aunque puedan parecer gallitos o piensen que ya se lo saben todo, a la hora de la verdad, en situaciones o ambientes inseguros, siguen siendo niños. Se achican con facilidad y sólo se sienten realmente confiados cuando están con sus amigos o en grupo. Esta misma inseguridad se hace evidente cuando entran por primera vez en una clase de inglés con un profesor que no conocen, sobre todo si es una clase individual en la que están «solos ante el peligro».

Sin embargo, son rápidos y espontáneos a la hora de entusiasmarse ante la calidad, así como de aburrirse y perder el respeto ante la falta de la misma. Son más

volubles, por lo que la adolescencia es la edad en que la calidad del profesor es de lo más crítico. Para un joven de 16 años, un profesor mediocre es un martirio que sólo le aleja más del idioma, mientras que un «pura sangre» de la enseñanza le puede llevar fácilmente a hacer del inglés el amor de su vida.

Por este motivo, si sus hijos comienzan su estudio del inglés en estas edades, lo primero de todo es pagarles un curso basado en sesiones individuales y, al organizarlo, asegurarse de que el profesor es un *crack*. ¿Cómo? Probando usted mismo. Si un profesor es capaz de sorprender a un adulto con su calidad, sabrá hacer lo mismo con un adolescente (y normalmente con un niño pequeño también). Se trata de un profesor de actitud positiva que emana vibraciones atractivas. Habrá en toda España unos 500 solamente, pero están por ahí y conviene ir probando y probando hasta encontrar alguno. Vale la pena el tiempo y el esfuerzo, porque una hora con un «fenómeno de la enseñanza» vale por cien horas con uno del montón. Cada hora con un excelente profesor se transforma, al final, en cuatro horas adicionales de dedicación por iniciativa propia del alumno.

Por lo tanto, cuando contrate clases, no contrate más de dos semanas. Alegue un motivo puntual y no hable de continuar hasta comprobar la calidad del profesor. Si no es bueno, deséchelo al terminar las dos semanas contratadas y vuelva a contratar a otro profesor u otro centro de idiomas. Siga haciendo esto hasta dar con ese «pura sangre», aunque le cueste medio año de salidas en falso o intentos fallidos.

Cuando encuentre el profesor adecuado, gaste todo lo necesario para que su hijo tenga muchas horas de clase con él, el primer año incluso en detrimento de otras actividades. Es tan importante sacar provecho de un buen profesor y, al mismo tiempo, ver cómo su hijo echa, lo más rápidamente posible, profundas raíces con el inglés, que saltar un año de judo o natación es, en mi opinión, conveniente y hasta necesario.

En el caso de que su hijo ya lleve ciertos años de andadura con el inglés, entonces debe continuar dosificando el tipo de contacto -entre cualitativo y cuantitativo- según sus puntos más débiles. Si se trata de un joven por naturaleza decidido y resuelto, entonces es mejor que tenga muchas horas de clase individual con excelentes profesores. Por el contrario, si es una persona introvertida o insegura, entonces es más conveniente que realice experiencias lingüísticas entre nativos no docentes. Veamos a continuación un plan de ataque de resultado seguro. Usted podrá hacer modificaciones en el plan según el carácter y temperamento de su hijo y según su nivel de inglés al llegar a los 14 años.

Edad Acciones

- 14** 1. Dos horas semanales de clase individual (ochenta horas).
2. Dos horas/día durante diez días en Navidad (veinte horas).
3. Cuatro horas/día durante veinte días en verano (ochenta horas).
- 15** 1. Dos horas semanales de clase individual (ochenta horas).
2. Dos horas/día durante diez días en Navidad (veinte horas).
3. Cuatro horas/día durante veinte días en verano (80 horas).
- 16** 1. Dos horas semanales de clase individual (ochenta horas).
2. Dos horas/día durante 10 días en Navidad (veinte horas).
3. Tres semanas con familia y colegio americanos en Semana Santa (**200** horas).
4. Cuatro semanas (sin españoles) en un campamento de verano en Canadá (300 horas).
- 17** 1. Dos horas semanales de clase individual (ochenta horas).
2. Dos horas/día durante diez días en Navidad (veinte horas).
3. Tres semanas con familia y colegio americanos en Semana Santa (**200** horas).
4. Cuatro semanas (sin españoles) en un campamento de verano en Canadá (**300** horas).
- 18** 1. Dos sábados al mes de 9:00 a 14:00 horas (veinte sábados - 100 horas).
2. Cuatro horas/día durante diez días en Navidad (cuarenta horas).
3. Cuatro horas/día durante veinte días en verano (ochenta horas).
- 19** 1. Curso de preparación del examen TOEFL¹ (diez sábados - cuarenta horas).
2. Cuatro horas/día durante diez días en Navidad (cuarenta horas).
3. Sesión de verano (6 semanas) en una universidad británica o americana (400 horas).
- 20** 1. Dos sábados al mes de 9:00 a 14:00 horas (veinte sábados - 100 horas).
2. Cuatro horas/día durante 10 días en Navidad (cuarenta horas).
3. Sesión de verano (seis semanas) en una universidad británica o americana (400 horas).

¹ Test of English as a Foreign Language (examen de inglés para acceso al sistema universitario norteamericano).

- 21** 1. Dos sábados al mes de 9:00 a 14:00 horas (veinte sábados - 100 horas).
2. Cuatro horas/día durante diez días en Navidad (cuarenta horas).
3. Sesión de verano (seis semanas) en una universidad británica o americana (400 horas).
- 22** 1. Dos sábados al mes de 9:00 a 14:00 horas (veinte sábados - 100 horas).
2. Cuatro horas/día durante diez días en Navidad (cuarenta horas).
3. Sesión de verano (seis semanas) en una universidad británica o americana (400 horas).
- 22** 1. Dos sábados al mes de 9:00 a 14:00 horas (veinte sábados - 100 horas).
2. Cuatro horas/día durante 10 días en Navidad (cuarenta horas).
3. Sesión de verano (seis semanas) en una universidad británica o americana (400 horas).

¿Le parece demasiado ambicioso? ¿El que su hijo dedique cuatro horas diarias al inglés en julio o agosto le parece excesivo? ¿No quisiera que su hijo aprovechara diez de los quince días ociosos de la época navideña para dar un nuevo salto con su inglés?

El plan que expongo es un programa completo, diseñado para no interferir en absoluto con los estudios reglados en España. Es un programa de trabajo que de realizarse, entregará a su hijo al mercado laboral con un nivel de inglés casi nativo, igual o mejor que el de los profesionales holandeses o daneses. Se trata de un plan que le expondrá a más de 4.000 horas de contacto con el inglés en situaciones óptimas (excelentes profesores e interesantes campamentos o programas de estudios secundarios o superiores).

El coste aproximado de este plan de 10 años rondaría los 80.000 euros, una barbaridad. Se podría reducir en muchos aspectos, dependiendo del nivel inicial de inglés del joven al cumplir los 14 años o según sea su progreso con el idioma conforme pasen los años. Es una inversión muy importante, no cabe duda, pero hoy en día, en España, un nivel de inglés similar al que se percibe entre los profesionales holandeses o daneses equivale, según los expertos en Recursos Humanos, a 675.000 euros más de sueldo y extras a lo largo de una vida laboral o profesional de 35 años. Con un nivel de inglés similar al de los holandeses o escandinavos, un directivo español gana, como media:

- 10.000 euros anuales más durante el primer decenio de su carrera profesional, o un total de 100.000 euros adicionales.

- 20.000 euros anuales más durante el segundo decenio de su carrera, o un total de 200.000 euros adicionales.
- 30.000 euros anuales más durante el tercer decenio, o un total de 300.000 euros adicionales.
- 15.000 euros anuales más durante el último lustro de su vida profesional, o un total de 75.000 euros adicionales

Por tanto, la diferencia a lo largo de una carrera profesional, entre un directivo con el inglés resuelto y un directivo que desdeña el idioma o pelea con él toda la vida, es de 675.000 euros de ganancia. Si usted invierte 80.000 euros ahora en su hijo adolescente, podrá esperar un excelente retorno sobre la inversión. Usted no será el beneficiario de su buena visión y perspicacia inversoras, sino su hijo, pero no creo que eso le importe a usted, ¿verdad?

Más de la mitad de las familias norteamericanas deciden afrontar inversiones en torno a 120.000 dólares por hijo cuando se plantean los estudios superiores. El sistema universitario norteamericano es excelente pero carísimo. Muchas familias suscriben una póliza de seguro-ahorro al nacer cada hijo, un seguro que vence por tramos cada año de los cuatro que el joven pasa en la universidad. Existe allí, entre muchas familias, una resignada aceptación de que la educación de sus hijos va a exigir un desembolso importante.

A no ser que usted tenga un alto nivel económico que le permita enviar a sus hijos a colegios bilingües, va a tener que «suscribir» el inglés por lo privado, al igual que lo hace para la asistencia sanitaria. Hay dos formas de hacerlo: por vía decidida y racional o por medio de incursiones esporádicas, desordenadas y torpes. También le queda la opción de no hacer nada, y así legar a sus hijos una preciosa y empinada ladera para la carrera cuesta arriba que, gracias a usted, les esperará en el mundo laboral. En fin.

Releyendo este capítulo, veo que pido a los padres un esfuerzo económico y de disciplinada vigilancia que algunos podrían considerar poco realista, a pesar de que en países como Estados Unidos este esfuerzo y disciplina se palpe en todas partes dentro de la conciencia nacional. No obstante, existe una alternativa válida y mucho más económica. Consiste en exponer a sus hijos a unos profesores de inglés tan buenos que se enamoren perdidamente de mi idioma, hasta el punto de quererlo devorar vivo. Esto lo he visto en ocasiones y un joven así puede ahorrar a sus padres ingentes cantidades de dinero. Pero, repito, son casos que casi nunca se dan sin que medie en la ecuación uno o varios profesores de inglés de una inusitada calidad humana y profesional. Conoceremos a estos profesores en el capítulo 28.

CAPÍTULO 27

SUS DIRECTIVOS, TÉCNICOS Y EMPLEADOS

Éste es el penúltimo capítulo y quiero ser breve. No quiero serlo por impaciencia de terminar ni por tratarse de un tema menor en el conjunto de temas tratados hasta ahora. Tengo que ser breve a la fuerza porque, de mis 35 años de experiencia docente, 28 de ellos han sido con directivos, técnicos y empleados de empresas nacionales y filiales españolas de las grandes multinacionales. Podría llenar otras 200 páginas de este libro sólo a partir de este momento, lo que me asusta y me obliga a buscar la brevedad.

Por lo tanto, voy a ir rápido pero, espero, con tino y acierto. Todo lo que voy a decir va dirigido a personas que ocupan puestos de responsabilidad y decisión en empresas o entidades públicas, sobre todo en las áreas de Recursos Humanos, Formación o Dirección General.

Mi empresa, Vaughan Systems, ha impartido, desde 1977, en torno a tres millones de horas de formación *in-company* de inglés. Esta experiencia nos permite, a mí y a otras personas de mi organización, predecir la probabilidad de éxito o fracaso de cada diseño formativo que una empresa nos propone. Y su primer error es precisamente el proponernos ellos mismos los diseños. Imagine usted que es cirujano y un paciente suyo, un día antes de una operación a corazón abierto, le dice: «Doctor, quiero que usted me opere mediante incisión costal, no frontal». ¿Cómo reaccionaría usted ante semejante atrevimiento? ¿Qué le diría?

Esto es precisamente lo que las empresas generalmente nos hacen. Nos dan, pinchado y cortado, el diseño de los programas de formación que quieren poner en marcha. Es normal. En la formación, como en la psicología y otras áreas en apariencia no técnicas, todo el mundo se cree con derecho a opinar, incluso cuan-

do no se tiene ni idea de la ciencia en cuestión. Es muy corriente que el departamento de formación nos llame para iniciar unas acciones formativas a comenzar para el lunes próximo, con 20 directivos diferentes, y todos en grupos de cuatro y todos a las 8:00 de la mañana. Sí, *Buana*.

Nota de prensa

La empresa educativa XYZ acaba de cerrar un acuerdo con el gigante del sector eléctrico PLTC para la instalación de un gran laboratorio de idiomas consistente en 280 ordenadores dotados con el revolucionario método Mago-Tutor. La operación, por valor de 350.000 euros, tiene como objetivo brindar a un colectivo interno, que PLTC estima en unos 1.500 directivos y técnicos, la posibilidad de aprovechar las más avanzadas técnicas de aprendizaje por *e-learning*. Según Alfredo Guzmán, responsable de formación de PLTC, se trata de una iniciativa de gran importancia, sobre todo a la vista de las recientes alianzas que la compañía ha establecido con varias empresas eléctricas de Reino Unido y Dinamarca. «Es imperativo que nuestro personal clave sepa desenvolverse con sus homólogos en el exterior, puesto que los contactos van a ser a todos los niveles y de una importancia primordial para la buena marcha de los nuevos acuerdos suscritos,» afirma Guzmán (Agencia de prensa Ilusos).

El bueno de Guzmán no se da cuenta de que se habría ahorrado mucho tiempo si simplemente hubiera abierto la ventana de su despacho, de la séptima planta, y arrojado fuera los 350.000 euros en cuestión. Además, no se trata de mucho dinero para una empresa tan grande como PLTC, pero el tiempo de Guzmán sí que es importante para ella. Y ojo, no hablemos de esos 1.500 directivos y técnicos que perderán su tiempo con el Mago-Tutor. Bueno, miento. Pocos van a perder más de una hora o dos, puesto que al mes de instalarse el revolucionario sistema, con su revolucionario método, solamente 23 de los 1.500 elegidos para la gloria lingüística seguirán acudiendo al precioso e impresionante laboratorio.

La nota de prensa y posterior desenlace distan muy poco de un hecho real ocurrido hace menos de diez años. El sector y las empresas eran otras, pero el dinero desperdiciado y los equipos y software instalados coinciden con el relato.

Ya no voy personalmente a las empresas cuando nos llaman para que les presentemos nuestros productos o conozcamos sus necesidades. Tiendo a estropear la oportunidad de venta ofendiendo sin querer a mis interlocutores. Con el paso de los años, las personas expertas en un área determinada se vuelven cada vez más impacientes con aquellos que saben menos o poco. La expresión «viejo cascarrabias» tiene un equivalente en todos los idiomas, porque nos pasa a todos a partir de

cierta edad, sobre todo si somos expertos en algún campo en particular. La última vez que fui a una reunión de este tipo, reaccioné de la siguiente forma ante un jefe de formación que nos tachaba de caros:

Yo: ¿Qué quiere para su gente, clases de inglés o que aprendan inglés?
Jefe de formación: Que aprendan inglés, claro.
Yo: Si usted quiere que la gente de aquí reciba clases de inglés, entonces tiene razón: somos de los más caros. Si lo que quiere es que aprendan el dichoso idioma, entonces somos los más baratos con diferencia.

Dar formación en inglés a las empresas es la forma más fácil de ganar dinero en el sector de la enseñanza de idiomas. También es la actividad más frustrante que conozco y donde menos rentabilidad se percibe por euro gastado. He aquí los motivos:

1. La empresa no concentra el presupuesto disponible en las personas realmente críticas. Lo difumina tanto y entre tantos que nadie se beneficia. Café para todos.
2. La empresa cree que se puede efectuar un cambio en el nivel de inglés de una persona con 100 ó 200 horas de clase. Efectuar un cambio de verdad exige un mínimo de mil horas de formación y contacto con el idioma.
3. La empresa organiza «programas de inglés» basados en clases en grupos o individuales a ciertas franjas horarias. Los programas de inglés de este tipo no funcionan. Nadie en la historia ha efectuado un cambio importante en su inglés mediante solamente clases. Las clases constituyen, como máximo, el 20% de lo necesario para efectuar dicho cambio. Asimismo, los llamados «programas de inglés», sólo para que anden, exigen un gran despliegue de recursos y un tremendo esfuerzo por parte del cliente y el proveedor, independientemente de que haya o no éxito al final.
4. Las empresas, o sus departamentos de recursos humanos o formación, piensan que saben cómo es la mejor forma de abordar la acción formativa.
5. La empresa, o su departamento de recursos humanos o formación, delega internamente la administración y control de los programas de inglés muchas veces a personas jóvenes y todavía poco expertas, y estas personas actúan de enlace con el proveedor, quien suele encargar esta tarea a una persona madura y curtida. El resultado es una frustración y fricción que no conducen a una relación óptima de colaboración. Los jóvenes responsables internos no cuestionan ninguna petición de la organización, por

muy irracional que pueda ser, y se la imponen al proveedor como orden inapelable.

6. Los altos directivos de la empresa quieren, con frecuencia, clases de inglés simplemente porque tienen derecho a pedirlos o porque desean mantener su nivel o mejorarlo un poco. Es una actitud de entrada que suscita poco atractivo profesional para un buen proveedor de formación en idiomas, deseoso de entregar soluciones y no solamente de mandar buenos profesores para custodiar a directivos en busca de sesiones de conversación.
7. Las empresas suelen fijar los horarios de formación a primera hora de la mañana, a mediodía y después de la jornada laboral. Esto no permite al proveedor ningún tipo de economía de escala en el uso de sus profesores y le induce a guardar en la manga a sus mejores profesores para otros clientes más consecuentes en la programación horaria.
8. Los encargados internos de la formación piden al proveedor una gran cantidad de información (asistencias con medias mensuales, trimestrales, etc., la firma de cada asistente de cada día de clase, informes de progreso, facturación con desglose por centro de coste, etc.), lo que supone que, al final, el proveedor de la formación dedica más tiempo a estas tareas, en las que no es experto, que a la única tarea fundamental: la mejora del inglés de los alumnos. Tanto el cliente como el proveedor pierden el norte por culpa de una obsesión por los temas laterales administrativos.

No voy a aburrirle más, fiel lector, con mi litigio personal con los encargados de la formación en las empresas. El 2% de mis lectores en este momento serán del gremio, por lo que dedico el 2% de este libro a ellos. No obstante, algunos de los puntos anteriores pueden aplicarse también a personas físicas como usted, no sólo a personas jurídicas como la empresa PLTC. Sin embargo, lo más importante de este capítulo es el pequeño intercambio que tuve con el jefe de formación. Se lo planteo a usted también.

¿Quiere usted clases de inglés o aprender inglés? Si lo que quiere son clases, busque siempre lo más barato. Si lo que quiere es aprender de verdad mi idioma, entonces no mire nunca el precio. Busque la máxima calidad existente y, después, haga un examen de conciencia a fondo para decidir si está dispuesto a hacer el gran esfuerzo que encierra hacerse realmente con un idioma. Si ve en su interior una materia prima fuerte y de gran cilindrada, entonces le invito a ir a por todas y a vencer el inglés. La gente verdaderamente implacable ante el reto termina consiguiendo economías que, a la postre, acortan y abaratan el camino.

CAPÍTULO 28

EL PROFESOR LO ES TODO

Durante todo este largo periplo por el aprendizaje del inglés, he mencionado poco el papel del profesor y no he dejado de recordarle, fiel lector, que la clase, el método y el profesor constituyen, en el mejor de los casos, el 20% de la solución final. He comparado al profesor con un simulador de vuelo, con la parte de la piscina que no cubre e incluso le he tachado de ejercer poco o nulo impacto a la hora de abordar las dos prioridades más críticas para el dominio de un segundo idioma: la comprensión auditiva y la confianza al hablar. Incluso, si no recuerdo mal, he dicho que sufre una deformación profesional consistente en hablar un inglés en clase demasiado nítido, escogiendo al paso estructuras, términos y expresiones que, consciente o inconscientemente, sabe que están al alcance de sus alumnos. Me he atrevido a decir que, a partir de cierto momento, el profesor puede ser contraproducente para el progreso.

Y no me retracto en absoluto. De hecho, para que le quede claro y no caiga otra vez en el error del 99% de los españoles ante el inglés, consistente en creer que la solución se encuentra en el aula, se lo voy a repetir:

1. En el plano técnico-lingüístico, el profesor sólo es importante en el paso de nivel principiante a nivel preintermedio. Después, cualquier esfuerzo por su parte por corregir y enseñar es, en la mayoría de los casos, contraproducente para el progreso real del alumno. Le añade tanta información lingüística nueva que se abruma y desanima.
2. El profesor, después de unas mil horas de experiencia docente, ya adopta, sin darse cuenta, una forma de hablar en clase que dista mucho de cómo habla

con sus homólogos angloparlantes. Escoge inconscientemente vocabulario al alcance de los alumnos y, aunque posiblemente no hable despacio en el aula, sí se expresa con un inglés de alta definición. Después de la primera hora de clase, el reto auditivo deja de existir para el alumno y éste puede fácilmente caer en la convicción de que es capaz de entender inglés mejor de lo que lo habla, impulsándole a prestar poca atención a este aspecto prioritario.

3. El profesor aborda la temática de la clase dentro de una progresión basada, principalmente, en los aspectos clave de la gramática inglesa, presentándolos dentro de un orden preestablecido y haciendo que el alumno los practique hasta demostrar cierto manejo. Por esto, el alumno nunca desarrolla un oído ágil, amplio y plural. Está acostumbrado a que el profesor le formule preguntas, durante 20 minutos seguidos, dentro del pasado simple o de la voz pasiva o con la expresión *would rather*. Si de repente, mientras están machacando un tiempo determinado de un verbo, el profesor le preguntara: *What's the square root of 16?* (¿Cuál es la raíz cuadrada de 16?), el alumno se quedaría en blanco, incapaz de responder, incluso si el profesor repitiera la pregunta cinco veces seguidas. Para el alumno, el profesor ha salido de repente de la caja y ahí fuera sólo existen ruido lingüístico y otras cosas etéreas.
4. El aula es un lugar cómodo y protegido. Es, repito, la parte de la piscina que no cubre. El profesor no puede crear en el aula la ansiedad y apuros que el alumno siente en situaciones reales de comunicación. Si el alumno se cae en su clase, el profesor le levanta; si se estrella, como en el simulador de vuelo, sabe que no muere. En la vida real y, sobre todo, profesional, si el alumno se estrella, sus vísceras se quedan esparcidas en 300 metros a la redonda y su orgullo profesional termina por los suelos. Una hora superando con éxito una situación comprometida de comunicación en inglés vale por 100 horas de clase. Esto es una verdad evidente, algo que he observado en muchas ocasiones. El profesor, el método o el aula no ofrecen, ni de lejos, la solución para el alumno.

Usted podrá recibir clases con el mejor profesor del mundo hasta el día del Juicio Final y todavía será uno de esos sempiternos alumnos de nivel medio o medio alto de inglés. Jamás franqueará las barreras más importantes del inglés hasta que no abra la ventana y tire fuera al profesor y su método.

LOS PROFESORES DE INGLÉS

El 99% de los profesores de inglés en el mundo son malos. Estoy orgulloso de ser profesor de inglés, pero no estoy en absoluto orgulloso de mi gremio, y en esto incluyo a los cien mil centros de idiomas que habrá en el mundo. Dan, en su inmensa mayoría, gato por liebre y, lo que es peor, sobreviven más que bien haciéndolo. La demanda para aprender inglés es altísima, pero el público está muy poco instruido en cómo abordar el tema y piensa, erróneamente, que con unas horitas de clase uno puede hacerse con el idioma. Esto, lógicamente, engendra una industria enorme de oportunistas y otras personas, físicas y jurídicas, poco profesionales. La demanda ha superado tradicionalmente la oferta y, es más, la demanda se basa en aprender inglés sin dolor, por lo que es normal que cada cinco o diez años haya escándalos en el sector como los hay en el mundo de los adelgazantes. Los milagros no existen y, puesto que hacerse con un buen dominio del inglés exige entre 2.000 y 3.000 horas de clase, estudio y uso en la vida real, se entiende que la gente busque el milagro, el atajo. Como consecuencia, el sector responde y gana su dinero dando lo que el público quiere: la esperanza de que con la academia tal o el centro de idiomas cual, encontrará la solución indolora definitiva.

Pero dejemos las academias y centros para otro día y centrémonos en los profesores, puesto que un mal profesor suele ser señal de una mala academia de idiomas, por lo que usted podrá rápidamente llegar a una conclusión válida sobre su elección de proveedor. He aquí una radiografía del 99% de los profesores de inglés que pululan por las capitales mundiales y provinciales del mundo no anglosajón:

1. Son en su mayoría jóvenes e inexpertos. Muchos son mochileros recorriendo el mundo que se dan cuenta de que pueden estar un año en un país «muy guay» enseñando inglés, puesto que es su lengua materna y ya lo saben. ¡Qué suerte!
2. No son exigentes con sus alumnos ni insisten en que éstos se hagan de verdad con las estructuras críticas del idioma. Pasan.
3. No tienen vocación. Están uno año o dos en un país o ejerciendo la profesión hasta que surjan nuevas oportunidades o mientras aprenden el idioma local.
4. Usan libros de texto disponibles en el mercado, libros en su mayoría editados en Reino Unido y diseñados para un público mundial o paneuropeo. No tienen la experiencia suficiente ni las ganas de diseñar una metodología propia basada en las necesidades particulares de la tipología de estudiante que tienen en su país de residencia.

5. La mayoría no sabe dotar al alumno de una firme base gramatical, ya que nadie les ha enseñado cómo hacerlo ni se han molestado ellos mismos. Llegan al aula muchas veces con fotocopias de artículos de revista y pasan la hora leyendo y comentando.
6. No saben entregar al alumno un plan interesante y eficaz de trabajo personal ni tampoco saben motivar a aquél a esforzarse fuera de la clase, algo imprescindible para el aprendizaje.

LA ELECCIÓN DEL PROFESOR

Hay excepciones a este negro panorama, no cabe duda. Ese 1% que se libra de mis dardos lo constituyen, calculo, 20.000 personas de los dos millones de profesores de inglés que se ganan la vida por todo el mundo. ¿Quiere usted como profesor a uno de esos 20.000? ¿Quiere asegurarse de que su profesor es muy bueno? No es fácil encontrar este tipo de profesor y hay un solo baremo para medir y saber:

¡¿De qué planeta es este profesor?!!
¡¿Cómo mola el nuevo profel!!
¡Este nuevo profesor es todo un fenómeno!
¡Me encanta mi nuevo profesor!
¡He aprendido más en esta primera clase que en todo el año pasado!
Dígame su nombre otra vez. Me ha gustado mucho su clase.
¡Alucino! ¡Qué pedazo de profesor!
¡Con este nuevo profesor no me voy a perder ni una hora de clase!

Si usted no dice, de forma totalmente espontánea, una de las citadas frases o algo muy parecido, entonces cambie de profesor o pida a la academia que lo cambie. Al igual que con el flechazo del amor, uno sabe perfectamente cuándo está delante de un profesor de verdad. No hace falta rellenar un cuestionario de 30 preguntas sobre los diferentes aspectos técnicos.

En su vida de estudiante, usted tuvo o ha tenido muchos profesores aburridos, ¿a que sí? También ha tenido seguramente algunos muy buenos. ¿Cuántos días de clase tardó usted en sentirse cómodo con el profesor y atraído por su forma de enseñar? Normalmente esto ocurre en la primera clase. Es una reacción emocional fruto, normalmente, de un estímulo intelectual. De repente el tema es más sugerente y muy pronto más fácil y accesible, porque el profesor es un comunicador

muy interesante. Si esto le pasa en su primera clase, sabe que está probablemente delante de un excelente profesor. Habrá que esperar unas semanas más para saber si su calidad es duradera, puesto que algunos profesores pierden el gas cuando se les acaban los trucos con los que logran impresionar y embaucar.

Por lo tanto, ante la necesidad de contratar clases de inglés, diga una mentira. Si no es principiante, diga al profesor o al centro de idiomas que necesita unas clases de refuerzo durante unos días para un encuentro profesional inminente y contrate solamente un par de semanas de clases. Así podrá deshacerse del profesor sin parecer desalmado o sin hacerle sentir que le ha rechazado. La mayoría de los malos profesores de inglés son personas agradables y hasta entrañables y a muchos alumnos les da corte despedirles o pedir un cambio. Ahora bien, si durante esas dos semanas de clase, constata que su profesor es muy bueno, no le suelte ni loco... jamás.

EL PROFESOR LO ES TODO

Ahora llegamos a la sección más importante de este libro. Voy a dar la vuelta, en apariencia, a todo lo que vengo diciendo. En ciertos capítulos he dejado momentáneos destellos de lo que voy a decir aquí, destellos que podrían permitir que algunos lectores intuyeran mis convicciones reales con respecto al proceso de aprendizaje del inglés. Si usted ya lo ha intuido, estoy seguro, sin embargo, de que no habrá podido intuir todo hasta las últimas consecuencias. No habrá podido porque mis convicciones son un tanto radicales. Sin mayor preámbulo:

El profesor es la figura más importante en el aprendizaje.

El profesor es la figura más importante en el desarrollo de la vida humana.

Vamos por partes. En el aspecto técnico-lingüístico, el profesor no es el elemento más importante. Sin embargo, en el enfoque de la motivación, sin él, todo lo demás raramente se consigue. Con respecto al aprendizaje del inglés, si el profesor es mediocre, si es uno más del montón, usted no se sentirá demasiado motivado y no hará ni el 10% del inmenso esfuerzo que se requiere para tener un buen dominio. A la inversa, si el profesor es un «fenómeno de la enseñanza», si usted sale de su primera clase diciendo alguna de las frases citadas en la sección anterior de este capítulo, entonces es mucho más probable que intente por todos los medios hacer ese inmenso esfuerzo.

El profesor lo es todo.

Sin un excelente profesor de inglés, ningún alumno llega a buen puerto. No se motiva, ni asiste regularmente a clase, ni lee veinte novelas en inglés, ni sale al extranjero para estudiar Corte y Confección en una pequeña comunidad del centro de Pennsylvania, ni habla en inglés con su amigo imaginario del asiento del copiloto de su coche, ni piensa cómo conjugar en el pasado el verbo *to eat* camino del trabajo en metro, ni navega constantemente por Internet, ni lee la prensa en español escuchando inglés como «ruido de fondo». Sin motivación, el alumno no hace nada de esto. Pero si el profesor es de un calibre tal que el alumno iría hasta la Antártida por él, entonces todas las acciones que acabo de enumerar son posibles.

En general, las personas no se automotivan. Si yo le pido a usted que se siente en una silla de curioso diseño, es muy poco probable que, de pronto, se interese sobremanera por el diseño, construcción y comercialización de sillas o muebles. La motivación es casi siempre exógena, no endógena. Proviene de estímulos externos, no internos. Si usted me dice que desea con toda su alma aprender inglés, voy a pensar que o bien tiene un excelente profesor que le está motivando o sus jefes le han pendido sobre su cabeza la desnuda y afilada espada de Damocles: o aprende inglés o queda despedido. El miedo es un aliciente muy eficaz a corto plazo, pero quema y destruye. Sin embargo, la motivación positiva que es capaz de infundir un excelente profesor cambia la vida de las personas siempre positivamente.

Hace poco leí una estadística que me llamó mucho la atención y que viene a confirmar esta tesis. Se trataba de un artículo en el cual venía la siguiente cita: «La mitad de todos los antropólogos norteamericanos no sabían lo que era la antropología al término del Bachillerato». Parece mentira, pero si usted fuera norteamericano le parecería normal. Me explico.

Los dos primeros años académicos del sistema universitario norteamericano son como una especie de continuidad del bachillerato del ciclo secundario. El 80% de todas las asignaturas cursadas en estos dos primeros años, entre los 18 y 20 años, es obligatorio y común a todas las carreras. Se trata de 48 créditos universitarios de un total para la licenciatura de 120. Todo estudiante norteamericano, en cualquiera de las 3.700 instituciones de estudios superiores del país, ha de acumular estos 48 créditos (16 asignaturas semestrales) dentro de las siguientes áreas:

- 12 créditos (4 asignaturas) del área de Humanidades
- 12 créditos de Ciencias Sociales
- 12 créditos de Ciencias Naturales y Matemáticas
- 12 créditos del área de Técnicas de Comunicación

Puesto que todo hijo de vecino que cursa estudios universitarios en Estados Unidos, independientemente de la carrera que elija, ha de pasar por el aro y cursar cuatro asignaturas de cada área mencionada, es normal que, durante los dos primeros años, se den miles de casos en los que un futuro ingeniero esté sentado al lado de un futuro historiador en clase de Álgebra II, o que un futuro profesor de educación física copie, durante un examen de historia, lo que escribe un futuro odontólogo sentado a su izquierda. Todos se codean con todos en el 80% de las asignaturas de los dos primeros años.

Me gusta este sistema por dos motivos, el primero porque permite que un estudiante cambie de carrera académica en cualquier momento de los dos primeros años sin perder lo acumulado, es decir, sin perder los créditos universitarios ya cursados. Si un estudiante se queda desencantado de Biológicas al cabo de año y medio y quiere declarar como nueva especialización Historia del Arte, lo puede hacer sin penalización, en la mayoría de los casos. Esto puede parecer extraño para un europeo, pero para un norteamericano como yo, el sistema universitario en Europa es largo y tremendamente esclerótico y solamente los últimos cambios sugeridos por el Tratado de Bolonia parecen vislumbrar un tímido cambio.

El segundo motivo por el que me gusta el sistema americano es porque da por sentado que un joven de 18 años, al terminar el Bachillerato, no suele tener una idea muy clara de realmente qué es lo que quiere hacer con su vida ni qué es lo que de verdad debe estudiar en la universidad. El exponerle de nuevo a muchos temas que ya vio entre los 14 y 17 años en la escuela secundaria le da una segunda oportunidad para revivir la asignatura, pero esta vez a una edad más madura y con más circuitos cerebrales terminados y funcionando. Para un chaval de 18 ó 19 años, releer *Macbeth* o experimentar de nuevo la magia del Álgebra le pueden impactar de una forma bien diferente a cuando todavía era un chico de 15 años sólo interesado en el fútbol, en las chicas o en los videojuegos; o una chica solamente interesada en ser animadora del equipo de fútbol o en ganar el *casting* para la grabación de un anuncio televisivo local.

Pero volviendo al tema, puesto que todo estudiante universitario en Estados Unidos debe, forzosamente, cursar cuatro asignaturas en cuatro áreas diferentes, está obligado a sentarse en una clase y oír, durante un semestre académico, a un profesor de Psicología, a un profesor de Física, a un profesor de Oratoria o a un profesor de Poesía del Renacimiento.

Ahora, imaginemos que dos amigos, al hacer la matrícula e inscribirse en la universidad, se reúnen para elegir, juntos, qué asignaturas van a cursar durante el primer semestre de estudios. Sigamos su conversación:

David: Tengo que elegir una asignatura de Ciencias Sociales. ¿Cuál has elegido tú?

Ralph: Voy a hacer «Principios de Sociología».

David: ¿Sociología? ¿Estás loco? Eso es aburridísimo. Pasarás todo el tiempo con relaciones sociales y de grupo. Odio a la gente, sobre todo cuando hay mogollón.

Ralph: Entonces ¿qué vas a elegir tú, Psicología?

David: ¿Estudiar chalados y chifladas? Pues no. Creo que voy a elegir ésta, Antropología. Por cierto, ¿qué es?

Ralph: ¿Antropología? Estudias tribus primitivas y cómo se aprende sobre nuestra propia evolución viendo en las tribus cómo vivíamos hace diez mil años. Algo así.

David: O sea, estudiar los Watusi y los Pigmeos. Eso sí que mola. Voy a apuntarme a eso. En fin, da lo mismo. Mi destino es construir puentes. No creo que un ingeniero deba preocuparse si en la carrera estudió un semestre de Psicología o de Antropología.

Ahora imaginemos que somos observadores invisibles en el primer día de clase de septiembre en la asignatura «Antropología I». Hay 37 alumnos sentados en el aula esperando la llegada del profesor, 37 alumnos de los cuales solamente tres han elegido la Antropología como carrera. David, futuro ingeniero, se cuenta entre los otros 34.

Entra el profesor, alto, delgado y con ojos azules penetrantes. No trae libro alguno. De hecho, no tiene nada en las manos. Hay una mesa tipo escritorio delante de los pupitres de los alumnos y se sienta en la parte delantera de la misma, desde donde escanea el escenario durante cinco segundos antes de pronunciar palabra. Finalmente habla:

«Soy alto, delgado y no llevo corbata. Tengo la nariz un poco aguileña y no sentí nada cuando ejecutaron ayer a Karla Tucker en la penitenciaría de Texas. Saquen un papel y escriban su opinión de mi persona en 30 palabras o menos. Es anónimo... no pongan su nombre en el papel. Después me lo entregan».

Resulta que el profesor no tenía la nariz aguileña y, aunque no llevaba corbata, sí llevaba una corbata «bolo», es decir, unos hilos de cuero tejidos que hacen las veces de corbata.

Al finalizar el ejercicio, el profesor se dirige a la clase:

«Tendemos a opinar con demasiada rapidez sobre lo que nos rodea y sobre lo que oímos. De los 37 estudiantes aquí presentes, solamente 14 han mostrado escepticismo sobre mi nariz y sólo dos han admitido su ignorancia sobre mi opinión de la pena de muerte. El que llevara la típica corbata bolo ha llevado a 29 de ustedes a pensar que soy partidario de ella.

»Para los 23 estudiantes que no se han fijado en absoluto en mi nariz, les advierto que durante este semestre les voy a cambiar su forma de fijarse en las cosas y van a beneficiarse durante el resto de su vida gracias a ello. Para la inmensa mayoría de ustedes que han dado por sentado que apoyo la pena de muerte, voy a enseñarles muy bien cómo abordar los temas, las imágenes y las impresiones con una mente diferente, una mente que, ya sea en el aspecto antropológico o en cualquier ámbito de la vida personal o profesional, les ayudará a penetrar detrás de las impresiones y llegar a las realidades. Ustedes van a ser, durante este semestre, mis cómplices y, juntos, vamos a conseguir algo que les ayudará a ser dos veces más perspicaces y certeros, independientemente de lo que opinen finalmente de mi nariz o de la pena de muerte».

Sentado y escuchando, David cambió de postura, incorporándose, conforme hablaba el profesor. Se sentía aludido y, sin embargo, no se sentía en absoluto a la defensiva. En los 20 primeros minutos de clase el profesor les había tocado una fibra sensible a él y a muchos de los demás presentes. Ésta iba a ser una clase interesante. ¡Sí señor! ¡...Y menos mal! La mitad de los demás profesores que le iban a tocar este semestre eran unos muermos.

Tres meses más tarde, David fue a la oficina central administrativa de la universidad y cambió su carrera de Ingeniería Civil a Antropología. Ahora, 33 años después, es catedrático de *Anthropology and International Affairs* en la Universidad de Vanderbilt (Nashville, Tennessee). Ha publicado cuatro libros y más de cien artículos en sus 24 años de docencia e investigación. Sin embargo, lo que más le gusta es emular al primer profesor de Antropología que tuvo en su primer año universitario. En otras palabras, lo que le gusta más que nada es cambiar las trayectorias académicas y, en última instancia, vitales, de sus estudiantes. Para eso son los profesores y, por eso, la mitad de todos los antropólogos en Estados Unidos ni sabían qué significa la palabra al terminar el Bachillerato.

Sí señor, para eso son los profesores.

Nadie en la historia se ha hecho experto en un tema a través de lo que le ha enseñado su profesor, o profesores, pero muchos lo han conseguido «gracias» a cómo éstos han enseñado. La labor del profesor no es enseñar la asignatura que le corresponde, sino transmitirla con tanta pasión que los alumnos acaben igualmente apasionados. Un profesor enamorado de su área del saber que es, a la vez, capaz de transmitir este amor a otros, ganará adeptos a diestro y siniestro. Convertirá a todo hombre o mujer en su discípulo salvo aquellos nacidos vagos, cínicos o soberbios. Con estos últimos no hay nada que hacer. Transitan por el mundo perdiéndose todo lo bonito que la vida ofrece sin que haya remedio. Simplemente hay que intentar reconocerlos y evitarlos.

Si yo fuera el rey del mundo, con plenos poderes, cambiaría el nombre de «profesor» por el de «catalizador del aprendizaje». Es un nombre un poco rebuscado, pero es muy acertado. El único profesor bueno es aquel que enciende en los alumnos la pasión por el área del saber que enseña. Si no se enciende esa llama, el aprendizaje se hace aburrido y cuesta arriba. A la inversa, si la llama arde, el aprendizaje cambia de trayectoria casi al instante y adquiere velocidades rayando en lo supersónico. Hacer que esto ocurra compete al profesor, que es la única persona en perfectas condiciones de conseguirlo. No lo puede conseguir ni el libro de texto, ni los dos administradores que cobran sueldo por cada docente en el aula, ni el área del saber en sí. Encender la pasión por el tema, hacer que los alumnos se enamoren del mismo y lo devoren literalmente, son cosas que solamente un excelente profesor puede conseguir.

Es el alumno quien aprende, no el profesor, y compete a éste conseguir que la trayectoria de aprendizaje del alumno sea lo más rápida y eficaz posible. Puesto que es el alumno quien va a «rellenar los espacios en blanco» en su educación, entonces es imperativo que lo quiera hacer y que esté motivado a hacerlo. Si el profesor es un mediocre, como el 90% de todos los profesores que existen en el planeta Tierra, pocos espacios en blanco se van a rellenar y el resultado final será lo que estamos padeciendo hoy en día: unos índices alarmantes de fracaso escolar y un sinnúmero de empresas quejándose de que los jóvenes llegan de la universidad medio analfabetos en muchos aspectos clave de la actividad profesional.

Cada mes abro un nuevo cursillo de formación para profesores novatos que van a entrar en mi empresa. Les hablo durante hora y media y me voy, volviendo al término de las dos semanas para hablar durante otra media hora. Una vez, hace más o menos un año, en mi presentación de apertura, me salí por la tangente en un momento dado para hablar de las causas reales que condujeron al estallido de la Guerra Civil Norteamericana, acentuando los motivos industriales, agrarios y de

comercio internacional en vez del tema, importante pero secundario, de la esclavitud. Casi todos los profesores novatos eran ingleses, por lo que sabían poco realmente de la Guerra de Secesión en mi país. Sin embargo, dos semanas después, cuando volví a verlos, ya preparados para entrar en batalla como profesores formados y preparados, dos de ellos me comentaron cosas de la Guerra de Secesión, citando aspectos que yo no había mencionado dos semanas antes. Ante mi extrañeza, explicaron que mis palabras en la primera sesión les habían picado la curiosidad y estuvieron navegando por Internet durante más de una hora sobre el tema. Resulta que los cinco minutos en que salí por la tangente con un tema sin conexión por completo con el motivo de mi presentación habían hecho que, al menos, dos personas terminaran mil veces más conocedoras de un tema que antes. Esto, amigo lector, es el poder del profesor y es, en el análisis final, su único cometido: ser catalizador del aprendizaje del alumno, conseguir que el alumno se enamore tanto del tema que el profesor expone, que dedique su cuerpo y alma a devorarlo vivo.

Unos párrafos atrás, creo que usted estaba de acuerdo conmigo en que la mayoría de los profesores que tuvimos durante nuestra época de escolaridad fueron aburridos. Pero ¿recuerda a alguno muy bueno? ¿Recuerda a alguno que le cambiara la vida o casi llegara a hacerlo? Seguramente me dirá que sí... que había uno, dos o tal vez tres que durante los 16 años de escolaridad (universidad incluida) dejaron una huella importante en su forma de enfocar las cosas. Ahora, imagine cómo hubiera sido su educación primaria, secundaria y superior si absolutamente todos sus profesores hubieran exhibido la misma calidad humana y profesional que aquellos que recuerda como excelentes. Usted no sólo sería dos o quizá tres veces más inteligente y estaría más preparado que ahora, sino que seguramente su disposición y actitud ante la vida sería tres veces más positiva también.

Volviendo a mi rol de rey del mundo, si tuviera bien asido el cetro en la mano, desviaría el 50% de todo lo gastado en el sector público para remunerar a las personas que, para mí, son las más importantes en este planeta nuestro: los profesores, desde preescolar hasta la universidad. Pero, al mismo tiempo, tendría espías a la salida de las aulas, pendientes de oír las mismas frases citadas en el apartado anterior, el titulado «La elección del profesor». Si no hubiera unanimidad entre los niños, adolescentes y universitarios al salir del aula, ese profesor pasaría al paro y lo sustituiríamos por otro. Como rey del mundo sería implacable en este tema, porque si queremos cambiar de verdad el mundo a mejor, es aquí, en la calidad del profesorado, donde lo vamos a conseguir. Un excelente profesor no sólo cambia la trayectoria de aprendizaje de la mayoría de sus alumnos (volvemos a descartar como casos perdidos a los nacidos vagos, cínicos o soberbios), sino que les dota de

una actitud mucho más positiva ante la vida y, como he dicho en otra ocasión, la simbiosis «actitud-aptitud» funciona siempre y genera no sólo logros, sino también milagros.

En España, los jóvenes llegan a la edad adulta y aportan su parte a la economía nacional y mundial a pesar del sistema educativo, no gracias a él. He conocido a tantos jóvenes de alto potencial en la cuneta académica o con trayectorias descarriadas que tiendo a perder los estribos cuando alguien quiere debatir conmigo este tema.

Desde hace 35 años, mis alumnos, en su mayoría padres y madres de hijos e hijas, me han pedido consejo sobre cómo conseguir que su prole aprendiese inglés. Ahora mi empresa tiene un departamento llamado Línea Junior, departamento creado y potenciado para ayudar a los padres en esto. Está creciendo rápidamente, porque el enfoque del Ministerio de Educación, al menos hasta el momento, sólo consigue que la inmensa mayoría de los alumnos odien el inglés y lo aprendan mal y con defectos. Sin embargo lo que más me ha llamado la atención a lo largo de estos 35 años, han sido las veces que un padre o una madre me ha venido diciendo lo siguiente:

«No sé qué hacer con mi hijo. Es inteligente pero es un caso perdido. Hemos intentado de todo y ya no sé qué hacer. Tiene 22 años y todavía no ha aprobado primero de Económicas. Pasa de todo. A lo mejor si le dotas de un buen nivel de inglés tendrá alguna salida profesional. No lo sé».

Ante esto, siempre le pido que mande al chaval (casi siempre un joven varón) a mi despacho. Habré ayudado a padres desesperados en unas 15 ocasiones en los últimos 35 años y no recuerdo ningún chaval cuya forma de ser y cuyo potencial no me parecieran adecuados para tener éxito en la vida. De hecho, creo que todos me cayeron estupendamente bien, un poco vagos algunos, pero en mi opinión por motivos, en cierta medida, justificados. También noté que bastantes sufrían el «síndrome de los papás angustiados», con padres que volcaban en sus hijos toda la ansiedad de sus altas expectativas.

En casi todos los casos, he desviado el problema a una señora irlandesa que conozco experta en «enchufar» a los jóvenes, con o sin un nivel de inglés suficiente, dentro del sistema universitario americano, australiano, suizo o inglés, según su edad y área de interés. No recuerdo ningún fracaso. En todos los casos, mi amiga, la irlandesa, ha encontrado cómo reconducir no sólo la trayectoria académica del joven, sino, en el análisis final, su trayectoria vital. Les mandó a países donde las relaciones humanas y académicas se basan más en la confianza que en la desconfianza, sistemas educativos que son, en cierta forma, más fáciles que el sistema

educativo español, sistema que para mí tiende a ser más difícil que la vida real posterior.

Cuando se encontraban con profesores de actitud positiva, apasionados por sus disciplinas y abiertos a ayudar a los alumnos a aprender, estos jóvenes «flipaban». No se lo creían. Después, seis años más tarde, cuando tropecé con un padre, antaño tan angustiado, éste me dijo: «¿Jorge? ¡Bueno, no te lo vas a creer! Está de adjunto al director de Marketing de Johnson & Johnson en Chicago».

El profesor lo es todo. Milagros como el de Jorge ocurren a diario en las aulas de estos profesores. Y existen muchas personas a lo largo y ancho del mundo perfectamente capacitadas para entrar en las aulas y volver todo al revés en menos de un año y de una forma 1.000% positiva. Sin embargo, no están presentes, porque a los profesores se les paga mal, se les forma mal y se les administra mal. Es algo endémico a nivel mundial. Ningún país puede tirar la primera piedra, y mucho menos España.

Y para finalizar, si usted quiere aprender inglés, va a tener que realizar un esfuerzo que le parecerá sobrehumano. Sin embargo, si encuentra y ata corto a un profesor de las características que describo en estas páginas, ese esfuerzo «sobrehumano» dejará de serlo y usted lo hará con ganas y sin sentir dolor ni pena ni pesadez. Usted hará todo lo que se receta en los diversos capítulos de este libro, no porque yo se lo diga o porque usted esté de acuerdo en que le conviene, sino porque tiene un profesor extraordinario y esto le motivará a ir a por todas con arrojo y resolución. El profesor lo es todo.

EPÍLOGO

BRIDGING THE GAP

Aprender un idioma no es fácil. Quien diga lo contrario o quien pregone soluciones rápidas, miente. Exige un esfuerzo muy especial que va mucho más allá de la mera asistencia a unas clases. Incluso con el mejor profesor del mundo, el alumno no llega a buen puerto si no pone mucho de su parte.

Aprender un idioma es como construir un puente. Si hemos de cerrar la brecha entre las dos orillas, vamos a necesitar una labor de conjunto entre alumno y profesor para completar la obra, una obra larga donde el profesor provee de materiales y motivación y el alumno, de rodillas con gafas, soplete y martillo, asegura cada tornillo, tuerca, perno y remache. Si el alumno no encuentra el tiempo, si no se conciencia de la necesidad de trabajar, si no transforma su afán de aprender en una disciplinada actividad de estudio, poco podrá hacer el profesor.

Nadie en la historia del mundo ha aprendido un idioma limitándose únicamente a asistir a un curso. Pretenderlo es una actitud propia de ilusos. Progresar en un idioma es una sensación muy grata, pero incluye, ineludiblemente, una parte odiosa, que consiste en aprenderse las reglas (y las excepciones) y esforzarse para transformarlas en un dominio práctico. Esquivar esta necesidad es condenarse a «chapurrear» el idioma, con la consecuente imagen que esto refleja.

España está llena de personas que han iniciado repetidas veces el aprendizaje de un idioma, sin rematar nunca la faena. Por un lado, esto conviene al sector de la enseñanza... le abre un mercado permanente de clientes potenciales. Sin embargo, para los auténticos profesionales, resulta, en el fondo, frustrante. Nos convertimos en predicadores del trabajo arduo en un mercado en constante búsqueda de la formula mágica.

Lo que pocos saben es que la fórmula mágica sí existe y quien la posee es el propio alumno. Es un secreto muy sencillo: transformar en realidad el conocido refrán castellano «a Dios rogando y con el mazo dando».

Thank you.